

Número 1 en las listas de bestsellers internacionales

SYLVIA DAY

Relaciones escandalosas





[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Agradecimientos](#)

[Placeres robados](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Epílogo](#)

[La apuesta de Lucien](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Su loca excelencia](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Sobre la autora](#)
[Créditos](#)

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**



Explora Descubre Comparte

*Para mis hijos, Jack y Shanna.
Os quiero.*

AGRADECIMIENTOS



Hay mucha gente que se merece que le reconozca y agradezca su ayuda. Esta lista es sólo el principio. Muchas gracias:

A Lori Foster, por organizar el Novella Contest y elegir mi manuscrito como finalista. Gracias por tu generosidad y por tus consejos. Eres un tesoro.

A Morgan Leigh, por apostar por mi manuscrito y dárselo a Lori, y por ser una chica estupenda en todos los sentidos.

A todo el mundo que ha votado por *Placeres robados* y la ha convertido en la ganadora del Reader's Choice. Muchas gracias.

A mi agente, Evan Fogelman, por soportarme. Pobre chico.

A mi madre, Tamy Day, por introducirme en el mundo de las novelas románticas y por ser mi mayor fan.

A mi marido, Kevin, que siempre ha creído en mí.

A Samara, por ser mi amiga, además de mi hermana. Te quiero.

Un abrazo muy fuerte a mi grupo de críticas lectoras: Annete McCleave, Jordan Summers, Sasha White y Celia Stuart: Vuestra ayuda ha sido inestimable y vuestro apoyo me ha ayudado a dar forma a las historias de este libro.

Mi gratitud eterna para mi fabulosa editora Kate Duffy. Nunca me cansaré de decir lo maravillosa que es conmigo.

Y por último, pero no por eso menos importante, gracias a los cientos de lectores que visitan mi página web y se suscriben a ella, y que leyeron mis historias cuando todavía no me habían publicado. Vuestra fe en mí me ha empujado a seguir adelante. Gracias desde lo más profundo de mi corazón.

PLACERES ROBADOS



Febrero de 1813, Caribe británico

Había secuestrado a la novia.

Sebastian Blake mantuvo el rostro impasible y apretó la empuñadura de la daga hasta que los nudillos le quedaron blancos. Si la belleza que tenía delante decía la verdad, había secuestrado a su futura esposa.

La observó con atención mientras ella erguía la cabeza y dirigía sus ojos negros hacia los suyos sin atisbo de miedo. Era alta y delgada, tenía una melena rubia y rizada que había llevado recogida en un intrincado moño. El vestido de seda casi transparente le caía por los hombros y dejaba al descubierto la piel pálida. La marca de unos dedos le enrojecía la piel, y Sebastian, incapaz de detenerse, la tocó y con suaves caricias intentó borrar el ofensivo rastro con el pulgar. Ella se tensó y levantó las manos atadas por las muñecas para quitárselo de encima. Sebastian le aguantó la mirada.

—Dime tu nombre una vez más —murmuró, sintiendo un cosquilleo en la palma de la mano tras haber acariciado la sedosa piel de su cautiva.

Ella se lamió el labio inferior y a él le ardió todavía más la sangre.

—Mi nombre es Olivia Merrick, condesa de Merrick. Mi esposo es Sebastian Blake, conde de Merrick y futuro marqués de Dunsmore.

Sebastian le levantó las manos y observó el dedo anular, donde ella llevaba una sencilla alianza dorada con el escudo de su familia grabado.

Se frotó el rostro y dio media vuelta para caminar hacia la ventana más cercana, que estaba abierta. Respiró profundamente el olor a mar salada; desvió la mirada hacia las olas y vio restos del navío en el que había viajado su prisionera.

—¿Dónde está vuestro esposo, lady Merrick? —le preguntó dándole la espalda.

—Me está esperando en Londres —contestó llena de esperanza.

—Entiendo. —En realidad no entendía nada de nada—. ¿Cuánto tiempo lleváis casada, milady?

—No creo que eso sea...

—¿Cuánto tiempo? —repitió él alzando la voz.

—Casi dos semanas.

El pecho de Sebastian se ensanchó al coger aire.

—Le recuerdo que estamos en el Caribe, lady Merrick. Es imposible que se casara hace dos semanas. Si eso fuera cierto, su esposo no estaría ahora esperándola en Inglaterra.

Ella se quedó en silencio, y él no tuvo más remedio que darse media vuelta y mirarla. Fue un error. La belleza de Olivia le golpeó de lleno en el estómago, igual que si hubiera recibido un puñetazo.

—¿Le importaría explicarse? —le pidió dando gracias por haber logrado aparentar indiferencia.

Por primera vez desde que la había secuestrado, ella pareció perder parte de su valentía, y se sonrojó avergonzada.

—Nos casamos por poderes —confesó—. Pero le aseguro que, a pesar de las extrañas circunstancias que rodean mi matrimonio, mi esposo pagará encantado cualquier rescate que le pida.

Sebastian dio un paso hacia ella. Le acarició la delicada curva de una mejilla con los dedos rasposos y después los enredó en la melena. Ella se quedó sin aliento y separó los labios ante una caricia tan tierna.

—Estoy seguro de que estará dispuesto a pagar una verdadera fortuna por una belleza como la vuestra.

Aunque Olivia seguía oliendo a humo, Sebastian podía detectar el suave y cálido perfume de una mujer sensual. Buscó la daga que llevaba atada alrededor del muslo y la desenvainó.

Ella se asustó y se apartó de él.

—Tranquila —dijo.

Sebastian le tendió la mano y esperó paciente a que ella volviese a acercarse. Cuando lo hizo, cortó las cuerdas que le ataban las muñecas y volvió a envainar la daga. Después frotó con cuidado las marcas que las ásperas cuerdas habían dejado en la delicada piel de Olivia.

—Usted es un pirata —murmuró ella.

—Sí.

—Ha abordado el barco de mi padre y se ha apropiado de su cargamento.

—Sí.

Olivia echó la cabeza hacia atrás, ladeó su delgado cuello y lo miró con sus ojos color chocolate.

—Entonces, ¿por qué está siendo tan bueno conmigo si tiene intención de violarme?

Sebastian le cogió los dedos de una mano y los colocó encima del anillo que él llevaba con el escudo de armas de su familia.

—Hay quien afirma que no se puede violar a la propia esposa.

Olivia desvió la mirada y se quedó boquiabierta al ver ese escudo idéntico al que decoraba su alianza. Lo miró a los ojos completamente aturdida.

—¿De dónde ha sacado esto? Es imposible que sea...

Sebastian le sonrió.

—Según tú, lo soy.

Olivia se quedó mirando esos intensos ojos azules convencida de que el corazón terminaría saliéndole del pecho. No podía pensar, su mente se tropezaba con el escandaloso descubrimiento de que el capitán Phoenix era, en realidad, su esposo.

Dio un paso hacia atrás, se apartó precipitadamente y él la sujetó por la cintura cuando vio que iba a caerse. Gimió al notar que su caricia le quemaba la piel. Los eventos del día la habían afectado profundamente, pero lo que de verdad le hacía temblar las piernas era el atractivo rostro del infame pirata.

Era alto y de espalda inacabable, y su presencia consumía todo el aire de ese diminuto camarote. Tenía el pelo negro y demasiado largo, y el tono dorado de su piel delataba la cantidad de tiempo que pasaba bajo el sol. Era salvaje, indomable, un hombre libre.

Cuando abordó el barco en el que ella viajaba, Olivia se quedó embobada viendo cómo tomaba el control en cuestión de minutos. Phoenix había planeado el abordaje hasta el último detalle y ejecutó el plan con precisión; ningún hombre resultó gravemente herido y ninguno perdió la vida. Olivia, que se había pasado casi toda la infancia a bordo de los barcos de su padre, podía reconocer a un buen marino cuando lo veía.

El modo en que Phoenix blandió la espada y dio órdenes a sus hombres, el modo en que el pelo

le caía en el rostro, el modo en que los pantalones se pegaban a sus musculosas piernas... Ella jamás había visto nada tan emocionante. Tan excitante.

Hasta que él la tocó.

Entonces descubrió lo que significaba de verdad algo excitante.

Ahora mismo no podía cerrar la boca. Estaba atónita mirando cómo él se aflojaba los lazos de la camisa con los dedos fuertes y elegantes. Phoenix cogió el extremo de la tela de lino y sacó la camisa del interior de los pantalones para luego pasársela por la cabeza.

—Oh, Dios santo —farfulló sobresaltada al ver el torso desnudo del pirata y sentir el calor que se extendía por sus venas y le hacía arder la piel. Los pechos empezaron a pesarle y sintió un cosquilleo en las puntas.

Phoenix sonrió, consciente del efecto que le estaba causando. El pirata se movía con arrogancia, los músculos se tensaban con fuerza bajo su piel. Una fina y suave capa de vello negro le cubría el torso y dibujaba un camino estrecho por su estómago hasta desaparecer bajo la cinturilla del pantalón. Se le marcaron los bíceps cuando terminó de quitarse la camisa y avanzó hacia ella.

Olivia nunca había visto el torso desnudo de un hombre. Incluso en la plantación de su padre se exigía a los trabajadores que estuvieran siempre completamente vestidos; su querido padre pretendía proteger así la inocencia de su única hija. Pero a pesar de la falta de información, Olivia estaba convencida de que ningún hombre podría compararse a Phoenix. Era magnífico.

Cerró la boca de golpe y esperó a que él estuviese lo bastante cerca como para poder sentir el calor que emanaba su piel. Tuvo que recorrer a toda su fuerza de voluntad para no tocarlo, para resistir la tentación de apoyar el rostro en su pecho y respirar hondo. Phoenix olía de maravilla, a sol y a sal, y a hombre. Él levantó las manos y detuvo su ardiente mirada en la piel que revelaba el escote de Olivia.

—¡Maldita sea! —musitó al sentir la afilada punta de una daga encima de su erección. Desvió incrédulo la mirada hacia abajo y descubrió su propia daga en la mano de Olivia. Volvió a mirarla a los ojos y resopló despacio y cansado—. No te recomiendo que me castres, querida. Al fin y al cabo, uno de tus deberes es darme hijos.

Olivia tembló al respirar.

—No me he creído ni por un segundo que usted sea lord Merrick, capitán.

Pero la idea no le parecía nada desagradable. Encajaba a la perfección con las fantasías románticas de cualquier niña. Aunque Phoenix era mucho mejor que cualquier fantasía que hubiese podido tener, su padre jamás habría dado su aprobación a ese hombre; un pirata distaba mucho de ser el conde que le había dicho que la estaría esperando. Un pirata jamás se adecuaría a los gustos de su padre, pero encajaba a la perfección con los deseos más secretos de Olivia.

Phoenix arqueó una ceja, divertido y sarcástico al mismo tiempo.

—Pero no estás segura. ¿Alguna vez has visto a tu esposo? —A ella le tembló la mano y él hizo una mueca de preocupación—. Tranquila, cariño. Tal vez llegue el día en que sientas apego por este apéndice que ahora estás amenazando tan peligrosamente.

—El único apéndice de esta clase por el que sentiré apego es el de mi marido —contestó.

Olivia presenció cómo la sonrisa de Phoenix reaparecía en todo su esplendor y dejaba al descubierto un hoyuelo al lado de la comisura izquierda de sus labios. «¿Cómo es posible que un pirata tenga hoyuelos?».

—Me alegra oírlo —dijo él con voz seductora y profunda, ronroneando igual que un gato salvaje—. Me desagradaría profundamente que mi esposa cometiese adulterio.

—¡No soy tu esposa! —estalló de repente, saturada por los encantos de aquel hombre y por

cómo la estaban afectando.

—Si lo que dices es cierto, te aseguro que eres mi condesa. Y a pesar del modo tan... —desvió la mirada un segundo hacia la daga—... interesante en que nos hemos conocido, puedo ver que no te molesta que sea tu esposo.

—¿Cómo puedes decir eso?

—No lo digo yo: lo dicen tus pechos. Están excitados y ansiosos por mis caricias, se te marcan deliciosamente bajo la tela del vestido.

Olivia exclamó horrorizada y se cubrió los pechos con las manos, gesto que aprovechó él para arrebatarse fácilmente la daga. Entonces Phoenix le dio la camisa que él llevaba antes.

—Toma. Tápate con esto hasta que encuentre tu equipaje. No quiero que mis hombres disfruten de tus encantos. Llevamos meses en alta mar y el autocontrol ha empezado a escasear. —La recorrió con la mirada durante largo rato y después se rio—. O puedes ser tan descarada y atrevida como quieras.

Olivia se tensó y se preguntó si a Phoenix le parecía poco atractivo que ella fuese como era, y le molestó darse cuenta de que le preocupaba lo que él pensase de ella. Ella siempre había acompañado a su padre en sus frecuentes viajes a Londres. Era sólo una niña cuando descubrió que no contaban con la bendición de la alta sociedad por culpa de los orígenes humildes de su familia y porque su padre se dedicaba a los negocios. Para proteger sus sentimientos, Olivia había aprendido a muy temprana edad a no tener en cuenta las opiniones de los demás. Pero la opinión del pirata le importaba mucho más de lo que debiera.

—Sé cuidar de mí misma —le dijo a la defensiva.

El hoyuelo del capitán volvió a aparecer y la aturdió durante unos instantes.

—No oirás ninguna queja de mi parte —le aseguró—. Conozco de sobras a tu padre, cariño, y sé que es un hombre ocupado. Me alegra ver que eres independiente e intrépida.

Se acercó a la puerta; al parecer, la atracción que tanto la afectaba a ella a él lo dejaba indiferente.

—¡Espera! —lo detuvo. Aunque no tuviera sentido, no quería que él se fuera. La tripulación estaba formada por un grupo de hombres muy rudos. La habían pellizcado, manoseado y tirado del pelo, y le habían roto el vestido. Tal vez fuera intrépida, pero no era una inconsciente—. ¡No puedes dejarme aquí sola!

Phoenix se detuvo en el umbral y se le suavizó el rostro.

—Nadie entrará en este camarote sin mi permiso. Aquí estás a salvo.

Sacudió la cabeza sin aceptar la explicación del pirata. Le temblaron las manos y se aferró a la camisa que él acababa de darle; la tela todavía retenía el calor de su cuerpo y olía a su piel.

—No me dejes.

—Tengo que irme —le explicó con cariño—. Debo dar instrucciones a mi tripulación, asegurarme de que tenemos tu barco bien amarrado y encontrar tu equipaje. —Frunció el ceño—. ¿Dónde están los poderes?

—Los mandaron de vuelta a Inglaterra después de firmar, junto con el abogado que los trajo.

—¿Quién firmó por mí?

A Olivia le sorprendió el tono enfadado que él utilizó y la semilla de la duda germinó en su mente.

—Lord Dunsmore —contestó en voz baja.

Sebastian entrecerró los ojos.

—¿Y no te pareció raro que tu esposo no se presentase a la boda? ¿Nunca te preguntaste si no

venía porque no podía o porque no quería? ¿O por qué ni siquiera se molestó en firmar los poderes personalmente, ya que no era capaz de ir a casarse contigo de verdad?

Ante la vehemencia del capitán, a Olivia le tembló el labio inferior y se lo mordió para ocultar la reacción, pero Phoenix era demasiado perspicaz. Él soltó una maldición y se acercó de nuevo a ella. Le pasó el pulgar por la boca y liberó el labio inferior de entre los dientes. Mantuvo la mirada en la zona que estaba tocando y Olivia no pudo respirar. El labio le quemaba.

—Eres una mujer muy hermosa y deseable —murmuró—. ¿Por qué te resignaste a casarte con un hombre que no habías visto jamás?

—Yo no diría que casarse con un marqués es conformarse —le susurró sobre el pulgar.

Sebastian se tensó y dejó caer la mano.

—Entonces, lo hiciste por el título.

Olivia lo negó. El título le importaba a su padre. Lo único que ella quería encontrar en su matrimonio era una pasión igual a la que se decía que habían sentido sus padres.

—Mi padre quería que me casara con lord Merrick y yo no pude negarme.

Ella lo era todo para su padre, y Olivia no podía soportar decepcionarlo ni entristecerle.

Phoenix la miró a la cara durante largo rato. Después dio media vuelta y salió sin decir ni una palabra, llevándose con él la electrizante energía que exudaba.

Sebastian examinó con atención los daños —leves, gracias a Dios— que había sufrido el navío de su suegro y maldijo a su padre por ponerlo en ese atolladero. Se apoyó en la barandilla, cerró los ojos y dejó que la brisa salada le atusara el pelo.

Hacía cinco años que el mar era su exigente y altiva amante. A ella no le había importado su pasado y le había recibido con los brazos abiertos. Ella le había consolado y le había ayudado a sobreponerse a las heridas que le habían llevado a abandonar su hogar. El mar le había dado una vida nueva lo más lejos posible de la que había tenido y que todavía seguía doliéndole. Y ahora le habían creado otra sin él saberlo y sin su consentimiento, porque aunque le retorciere por dentro tener que reconocerlo, Sebastian no dudaba de que Olivia le estaba diciendo la verdad.

Lo que no podía imaginarse era qué pretendía conseguir exactamente el marqués casándolo con una desconocida. Sebastian llevaba años sin ponerse en contacto con su familia. ¿Qué le habrían dicho a esa pobre niña cuando hubiese llegado y hubiese descubierto que su marido no estaba?

Se burló de sí mismo. Olivia no era ninguna niña: Olivia Merrick era toda una mujer. Su mujer. Su esposa.

Malditos fueran.

Sebastian dio una patada a una espada que yacía abandonada en la cubierta y maldijo con tanta rabia que todos los marinos que estaban cerca se alejaron del capitán.

Estaba legal y formalmente casado. Le habían casado con la mujer más hermosa que había visto nunca, la hija de Jack Lambert, uno de los comerciantes más ricos del mundo. Si él hubiera tenido intención de convertirse en un hombre casado, se habría sentido muy satisfecho de estarlo con Olivia. Pero no quería estar casado. Sebastian no tenía intención de volver a Inglaterra y asumir el cargo que por derecho le habría pertenecido a su hermano Edmund.

—Phoenix.

Sebastian giró la cabeza y se encontró cara a cara con Will, su contramaestre, un hombre fornido cuyo enorme físico no encajaba en absoluto con aquel nombre tan inofensivo.

—¿Qué sucede? —le preguntó sin más.

—Hemos encontrado el equipaje de la señorita. —El poblado bigote de Will serpenteó—. Nunca había visto nada parecido. En su camarote había una cama, una bañera y toneles de agua limpia para llenarla. Pero cuando hemos intentado llevarle los baúles ha estado a punto de volarle los sesos a Red.

—¿Le ha disparado?

—Sí, con tu pistola.

Sebastian se apretó el puente de la nariz en un vano intento de hacer retroceder su impresionante dolor de cabeza. «Maldita inconsciente», pensó, pero una recalcitrante sonrisa se esbozó en su rostro. Olivia tenía fuego y pasión, cualidades que él apreciaba en sus compañeras de cama.

¡Dios santo! Horrorizado, expulsó esa idea de su mente. No. Ni siquiera podía plantearse la posibilidad de acostarse con ella. Si lo hacía, tendría que quedársela, y ni loco iba a hacer tal cosa. Ella se merecía a alguien mucho mejor que un pirata.

—Iré a verla —farfulló—. Ocúpate de que arreglen su barco. Quiero devolver a lady Merrick a su padre cuanto antes.

Le sorprendió momentáneamente la rapidez con la que se había acostumbrado a nombrarla por su título de casada, e igual que antes desechó de inmediato la idea.

—Sí, capitán. —La risa de Will lo siguió bajo cubierta.

Sebastian golpeó la puerta con los nudillos.

—¿Milady? Soy yo. Voy a entrar.

Abrió la puerta con cuidado y metió primero la cabeza. Encontró a Olivia sentada tras su escritorio, engullida por su camisa y apuntándole con la pistola directamente al pecho. Sólo verla le dolió. Tan rubia y decidida, parecía una tigresa.

—¿Sabes manejar eso? —le preguntó.

—Por supuesto.

Sebastian cerró la puerta de una patada y se dirigió al aparador en busca del trago que tanto necesitaba. Los ojos de ella le quemaron la espalda y le hicieron sonreír.

—¿Te apetece tomar algo, mi dulce esposa?

—¿Tienes alguna prueba que demuestre que eres mi esposo? —le preguntó ella, airada.

—¿Tienes alguna prueba que demuestre que eres mi mujer? —contraatacó él, sirviéndole una copa de líquido rojizo con la esperanza de mejorarle el humor.

—El anillo...

Sebastian levantó la mano por encima del hombro y la saludó para que viese el sello que llevaba en el dedo. Ella se rio.

—¿Quién te ha enseñado a disparar? —le preguntó mientras calentaba el licor con la llama de una vela.

—El capataz de la plantación de mi padre.

Cuando Sebastian dio media vuelta, descubrió la pistola abandonada encima del escritorio y a Olivia mirando pensativamente por la ventana.

—¿Y a tu padre le pareció bien?

—Mi padre no lo sabe. Yo quería aprender a disparar, pero no quería preocuparlo contándole.

Sebastian contuvo una sonrisa y se acercó a ella. Admiró el elegante perfil de su esposa, la nariz recta y el mentón obstinado. Ella tenía el labio inferior preso entre los dientes y Sebastian se excitó sólo con pensar en poseer aquella boca tan sensual con varias partes de su cuerpo. Dejó la copa de brandy encima de las cartas de navegación y apoyó la cadera en el escritorio.

—¿En qué estás pensando, amor? —le preguntó amablemente.

Ella aceptó la copa sin mirarlo y él se la dio.

—En que deberías ponerte una camisa.

—Estoy bien así, pero te agradezco que como esposa te preocupes por mí.

Olivia se atragantó con el líquido que estaba engullendo. Sebastian le dio unas palmadas en la espalda hasta que ella se apartó.

—¡Estoy bien! —dijo al recuperar el aliento. Se secó las lágrimas de las pestañas y lo miró—. ¿Qué pretendes, Phoenix?

Sebastian levantó la mano despacio, dándole tiempo de sobra para que se apartase. No lo hizo. El pulso latía frenético en la garganta de Olivia mientras él apartaba el puño de la camisa que le había prestado para acariciarle la piel desnuda de la muñeca. La sintió estremecerse y logró ocultar la satisfacción que dicha reacción le produjo. La atracción que sentían era, al parecer, mutua.

—Mis hombres han empezado a trabajar en tu navío. Dentro de dos semanas debería poder navegar con normalidad, y para entonces os acompañaremos hasta el puerto más cercano. Dejaré allí mi barco y te acompañaré hasta Inglaterra. Atracaremos en suelo inglés e iremos a ver a nuestros padres para aclarar todo este malentendido. Después podemos pedir la nulidad y seguir cada uno con su camino.

—Oh..., entiendo. —Olivia volvió a mirar por la ventana.

Sebastian se tensó al percibir su silencio.

—¿Y si no quiero que se anule el matrimonio? —preguntó ella al fin.

Él levantó ambas cejas.

—¿Quieres estar casada con un criminal buscado por la justicia?

La mirada de soslayo que le ofreció Olivia fue intrigante y excitante al mismo tiempo, y le sorprendió comprobar que ella no le tenía miedo. Debería estar asustada, y sin embargo parecía estar completamente tranquila. Olivia bebió el resto del brandy sin dejar de observar cómo la luz jugaba con el mar.

—Lord Merrick no es ningún criminal buscado por la justicia.

—¿Crees que soy lord Merrick?

—De momento me reservo mi opinión al respecto —contestó ella encogiéndose de hombros.

Sebastian se terminó el brandy y se dirigió a la hamaca que colgaba en una esquina del camarote. Se tumbó en ella de un salto con las manos entrelazadas bajo la cabeza.

—Se te ve muy tranquila para estar encerrada en el dormitorio de un pirata.

Olivia sopló para apartarse un mechón de pelo del rostro. Cuando éste insistió en volver a taparle la frente, levantó la mano y se soltó la melena por completo. El cuerpo de Sebastian se endureció al instante. Olivia Merrick era una sirena que arrebatava el aliento.

—No tengo elección, y de momento tú te has portado mucho mejor que los hombres que están bajo tu mando.

—Mis disculpas si te han ofendido —dijo él mirándola mientras se peinaba. Sebastian nunca había presenciado algo así y le sacudió comprobar que era una situación muy íntima—. No volverá a suceder.

Olivia se pasó la trenza recién hecha por el hombro y terminó el brandy que le quedaba de un sorbo. Se le llenaron los ojos de lágrimas y tuvo que secárselas con las manos.

Sebastian no pudo evitar preguntarle:

—¿Por qué quieres seguir casada?

Ella tardó un rato en encontrar la voz, y cuando lo hizo sonó ronca por culpa del potente licor.

El ronroneo afectó a Sebastian y notó una erección que le presionaba los pantalones.

Se imaginó cómo sonaría Olivia con la voz ronca por haberse pasado la noche gritando su nombre presa de la pasión, por los gemidos de placer que le provocaría él con su miembro al entrar y salir de su interior. Sebastian sabía, sin lugar a dudas, que Olivia también se excitaría: era una mujer muy apasionada y seguro que en la cama haría arder a cualquier hombre con sangre en las venas.

—Por los mismos motivos por los que accedí a casarme —murmuró—. Para hacer feliz a mi padre, para tener mi propia casa, para tener hijos y la seguridad que proporciona el apellido de un hombre. —Deslizó un dedo por su ceja perfectamente delineada antes de enfrentarse de nuevo a la mirada de Sebastian—. Nadie conoce tu secreto y te aseguro que yo no voy a revelarlo. Tendré la protección y el estatus intrínsecos al nombre de tu familia y ninguna de las desventajas que conlleva tener esposo. De hecho —añadió sin ocultar que cada vez le gustaba más la idea—, si de verdad eres Sebastian Blake, esta situación es mucho más de mi agrado que la anterior.

Sebastian se pasó una mano por el torso y vio que ella seguía el movimiento con los ojos con suma atención.

—¿Llevarás mi casa y mi nombre y me darás hijos?

—Por supuesto —afirmó ella, y se sonrojó cuando volvió a mirarlo a los ojos—. Soy consciente de mis obligaciones como tu... como esposa de lord Merrick.

—Tendrás que dejarme visitar tu lecho... —hizo una pausa dramática— muy a menudo.

Olivia enarcó una ceja.

—Si eres quien dices ser, esperaré impaciente tus visitas.

Sebastian se detuvo en seco al oír eso. De hecho, no podía moverse. La imagen que esas palabras habían evocado le había excitado tanto que le dolía.

—¿Mi título es lo que hará que sientas impaciencia por mí?

—No soy tan frívola —afirmó con la cabeza bien alta.

—Entonces, ¿es mi físico lo que te resulta tan atractivo?

Olivia se rio por lo bajo.

—¿Atractivo? Pero si eres un bárbaro.

Sebastian se sentó al instante y la hamaca se balanceó peligrosamente.

—¿Un bárbaro?

—Sí, mírate. —Lo señaló con la mano—. Llevas el pelo demasiado largo. Maldita sea, si es casi tan largo como el mío.

—¡Ni de lejos es tan largo! —se defendió—. ¡Y no maldigas!

—Y mira qué músculos tienes —siguió ella, como si él no hubiese hablado.

—¿Qué pasa con mis músculos? —gruñó.

—Son enormes. Pareces un salvaje. —Se levantó de la silla donde estaba sentada y se detuvo frente a la ventana.

—¿Un salvaje? —escupió la palabra y se puso en pie de un golpe seco.

—Sí, sin lugar a dudas. —Tosió y le temblaron los hombros.

Sebastian caminó hasta ella.

—Para tu información te diré que a la gran mayoría de las mujeres les parezco irresistible.

—¿De verdad? —preguntó aburrida, sin dejarse impresionar.

—Sí, de verdad. Cuando vivía en Londres era todo un seductor —presumió furioso de que hubiese dicho que su aspecto físico no le gustaba.

—Estoy segura de que así lo creías. —Tosió—. Claro que tal vez en esa época estabas más

civilizado.

Sebastian entrecerró los ojos con suspicacia. Giró a Olivia para mirarla y la descubrió riéndose; le brillaban los ojos de lo bien que se lo estaba pasando.

—Te estás burlando de mí. —Sonrió a pesar de sí mismo.

—Sólo un poco —reconoció sujetándose el estómago.

Una de dos, o esa mujer había enloquecido por culpa de todo lo que le había sucedido a lo largo del día... o era encantadora. Sebastian quedó hipnotizado por la intimidad que iba tejiéndose entre sus bromas; los problemas que lo atosigaban a diario se iban desvaneciendo en la oscuridad. Levantó una mano y con un dedo dibujó la línea de la nariz de Olivia, y ella la arrugó cuando dicho dedo llegó a la punta.

Olivia se quedó mirándolo con los ojos negros rebosantes de admiración, una mirada que borró la herida que ella misma le había infligido en el ego segundos antes.

—Un salvaje con un hoyuelo adorable —murmuró ella en voz baja acariciándole la mejilla con la yema—. ¿Por qué estás aquí? —le preguntó casi sin aliento—. Eres noble y posees una gran fortuna y un inmenso prestigio. ¿Por qué te convertiste en pirata?

—Ah... —Se moría de ganas de abrazarla. Se le había cerrado la garganta y colocó las manos sobre sus hombros—. Me crees.

Ella volvió a sorber por la nariz, un sonido nada femenino que a él le pareció adorable.

—Lo que pasa es que estoy borracha y dispuesta a seguirte el juego durante un rato.

—Milady, deberías elegir tus palabras con más cuidado. No tienes ni idea de a qué quiero jugar. —Al ver la confusión reflejada en el rostro de Olivia, Sebastian se explicó mejor—. No soy un caballero.

—Eres conde, milord.

—Es sólo un título, lady Merrick, y no tiene nada que ver con el carácter de un hombre.

—Fuiste educado para convertirte en...

—Fui maldito —la corrigió furioso—. Mi hermano mayor Edmund tenía que heredar el título, pero murió asesinado en un duelo hace cinco años.

—¿Un duelo? —repitió abriendo los ojos de par en par—. ¡Qué tragedia! Lo siento.

—Sí, bueno..., yo también, te lo aseguro. En especial porque Edmund estaba defendiendo mi honor. —Rio amargamente—. Como si yo hubiera tenido un ápice.

—Debía de quererte muchísimo.

—Edmund amaba nuestro título —se burló Sebastian.

Olivia se enfrentó a la mirada de él sin amedrentarse.

—¿Qué fue lo que pasó?

Sebastian habría querido responderle con una frase sarcástica, o provocadora, o encontrar algún comentario que la hiciera arrepentirse de habérselo preguntado. Quería burlarse de ella, asustarla, alejarla de él. Las palabras que salieron de sus labios lograron igualmente ese efecto:

—Fui un tonto y comprometí la reputación de una joven dama. Cuando su hermano mayor vino a mi encuentro y me exigió que me casase con ella, me negué. Yo sabía de primera mano que ella no era tan inocente como decía ser. Y el modo en que nos pillaron no me dejó ninguna duda acerca de quién orquestó toda la farsa.

Olivia se llevó una mano a los labios y los de Sebastian dibujaron una mueca horrible.

—En vez de exigirme a mí un ajuste de cuentas, ese hombre se dirigió a Edmund, y el maldito sentido del honor de mi hermano le impidió rechazarlo. No me enteré del duelo hasta que hubo terminado. Mi padre me despertó para darme la noticia. —Sebastian ni siquiera intentó disimular la

amargura que impregnaba su discurso—. Yo estaba borracho, me había pasado la noche de fiesta en fiesta con varias mujeres; mi padre me felicitó como si yo hubiese planeado la muerte de Edmund. —Cerró los ojos—. Mi hermano había sido educado para heredar el título. Yo, en cambio... —no terminó la frase.

«¿Por qué le estoy contando esas cosas?». Las palabras brotaban de sus labios como no lo habían hecho nunca.

—Tú, en cambio, eres demasiado salvaje y demasiado libre para desempeñar ese papel —apuntó Olivia.

Sebastian abrió los ojos y la encontró mirando por la ventana, brindándole cierto grado de intimidad para recomponerse. Se acercó y se detuvo detrás de ella, lo bastante cerca como para que su aliento hiciese temblar el pelo y para que su perfume le hiciese hervir la sangre. Apretó los puños.

—Seguro que eras un niño muy travieso —siguió Olivia, cuya voz caía como miel por la espalda de Sebastian endureciéndole más la erección—. Seguro que no soportabas estar sentado durante las clases con tu tutor y que te ensuciabas a diario. Seguro que has besado a un montón de chicas a las que no deberías ni haberte acercado y que desafiabas a tu padre constantemente sólo por el placer que te daba provocarlo, vengarte de él por haber tenido a un primogénito tan perfecto, un hermano a cuya altura nunca podrías estar.

Atónito por la perspicacia de Olivia, Sebastian dejó la mirada perdida en el horizonte que se colaba por la ventana.

—¿Me he acercado? —preguntó ella.

—Demasiado —reconoció incómodo—. ¿Cómo es posible que esta conversación haya llegado a ser tan íntima y personal?

—Tienes unos ojos increíbles que contradicen tu rebeldía y tu supuesta rudeza. Y me he estado preguntando qué podría haberte pasado para empujarte a llevar esta vida. —Se giró a mirarlo—. ¿Tu padre te dijo alguna vez lo mucho que sentía que no hubieras muerto tú en lugar de Edmund?

Sebastian resopló entre los dientes. Olivia lo veía, veía dentro de él, veía cosas que no tenía derecho a ver. Los ojos de ella rebosaban una comprensión que él no quería, maldita sea. Lujuria, sí. Pasión, admiración, ésas eran la clase de emociones que quería despertarle. Pero lástima...

Apretó los dientes hasta que le dolió la mandíbula.

—Y por eso estás decidido a demostrarle a tu padre —Olivia retomó la conversación, derrotándole con sus palabras— y a cualquiera que preste atención que estaba en lo cierto y que eres un mal hijo, el peor heredero que podría haberse imaginado. Y tú, claro está, no haces nada a medias. No, tú has cometido el peor acto de rebeldía posible. Quizá incluso desees que algún día te capturen en alguna de tus escaramuzas. Así, la humillación de tu padre será completa. ¿Por qué si no insistes en llevar el anillo con el sello que te identifica como su hijo?

Sebastian quería darle un puñetazo a algo, destrozar lo primero que se encontrase en su camino. Estaba furioso y la crítica de Olivia le había desgarrado por dentro. La cogió por los hombros y la acercó a él sin ninguna delicadeza. Cuando le habló, lo hizo destilando desprecio:

—Lo único que demuestran tus palabras es lo ingenua que eres.

Se sonrojó al sentirse denigrada.

—No te he dado motivos para que seas cruel.

—Tal vez siempre soy cruel por naturaleza —sentenció presionando con los dedos los brazos de Olivia—. No sabes nada acerca del hombre en el que me he convertido.

Ella levantó la barbilla y lo miró con ojos que echaban chispas de rabia.

—Suéltame, Phoenix. Ahora.

La atrajo más hacia él.

—¿Qué sabes tú de la rebeldía? —dijo entre dientes—. Tú, la hija obediente que se ha casado con un hombre al que no había visto nunca sólo para hacer feliz a su padre. ¡Me apuesto lo que quieras a que no has sido rebelde ni un solo día en toda tu vida!

—¡Lo he sido! —gritó temblando furiosa. Separó los labios, rojos y húmedos de lo rápido que respiraba.

Sebastian enarcó una ceja incrédulo, todo su cuerpo desprendía tensión por culpa de la rabia y del deseo.

—¿Cuándo?

—Ahora.

Y entonces tiró de la cabeza de Sebastian y lo besó apasionadamente.



Él no le devolvió el beso.

Olivia se dio cuenta de inmediato de que Sebastian no la estaba besando, pero era tan testaruda que no se permitió darse por vencida, a pesar de que su orgullo le suplicaba que dejase de hacer tonterías.

—¡Bésame, maldito seas!

Era él quien le había provocado esa fiebre en la sangre con su torso al aire y sus ojos salvajes. Phoenix la estaba volviendo loca, la había atraído hacia él y ahora la estaba rechazando.

—¡No maldigas! —farfulló el pirata.

Y entonces la rodeó con los brazos y movió hambriento los labios encima de los de ella. Deslizó la lengua por la boca de Olivia, provocándola, seduciéndola. Él sabía a brandy y a peligro, y la zona más íntima de ella tembló al sentirlo. Olivia suspiró y separó los labios y él aceptó la invitación y entró. La lengua de Sebastian buscó la de Olivia, la acarició y la saboreó, encontró los lugares más sensibles y los lamió. Fue como rozar la seda.

Oh, Dios santo. Ese hombre sabía besar. Olivia encogió los dedos de los pies.

Furioso y posesivo, hambriento y atrevido, Phoenix estaba asaltando todos sus sentidos con suma maestría. Incapaz de resistirse, Olivia se rindió a él desesperada por sentir más y más. Más de él.

—Tranquila —susurró Sebastian abrazándola contra su cuerpo. Con una mano la sujetó por el cuello y apoyó la nuca en el hueco del codo para poder devorarle la boca como necesitaba.

Olivia gimió cuando notó la otra mano de él deslizándose bajo la camisa para acariciarle el pecho. Lo capturó en la palma y apretó la curva inferior mientras con el pulgar le tocaba el pezón muy despacio, atormentándola. Poco a poco, Phoenix excitó la punta y el intenso placer que le causó a Olivia se extendió lentamente hacia su entrepierna.

«Oh, ¿por qué me toca donde más lo necesito?».

—Tócame —le suplicó ella cogiéndole la muñeca para colocarle la mano firmemente encima de su pecho—. Aquí —gimió, y su cuerpo se derritió—. Oh. Dios..., tócame por todas partes.

—Olivia...

El beso de Sebastian perdió la poca ternura que le quedaba. La devoró, movió la lengua frenético dentro de la boca de ella, con los dedos pellizcó y tiró del pezón hasta que ella sollozó de placer. Olivia se estaba muriendo de deseo. Tenía la piel demasiado tirante, demasiado caliente. Quería arrancarse la ropa y pegarse desnuda al cuerpo de Sebastian. Pero lo único que pudo hacer fue acariciarle la piel y apretar los dedos hasta sentir los huesos que se escondían debajo, y disfrutar de la sensación de notarle estremecerse junto a ella.

Dios, Sebastian olía de maravilla, como el viento y el mar, como la pasión, como debía oler un hombre de verdad. Alguien llamó a la puerta y Olivia no se percató hasta que Phoenix se apartó.

—¿Qué pasa? —preguntó él con la voz ronca, sin dejar de acariciarle el pecho con una mano y de acunarle el rostro contra su torso con la otra.

—Capitán, tenemos problemas con la otra tripulación —gritó Will a través de la hoja de

madera.

Phoenix expresó su frustración con un rugido.

—Subiré a cubierta enseguida.

Unos pasos pesados se alejaron del camarote.

—No... —protestó Olivia perdida en el perfume de la piel de Sebastian, en el calor de sus caricias, en el sabor de su boca. Estaba dispuesta a darle cualquier cosa con tal de que la liberase de la locura que se había apoderado de ella, y en su interior sabía que él era el único que podía curarla.

Sebastian le dio un beso firme e intenso.

—Tengo que irme, cariño, ahora que todavía estoy a tiempo.

—No.

Le tiró del cuello y lo acercó a sus labios ya abiertos. Al principio él se resistió, pero no tardó en devorarla y pegarse a ella para que pudiese sentir la dureza de su erección, el fuego de su deseo, a través de la falda. Olivia lo besó desesperada, descarada, con la esperanza de que él perdiese la cabeza por culpa del deseo, como le había sucedido a ella.

Phoenix la apartó con una maldición.

—Estás flirteando con el diablo —le advirtió—. Ve con cuidado, o terminarás ardiendo en el infierno.

Ella cerró los ojos al oír el portazo.

Olivia no sabía cuánto tiempo había transcurrido, pero el sol se había deslizado seguro por el cielo y el día estaba llegando a su fin. El viento se había avivado y una brisa agradable se colaba en el camarote, refrescando el ambiente y el calor de su ocupante. Todavía seguía sonrojada y muerta de vergüenza por su comportamiento de antes y no podía dejar de moverse en la silla donde estaba sentada.

¿Qué diablos le había pasado? Ella nunca había besado a un hombre, y mucho menos le había tocado o suplicado que la tocase. ¡Y de todos los hombres de la tierra le había sucedido con el capitán Phoenix! Un hombre del que se decía que era más astuto y letal que una serpiente. ¿Por qué no le tenía miedo? ¿Por qué deseaba entregarse a él en cuerpo y alma y dejarle hacer lo que quisiera con ella?

Alguien llamó a la puerta y se acercó de inmediato al escritorio en busca de la pistola.

—¿Sí? —preguntó con el corazón acelerado. ¿Phoenix había vuelto?

La puerta se abrió.

—Soy yo, Maggie, milady —le contestó su doncella.

Olivia suspiró entre aliviada y decepcionada. La joven sirvienta entró seguida por tres marineros. Dos de ellos llevaban cubos llenos de agua humeante y el tercero transportaba la pequeña tina que ella utilizaba para bañarse. Vaciaron el agua caliente en el barreño y después fueron en busca de los baúles. Los piratas miraron de reojo varias veces la pistola y se apresuraron a abandonar el camarote. Maggie cerró la puerta tras ellos.

—¿Estás bien? —le preguntó Olivia preocupada, intrigada por cómo había sobrellevado una joven tan inocente la compañía de los hombres de Phoenix.

—¿Qué? —Maggie canturreaba despreocupada y había empezado a deshacer el equipaje de Olivia—. Oh, sí. Muy bien. Su excelencia se ha asegurado de que me tratasen bien.

La doncella se acercó a ella y le quitó la camisa por la cabeza con suma facilidad. Una de las mangas se enredó con la pistola que Olivia seguía sujetando y tuvo que dejarla encima de uno de los

baúles, donde también fue a parar la camisa. Echó de menos la prenda al instante, pues estaba impregnada del olor de la piel de Phoenix.

Maggie se dispuso a aflojar las cintas del vestido.

Olivia le preguntó por encima del hombro:

—¿Y si vuelve?

—Lo veo difícil, está arreglando el mástil principal.

—¿Qué? —Olivia miró preocupada hacia la ventana. El viento cada vez soplaba con más intensidad—. ¿Por qué no ha ordenado a otro que se ocupara de esa tarea?

—Ha dicho que con este viento era demasiado peligroso.

—¡Dios santo! —Olivia corrió hacia la puerta. Phoenix podía morir, y por algún extraño motivo ella no podía ni pensarlo.

—¡Milady! No puede salir así, su vestido...

Olivia se sujetó los dos extremos del corsé y salió del camarote. Cuando llegó a la cubierta levantó horrorizada la vista hacia el cielo. Phoenix estaba colgado del mástil, todavía con el pecho al descubierto; sus músculos se flexionaban con el sobreesfuerzo, el pelo se le había soltado de la coleta y revoloteaba molesto frente a su rostro. Desde donde Olivia estaba, él sólo era una silueta muy pequeña, pero parecía estar en su elemento en medio de esas turbulencias. Phoenix se movía con suma seguridad y eficiencia mientras se enfrentaba al vendaval, y era obvio que su destreza no se veía afectada por el miedo. De hecho, ningún miembro de la tripulación parecía estar ni lo más remotamente preocupado por el bienestar de su capitán. A ella, sin embargo, se le aceleró el corazón peligrosamente y estuvo a punto de salirse del pecho.

Olivia notó que alguien se acercaba tras ella hasta detenerse a su lado, se giró y encontró al robusto pelirrojo al que antes casi había disparado.

—No debería estar en cubierta —se quejó el enorme marino—. Los hombres no pueden evitar mirarla y al capitán no le gustará.

—He intentado explicárselo —farfulló Maggie al llegar donde estaban.

—¿Qué diablos está haciendo? —preguntó Olivia, a la que el viento le había alborotado tanto el pelo que apenas podía ver—. ¿No puede esperar a que cese este vendaval para reparar el mástil?

—Probablemente —reconoció Red encogiéndose de hombros—, pero ya que ha subido, mejor será que lo haga ahora.

El viento resopló y Olivia volvió a mirar a Phoenix. Gritó cuando a él se le escapó la cuerda y su cuerpo quedó colgando de la jarcia. Estaba suspendido en el aire; las ráfagas lo golpearon contra el mástil y empezó a resbalar hacia abajo. Incapaz de soportarlo, Olivia se giró y escondió el rostro en el torso de Red, aferrándose a la mugrienta camisa del marino. Era imposible que alguien sobreviviera a esa clase de sacudidas, el viento lo estaba lanzando contra el mástil una y otra vez.

—¡Maldito idiota! —exclamó contra el pecho del pirata mientras el resto de los marinos se ponían manos a la obra.

El miedo horrible e irracional que había clavado las garras con tanta violencia dentro de ella le torturaba la mente. Phoenix era un extraño al que había conocido apenas unas horas atrás. Pero habían compartido cierta intimidad. Él la había tocado de una manera que ella no conocía. La había hecho sentirse atrevida y salvaje. Viva...

Unas manos fuertes y cálidas la sujetaron por los hombros y le dieron media vuelta para aproximarla a una piel desnuda con sabor a sal.

—Tranquila, cariño. —La profunda voz de Phoenix se derritió en su oído, su aliento le acarició el cuello y su cabello flotó alrededor de los dos.

Olivia lo abrazó aliviada. Apretó los dedos en su espalda para acercarlo más.

—¡Eres un maldito idiota! —le riñó.

Él se rio.

—No maldigas, cariño. Estoy bien.

Olivia se apartó y le abofeteó el pecho tan fuerte que sintió cosquillas en la palma de la mano.

—¡No lo estarás cuando termine contigo! ¿Acaso estás loco? ¿Qué diablos estabas haciendo ahí arriba con este tiempo?

Entonces le vio el brazo sangrando por debajo de la cuerda que le había sujetado y salvado la vida.

—Oh... el brazo. —Tocó la herida con las manos y lo miró a los ojos.

—No es nada —dijo él sin darle la menor importancia mientras pasaba la mano por encima de la zona del torso que ella le había abofeteado.

Maggie también le echó un vistazo.

—Puedo preparar la tisana sanadora de mi abuela —se ofreció—. Tardará un poco en estar lista, pero hace milagros.

—Sí, prepara un poco. —Olivia volvió a mirar a Phoenix en cuanto su doncella desapareció—. Tengo una crema que puede ayudar. Vuelve al camarote conmigo y deja que te la ponga.

El azul de los ojos de Phoenix oscureció.

—Supongo que si me niego insistirás, o me apuntarás con la pistola o con alguna otra arma.

—Si es necesario, lo haré.

—Después de ti —accedió haciéndole una burlona media reverencia.

Olivia, que seguía sujetándose el corsé, se apresuró a bajar la escalera que conducía al camarote y deseó que su corazón dejase de latir tan rápido. Tenía el rostro impregnado del olor de Phoenix. Olía a sal y a especias, un olor muy masculino, a hombre trabajador y valiente, a Phoenix. Cada vez que cogía aire olía los restos de su perfume y de ese aroma.

Abrió la puerta de golpe y se acercó a uno de los baúles, dolorosamente consciente de que él estaba tras ella. Desordenó el contenido hasta encontrar el bote que contenía la pomada medicinal que estaba buscando; se puso en pie y dio media vuelta para atender al pirata que la había capturado. Él estaba de pie frente a la puerta mirándola intensamente y con los puños cerrados a ambos lados de su cuerpo. El camarote se encogió hasta que sólo quedaron Phoenix y ella y la poderosa atracción que existía entre los dos.

—Acércate —le pidió Olivia.

Él juntó las cejas y desvió la mirada hacia abajo. Olivia la siguió y descubrió que se le había separado el corsé y que él podía ver sus pechos al descubierto. Se apresuró a cubrirse, la vergüenza que la embargó apareció en sus mejillas. Él tenía el rostro adusto, el cuerpo inmóvil como una piedra, era la estatua de un dios hecha de carne y hueso.

Olivia le dio la espalda y dejó el bote encima del baúl, y después volvió a coger la camisa que él le había prestado antes.

—Si te pones la pomada en la...

Se quedó en silencio en cuanto él apareció a su lado.

No podía entender cómo era posible que un hombre del tamaño de Phoenix se moviese con tanto sigilo. Ahora estaba tras ella, tan cerca que podía sentir el calor que desprendía su piel y la calidez de su aliento, pues éste le rozaba frenéticamente la piel del hombro. Phoenix le arrebató la camisa de las manos y la lanzó al suelo. Sin decirle ni una palabra, cogió el bote y lo abrió para coger un poco de pomada con los dedos. Olivia lo miró sin moverse, aturdida por su proximidad, y vio que volvía a

dejar el bote y le agarraba las manos. Phoenix empezó a masajearle la crema en las marcas que le habían quedado en las muñecas; los movimientos del pirata eran firmes, aunque suaves y tiernos al mismo tiempo. Un gemido escapó de la garganta de Olivia sin previo aviso.

—Te gusta que te toque —susurró él con la voz ronca—, ¿no es así?

Incapaz de resistirse, Olivia levantó el rostro y lo miró a los ojos. Tragó antes de hablar.

—Me quema.

Phoenix asintió, comprendiendo perfectamente lo que quería decir.

—Ofréceme tus labios. —Su voz fue suave pero nadie negaría que era una orden.

Completamente hechizada por él, Olivia separó los labios y esperó a que los de él se acercasen. Tras el primer contacto, le fallaron las rodillas. Se habría caído si Phoenix no la hubiese abrazado y acercado a él. El sabor del pirata le saturaba los sentidos, su cuerpo se relajaba instintivamente al entrar en contacto con el de él. Phoenix movió la cabeza hasta que sus bocas encajaron a la perfección y el atormentado gemido que salió de la garganta de él al besarla hizo que a Olivia la cabeza le diese vueltas.

Con los brazos alrededor de su cintura, Phoenix la levantó del suelo y la llevó hasta la mesilla que había en una esquina. Apartó la silla de una patada y tumbó a Olivia en su superficie. Siguió sin dejar de besarla, acariciándole la lengua con la suya con movimientos largos.

Sebastian cogió los dos extremos del corsé y tiró de ellos junto con la camisola interior. Rompió ambas prendas, que cayeron por la cintura de Olivia. De inmediato, cubrió de besos los excitados pechos y atormentó los pezones; los pellizcó del modo que presintió que ella tanto necesitaba. El sexo de Olivia se humedeció por completo. Phoenix la estaba seduciendo, conquistando, poseyendo; era justo lo que ella quería que le hiciera, lo que había deseado desde el momento en que lo vio abordar su barco.

Gimió pegada a sus labios.

—¿Qué me estás haciendo?

—¿Qué me estás haciendo tú a mí? —contestó él al límite—. Apenas hace unas horas que te conozco y ya me has vuelto loco. —Le rozó el cuello con la nariz y se deslizó hacia sus pechos en medio de un camino de besos con la boca abierta—. Quiero devorarte, llenarte con mi polla, echarte a perder.

—Phoenix... —Olivia intentó esconderse de aquellas tórridas y desconocidas sensaciones, pero jamás podría escapar de él. El pirata la tenía prisionera, su torso la retenía contra la mesa y su cuerpo estaba entre las piernas de ella. Phoenix le succionó el pezón y lo lamió hambriento. La combinación entre las caricias de su lengua y la presión de sus dientes hizo que Olivia le sujetase por el pelo convulsivamente. Sin poder evitarlo, Olivia arqueó la espalda y movió las caderas en busca de la erección del pirata. El placer se propagó ardiente y exigente por sus venas. Aturdida, volvió a tumbarse en la mesa.

—No... —le ordenó él sin soltar el pecho que tenía en la boca—. No pares...

Movió la erección contra el cuerpo de ella y aflojó los labios en busca del otro pecho. Y Olivia gimió al notar que su cuerpo prendía fuego. Phoenix se apartó lo suficiente como para hacer a un lado la tela de la falda y abrirse paso. Le acarició el sexo desnudo y húmedo con una mano, y se detuvo.

Buscó la mirada de Olivia con la suya y deslizó un dedo por entre los labios de su deseo para separarlos. Rodeó y masajéó el lugar exacto que a Olivia le dolía tanto y consiguió que ella se desplomase en medio de gemidos de placer mientras su sexo empapaba la mano de él. Phoenix también gimió y la penetró con el dedo. Ella se quejó levemente, pero no dejó de mover las caderas como si éstas tuvieran voluntad propia y necesitasen ansiosas esa penetración.

—Estás tan caliente y apretada. —Deslizó el dedo hasta el último nudillo. Con la mano que tenía libre le levantó la pierna a Olivia hasta que apoyó la planta del pie en la superficie de la mesa. Entonces separó la rodilla hacia un lado y la abrió completamente para poder observar su belleza. Se quedó mirando cómo su dedo salía del sexo de ella y Olivia observó fascinada cómo Phoenix se acercaba la mano a los labios y lamía el dedo.

—Hummm. —Lo saboreó de manera muy sensual.

Phoenix le levantó la otra pierna del mismo modo y Olivia se sonrojó, consciente de la provocadora imagen que ofrecía. Tenía el vestido destrozado, los pechos al aire y empapados por sus besos, su sexo desnudo y mojado del placer que él le estaba haciendo sentir.

Phoenix colocó ambas manos entre las piernas de Olivia, con una le separó los labios vaginales y de la otra eligió un dedo para penetrarla de nuevo. Empezó a mover la mano hacia dentro y hacia fuera sin apartar la vista de lo que estaba haciendo ni un segundo. Olivia se sujetó de los extremos de la mesa y se mordió el labio inferior para ver si así lograba estar en silencio. Tenía ganas de gemir, de sollozar. Lo que estaba sintiendo era tan maravilloso que apenas podía soportarlo. La tensión iba en aumento, se concentraba en su estómago y se propagaba por sus venas. Su mente no lo entendía, pero su cuerpo sí, y ella levantaba las caderas en busca de la mano de Phoenix.

Estaba tan húmeda, tan excitada, lo deseaba tanto que Olivia podía oír los sonidos que salían de su entrepierna al intentar capturar el dedo del pirata. Y de repente la sensación aumentó y él la penetró con dos dedos, los empapó de los jugos de Olivia, los empujó hacia dentro y hacia fuera. Olivia dejó de morderse el labio y gritó cuando su cuerpo se estremeció.

—Por favor... —le suplicó, aunque no sabía exactamente qué necesitaba.

—¿Te gusta, no? —le preguntó él apretando los dientes—. Sentirme dentro de ti. Te gustaría que fuera mi polla, ¿verdad, cariño? Llenaría el vacío que mis dedos no pueden llenar.

Los intensos ojos azules de Phoenix seguían fijos en la parte del cuerpo de Olivia que estaba marcando como suya. Él movía los dedos despacio, consciente de que seguía incrementando su tormento. Se lamió los labios y dejó que ella adivinase lo que pretendía hacer a continuación.

—No —Olivia susurró su queja.

—No vas a negarme esto —sentenció él—. Tengo que saborear el cielo un instante antes de dejarte ir.

Olivia sabía que lo apropiado sería detenerlo, empujarlo, pero no podía negarle nada si la miraba de esa manera. Se apoyó sobre los antebrazos y lo miró mientras él descendía los labios y deslizaba la lengua por entre los pétalos de su sexo.

Clavó las caderas en la mesa. Era una sensación horrible y maravillosa, pecaminosa. Y le gustaba mucho, muchísimo como la hacía sentirse, le gustaba verlo tan concentrado en ella. La lengua de Phoenix le lamía el sexo con destreza, de un modo que lograba al mismo tiempo tranquilizarla y excitarla. Olivia separó más las piernas y levantó la parte inferior de su cuerpo en busca de la boca de Phoenix; se sentía tan vacía como él la había descrito, a pesar de que seguía poseyéndola con los dedos. Le daba miedo que él pareciera saber con tanta certeza lo que ella necesitaba; Phoenix mantenía la lengua firme y no dejaba de lamer el origen de su tormento, la fuente de su placer. Él se puso de rodillas para poder concentrar todos sus esfuerzos en volverla loca de placer. Deslizó la lengua más y más hacia adentro: sonidos de placer salían sin cesar por entre sus labios y le acariciaban la piel a Olivia, hasta que ella no pudo soportarlo más. Phoenix movió los dedos con más rapidez, la lamió con más intensidad, los gemidos de placer del pirata aumentaron de volumen...

Olivia gritó al llegar el orgasmo, su cuerpo entero se tensó encima de la mesa y se estremeció al alcanzar el éxtasis pegada a la boca de él.

Sebastian se quedó entre las piernas de Olivia, apartó el dedo del interior de ella y lo sustituyó por la lengua hasta que oyó que recuperaba la respiración. Entonces se puso en pie y la cubrió con su cuerpo.

—Phoenix...

La levantó y la acercó a él, tenso y completamente empapado de sudor. Olivia sabía que él no había sentido el estallido de placer que le había causado en ella.

—Dime qué puedo hacer —le suplicó pegada a su cuello—. Dime cómo darte placer.

—Lo has hecho —confesó emocionado en un suspiro—. Sentir que te corrías en mi boca ha sido... una experiencia única, amor.

—Quiero...

—Ya sé lo que quieres —la interrumpió secamente.

—Por favor. Quiero darte placer.

—No.

Ella cerró los ojos y dejó caer la cabeza a un lado, lejos de la boca de Phoenix.

—No me quieres... de esa manera.

—Mírame. —Phoenix le sujetó el rostro entre sus grandes manos y la obligó a mirarlo. Los fieros ojos azules se clavaron en ella—. No es que no te quiera, es que quiero lo mejor para ti. Y no soy yo.

A Olivia le escocieron los ojos, estaba alterada y confusa.

—Yo sólo quiero darte placer.

—Me estás pidiendo que tenga más autocontrol del que soy capaz.

Ella le inspeccionó el rostro, duro, austero y apasionado. En sus ojos brillaba algo extraño, una especie de ternura que le llegó al corazón. Le pasó los dedos por los labios y él depositó un beso urgente en las yemas. Pasó las manos hacia atrás y le colocó el pelo alrededor de las facciones.

—Eres el hombre más atractivo que he visto nunca. Quiero tocarte por todas partes, quiero besar todo tu cuerpo, quiero hacerte enloquecer por mí...

—Olivia. —Fue apenas un susurro y cerró los ojos al soltar el aliento—. Maldita seas.

Phoenix se puso en pie y se desabrochó la trabilla del pantalón tan rápido que ella no pudo verlo. Se inclinó encima y la dejó sentirlo, duro y excitado, encima de los labios de su sexo. Ella se estremeció y su cuerpo poco a poco fue volviendo a la vida.

—Abrázame fuerte.

—Sí... —Se sujetó a él como si se estuviese ahogando y fuese su tabla de salvación.

Entonces Phoenix dibujó un círculo con las caderas, y su miembro se deslizó con suavidad por entre los húmedos labios de Olivia. Ella se tensó a la espera de la punzada de dolor, pero ésta no llegó. El pirata empezó a moverse encima, marcó un ritmo infernal con las caderas y ella no tuvo más remedio que seguirlo. El miembro de él estaba duro y quemaba encima de su piel más íntima, los testículos golpeaban la entrada de su cuerpo... pero no consumó el acto, como Olivia tanto ansiaba.

—Rodéame con las piernas —le pidió Phoenix sin aliento—. Muévete conmigo..., sí... —Le quemaba la piel donde ella lo tocaba y el aire entraba y salía con dificultad de sus pulmones.

Sentir el peso de Phoenix encima de ella moviéndose tan desesperado reavivó su anhelo. Ansiosa por sentir de nuevo aquel placer tan intenso, se movió debajo de él, le clavó las uñas en la espalda y se dejó caer por el precipicio. Gritó al notar el estallido, y entonces Phoenix se tensó y quedó duro como el mármol encima de ella. Un líquido ardiente le cubrió el estómago a ráfagas.

Él gritó su nombre, estremeciéndose en sus brazos.

Sebastian escondió el rostro en el hueco del cuello de Olivia y se maldijo por ser un crápula sin

corazón. Él siempre se había enorgullecido de su fuerte autocontrol, pero hoy había carecido de él por completo. Desde el momento en que la vio en la cubierta del *Seawitch*, desafiándolo con el mentón en alto y con una espada demasiado pesada para ella en la mano, quedó cautivado. Y a medida que había ido avanzando el día se había sentido más y más fascinado con ella. Su belleza de por sí era irresistible, pero el fuego, la pasión... Intentar no tocarla era como intentar no respirar.

Olivia se había preocupado por sus heridas, quería curárselas; nunca nadie se había preocupado así por él. Y él se lo había pagado mirando sus pechos desnudos con lujuria, arrancándole la camisa con la que ella iba a cubrirse. Olivia quería que la tocara, se moría por ello, pero tendría que haber pensado en el bien de ella e irse de allí. Jamás podría ser la clase de marido que ella se merecía. Y a pesar de todo le había separado las piernas y la había devorado como si estuviese hambriento, mancillándola con sus caricias.

Y maldito fuera si no quería volver a hacerlo. Ahora mismo.

Sebastian se apoyó en sus antebrazos y miró el bello rostro de Olivia, sonrojado por la pasión. Estuvo a punto de preguntarle si estaba bien, pero el brillo que vio en sus ojos le respondió antes de que pudiera hacerlo. Probablemente él tenía la misma mirada.

Le dio un beso firme y breve en los labios y la soltó. Olivia era fuego y deseo, una mujer apasionada que a pesar de su inocencia le había complacido más allá de lo que podía soportar. No era retorcida ni había aprendido a fingir ni a ocultar o falsear sus reacciones. Sebastian se había sentido deseado, necesitado, de un modo que nunca antes le había hecho sentir nadie.

Desvió la mirada hacia el estómago de ella y al ver que estaba pegajoso y resplandeciente por su semen le embargó un instinto posesivo sobrecogedor. Quería marcarla por todas partes, dejar claro que era suya, que le pertenecía y que ningún otro hombre podía acercársele. Los ojos confusos de Olivia no dejaban de seguirle con tanta ternura que Sebastian no podía respirar. El modo en que ella lo miraba, el pánico más que evidente que había sentido al verlo arreglar el mástil... ¿Cuándo había sido la última vez que alguien se había preocupado por él? Hacía tanto tiempo que no podía recordarlo. Lo único que había impedido que destrozase del todo la reputación de Olivia era lo agradecido que se sentía por el cariño que ella le había profesado.

A Sebastian le dolía pensar que tenía que llevar a Olivia de regreso con su padre y deseaba con todas sus fuerzas protegerla y mantenerla lo más lejos posible de los errores que había cometido en el pasado y que ahora impedían que estuvieran juntos. Él nunca se había arrepentido de nada de lo que había hecho. Y ahora se arrepentía de todo.

—Te ofrecería que te dieras un baño —murmuró ella—, pero seguro que el agua está fría.

Miró el pequeño barreño y sonrió.

—Estará perfecta. Gracias.

Cogió una toalla del aparador y la mojó en el agua. Después se acercó a ella y le limpió los rastros de su lujuria; su pene volvió a endurecerse y a ella se le excitaron los pezones. Olivia era diminuta comparada con él, pequeña, dulce y con las curvas perfectas. Y él se había comportado como un animal salvaje.

Maldiciendo en silencio, Sebastian se apartó de aquella mujer que no dejaba de excitarlo y se quitó los pantalones con rapidez. Resopló por entre los dientes al meterse en el agua fría. Miró a su esposa y contuvo una sonrisa al ver que ella bajaba de la mesa y desviaba avergonzada la mirada hacia la pared.

—¿No sientes curiosidad por ver la parte de mi cuerpo que te ha dado tanto placer? —le preguntó Sebastian.

Ella se sonrojó, mantuvo la mirada apartada y se acercó a los baúles cubriéndose los pechos

con los retales del vestido. Estaba bellísima y todo el cuerpo de Sebastian se moría por volver a tocarla, pero se agachó dentro del agua y esperó a que el frío le enfriase la sangre. El que el padre de Olivia se hubiese ocupado de transportar agua dulce para que su hija pudiese bañarse dejaba claro lo mucho que se preocupaba por ella.

Le sorprendió ver que Olivia le colocaba una pastilla de jabón de vainilla por estrenar en la mano. La delicada barra olía a bergamota y a especias claramente masculinas.

—¿Por qué tienes un jabón de hombre? —le preguntó enfadado.

Maldita sea. ¡Estaba celoso!

Parte del letargo posterior al sexo se esfumó de los ojos de ella.

—Es el preferido de mi padre. No notará que le falta una. —Se dio media vuelta, pero Sebastian tuvo tiempo de ver el dolor que le había causado.

Estuvo a punto de disculparse, pero entonces reconsideró su postura y llegó a la conclusión de que era mejor que Olivia no sintiese nada por él, algo que probablemente se daría después de la pasión tan intensa que habían compartido. Tenía que distanciarse de ella, por el bien de ambos. Al parecer él también empezaba a sentir algo más que afecto por ella, por su esposa, y eso sí que era realmente peligroso.

Se apresuró a bañarse y se vistió en silencio con el objetivo de huir cuanto antes de los sentimientos que Olivia le estaba despertando. Sin embargo, antes de salir se detuvo un instante en la puerta del camarote.

—Mandaré a unos marinos para que vacíen el agua y ordenaré que calienten más para ti. Por lo que más quieras, no les dispaes. Tardarán un tiempo en...

—Lo entiendo. Gracias. —Seguía sumamente concentrada en ordenar el contenido de uno de sus baúles.

Sebastian clavó la mirada en los hombros tensos de Olivia y no pudo evitar que aquellos sentimientos volviesen a retorcerse en su interior. Apretó la mandíbula para no ofrecerle las palabras de consuelo que tanto necesitaba y se merecía oír. Apenas unos minutos atrás habían compartido un acto muy íntimo que había empezado a unirlos para siempre, y ahora se comportaban como dos extraños. Ese distanciamiento, en vez de tranquilizarlo, le desgarraba profundamente.

Triste y abatido, se fue sin decirle nada, y al cerrar la puerta tras él tuvo el horrible presentimiento de que ya no había vuelta atrás.

Olivia se despertó al notar la brisa en su rostro. A juzgar por la vista que se colaba por la ventana, el barco había izado las velas. Miró a su alrededor y se descubrió sola en el dormitorio. Phoenix no había vuelto la noche anterior y al parecer tampoco lo había hecho después de que ella se quedase dormida.

Sonó un golpe en la puerta y el corazón se puso a palpar. Corrió a abrirla, impaciente por ver a Phoenix, pero en su lugar se encontró con Maggie. La doncella entró con una sonrisa de oreja a oreja, ajena a la decepción de su señora.

Olivia intentó morderse la lengua, pero al final la curiosidad pudo más que ella.

—¿Has visto al capitán Phoenix esta mañana?

—Sí —contestó Maggie, contenta—. A primera hora, antes de que se fuese al *Seawitch*. Estamos yendo hacia nuestro destino, milady. La tripulación me ha dicho que llegaremos a Barbados dentro de unos cuantos días.

El *Seawitch*. A Olivia le dio un vuelco el corazón. Era dolorosamente obvio que Phoenix se

había instalado en el barco de su padre para estar lejos de ella. Le ardió la cara de vergüenza. Seguro que pensaba que era una descarada de la peor clase. ¿Y acaso no era verdad?

Abatida, sacudió la cabeza. El deseo le había hecho ser una inconsciente, y era evidente que el pirata no sentía lo mismo por ella. Al menos había tenido el detalle de no arrebatarse la virginidad, algo que demostraba que no tenía ningunas ganas de que ella fuese su esposa. La acompañaría a Inglaterra, conseguiría la nulidad del matrimonio y después volvería a alta mar. Ella, sin embargo, se pasaría los días echando de menos a un marido que al principio no había querido y que ahora no podía evitar desear.

Olivia se pasó los tres días que tardaron en llegar a las Barbados encerrada en el camarote de Phoenix. Estaba aburrida y se ponía a llorar cada vez que recordaba lo atrevida que había sido con él, así que al final optó por curiosear y distraerse un poco. Escudriñó los cajones, el escritorio, los armarios, y descubrió un montón de cartas atadas con un lazo procedentes del marqués de Dunsmore y dirigidas a Sebastian Blake. Encontró documentos legales que llevaban el sello de Sebastian y órdenes de busca con su alias de pirata. Ella ya lo sospechaba, evidentemente; si no se habría atrevido a estar con él de esa manera. Cuando esos tres días llegaron a su fin, ya no le quedaba la menor duda.

Estaba casada con un pirata. Y le gustaba.

Ahora tenía que averiguar cómo quedarse con él para siempre.



Sebastian esperó a Olivia al final de la pasarela de desembarco con vergonzosa impaciencia. Llevaba dos semanas sin verla y éstas le habían parecido demasiado largas. Antes de instalarse en el *Seawitch* le ordenó a Will que se encargase de buscarle alojamiento a Olivia en cuanto atracasen, pues estaba convencido de que estaría impaciente por dormir en una cama normal después de haber pasado tantas noches en una hamaca. Con toda probabilidad estaría exhausta. Él lo estaba, se había pasado esos días ocupando el camarote de Olivia del *Seawitch*, con cortinas de terciopelo y cama con dosel .

Las noches habían sido una tortura, pues las sábanas de seda estaban impregnadas del perfume de Olivia, que le hacía arder las venas. Se había pasado horas soñando con ella desnuda y lista para recibirlo, se había imaginado penetrándola hasta lo más profundo mientras le lamía un pezón y mordía su pecho.

Las ganas que tenía de follar le habían obligado a acudir al puerto en busca de una prostituta. Al final encontró a varias, tocó a unas cuantas, besó a un par y se fue sin hacer nada. Ni siquiera la mejor de las cortesanas podía besarlo como Olivia. Ella le había besado como si fuera a morir si no lo tenía.

En resumen, estaba loco por ella, completamente enamorado.

Sebastian echó los hombros hacia atrás para ver si así se le aflojaban un poco. Se frotó la nuca y miró hacia el hostel dando gracias por el bastón que llevaba. Así no cayó de rodillas al suelo cuando vio aparecer a su esposa.

Fue como si el pueblo entero quedase petrificado: los sonidos se perdieron en la oscuridad hasta que lo único que persistió fueron los graznidos de las gaviotas. La multitud se separó y dejó paso a la belleza dorada de Olivia para que pudiera acercarse a él. Llevaba el pelo recogido en lo alto de la cabeza; no era un moño complicado, pero sí de una simplicidad perfectamente estudiada. El vestido de seda color gris topo que llevaba resplandecía bajo los rayos de sol y parecía líquido. La tela le resaltaba los pechos y la cintura, y su piel pálida era sencillamente perfecta. Olivia completaba el atuendo con un sombrero de ala ancha decorado con plumas que le ocultaba casi la totalidad del rostro, pero dejaba al descubierto esos labios rojos que le habían echado a perder para cualquier otra mujer. Sebastian no podía hablar ni respirar, y se excitó sin remedio al verla. Olivia era un diamante de primera clase, y durante un instante fue su diamante.

Por primera vez en la vida, Sebastian quiso darle las gracias a su padre.

A lo largo de las últimas noches, incapaz de dormir por culpa de sus pensamientos, intentó analizar la situación en la que ambos se encontraban. Olivia quería seguir casada con él, siempre que pudiera demostrarle que era quien decía ser. Tenía que reconocer que una unión así sería sumamente ventajosa para ambos. Pero ella se merecía a alguien mejor, eso estaba claro, y él mismo se lo había dicho. Pero si insistía en quedarse a su lado, ¿qué clase de idiota sería si la echara? No era ningún idiota. Temerario y egoísta tal vez, pero no idiota.

La visión que era su esposa se detuvo frente a él y para su sorpresa le hizo una reverencia tan exagerada que si no hubiese llevado ese sombrero la frente habría rozado el suelo. Sebastian frunció

el cejo preocupado. «¿Qué diablos está haciendo?».

—Milord —murmuró ella respetuosa.

El pueblo volvió a bullir de actividad de repente.

Sebastian alargó una mano y tiró de Olivia para ponerla en pie. Ella seguía ocultándole los ojos con el sombrero a pesar de que el gesto recatado no encajaba para nada con su carácter atrevido. Sebastian quería, con toda su alma, ver esos preciosos ojos y el bello rostro que los acompañaba. Furioso por su comportamiento, le habló apresuradamente.

—¿Qué te pasa?

Aunque pareciera imposible, Olivia agachó todavía más la cabeza hasta que lo único que quedó en la línea de visión de Sebastian fue ese ridículo sombrero.

—Mis disculpas si he vuelto a molestarlo, milord, no pretendía ofenderle.

«¿Volver a molestarme? ¿De qué diablos está hablando?»

Sebastian la sujetó por un codo y tiró de ella hacia la pasarela. No la soltó hasta que llegaron al camarote del *Seawitch*, la empujó hacia dentro y cerró la puerta de un portazo. Estaba tan enfadado con ese maldito sombrero que se lo quitó y lo lanzó a un lado. El precioso rostro de Olivia apareció ante sus ojos, igual que sus lágrimas. Sebastian se sintió mal de inmediato. Era un crápula.

—¿Qué te pasa? —le preguntó abrazándola. Olivia se mantuvo tensa unos segundos antes de derretirse en ellos.

—Estás enfadado conmigo.

—No —afirmó él acariciándole la espalda—. Estoy confuso.

Ella hundió el rostro en su torso y lloró desconsolada.

—Crees que soy una descarada.

Sebastian siguió estando confuso, pero sus labios esbozaron una sonrisa.

—Tal vez un poco.

Olivia lloró más.

—Pero me gusta —se apresuró a añadir él.

—¡No es verdad! —exclamó Olivia a pesar de que el torso de él amortiguaba la voz—. Me dejaste en tu barco para que no volviera a lanzarme encima de ti. Y no lo haré. Nunca más. Te lo prometo.

«¡Ah!», Sebastian sonrió como un idiota.

Mantuvo la voz baja y suave al contestarle.

—Habría vuelto a seducirte, Olivia, si no hubiese puesto el océano de por medio. Tú estabas demasiado alterada; tu barco había sido abordado, te habían capturado y acababas de descubrir que tu esposo es un criminal. Habría sido muy deshonroso de mi parte que me hubiese aprovechado de ti en esas circunstancias. Bastante malo fue lo que hicimos.

Ella forcejó para soltarse y lo fulminó con la mirada.

—¡Tú no eres un hombre honorable! Tú mismo lo dijiste. Te negaste a casarte con una mujer con la que te encontraron en circunstancias comprometidas, y sin embargo dejas virgen a la que ya es tu esposa. —Dio una patada al suelo—. ¡No soy ninguna idiota! Dime la verdad.

—¿La verdad? —Arqueó una ceja—. Como gustes, cariño. La verdad es que te deseo desesperadamente. Quiero poseerte, quiero tener tu cuerpo bajo el mío, cabalgarte hasta que no puedas moverte. Quiero arrebatarte tu preciosa virginidad y echarte a perder para cualquier otro hombre. Quiero oírte gemir mi nombre mientras te corres al sentir mi polla dentro de ti. Quiero llenarte de mí una y otra vez hasta que no puedas pensar en nada excepto en el placer que sólo yo puedo darte.

Olivia abrió los ojos de par en par y se humedeció los labios.

—Cielo santo.

—¿Cielo? —repitió él con un susurro— Sí, supongo que será como estar allí.

—Tienes derecho a... a hacerme todas esas cosas... si de verdad lo deseas. Soy tu esposa.

Sebastian se cruzó de brazos.

—¿Ahora estás convencida de que lo soy? —Contuvo una sonrisa. Él había deseado que ella sintiera curiosidad por él.

—Sí, estoy convencida —reconoció con la cabeza bien alta.

—Has curioseado mis cosas.

Olivia asintió.

—¿Y qué opinas de este cambio en los acontecimientos?

Olivia se cogió las manos y respiró tan profundamente que sus pechos amenazaron con escaparse del corsé. A Sebastian se le hizo la boca agua y el deseo y la lujuria se asentaron pesadamente en su entrepierna. Tal vez cuando ese ardor hubiera menguado se sentiría culpable por haber poseído a su esposa, pero de momento no podía pensar en ello. No podía pensar en nada.

—Creo que es buena señal que te guste que sea atrevida porque he decidido serlo mucho más. —Cogió aire—. Quiero que me seduzcas ahora mismo. Conviérteme en tu esposa de verdad, así no podrás dejarme de lado cuando volvamos a Inglaterra.

El corazón de Sebastian se detuvo o, mejor dicho, se desplomó hasta su erección y allí empezó a latir violentamente.

—¿Por qué? —le preguntó, ansioso por oírle decir que lo deseaba hasta el extremo de renunciar a su buena reputación—. ¿Tan decidida estás a obedecer a tu padre? A juzgar por lo que he visto, eres la niña de sus ojos, seguro que cree que nunca has roto un plato.

—¡Nunca he roto un plato! —se defendió—. Lo cree todo el mundo, no sólo mi padre.

Sebastian se mordió la lengua, sorprendido por la vehemencia de aquella mujer. Tenía los nudillos blancos de lo fuerte que estaba apretando las manos cuando volvió a hablar.

—Mi madre murió al darme a luz. ¿Cómo puedo negarle nada a mi padre si por mi culpa perdió todo lo que le importaba?

—Entiendo.

No debería importarle el motivo por el que Olivia quería seguir casada con él. Para empezar, él ni siquiera quería estar casado y no tenía nada que ofrecerle a su esposa. Pero se le anudó el estómago y un sudor frío le empapó la frente.

—Entonces estás dispuesta a seguir los dictados de tu padre, sean los que sean, incluso si te obliga a casarte con un desconocido, sólo para hacerle feliz.

Los ojos de Olivia le quemaron.

—Sí, me casé contigo porque mi padre me lo pidió, pero ése no es el motivo por el que quiero ser tu esposa. Ahora sólo pienso en mí misma y en mis deseos.

Sebastian se quedó petrificado. Le dolía todo el cuerpo, estaba atrapado en la red de seda que Olivia había tejido a su alrededor y era incapaz de escapar del placer que ella le hacía sentir. Tomó la decisión sin pensar, sólo sintió.

Olivia le estaba ofreciendo todo lo que cualquier hombre podía desear: una familia, alguien que se preocuparía de él y que le echaría de menos cuando no estuviera, un hogar al que regresar, un cuerpo apasionado en el que perderse, una belleza a la que adorar y una fuerza y un espíritu al que cuidar. Él había desechado esos tesoros durante años, se dijo a sí mismo que sólo necesitaba su ingenio para sobrevivir. Jamás se había permitido desear algo que no pudiese tener por méritos

propios. Hasta que apareció Olivia y le prometió una felicidad que él sin duda no se merecía. Pero Sebastian, siendo un egoísta como era, no fue capaz de rechazarla.

—¿Y qué es lo que deseas? —le preguntó susurrando con la voz ronca.

—¡Oh! —Se soltó las manos y corrió hacia la ventana con la espalda rígida—. Vete, Merrick. Ya me he humillado lo suficiente para toda la vida.

Sebastian se quitó la casaca y el chaleco y se pasó la camisa por la cabeza.

—Vete, milord —le dijo taxativa sin verlo.

—No. —Sebastian se sentó en el borde de la cama y se quitó una bota. Ella se dio media vuelta cuando ésta golpeó el suelo.

—¿Qu... qué es... estás haciendo? —farfulló.

—Me estoy desnudando —le contestó—. La ropa molesta para hacer el amor. —Se quitó la otra bota y los calcetines. Se puso en pie y se soltó el pantalón; su erección respiró aliviada al salir de su confinamiento.

Olivia se quedó boquiabierta.

—¡Dios mío!

La polla de Sebastian era enorme. Dios santo.

—Eso —lo señaló con un dedo— no va a caber.

A pesar de las mariposas que revoloteaban asustadas en su estómago, Olivia también sintió un potente e intenso deseo. Ese atractivo pirata le causaba el mismo efecto cada vez que lo veía. Olivia no podía negar que le resultaba muy excitante saber que causaba esas reacciones en él. Al parecer, su carácter atrevido no le resultaba del todo desagradable, y cuando lo comprendió se sintió profundamente aliviada.

La resplandeciente mirada azul de Sebastian brilló divertida, y al esbozar una sonrisa apareció el hoyuelo.

—Gracias, cariño. Acabas de hacerme el mayor cumplido que una mujer puede hacer a su hombre.

Olivia se detuvo en seco. Su hombre. Su esposo. Suyo.

Quería más de él, quería pasarse la vida entera con él. Sebastian Blake, fugitivo, pirata, marqués, podía hacer realidad todas las fantasías de Olivia. Las dudas se disiparon por completo.

Él era impresionante. Estaba desnudo y frente a ella, y era sencillamente perfecto. Los músculos le temblaban de deseo y la erección se erguía orgullosa y le hacía la boca agua.

Apartó la mirada de su pene y buscó los intensos ojos azules.

—¿Te quedas conmigo, entonces?

—Será todo un placer, ya que al parecer tú estás decidida a quedarte conmigo. —La miró con ternura—. No te preocupes por el tamaño —la tranquilizó—, me aseguraré de que estés húmeda y ansiosa antes de entrar, cariño. Estarás tan excitada y tendrás tantas ganas de sentir mi miembro dentro de ti que será como cortar mantequilla con un cuchillo caliente. Te derretirás.

Notó que se le humedecía la entrepierna.

—Tu voz es increíble —susurró—. Mi cerebro deja de funcionar cuando te oigo hablar.

—Olivia...

—Suéltate el pelo —lo interrumpió—. Me gusta que lo lleves suelto.

Sebastian se acercó a ella mientras tiraba del cuero que le retenía la coleta. Su pelo no era tan largo como el de Olivia, pero le cubría los omoplatos, y al caminar los mechones negros se

depositaron sobre sus anchos hombros. Parecía un dios pagano, tenía el torso bronceado por el sol y había sido esculpido para dar placer.

Para darle placer a ella.

—No soy el mejor marido que podrías tener —le advirtió—. No soy el mejor en nada para ti.

—Eres un tesoro. —Olivia dio insegura un paso hacia él—. Tal como eres.

Sebastian le tendió una mano y ella se lanzó a sus brazos. Le rodeó el cuello y tiró del rostro sonriente de él para besarlo.

La cálida boca de Sebastian la acarició con la suavidad de una pluma. Olivia intentó acercarlo más, profundizar el beso, pero no lo consiguió; él tenía mucha más fuerza que ella.

—Vamos a viajar juntos durante semanas —le recordó él con ternura—. Tienes todo el tiempo del mundo. No hace falta que me devores ahora mismo.

Olivia comprendió entonces en qué consistían exactamente las armas de mujer y se atrevió a ponerlas en práctica sobre aquel hombre tan impresionante.

—Eres mío, milord, y puedo hacer contigo lo que me plazca.

Sebastian apretó los brazos alrededor de ella y respiró entre los dientes como si lo hubiera quemado. Ella le acarició la mejilla sin dejar de mirarlo.

—Nadie te ha reclamado hasta ahora —murmuró adivinando su reacción, y se preguntó qué le había pasado para convertirse en lo que era: un hombre buscado por la justicia. Debería darle miedo unir su destino al de él, pero lo único que sentía Olivia era asombro—. Yo me siento orgullosa de que me pertenezcas.

Su marido la recompensó con un beso abrumador, le sujetó las nalgas con las manos y la atrajo hacia su fuerte erección. La soltó demasiado rápido y caminó alrededor de ella excitándola simplemente con el calor de su mirada. Y entonces se detuvo en su espalda, en silencio; lo único que podía oírse en el camarote eran sus respiraciones entrecortadas.

Olivia esperó. Esperó a que él se moviera, a que la tocara, a que sucediera cualquier cosa. Justo antes de ceder a la frustración y darse media vuelta notó las manos de Sebastian en las cintas del vestido. Dejó de respirar y se estremeció al notar el tacto de sus dedos; unos dedos que habían estado dentro de ella, acariciándola hasta llevarla al orgasmo. Con un suave beso en el hombro y un movimiento de brazos, Sebastian dejó caer el vestido de Olivia en el suelo.

Durante un segundo, sólo un segundo, Olivia sintió celos al comprobar la práctica que tenía en desabrochar vestidos, pero los celos se desvanecieron y pasó a sentirse aliviada. Estaba en buenas manos, en las mejores. Unas manos que conocían hasta el último secreto del cuerpo femenino y los lugares que le darían más placer.

Con infinita lentitud, esas manos se deslizaron hasta sus pechos, bajaron por la cintura y se detuvieron en el ápice de sus piernas. Arremangaron la tela transparente de la camisola, acariciándole suavemente el sexo con los dedos a media que la prenda iba subiendo por los muslos centímetro a centímetro.

El firme torso de su esposo le presionaba la espalda y los hombros la protegían. El calor de Sebastian la consumía, su aliento latía entrecortado junto a su oreja. Él poseía una fuerza extraordinaria y era mucho más grande que ella. A su lado, Olivia parecía un duende y, sin embargo, no estaba asustada. Ver que Sebastian era tan fuerte y al mismo tiempo capaz de tratarla con tanta ternura la tranquilizaba. Una caricia, un roce, los dedos ásperos le acariciaron el sexo hasta que se derritió con ellos y gimió de placer. Los pechos empezaron a pesarle, la humedad del deseo resbaló por el interior de sus muslos.

Justo cuando creía que iban a fallarle las rodillas, esas manos subieron hasta su torso y le

acariciaron los pechos antes de quitarle la camisa por la cabeza. Olivia buscó apoyo en los pectorales de Sebastian y le fascinó notarlos desnudos. Él apenas la había tocado, pero ella ya estaba al borde del mismo precipicio que antes. La risa ronca de Sebastian le acarició el oído. Él sabía perfectamente lo que le estaba haciendo.

—Quiero mirarte —susurró Sebastian deslizando la lengua por el lóbulo de la oreja de Olivia antes de darle media vuelta.

Se obligó a estar quieta mientras los increíbles ojos azules la recorrían de la cabeza a los pies. Él levantó las manos y las colocó en los hombros de ella para después deslizarlas por los brazos y erizar la piel que encontraban a su paso. Entrelazó los dedos con los de su esposa y tiró de ella.

—Eres hermosa —susurró antes de darle un cariñoso beso en la frente—. Eres la criatura más bella que he visto nunca.

Le soltó las manos y volvió a subir las suyas por los laterales hasta —«¡por fin!»— tocarle los pechos. Olivia gimió y se rindió a la seducción de su esposo. Sabía que su pirata iba a ser así, decidido e intenso, peligroso y atrevido, y que le saturaría los sentidos con sus caricias, su voz, su cercanía.

Sebastian le pellizcó los pezones y tiró de ellos antes de agachar la cabeza y lamerlos.

—Mírame —le ordenó.

Olivia se obligó a enfrentarse a sus ojos y le reconfortó ver el anhelo que ardía en ellos. Se humedeció nerviosa el labio inferior y Sebastian gimió antes de devorarla con la boca. La lengua entró y se movió con fuerza en su boca, explicándole qué sucedería después. Una mano le acarició el pecho mientras que con la otra le cogía la muñeca para colocarla sobre su erección.

Ella se sorprendió al sentir el tacto sedoso y ardiente vibrando en la palma de su mano. No era lo que había esperado: más suave y delicada que la seda y sin embargo quemaba, llena de vida. Se preguntó qué sentiría cuando la tuviera dentro. ¿Le daría calor? ¿Sentiría sus suaves caricias? Olivia se estremeció ansiosa sólo de pensarlo. Pasara lo que pasase, sabía con absoluta certeza que sentiría placer. Todo lo de su esposo la complacía.

Los dedos de Sebastian cubrieron los de ella y le enseñaron a mover la mano por la dura erección, un ritmo frenético que pronto consiguió que él temblase pegado a ella. Cuando Olivia le cogió el truco, Sebastian deslizó su mano entre las piernas de ella.

De repente estaba en todas partes, en su boca, encima de su pecho, dentro de su sexo. Era demasiado, y al mismo tiempo no era suficiente. Ella quería...

—Más —le suplicó.

Él sonrió junto a sus labios.

—Sirena. Te he encontrado en el mar y me has hechizado para que me case contigo.

Olivia se apartó y le soltó la erección.

Él deslizó otro dedo dentro del cuerpo de ella y la atrapó. Olivia fue incapaz de dar un paso más.

—No me estoy quejando —le aseguró con un susurro seductor.

La rodeó por la cintura con un brazo, la levantó del suelo y, sin sacar los dedos del interior de su cuerpo, la llevó a la cama. Se colocó de espaldas para tumbarse primero y para que ella quedase encima, arropándolo, con la mano de él entre los dos y los dedos acariciándola por dentro. Olivia cerró los ojos, gimió, su cuerpo se apretó alrededor de la agradable posesión de Sebastian. Desesperada, se movió en busca de la mano de él.

La sangre de Olivia circulaba como un jarabe espeso por sus venas y le había cubierto la piel de sudor. Dejó caer la cabeza encima del torso de él y notó que el pezón del pectoral le rozaba la

mejilla. Ladeó el rostro y lo capturó con los labios para succionarlo igual que había hecho él con los de ella. La respiración de Sebastian se detuvo un segundo y todo su cuerpo se endureció. Olivia buscó entonces el miembro y empezó a acariciarle como le había enseñado. Se sentía atrevida y deseada, en sus brazos era una mujer salvaje. Movi6 las caderas y consiguió que los dedos la penetrasen más profundamente.

—Ya está —le pidió moviéndose para que Olivia quedase debajo. Sebastian le separó las piernas, que todavía llevaban las medias, con las suyas. Se detuvo, el vello de su torso le hizo unas dolorosas cosquillas en los pechos. Sacó con cuidado los dedos del interior de ella y extendió el líquido que los cubría alrededor de la entrada de su sexo. Después los dirigió hacia arriba y acarició el punto que más le dolía, haciéndola estremecer y suplicar:

—Sebastian...

Hundi6 el rostro en el hueco del cuello de ella.

—Di mi nombre otra vez.

—Sebastian..., ayúdame..., estoy ardiendo...

—Sí, amor mío —la tranquilizó y movió los dedos más deprisa—. Arde por mí.

Olivia arqueó la espalda, abrió los ojos, estaba al borde del precipicio..., tan cerca..., tan cerca...

Soltó una maldición cuando él apartó la mano de su sexo y la colocó en su rodilla.

—Paciencia —murmuró Sebastian con la voz ronca—. Te daré lo que necesitas.

Le movió las piernas para que quedasen alrededor de su cintura y el calor de su erección acarició la entrada del cuerpo de Olivia. Los ojos de él estaban fijos en los de ella y tenía la frente empapada de sudor. Bajó la cabeza y farfulló:

—Lo siento, amor.

Y entonces la penetró fuerte y profundamente.

Olivia se mordió los labios para no gritar, el dolor fue tan agudo que ocultó el placer. Se quedó quieta debajo de Sebastian y notó que derramaba unas lágrimas.

Sebastian las lamió como si fuese un gato, la tranquilizó y no dejó de avanzar inexorablemente hacia el interior de Olivia.

—Si hubiera ido despacio —le explicó—, habrías sentido más dolor. —Le acunó el rostro entre las manos y la miró con ternura y sin disimular que se arrepentía de haberle hecho daño—. Todo esto ha valido la pena.

—¿Ah, sí? ¿por qué? —le preguntó atónita. Podía ver lo preocupado que estaba por ella, lo sentía en la adoración con la que la acariciaba.

—Porque ahora estoy completa e irremediablemente comprometido. Tendrás que casarte conmigo o mi reputación no se recuperará nunca.

Incapaz de evitarlo, Olivia se rio, aunque le dolió un poco.

—Por suerte para ti, milord, ya estamos casados.

—Ah. —Se retiró y volvió a moverse hacia delante. Frunció el ceño preocupado al ver que a ella seguía doliéndole—. Sí, soy un tipo con suerte. Mi reputación está a salvo.

El dolor empezó a desvanecerse cuando Sebastian la penetró hasta el fondo. El gemido gutural que dio la hizo estremecerse. Entonces Sebastian agachó la cabeza y le succionó un pecho.

El cuerpo de él se tensó en cuanto empezó a mover las caderas y mantuvo un ritmo constante y lento, entrando y saliendo, con la melena negra balanceándose a su alrededor. La boca de Sebastian era mágica, la lengua daba vueltas alrededor del pezón. La dura erección empezó a quemarle por dentro, una sensación maravillosa que se intensificaba al oír los sonidos sensuales que escapaban de

los labios de su esposo.

—Separa las piernas —le suplicó con el rostro demudado de placer. Cuando lo hizo, él pudo empujar con más fuerza—. Aprieta tu cuerpo contra el mío. Dios, sí..., Olivia...

Olivia levantó las manos hacia arriba y notó que la piel de él se pegaba a la de ella con el sudor. Le apretó las nalgas que él seguía contrayendo y le fascinó descubrir que eran duras como el mármol. Sebastian dibujó un círculo con las caderas y se hundió con fuerza hacia el centro de placer del cuerpo de Olivia, y unas cosquillas maravillosas se extendieron por todo su ser. Volvió a hacerlo, repitió el movimiento una y otra vez, arrebatándole cada sensación.

El movimiento circular de las caderas de Sebastian no tenía fin, acababa y empezaba sin cesar llevándola cada vez hacia lo más alto. La tocaba con ternura a pesar de la fuerza que imprimía con su erección. Esa ternura conquistó el corazón de Olivia y le llenó los ojos de lágrimas. Sollozó completamente pérdida en la posesión de Sebastian. Le gustaba tanto sentirlo en su interior, tan adentro, era una sensación tan exquisita.

—Sí, amor... —La voz de él estaba espesa por el placer y la excitó todavía más—. Te siento tan... tan bien. Maldita sea...

La llenaba con cada penetración, ya no era capaz de ser cuidadoso y a ella no le importaba. No quería que lo fuese. Quería que fuese apasionado, quería sentir su pasión.

El sexo de Olivia se contrajo y después se sacudió profundamente. Arqueó la espalda y gritó; se rompió en mil pedazos y los músculos de su interior se aferraron frenéticos al miembro que la estaba poseyendo. Sebastian le sujetó las caderas y la mantuvo inmóvil mientras seguía entrando y saliendo, alargando al máximo el placer de Olivia hasta que ella creyó que iba a morir de lo intenso que era. Y cuando por fin se desplomó en el colchón, Sebastian se dio permiso para seguirla. Se dejó ir, se estremeció y gritó su nombre al llenarla con su calor.

Cuando terminó, Olivia se quedó tumbada, incapaz de reaccionar, aferrándose a su esposo como si fuese su única ancla en medio de esa tormenta de placer.

Él tardó en hablar, y la pasión le agravó la voz.

—Irremediablemente comprometido —murmuró, y se quedó dormido por completo.

Sebastian cruzó el muelle iluminado por la luz de la luna a toda velocidad. Llegaba tarde a una reunión, aunque en realidad eso no le importaba. Lo único que le importaba en aquel instante era la mujer que había dejado durmiendo en el camarote —su esposa— y el miedo que ésta sentiría si despertaba y no lo encontraba.

Olivia no sabía hasta qué punto se sentía unido a ella, y en realidad él tampoco, pero se había entregado a él a pesar de las dudas. Había confiado en que haría lo correcto y la reconocería como a su esposa. Pero nada le obligaba. Sebastian estaba convencido de que podría llevar a Olivia de regreso a Londres con su padre y anular la boda por poderes. Era una mujer inteligente y él había sido honesto sobre su pasado, pero Olivia había asumido el riesgo y le había dejado compartir su lecho.

Era la primera persona, en toda su vida, que le daba el beneficio de la duda. La primera persona que lo deseaba de verdad, y no sólo para que le diese placer durante una o dos horas, sino durante el resto de su vida. Sebastian se negaba a perder el respeto de Olivia; en especial, por culpa del desagradable recado que estaba llevando a cabo en esos instantes.

Entró en la taberna del puerto y se detuvo en el umbral para que sus ojos se acostumbrasen al interior.

—Llegas tarde, Phoenix.

Giró el rostro hacia la voz.

—Pierre —saludó con frialdad—. Dominique.

Los piratas franceses estaban al lado de la puerta y Sebastian sintió una punzada de satisfacción. Era un lugar excelente. Cuando acabase con lo que había ido a decirles, probablemente tendría que irse como alma que lleva el diablo. Anticipándose a cualquier contratiempo, había dado instrucciones para que su navío zarpase a primera hora de la mañana. Quería minimizar al máximo los posibles objetivos con los que podían hacerle daño y buscar venganza.

Los gemelos siguieron sentados, mirándolo con suspicacia. Sebastian sabía que la gran mayoría de las mujeres que rondaban los muelles creían que los hermanos Robidoux eran muy atractivos, pero ninguna quería acostarse con ellos. Sus gustos sádicos eran conocidos por todos.

Los miró con desprecio. A lo largo del último año se había arrepentido más de una vez de haberse asociado con ellos. Una noche, borracho, sintiéndose muy desgraciado y odiando la vida que llevaba, compartió una botella de vino con los franceses y éstos le contaron que tenían una idea: travesías alternas y botines a medias. Esa noche le pareció un plan razonable: conllevaría menos riesgos y tendría un buen resultado.

Era la decisión de la que más se arrepentía de toda su vida. Sebastian se esforzaba muchísimo en no atacar a las tripulaciones de los barcos que abordaba y nunca había matado a nadie que no estuviese intentando arrebatarse la vida. Sin embargo, Pierre y Dominique mataban y torturaban por placer.

—Hemos oído por ahí que tenemos que repartirnos un botín de lo más succulento —dijo Dominique con voz empalagosa. A ojo ajeno parecería que era el gemelo más civilizado, pero Sebastian sabía que era el más cruel—. Esta tarde he visto cómo parte de la mercancía caminaba hacia ti en el puerto, un artículo de primera calidad. La reverencia ha sido un detalle precioso. La has domado bien, Phoenix, aunque personalmente me gusta que mis amantes tengan más carácter.

A Sebastian le ardieron las entrañas al contener la rabia que sentía y colocó la mano en la daga que llevaba atada al muslo. Pensar que esos hombres habían visto a su esposa, aunque fuese a distancia, le ponía enfermo. Él ya sabía que ese encuentro iba a ser difícil, pero no había logrado anticipar que iba a poner en peligro a Olivia; había dado por hecho que no se vería afectada por aquel endiablado pacto.

—Ha habido un cambio de planes —les dijo—. Os pagaré vuestra parte.

Pierre se puso en pie de un salto lanzando la silla al suelo.

—¡Bastardo! —Miró furioso a su hermano—. ¡Te dije que no podíamos confiar en él!

—Cálmate —farfulló Dominique—. Me encargaré de que recibas tu parte.

—¡Y una mierda! —se quejó Pierre bajando la voz, aunque su enfado no fue por ello menos evidente—. La quiero ahora. He oído muchas historias acerca del cargamento que transportaba el barco de ese rico comerciante: sedas y vinos de Francia, jarrones y vajillas orientales, telas suntuosas, especias exóticas, baúles llenos de oro. No capturamos un botín de este calibre desde el año pasado, y tal vez tardemos un año más en dar con otro. —El francés fulminó con la mirada a Sebastian—. Si te niegas a compartir esas riquezas con nosotros, mi querido Judas, iré a buscarlas yo mismo.

—Quiero ver cómo lo intentas —se burló Sebastian—. Si es necesario, quemaré el barco y todo lo que hay dentro para evitarlo.

Dominique colocó una mano en el hombro de su hermano para detenerlo y miró intrigado a Sebastian.

—Estás rompiendo el código, Phoenix. Te estás jugando el cuello, me atrevería a añadir. ¿Qué es lo que quieres?

Sebastian se rio.

—Siempre os ha gustado mucho dramatizar las cosas, Robidoux. —Lanzó dos bolsas llenas de monedas de oro encima de la mesa—. Coged vuestras guineas y daos por satisfechos. Deberíais estarme agradecidos, al fin y al cabo os estoy ahorrando el engorro de vender las mercancías.

Pierre cogió una bolsa y la sopesó en la mano. El brillo de sus ojos demostró que estaba satisfecho, pero no lo suficiente.

—También quiero a la mujer.

—¡No! —dijo Sebastian demasiado rápido. Respiró profundamente y se maldijo por haberse descubierto.

Dominique entrecerró los ojos al coger la otra bolsa.

—Dale la mujer, Phoenix, y estaremos en paz.

—Ella no está disponible, caballeros. —Dio un paso hacia atrás, ansioso de repente por estar con Olivia.

—La dama tiene una doncella —sugirió Dominique con la mirada resplandeciente de malicia—. Y lleva ropa cara. Es toda una adquisición. Me apuesto lo que quieras a que hay alguien buscándola. La belleza se paga, ¿no es eso lo que dicen, Pierre?

—Sí, eso dicen —convino Pierre—. Seguro que esa florecilla vale su buen montón de oro.

—Dejad a la mujer fuera de esto —les advirtió Sebastian—. Habéis cobrado vuestra parte, nuestro negocio ha concluido.

—Tengo la sensación de que me conformo con poco —se quejó Pierre. Y entonces sonrió—: Te pagaré por ella, Phoenix. —Abrió la bolsa que Sebastian le había dado—. ¿Cuánto quieres?

—No está en venta —dijo entre dientes, con la frente empapada de sudor. La situación se le estaba yendo de las manos.

Se acercó la camarera y dejó dos jarras rebosantes de cerveza en la mesa.

—Celia —la saludó Dominique, zalamero—. Tu hermana trabaja en la posada, *non?*

La joven miró desconfiada al pirata.

—Sí.

—Vaya. ¿Y qué te ha contado sobre los nuevos huéspedes? Concretamente, ¿qué te ha dicho de la mujer...?

Sebastian desenvainó la daga y la clavó en la mesa con tanta furia que la madera se resquebrajó por el centro.

—¡He dicho que esa mujer está fuera de toda discusión! —les repitió—. Olvidad que la habéis visto, sacáosla de la cabeza, olvidad que existe. —Agarró a un sorprendido Pierre por la nuca y le golpeó la frente contra la mesa. El francés fijó los ojos en la daga que estaba clavada a escasos milímetros de su nariz. Sebastian se agachó para susurrarle al oído—: ¿Me he explicado mejor esta vez, Robidoux?

—¡Por... por supuesto! —afirmó Pierre.

Sebastian lo lanzó al suelo asqueado y arrancó la daga de la mesa que había roto.

—Ya no tengo nada que hacer aquí.

Salió de la taberna con el corazón acelerado. Giró y corrió hacia el *Seawitch*. Puso en alerta a su tripulación en cuanto subió por la pasarela y sus hombres se pusieron en marcha. Soltaron amarres y se abrieron paso en medio de la brisa nocturna, alejándose sigilosamente del puerto.

No se relajó hasta que la isla se convirtió en una mera sombra negra en medio del vasto océano.

Sabía que el tema no había quedado zanjado. Los hermanos Robidoux le causarían problemas, porque cuando Pierre se enfadaba no paraba hasta que Dominique hacía algo al respecto. Y Dominique Robidoux era un hombre al que temer.

Sebastian se dirigió al camarote de Olivia y se desnudó en silencio. Se metió bajo las sábanas de seda y la abrazó por la espalda. Se excitó en cuanto le tocó la piel, ansioso y desesperado por sentir el placer que sólo su cuerpo le proporcionaba. Le levantó una pierna y la colocó encima de su cadera. Olivia se despertó, pero no se quejó. Sebastian le deslizó una mano entre las piernas y descubrió el sexo y el interior de los muslos, todavía mojados por la eyaculación de antes. Siendo un bruto como era, sintió una profunda satisfacción ante esa muestra de posesión tan primitiva.

—¿Quieres...? —susurró ella

—No. —Hundió el rostro en el pelo de Olivia y respiró profundamente—. Sí. Pero estás dolorida, puedo esperar.

—No quiero que esperes.

—Tendrás que hacerlo. Seguro que llegará el día en que me suplicarás que no te moleste a diario.

—Jamás me cansaré de ti, milord —le aseguró dormida, con una voz tan ronca que Sebastian gimió y se apretó contra su espalda. Olivia movió las caderas hasta encajar las nalgas con la erección de él y dejarlo sin aliento.

A Sebastian se le hizo un nudo en el estómago. Olivia había puesto la vida en sus manos y él acababa de ponerla en peligro.

Tenía que distanciarse de ella tanto como fuese posible, y debía hacerlo cuanto antes.

—¿Quién es ella, Dominique? —le preguntó Pierre a su hermano observando el barco que se alejaba del puerto.

—La condesa de Merrick. ¿Qué te apuestas a que Phoenix se dirige a Londres para pedir un gran rescate por la dama y que no piensa darnos nuestra parte?

—No hago apuestas contigo, siempre me ganas.

Dominique sonrió.

—Esta vez ganaremos los dos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Pierre intrigado.

—Ya lo verás, hermano, ya lo verás.



Sebastian subió a cubierta y tuvo que girar sobre sus talones para encontrar a Olivia. Estaba sentada sobre un barril en la cubierta de proa mirando el mar pensativa. Se acercó haciendo ruido adrede con las botas para anunciar su presencia y no asustarla. Sonrió cuando ella levantó una botella de vino y bebió directamente de ella.

—¿Me invitas a un trago, amor?

Olivia le pasó el vino.

—¿Cómo ha ido la cena con el capitán?

—No estoy seguro. He estado muy distraído.

—¿Oh? ¿Con qué, si puede saberse?

—Contigo. Te he imaginado desnuda en la cama, cenando sin mí.

—Yo jamás comería desnuda —se rio—. Y mucho menos en la cama. No me gusta encontrar migas en las sábanas. —Sus labios esbozaron una sonrisa contenida—. ¿Alguna vez piensas en algo que no sea el sexo?

—Alguna. Está misma tarde me he preguntado qué estabas haciendo en el Caribe.

La sonrisa de Olivia se desvaneció.

Era la primera vez que uno de los dos sacaba el tema de su pasado. Habían establecido tácitamente una especie de pacto por el cual vivían sólo en el presente, pero cada vez faltaba menos para que llegasen a Inglaterra. Pronto tendrían que presentarse ante el mundo entero como lord y lady Merrick, y sin embargo apenas eran algo más que desconocidos íntimos. Sebastian conocía hasta el más pequeño detalle del cuerpo de Olivia, pero tanto el pasado como el futuro de su esposa seguían siendo un misterio para él. Ella suspiró.

—Mi padre tiene allí una plantación.

—¿Y te gusta más estar allí que en Londres?

—Me gusta la libertad.

Sebastian frunció el ceño, había algo que no le estaba contando.

—¿Y qué me dices de la temporada? Tú eres un diamante de primera calidad, amor. Tu popularidad está asegurada.

Se le retorcieron las entrañas al pronunciar la última frase. Los hombres se acercarían a su esposa como las moscas a la miel, su estatus de mujer casada la haría todavía más deseable. Pensar en que habría otros hombres babeando alrededor de Olivia cuando él estuviese en alta mar despertó su instinto asesino.

Ella desvió la mirada hacia el mar esquivando la de su esposo.

—Antes me gustaba estar en Londres por la temporada, pero ahora ya no me apetece.

Había algo más. Sebastian lo sabía, pero dudaba si debía presionarla y seguir insistiendo. El tiempo que habían pasado juntos en el barco había sido idílico, y no quería estropearlo. La realidad no tardaría en interponerse entre los dos.

—Y ahora que estás casada, ¿tienes intención de convertir Inglaterra en tu hogar?

Esa pregunta consiguió que Olivia volviese a mirarlo.

—Por supuesto. Ahora tu hogar es mi hogar.

—Mi hogar es el mar.

Olivia asintió sin dudarle y Sebastian sintió una punzada en el pecho.

¿Y qué esperaba?, ¿que se pusiera a llorar y a suplicarle que se quedase con ella? ¿Acaso no había capitulado sólo para tener a una mujer con la que saciar su lujuria y que pudiera darle herederos? Haber descubierto que el deseo y el anhelo que sentía por ella iban mucho más allá de lo que había creído en un principio no implicaba que Olivia sintiese lo mismo.

Le puso una mano en el hombro y le acarició el cuello con delicadeza.

—Vendré a visitarte a menudo.

Sintió, aunque no oyó, que ella aguantaba el aliento. Se apoyó en él.

—¿Qué significa a menudo para ti?

—Eso tendría que preguntártelo yo a ti, cariño —contestó, dejando la decisión en sus manos cuando en verdad se moría por estar con ella, igual que un náufrago por beber agua fresca—. Este matrimonio es cosa de los dos.

Ella dudó antes de responderle.

—Si vienes a casa cada seis meses podrás comprobar si estoy embarazada.

Sebastian se quedó inmóvil.

—Embarazada. —Dios santo. Podía imaginárselo perfectamente: Olivia embarazada de un hijo suyo.

—Me estás haciendo daño —susurró Olivia apretando los dedos que Sebastian tenía en su hombro.

—Lo siento. —Aturdido, le devolvió la botella y le frotó las marcas que le había dejado con los dedos—. Me has pillado desprevenido.

—Me he dado cuenta, pero fuiste tú quien dijo que era mi deber darte herederos.

Deber, no placer. Herederos, no hijos.

De repente vio que había una clara distinción entre ellos, y se puso furioso e inquieto. Le cogió la mano a Olivia.

—Me gustaría ir a descansar.

Ella se dio media vuelta para buscar su rostro. Sebastian pudo sentir que el aire cambiaba alrededor de ellos, igual que su relación. «¿Qué está pasando?» Sebastian aguantó inmóvil el escrutinio. ¿Qué veía Olivia dentro de él con sus enormes ojos oscuros que lo atravesaban por completo?

Sintió un profundo alivio cuando su esposa colocó una mano en la suya y lo siguió hasta su lecho, donde los estaba esperando un placer tan absoluto y embriagador que podía hacerles olvidar todo lo demás.

Sebastian suspiró satisfecho, tumbado en la cama con la mirada perdida en la parte superior del dosel de terciopelo rojo.

El aliento de Olivia le quemaba la punta del pene.

—¿Qué estás pensando? —preguntó ella.

Desvió la vista hacia su esposa, arrodillada entre sus piernas. Olivia se había pasado la última hora examinando con suma atención su miembro, resiguiendo cada vena, acariciando cada centímetro de la erección con las manos y con la boca, lamiéndolo como si fuese un gato bebiendo un vaso de leche. Le hizo sentirse increíblemente masculino, como un hombre adorado por su alma gemela. La

admiración y la ternura de Olivia eran como un bálsamo para su alma después de haberse pasado toda la vida sintiéndose insignificante. Al menos en lo que se refería al papel de marido de Olivia, estaba a la altura.

—En ti —le contestó—. En esta cama. En nuestro matrimonio.

Olivia cruzó las manos encima del muslo de Sebastian y apoyó el mentón en los nudillos.

—¿Te arrepientes? —le preguntó con voz firme a pesar de la preocupación que apareció en sus ojos.

Él levantó una mano y le acarició el pelo.

—No. Acércate.

Olivia se apoyó en las palmas de las manos y las rodillas y sus pechos se balancearon cuando avanzó a cuatro patas hacia él. A lo largo de las últimas semanas se había acostumbrado a estar desnuda delante de él y a Sebastian le gustaba la familiaridad que seguía creciendo entre ambos.

Ella ronroneó de placer al tumbarse encima. Sebastian le apartó el pelo de la cara para poder acariciarle el cuello desnudo.

—Sebastian.

—¿Umm?

—Háblame de tu familia.

Él suspiró.

—Son una bandada de buitres, cariño. Del primero al último.

—Alguno habrá que te complazca.

—Mi hermano Edmund me caía bastante bien.

Olivia frunció el ceño.

—¿Y qué me dices de tu madre?

Sebastian volvió a mirar el dosel.

—Lo único que puedo decirte de ella es que era muy hermosa. Y sólo lo sé porque he visto su retrato. No la recuerdo.

—¿Cómo murió?

Le deslizó las manos por el pelo y le acarició la nuca.

—No sé si está muerta. Se fugó cuando yo era muy pequeño.

—Oh, Sebastián. —La amargura de él no le pasó por alto y en su voz reflejó la lástima que sentía.

Sebastian se rio de sí mismo.

—No sientas compasión por mí, Olivia. No lo permitiré. No la quiero.

—No siento compasión por ti —le aseguró—. Sé lo que es crecer sin una madre al lado. Aunque no lo parezca, tú y yo somos muy similares. —Levantó las manos hasta acunarle el rostro—. ¿Sabes por qué se fue?

—Supongo que porque estaba casada con mi padre. Es el hombre más frío y retorcido que tendrás la mala fortuna de conocer.

—Eso sí que no puedo imaginarlo. —Olivia se quedó en silencio, devolvió las manos al torso de Sebastian y dibujó círculos en su piel—. ¿Cuándo fue la última vez que viste a tu padre? —preguntó al fin.

Sebastian no quería pensar en el marqués. Nunca.

—Hace cinco años.

—¿Te preocupa volver a verlo?

Sebastian se quedó pensándolo un segundo.

—No, me parece que no. Al fin y al cabo vuelvo a casa casado con la mujer que él ha elegido. No le he dado ningún motivo para que esté enfadado conmigo; es decir, ninguno más de lo habitual. A mi padre básicamente le molesta mi existencia.

Olivia respiró profundamente, el movimiento presionó sus pechos contra el torso de Sebastian.

—Dime qué estás pensando —le pidió él cuando el silencio se alargó.

Ella dudó un segundo antes de responderle, y al final su innata honradez ganó la partida.

—¿Tú me habrías elegido? ¿O habrías preferido...?

—Sí —la interrumpió adivinando la siguiente pregunta—. Si se me hubiera pasado por la cabeza echarme la soga al cuello, te habría elegido a ti como verdugo, de eso estoy completamente seguro. Y no, lo que está sucediendo entre tú y yo no tiene nada que ver con mi padre. Si lo piensas bien, amor, te darás cuenta de que si quisiera provocarlo con otro acto de rebeldía, me sería mucho más útil dejarte de lado.

Olivia suspiró y le sonrió aliviada.

—¿Cuándo llegaremos a Londres?

—Dentro de una semana, tal vez.

—¿Tan pronto? —La sonrisa desapareció.

Sebastian frunció el cejo.

—¿Por qué te pones tan triste, cielo?

Olivia movió las caderas para que el miembro de él quedase en la entrada de su cuerpo y se deslizase hacia el interior con facilidad. Entró sin problemas, el pasaje de Olivia todavía estaba húmedo por el semen de Sebastian.

Él respiró entre dientes e intentó contener un placer que era casi doloroso y que le inundaba la sangre.

—Dios santo —farfulló. Era como si estuviese penetrando terciopelo y cada vez era increíblemente mejor que la anterior.

—¿Tienes intención de abandonarme en cuanto lleguemos?

Olivia se incorporó y se sentó encima de él. El miembro de Sebastian entró hasta lo más profundo de su cuerpo y los rizos color miel del sexo de ella se mezclaron con los negros de él. Sebastian sintió el calor de la matriz de Olivia en toda la erección. La combinación entre lo que veía y lo que estaba sintiendo le hizo excitarse todavía más y creció tanto dentro de ella que Olivia gimió.

—¿Qu... qué? —Sebastian no podía pensar.

Ella apoyó el peso en las rodillas y después volvió a deslizarse hacia abajo para que la penetrase.

—¿Te irás de Londres de inmediato?

Sebastian le acarició los muslos sedosos, todo él ardiendo.

—No..., no lo sé... —Se quedó sin aliento al notar que ella empezaba a cabalgarlo. Fue como si un rayo cayese en su espalda y lo levantase hacia arriba—. ¿Tú..., tú qué quieres que haga?

Olivia onduló a su alrededor, encima de él, pegada a él, y le pellizó los pezones. Maldita fuera, conocía tan bien su cuerpo que sabía atormentarlo con la maestría de la mejor de las cortesanas. Sabía dónde tenía que tocarle, dónde le gustaba que le acariciara, lo tenía comiendo en su mano.

—Quiero que te quedes conmigo durante un breve periodo de tiempo. —Se movió despacio, acariciando la dolorosa erección con su calor y su humedad sedosos. Sebastian apretó los dientes y arqueó la espalda en contra de su voluntad—. Celebrarán bailes y almuerzos en nuestro honor, y tendremos que recibir visitas en casa. No quiero tener que pasar por todo eso sola.

Olivia apretó los músculos internos de su sexo y le pellizcó un pezón. Los testículos de Sebastian se comprimieron, el semen subió por el interior y se calentó. Estaba a punto de correrse y ella justo acababa de empezar.

—Por supuesto, amor —gimió desesperado, dispuesto a concederle todo lo que le pidiera—. No tengo... prisa alguna... por partir. Me quedaré... tanto como... estimes conveniente. Pero haz eso otra vez..., oh, sí..., otra vez...

Olivia sonrió satisfecha y apoyó la palma de la mano en el torso de él para cabalgarlo de verdad. Levantó y bajó las caderas a un ritmo enloquecedor y gimió de esa manera que sabía que lo volvía loco. La parte del cerebro de Sebastian que todavía funcionaba se dio cuenta de que ella utilizaba su cuerpo para conseguir lo que quería, pero a la otra parte, la que ahora mismo estaba sintiendo tanto placer dentro de su esposa, no le importó lo más mínimo. Olivia amaba su sexo..., amaba tenerlo dentro de ella, besarlo, lamerlo..., y él amaba dárselo. Estaba loco por ella, loco por darle placer, loco por sus caricias.

Y cuando el cuerpo de Olivia empezó a estremecerse y a temblar encima de él y ella gritó su nombre, Sebastian descubrió que no le importaba lo más mínimo que lo manipulase. La sujetó por las caderas, la mantuvo inmóvil y levantó las suyas para prolongar el placer que ella estaba sintiendo. Y sólo cuando la cabeza de Olivia se desplomó hacia delante, exhausta, se permitió ceder al orgasmo y eyaculó una y otra vez dentro de ella. El cuerpo de Sebastian sucumbió al placer y se contrajo dolorosamente con un único pensamiento en la mente: ella quería que se quedase a su lado.

—¿Qué diablos estás haciendo? —le preguntó Olivia al entrar en el camarote.

La navaja de su esposo cayó dentro de un cuenco con agua caliente encima del tocador desordenado. Sebastian estaba de pie frente al espejo empañado de vapor, desnudo de cintura para arriba, irremediamente atractivo. Como siempre que la miraba, el corazón de Olivia dejó de latir durante un segundo.

A lo largo de las últimas semanas habían compartido sus distintas rutinas diarias, tal como haría cualquier marido con su esposa. Sebastian la había observado bañarse, comer, y la había ayudado a vestirse y a peinarse. A cambio, ella se había quedado fascinada viéndole realizar sus rituales masculinos. A Olivia le encantaba peinarle la melena y remendarle la ropa. Adoraba ocuparse de él e inundarlo de esas muestras de afecto que había estado tanto tiempo sin sentir. Sebastian las absorbía todas y cada una con tanto agradecimiento que a ella se le encogía el corazón.

—Maldita sea —farfulló él secándose el agua del torso con una toalla—. ¡Me has dado un susto de muerte, mujer!

—Pues haré algo mucho peor que asustarte si te atreves a llevar a cabo lo que creo que estás planeando.

Sebastian cogió aire muy despacio. Olivia puso los brazos en jarras y con un pie golpeó nerviosa el suelo.

—Me dijiste que lo llevaba demasiado largo —le explicó él sin soltar la coleta que tenía en la mano.

—Y así es.

—Bien, pues vamos a llegar a puerto dentro de unas horas.

—Soy consciente de ello. —Y lo odiaba, odiaba pensar en que en cuanto llegasen a Inglaterra perdería la maravillosa intimidad que había conseguido tener con su esposo a lo largo de las semanas que habían estado navegando, los días sin fin que se habían pasado juntos en la cama. En

cuestión de horas, tendría que sonreír y hacer reverencias a la alta sociedad, esa misma panda de buitres que le habían sacado los ojos un año antes. Y tendría que compartir a su querido esposo con ellos, un hombre cuyas heridas todavía estaban infectadas y sin cicatrizar. Sentía arcadas sólo de pensarlo.

—Pues ése es el motivo por el que voy a cortarme el pelo —aclaró.

—No, no vas a hacer tal cosa.

Los ojos azules de Sebastián, cubiertos por unas cejas confusas y arrugadas, se detuvieron en los suyos.

—Aclárate, Olivia, y date prisa.

Ella suspiró y se acercó a él. No se detuvo hasta que su cuerpo quedó completamente pegado al del pirata y le rodeó la cintura con los brazos.

—Me gusta tu pelo tal como está.

La incredulidad se instaló en el atractivo rostro de Sebastian.

—Me gusta pasar los dedos por entre los mechones cuando estás sentado y yo estoy de pie a tu lado. Me gusta verlo esparcido por mi almohada. Me gusta cuando me roza los hombros cuando estás moviéndote dentro de mí. —Con movimientos lentos y suaves le arrebató la coleta de entre los dedos y se la pasó por la cara.

—Iba a cortármelo por ti —reconoció él con la voz ronca.

—Déjate largo por mí —susurró ella enfrentándose a su ardiente mirada—. Cuando estemos en un salón atestado de gente, veré tu coleta y sabré que eres mío. Me recordará lo salvaje que eres, lo que has tenido que luchar para ser libre, y pensaré: «Él ha elegido estar atado a mí». Y seré feliz.

Le acarició el torso con las manos hasta detenerlas en su corazón. Latía con fuerza bajo su palma a un ritmo acelerado por el miedo.

—Dios, Olivia. —Dio un suspiro ahogado—. ¿Tienes idea de lo que me estás haciendo?

Ella dio un paso hacia atrás y le cogió de la mano para llevarlo hasta la cama.

—Nos quedan unas cuantas horas. ¿Por qué no me lo explicas?

Sebastian escudriñó con la mirada el maloliente y tiznado muelle de Londres, y a pesar de que intentó evitarlo sintió un nudo en el estómago. Había abandonado Inglaterra el día después de la muerte de Edmund y no había vuelto. Nunca había querido volver, y seguía sin querer.

Suspiró y pensó en Olivia. Ahora no estaba solo, ella estaba a su lado. Su esposa era una consumada experta en el arte de las relaciones sociales.

—¡Dios santo! —exclamó Olivia detrás de él.

Giró de inmediato, preocupado.

—¿Qué sucede, amor?

Olivia estaba de pie frente a la escalera, resplandecía con ese vestido damasco azul y puntas blancas en los puños y en el escote. El cuerpo de él se estremeció al verla, duro e insistente.

Su esposa se cubría el corazón con una mano.

—Tú... Dios santo... —Sacudió la cabeza despacio—. Maldita sea, se me ha parado el corazón al mirarte.

—No maldigas —la riñó mirando al cielo.

Su esposa se había pasado demasiados días en alta mar en compañía de marinos, lo que era comprensible teniendo en cuenta a qué se dedicaba su padre. Aunque él la reñía con frecuencia, lo cierto era que el colorido vocabulario de su esposa le resultaba entrañable. Esa tendencia a maldecir

la hacía menos perfecta y más real, más suya. Al fin y al cabo, era un hombre muy imperfecto.

Esperó paciente a que ella le explicase qué la había sobresaltado tanto, pero entonces vio que en los ojos de Olivia brillaba la picardía de una mujer que se ha quedado mirando a un hombre atractivo, y que la mirada iba acompañada de una sonrisa. Y tuvo que reconocer que ella lo estaba contemplando fascinada. Con él. Sonrió.

—Veo que te gusta mi atuendo.

Olivia se acercó a él con la elegancia propia de una mujer muy sensual.

—Estás arrebatador. Magnífico.

Se pegó a él sin importarle los marineros que inundaban el muelle ni los transeúntes que iban de un lado al otro del embarcadero. Le sujetó por las solapas de la levita de lana, deslizó las manos por el bordado de seda hasta la cintura de la prenda, las colocó encima de la erección que crecía bajo los pantalones y después las movió hasta las nalgas. Gracias a Dios, las colas de la levita ocultaron la caricia de Olivia a las miradas ajenas.

—Tú, mi guapísimo pirata, sabes sacarte partido. —Lo sujetó por las caderas y tiró de él hacia ella con una sonrisa—. Estás duro como el acero. ¿Acaso nunca se cansa de los juegos de cama, capitán Phoenix?

Él la sujetó con ternura por el cuello y le dio un beso ardiente en la frente.

—Nunca, con una esposa tan sensual como la mía.

Frunció el ceño al darse cuenta de que ella lo había llamado por su alias y recordó que tenía una tarea pendiente que sólo podía hacer él y nunca había llegado a terminar.

—Espérame aquí un segundo, cielo. Tengo que hablar con el capitán.

Ella lo miró intrigada, pero obedeció sin rechistar.

Sebastian tardó unos segundos en localizar al hombre que buscaba.

—Capitán, ¿tuvo oportunidad de hablar con su tripulación sobre mi identidad?

La sonrisa del capitán se abrió paso por entre la poblada barba gris del hombre.

—Sí, milord, pero tal como intenté explicarle, los hombres le son sumamente leales a lady Merrick. Todos llevamos años con su padre, el señor Lambert, la conocemos desde que era un bebé. Y en cuanto a los piratas, los únicos que han conseguido capturarnos han sido sus hombres. Hicieron el menor daño posible a la nave y usted no abusó de la muchacha, incluso antes de descubrir que era su esposa. Los hombres de mi barco le respetan por ello.

Sebastian asintió aliviado.

Un chillido agudo procedente de muelle y la voz de Olivia gritando su nombre enfadada le hicieron reaccionar de inmediato y corrió hacia la rampa de desembarco. Inspeccionó la zona con ojo avizor y vio la espalda rígida de su esposa, blandiendo un bolsito en una mano, y a un hombre elegantemente vestido que se cubría la cabeza con las manos sin dejar de maldecir. Le resultó fácil deducir que ese tipo la había ofendido de alguna manera y que ella no había dudado en protegerse, que era exactamente lo que tenía que hacer.

Imbuido por un agudo instinto posesivo, Sebastian fue a por el hombre sin ni siquiera preguntarle nada. Le dio dos puñetazos, uno en la cara y otro en el diafragma, y el acosador sollozó de dolor.

Satisfecho, Sebastian se puso bien el chaleco y se acercó a su esposa.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó con ternura mientras buscaba con la mirada si ese desgraciado le había hecho daño de alguna manera, además de asustarla. Olivia estaba preocupantemente pálida.

—Ese hombre... —señaló a su asaltante con un dedo—. ¡Se ha fugado de Bedlam! ¡Me ha

besado y me ha dicho que soy su esposa!

Sebastian miró intrigado al hombre que seguía en el suelo y se quedó perplejo. Ahora que ya no ocultaba el rostro, éste le resultaba muy familiar.

—¡Maldita sea, Carr! ¿Qué diablos estás haciendo asaltando a mi esposa?

—¿Lo conoces? —le preguntó Olivia atónita mientras Sebastian ayudaba a Carr a levantarse.

—Sí, por desgracia —farfulló—. Este loco es Carr Blake, mi primo.

Carr desvió los ojos llenos de lágrimas de Sebastian a Olivia.

—¡Maldita sea, Merrick! ¿Qué estás haciendo aquí?

Sebastian arqueó una ceja.

—He venido a acompañar a mi esposa a nuestra casa. ¿Qué estás haciendo tú aquí? ¡Mira que besar a mi esposa! ¿Te has vuelto loco?

Carr tragó saliva.

Sebastian levantó la vista y vio su carruaje a lo lejos. Le había cambiado la estructura, pero el escudo de armas que decoraba la puerta era el suyo.

—¿Has estado usando mi carruaje?

Olivia le puso una mano en el brazo.

—Me ha dicho que era su esposa —se atragantó con las palabras—. Y ha venido en tu carruaje.

Sebastian la miró y vio que estaba completamente pálida, y entonces las piezas encajaron.

—¡Maldita sea! —Se giró hacia Carr clavándose las uñas en las palmas de las manos para contener las ganas de estrangular a su pariente—. Dime, primo, que no estás haciéndote pasar por mí.

Carr cerró los ojos un segundo antes de que Sebastian lo dejase inconsciente de un puñetazo.

Olivia no dijo nada durante el trayecto hasta la mansión Dunsmore. No habría sido capaz de hablar aunque lo hubiese intentado: tenía la boca tan seca como el desierto y el recelo le había cerrado la garganta. El malestar aumentó cuando el carruaje se detuvo frente a una imponente mansión.

Sebastian saltó del carruaje y se quedó mirando la elegante fachada.

—Quédate aquí.

—No —se opuso ella—. Yo voy contigo. No vas a enfrentarte a tu padre solo.

La miró por encima del hombro sin darse media vuelta.

—¡No quiero que estés cerca de él!

—Yo tampoco quiero que estés cerca de él, pero tú has insistido en que viniéramos aquí. —Se mantuvo firme—. Si entras sin mí, te seguiré. Te lo juro.

Sebastian mantuvo el rostro adusto al ayudarla a descender del carruaje. Miró al lacayo y le ordenó:

—Espéranos aquí.

Olivia sintió un escalofrío al comprobar la fría y austera expresión de su esposo. Sebastian la guio hacia el interior de la mansión haciendo caso omiso al mayordomo, que se quedó horrorizado. Subieron la escalera que conducía directamente al despacho, desde donde se oían varias voces masculinas. La mano que Sebastian mantenía en la espalda de Olivia estaba firme y segura a pesar del conflicto que bullía en su interior. Ella jamás lo había visto así, tan violentamente enfadado, y comprendió entonces a qué se debía su reputación.

Entraron en el despacho sin llamar, y Olivia se detuvo petrificada en el dintel al descubrir a su propio padre sentado en una butaca frente a la chimenea. Delante de él se encontraba un hombre muy

parecido a Sebastian, y no el viejo decrepito y rastrero que ella se había imaginado en su mente.

Jack Lambert se puso en pie. Su pelo dorado brilló bajo la luz del fuego.

—¡Livy, cariño! —Se acercó a ella y la besó en ambas mejillas—. Llegas varias semanas tarde. Estaba muerto de preocupación. Agentes de la Corona han estado buscando el *Seawitch* por todas partes. En cuanto nos hemos enterado de que habíais atracado, tu esposo ha salido corriendo a recibirte. —Buscó detrás de Sebastian—. ¿Dónde está lord Merrick? ¿Y quién es este caballero?

Sebastian estrechó la mano que le tendía el padre de Olivia e inclinó levemente la cabeza en deferencia. Ella miró de reojo al marqués.

—Lord Merrick, permíteme presentarte a mi padre, Jack Lambert. Padre, él es lord Merrick.

—¡No puede ser! —exclamó el padre de Olivia.

—Le han engañado —explicó sin rodeos Sebastian.

El padre de Olivia se giró confuso hacia el marqués.

Lord Dunsmore se levantó de la butaca que ocupaba con arrogante indiferencia. Era tan alto como su hijo, pero de constitución más delgada y elegante. Daba incluso miedo con esa mueca de crueldad en los labios y los ojos entrecerrados.

—Sebastian —lo saludó arrastrando las letras—, veo que tu tendencia a estropear mis mejores planes sigue intacta.

El brazo de Sebastian se tensó bajo los dedos de Olivia. Lambert se sonrojó furioso.

—¡Explícate, Dunsmore!

El marqués arqueó sardónico una ceja y ni en lo más profundo de sus ojos brilló ninguna emoción por volver a ver al hijo que llevaba años ausente del hogar.

—Creo que dejaré que Merrick se explique.

Sebastian se quedó en silencio durante un instante con el rostro tan impasible como el de su padre y lo retó con la mirada. La animosidad entre los dos hombres era palpable. Olivia le tocó el brazo para captar su atención y volver a centrarla en su propio padre. Sebastian tomó aire.

—Señor Lambert, es un placer conocerlo. Le agradezco que me concediera la mano de su hija en matrimonio. Olivia es un tesoro para mí.

Lambert escudriñó a Sebastian con la mirada. Olivia sabía perfectamente lo que veía: a un hombre alto, ancho como un armario, con la piel bronceada y los músculos de un marinero. Con el pelo largo y la mirada fría, Sebastian resultaba muy intimidante.

—¿Estás feliz con este matrimonio? —le preguntó su padre algo incómodo—. Pude conocer brevemente el carácter del hombre que me presentaron como el conde, pero este caballero que tienes al lado me es completamente desconocido.

Olivia le ofreció una sonrisa trémula.

—Estoy muy feliz, padre. Merrick es maravilloso.

Lambert la miró escéptico.

—Investigué con profundidad a Sebastian Merrick antes de firmar el contrato matrimonial. De joven tenía fama de crápula e incorregible, pero el hombre que conocí era educado y muy civilizado. No dijo que ese hombre no era ninguna de esas dos cosas, pero Olivia lo oyó alto y claro. Y Sebastian también.

A Olivia le dio un vuelco el corazón. Tiró del brazo de su marido y lo acercó más a ella.

—Podemos pedir la nulidad, Livy —insistió su padre—. Quiero que seas feliz.

—No quiero la nulidad —aseguró con firmeza al notar que el cuerpo de Sebastian se tensaba como un arco.

—Conociendo a mi hijo —sugirió el marqués—, ya es demasiado tarde para pedir la nulidad.

No te quejes, Lambert. Querías comprarle un conde a tu hija y al final se ha casado con uno. Todos salimos ganando.

Olivia se quedó perpleja ante el insulto y le sirvió para recordar lo crueles que podían ser ciertos miembros de la aristocracia con aquellos que creían inferiores. A ese hombre no le importaba lo más mínimo lo que ella sintiera. Ella no le importaba lo más mínimo. Para él era sólo una yegua de cría y una bolsa llena de dinero. A pesar de que se había pasado la vida aprendiendo a sentir indiferencia ante esa clase de comentarios, Olivia no podía negar que la opinión del marqués le dolió.

Sebastian la miró y, después de la intimidad que habían compartido a lo largo de esas semanas, identificó de inmediato lo que ella estaba sintiendo, y saltó en su defensa.

—¡Maldito seas! —insultó a su padre—. ¿Tan desesperado estabas por tener un heredero para tu precioso título como para mandar a Carr a por mi esposa? —Dio un paso hacia el marqués, pero éste no tuvo el sentido común de apartarse—. Os habría matado a ambos si la hubiera tocado haciéndose pasar por mí. Lo cierto es que creo que os mataré de todos modos.

—¡Sebastian, no! —exclamó Olivia al ver que su esposo cerraba los puños—. No vale la pena. El marqués menospreció la furia de su hijo apartándolo con un mero movimiento de muñeca. —Tú ni siquiera sabías que estabas casado. Nunca has demostrado tener ningún interés en las tierras de Dunsmore, ni en los arrendatarios, ni tampoco has cumplido con tu deber con el título. Algo tenía que hacer.

Sebastian se rio, una risa dura y amarga.

—Todo eso es responsabilidad tuya hasta el día en que te mueras.

—¡Tienes que aprender cuál es tu lugar! —le gritó Dunsmore—. Acostumbrarte a cumplir con las que serán tus obligaciones, aprender a manejarlas.

Sebastian sacudió la cabeza.

—Mantente alejado de mi vida y de mis negocios. Mantente alejado de mi esposa. No volveré a advertírtelo.

El padre de Olivia se acercó a ella.

—Ven conmigo, Olivia. Vámonos de aquí.

—Ella no va a ninguna parte sin mí —le advirtió Sebastian a Lambert sin apartar los ojos de su padre—. Usted está invitado a quedarse en nuestra casa si así lo desea, señor Lambert, pero el lugar de Olivia está junto a su esposo. Junto a mí.

—¡Ni siquiera le conozco! —gritó Jack—. ¿Cómo puedo confiar en usted y dejar a mi hija en sus manos?

—¡Padre! —lo riñó Olivia, alarmada por su vehemencia. No quería desobedecerle, pero ahora Sebastian era su vida. Rezó para que no se viese obligada a elegir entre las dos personas que más quería en el mundo—. ¡Por favor!

—Tiene tiempo de sobra de conocerme —le dijo Sebastian volviendo al lado de Olivia para cogerla del brazo y demostrar que le pertenecía—. Mi padre tiene razón: es demasiado tarde para pedir la nulidad.

La insinuación estaba clara, Olivia había sido comprometida. Ella se sonrojó mortificada.

Su padre la observó demudado por la preocupación.

—¿Livy?

—Ven con nosotros, padre. —Miró a lord Dunsmore—. No quiero quedarme aquí ni un segundo más.

Sebastian asintió.

—Yo tampoco. Nuestros asuntos aquí ya han concluido. —Señaló la puerta con la mano que tenía libre—. ¿Nos acompaña, señor Lambert?

—Por supuesto. —Miró furioso al marqués—. No he acabado contigo, milord. Deberías tener más cuidado con tu reputación. A mí lo único que me preocupa es Olivia.

Dunsmore arqueó una ceja, burlón.

—Claro, te preocupa tanto que la casaste con un desconocido sin ni siquiera presentarlos. Eres el parangón del padre perfecto.

Jack se sonrojó.

—Pensé sólo en su bienestar. Tú sólo pensaste en el tuyo.

Olivia observó al marqués y supo que nunca había conocido a un hombre tan carente de sentimientos. Era como si no le importase lo más mínimo toda la animosidad que le dirigían. Tuvo un escalofrío por estar en la misma habitación y se preguntó cómo era posible que fuese el padre de su cálido y vibrante esposo.

—¿Dónde está tu sentido de la gratitud, Sebastian? —le preguntó el marqués a su hijo—. Te he conseguido una bella esposa y una dote más que considerable. Ciertamente, es la hija de un comerciante, pero dado que no estabas aquí para ocuparte del asunto, no deberías quejarte. De hecho, parece estar extrañamente embobado, claro que eso concuerda con el resto de tu aspecto.

El odio que salió de Sebastian envenenó el aire.

—A mí puedes insultarme cuanto quieras, padre, pero mantén tu lengua viperina lejos de mi esposa. Lo único que está evitando que te parta en dos con mis propias manos es... mi «sentido de gratitud».

El marqués se rio.

—Sí, está claro que podrías hacerlo. ¡Mírate! Pareces un salvaje con la piel oscura, el pelo largo y los músculos de un chimpancé.

Olivia contuvo un gemido de agonía al saber que su esposo sangraba por unas heridas que ella misma había ayudado a infligirle. Ella había utilizado esas mismas palabras para describirle y burlarse de él. Ahora seguro que se creería inferior, menos hombre, cuando en realidad lo era más que cualquiera que hubiera conocido antes.

—Sebastian es hermoso —le defendió—. Usted es un necio por no ver lo maravilloso que es su hijo. Usted se lo pierde. —Tiró del brazo de su marido.

Él asintió y con un gesto le indicó al padre de Olivia que los precediera.

Abandonaron la mansión tan rápido como habían llegado y Jack Lambert los siguió en su carruaje. En cuanto se pusieron en marcha, Olivia se sentó al lado de Sebastian y le rodeó con los brazos. Él seguía tenso mientras Dunsmore se empequeñecía en la ventana, y Olivia mandó al infierno al hombre que habitaba la casa.



Sebastian caminó furioso de un lado al otro de su dormitorio calificándose a sí mismo de idiota por haber creído que podría volver a Inglaterra y salir ileso de la experiencia. En su mente se repetía una y otra vez la escena de esa tarde. ¿Qué habría pasado si él no hubiese interceptado el barco de Olivia? ¿Habría llegado a Inglaterra y le habrían hecho creer que Carr era su esposo?

La farsa no habría durado demasiado. A menos que el marqués hubiese pretendido llevarse a Olivia directamente a Dunsmore y retenerla allí unos meses, los necesarios para que se quedase embarazada, cuando ella habría estado demasiado desolada como para irse. Se ponía enfermo sólo de pensarlo, era un plan mezquino y retorcido. Había metido a Olivia en medio de ese grupo de alimañas. Ahora su esposa sabía lo nauseabunda que era la sangre que circulaba por sus venas.

La puerta que comunicaba las habitaciones se abrió detrás de él. Cuando Sebastian se dio media vuelta para enfrentarse a Olivia se quedó devastado al verla vestida con un delicado camisón blanco y un batín del mismo color; debían de formar parte de su ajuar.

Los ojos negros de ella lo recorrieron de arriba abajo al ver que todavía estaba vestido.

—Te vas —adivinó sin más.

Sebastian se quedó donde estaba, la piel le quedó empapada de sudor de inmediato. Quería decirle algo, lo que fuera, para eliminar el dolor que apareció en sus ojos, pero tenía la boca demasiado seca.

—¿Cuándo? —le preguntó Olivia, rota de dolor—. ¿Ahora?

La respuesta salió de sus labios con más frialdad de la que pretendía.

—Tú misma dijiste que querías un marido ausente.

—Ya sé lo que dije. —Se quedó contemplándolo con el corazón en la mirada.

En contra de su voluntad, Sebastian levantó una mano para tocarla y Olivia corrió a meterse entre sus brazos. La suavidad y calidez de ella le saturó los sentidos. «¿Cómo es posible que creyera que esto iba a resultarme fácil?».

—No quiero dejarte —murmuró por encima del pelo de ella, y entonces se odió por haber reconocido tal flaqueza.

—¿Puedes esperar unos días? —le pidió—. Dame un poco de tiempo para que pueda tranquilizar a mi padre. Una semana o dos a lo sumo, y me iré contigo.

Sebastian notó una dolorosa presión en el pecho y que su pene se excitaba, ansioso por estar con ella.

—¿Harías eso? —le preguntó con la voz ronca—. ¿Vivirías en el barco conmigo, renunciarías a tener un hogar?

—Mi hogar está contigo. —Le rodeó la muñeca con los delicados dedos y le guio la mano entre sus piernas. Allí le cubrió los dedos con los suyos y los colocó encima de su sexo—. Estás tenso, tan alterado como una pantera enjaulada. —Movi6 las caderas hacia la mano de él buscando la fricción de sus dedos—. Deja que te ayude a relajarte. Podemos hablar de todo esto cuando amanezca.

Él cerró los ojos y presionó los labios en su pelo.

—Está noche no puedo estar contigo. No confío en mí. No tal como estoy.

Estaba tan furioso, tan enfadado, que apenas podía respirar, y con el cuerpo de ella ondulando en su mano lo único que quería hacer era tumbarla en la cama y follársela hasta que no pudiera pensar, hasta que no pudiera sentir.

—Sé que estás furioso y que te sientes frustrado, pero tú nunca me harías daño.

Sintiendo como sentía la deliberada necesidad de discutir con ella, le habló con brusquedad:

—Tú no sabes nada de mí. Abordé tu barco sólo para pasármelo bien. Tal vez te habría violado de no haber estado tú tan dispuesta.

—Oh, Sebastian —suspiró Olivia—. Si prefieres discutir en vez de hacer el amor, supongo que puedo adaptarme, pero al menos di la verdad. Abordaste mi barco sin poner en peligro la vida de nadie. ¿Y violarme? —Lo miró divertida—. Un hombre tan increíblemente atractivo como tú no tiene necesidad de llegar a ese extremo. Tuviste suerte de que fuera tu esposa, de lo contrario tal vez yo te habría violado a ti.

La fulminó con la mirada a pesar de que su alma se moría por ella.

—Me dijiste que era un salvaje desmelenado.

—Cielo santo, ¿me creíste?

Se soltó de su mano y se acercó a la mesilla que había en una esquina. Sirvió en una copa una cantidad generosa del brandy que había en un decantador y se lo acercó a él caminando provocativamente, balanceando los rizos dorados que le caían por la cintura.

—Eres el hombre más lujuriosamente guapo que he visto nunca, Sebastian Blake. Eres oscuro como el pecado, más bello y seductor que el mismo diablo. No cambiaría nada de ti. Cada mañana, cuando me despierto, me cuesta creerme que estés tumbado a mi lado. Me pellizco constantemente para asegurarme de que no estoy soñando, de que eres mío de verdad, de que llevo tu apellido y tu título. —No apartó los ojos de los de Sebastian y fue bajando la voz haciéndola más y más seductora—. De que seré la madre de tus hijos.

Sebastian le quitó la copa de los dedos con los suyos temblando y vació el contenido de un trago.

—Lo dices como si hubieras salido ganando con tu parte del trato.

—Así ha sido. —Se apartó y se quitó el batín, dejándolo caer al suelo. Se acercó a la cama y se apoyó en un extremo—. Voy a dar por hecho que eso que tienes en los pantalones significa que quieres que me quede contigo esta noche.

Sebastian dejó caer la mano y apretó la copa con fuerza.

—Quédate si quieres, yo voy a salir.

—¿Duro como una estaca?

Esbozó una mueca. Cuanto antes viera Olivia lo bajo que era capaz de caer, mucho mejor. De tal palo, tal astilla.

—No te preocupes por mi polla.

—¿Y quién se va a preocupar por ella si no yo? —le preguntó sarcástica—. No puedes pasear por la ciudad en este estado.

—No tengo intención de pasear.

Olivia abrió los ojos de par en par al comprender lo que le estaba insinuando.

—¿Pretendes ir a buscar a una puta para saciar tu lujuria?

—Tal vez —contestó él como si nada—. O tal vez me iré con dos. Esta noche estoy muy necesitado.

Olivia se puso en pie y cerró sus manos menudas en sendos puños.

—¿Por qué, si yo siempre estoy ansiosa por estar contigo?

Sebastian se rio.

—La verdad es que te gusta mi polla, ¿no es así?

—Sí, y no me avergüenza reconocerlo. —Mantuvo la cabeza bien alta y le clavó los ojos negros

—. Tómame, Sebastian, y ahórrate el dinero de las putas.

En su interior Sebastian se sentía completamente avergonzado de sí mismo, pero siguió haciéndole daño.

—Llevo tantos años de pirata, cielo, que tengo dinero de sobra. ¿O acaso te has olvidado de quién soy?

Olivia entrecerró la mirada.

—Sé perfectamente quién eres. Eres mi marido, y si sales por esa puerta en busca de una puta, sólo lo serás de nombre... durante el resto de tu desgraciada vida. Piénsalo bien, milord, antes de partir. —Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta que comunicaba los dormitorios.

Sebastian tuvo que recorrer a toda su fuerza de voluntad para mantener el rostro impassible cuando por dentro se estaba muriendo. Levantó las manos hacia Olivia y en su mente le gritó que volviese y en su corazón le suplicó que le perdonase. Pero cuando abrió la boca sólo salió más amargura:

—Pensaba que ya habíamos hablado de este tema cuando nos conocimos. Puedo poseer tu cuerpo siempre que me plazca. La ley dice que un hombre nunca viola a su esposa.

Olivia se giró furiosa a mirarlo.

—¡Me estoy ofreciendo a ti! No tienes ningún motivo para ir a buscar a una puta.

—Quiero a una puta.

—Lo seré yo.

La respuesta de Olivia lo golpeó físicamente.

—¿Disculpa?

—Si quieres una puta, yo seré una puta. —Se acercó a él lamiéndose los labios y balanceándose como una mujerzuela—. ¿Qué necesita, señor? ¿Un revolcón? ¿O prefiere que se la chupe?

La copa vacía cayó de su mano inerte y rodó por el suelo.

—Para.

Olivia se sujetó los pechos con ambas manos y se pellizcó los pezones.

—Si quiere puede tocarlos, señor, a cambio de un par de monedas.

La sujetó por los hombros y la zarandó.

—¡Para!

Elle se enfrentó a sus ojos, furiosa y dolida.

—Fóllame.

Sebastian soltó una maldición y la apartó de él.

—Tú no eres una puta, Olivia. Eres una dama, y mi esposa; compórtate como tal.

—Me comportaré como tú necesitas —le dijo desesperada—. La alternativa es que te vayas y que nuestro matrimonio termine. Y a pesar de lo que estás haciendo, sé que no es lo que quieres. Estás sufriendo, Sebastian. Déjame ayudarte.

«Maldita sea.» Sebastian podía soportar cualquier cosa excepto perderla, y Olivia lo sabía. Sin embargo, el monstruo que habitaba en su interior estaba decidido a alejarla de él.

—No quiero hacer el amor, Olivia. Quiero follar. ¿Es eso lo que quieres tú? ¿Quieres que te folle?

Ella separó los labios y Sebastian vio que le costaba tragar. El deseo se mezcló con otras emociones en la mirada de su esposa.

—De acuerdo, entonces. —Sebastian se aflojó la trabilla de los pantalones para aliviar un poco la presión. Su miembro, duro y excitado, salió libre—. Levántate el camión y tumbate boca abajo.

Olivia abrió los ojos asustada.

—Sebastian...

—Ahora —dijo él entre dientes.

Observó con primitiva satisfacción cómo ella tropezaba al obedecerle. Le ardió la sangre cuando vio que las torneadas piernas de Olivia y su precioso trasero aparecían desnudos ante él. Caminó hacia ella y le acarició la curva de los muslos hasta colocar la erección entre los glúteos. Se agachó para morderle el lóbulo de la oreja y le susurró:

—Voy a utilizarte, esposa. Será duro e intenso, y no pararé en toda la noche. Mañana no podrás caminar.

Olivia gimió y se apretó contra el colchón. Él levantó una mano y le dio un cachete. Fuerte. Ella exclamó atónita.

—Separa las piernas. Más. —Sebastian notó que los rizos del sexo de Olivia estaban húmedos y deslizó los dedos por ellos—. Ummm. Siempre estás lista para mí. —Le dio otro cachete y observó fascinado la marca que dejaron sus dedos en las nalgas de ella. Le embargó la violenta necesidad de poseerla, de hacerla suya, de demostrarles a ambos que era demasiado tarde para retroceder. Por muy horrible, malvado e indigno que fuese él de ella, ahora Olivia estaba unida a él. Para siempre.

Sebastian le lamió un lado de la cara.

—¿Estás asustada, cariño?

Olivia tragó saliva y negó con la cabeza.

—Yo...

—¿Tú qué? ¿Te gusta?

—Haz lo que quieras... —dijo sin aliento—. Me gusta todo lo que me haces...

—Buena chica.

Deslizó su miembro entre las piernas de ella y se movió hacia atrás y hacia delante para que quedase empapado de sus jugos. Ella arqueó las caderas al sentir la erótica caricia y él la recompensó penetrándola un poco. La atormentó entrando sólo un poco y retrocediendo de inmediato. La protesta de ella le excitó sobremanera.

Sebastian movió las manos por la espalda de Olivia y apartó el camión a su paso, lamiéndole la curva de la columna vertebral.

—Dulce Olivia, siempre obedeciendo las órdenes de su papáito sin rechistar, pero en el fondo quieres a un hombre que te posea de verdad. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro sensual—. ¿Un pirata, tal vez?

Ella gimió y se movió en busca del calor de la erección de Sebastian.

—Por favor..., no me tortures más...

Él acarició la piel del trasero de su esposa y le dio un beso en la mejilla, pero cuando ella giró el rostro en busca de sus labios se apartó.

—No voy a ser cariñoso —le advirtió—. Ahora mismo no puedo. Dime que pare si esto no es lo que quieres. —La penetró hasta la mitad de la erección y notó lo húmeda que estaba. Se estremeció al pensar que ella le diría que se fuera.

Olivia se movió debajo de él y hundió las uñas en la colcha.

—¡Date prisa, maldito seas!

—No maldigas —dijo él entre dientes, y entonces la penetró hasta notar que sus testículos golpeaban las nalgas.

Olivia gritó al sentir el agonizante placer de tener a Sebastian completamente dentro de ella. La fuerza de las caderas de él la empujaba contra el colchón. Su esposo se retiraba hasta casi salir de su cuerpo para penetrarla de inmediato, ensanchando su sexo hasta límites casi insoportables. Se sentía muy atrevida, tenía los pies apoyados en el suelo y las piernas separadas para que él pudiese poseerla mejor. No podía hacer nada para impedir los movimientos frenéticos de Sebastian, simplemente recibirlos y saciarlos.

Él guio una mano hasta el pelo de ella y lo enredó en el puño para mantenerla quieta mientras se la follaba. Cuando lo sintió tirar de la melena para penetrarla mejor, Olivia se excitó todavía más.

—Te amo —le confesó ella.

—Dios... Olivia... —El ritmo de los movimientos de él se interrumpió y la erección la quemó por dentro al detenerse.

—Te amo —repitió, estremeciéndose debajo de él al notar que Sebastian se excitaba más hasta rozar el dolor. Dios santo, su esposo era enorme. Ella también estaba muy excitada, el deseo fluía en su cuerpo causando un sonido muy sensual cada vez que él entraba y salía. Olivia guio las caderas hacia atrás y consiguió que la erección de él volviese a entrar dentro de ella.

—¿Es esto lo que quieres, no? —gimió él con los muslos temblando pegados a los de Olivia—. Te gusta tenerme a tus pies, desesperado por ti. —Sebastian salió y volvió a penetrarla, apretándole las caderas con tanta fuerza con los dedos que seguro que le quedarían marcados.

—Sí, amor mío —confesó ella—. Quiero que enloquezcas por mí.

Y lo había hecho.

El placer aumentaba a una velocidad insospechada, el peso de los testículos de Sebastian golpeaba las nalgas de Olivia hasta que ella temió perder la cordura. Cerró los ojos en cuanto notó que su cuerpo empezaba a temblar.

Sebastian gritó, y Olivia notó la sacudida que le recorría el miembro antes de eyacular dentro de ella. La mano que él tenía en su cadera se movió hasta encontrar el clítoris y empezó a tocarlo. Olivia gimió y se retorció de placer; escondió el rostro en la colcha y sintió que el semen de él la inundaba mientras con dedos expertos la llevaba al orgasmo. Por increíble que pareciera, las caderas de Sebastian empezaron a moverse más rápido y Olivia saltó de un orgasmo a otro sin pausa. Cuando por fin él se desplomó encima de ella, Olivia pensó que no podría moverse durante días, tal como le había amenazado.

Sebastian tardó un largo rato en moverse y apartarse de ella. El aire le heló la piel que él había hecho entrar en calor. De algún modo, Olivia encontró las fuerzas necesarias para levantar una mano y capturar la muñeca de su esposo.

—No me dejes.

Los ásperos dedos de Sebastian le acariciaron la cadera antes de levantarse.

—Deja que me desnude, cielo.

Olivia se giró a mirarlo y vio que él le ocultaba la mirada.

—Estoy bien —le dijo adivinando el motivo.

—He sido muy brusco contigo —farfulló.

—¿Te arrepientes de lo que acaba de suceder?

Sebastian se quitó la chaqueta y se concentró en desabrocharse el chaleco.

—No.

Olivia se quitó el camión por la cabeza y lo lanzó a un lado.

—Entonces deja de comportarte como si lo hicieras. —Se metió bajo las sábanas y se tumbó de lado, escuchando los sonidos que hacía su esposo al desnudarse.

—¿Te arrepientes de lo que me has dicho? —le preguntó él casi susurrando.

Olivia escondió la sonrisa en la almohada.

—No.

El duro cuerpo de Sebastian se acurrucó a su espalda, le dio un beso en el hombro y entrelazó sus dedos con los de ella sobre su estómago. Se quedó dormida.

Más tarde, se despertó al notar las caricias de Sebastian en sus curvas. Estaba deslizándole los dedos entre las piernas. Los hundió en su sexo, que seguía impregnado de semen, y la acarició hasta encender su deseo. Buscó el lóbulo de la oreja con los labios. Dominada por el placer, Olivia se arqueó hacia su esposo.

La voz de él sonó ronca cuando le susurró al oído.

—Dímelo otra vez.

—Te amo.

Sebastian posicionó las caderas de Olivia y la penetró desde atrás. La poseyó por completo. Se movió entre las piernas de ella muy despacio, de un modo lánguido y sensual. Le acarició los pechos con las manos, le tocó los pezones. Olivia le suplicó que se diese prisa, pero él siguió excitándola con lentitud, susurrándole palabras de deseo al oído, hasta llevarla a límites insospechados. Cuando por fin la dejó alcanzar el orgasmo, a Olivia le sorprendió la fuerza con la que gritó y apretó los dedos de Sebastian con los suyos. Él se tensó a su espalda y con voz ronca y aterciopelada susurró el nombre de ella una y otra vez en la oscuridad.

Saciado, la abrazó con todas sus fuerzas.

—Lo siento —le suplicó juntó a la piel—. Jamás lo habría hecho.

Olivia no fingió que no le entendía.

—No podría soportar tener que compartirme.

—Jamás tendrás que hacerlo, te lo juro.

El amanecer se entrometía por entre las pesadas cortinas de terciopelo cuando Sebastian la buscó de nuevo. Olivia se giró medio dormida entre sus brazos en cuanto sintió instintivamente que la necesitaba.

—Lo siento tanto —farfulló él, rotó por dentro—. No te merezco.

—Chis...

—Dímelo otra vez.

—Te amo. —Y en su corazón se murió por él, por ese hombre tan dulce y tan maravilloso que había recibido tan poco amor en la vida que ahora necesitaba suplicarlo—. Te amo, Sebastian.

Con los ojos cerrados, Olivia se dejó llevar por sus sentidos aún embotados por el sueño, por el olor, el sabor, el tacto. Los fuertes músculos de su marido le resultaban muy familiares bajo los dedos. Él le susurraba cosas al oído, sonidos incoherentes que la hacían sentir a salvo y amada. Lo abrazó con fuerza, el anhelo de ella era tan intenso como el de él, hasta que Sebastian se incorporó encima y tapó los susurros de luz.

Sebastian levantó una pierna de Olivia y la colocó encima de su cadera para poder penetrarla mejor. La acercó al orgasmo una y otra vez, consciente del placer de su esposa, sabiendo exactamente lo que ella deseaba como sólo lo sabe un amante experto y generoso. Ella podía sentir la ternura de Sebastian en cada caricia, en cada penetración. Gimió sorprendida al notar que volvía a alcanzar el clímax, y Sebastian se estremeció y gimió como si le doliera terminar con aquel encuentro.

Despertó horas más tarde y se frotó los rastros de sueño del rostro. Le pesaba la mano izquierda, y cuando la miró reaccionó de inmediato al ver un enorme zafiro en el dedo anular. Se le cerró el corazón. No tenía que ver nada más para estar segura.

Sebastian se había ido.

Cuando Sebastian abrió la puerta del dormitorio de su padre, ni se le pasó por la cabeza ser sigiloso. El perfume de Olivia seguía pegado a su piel y la sangre le hervía de furia. Su padre había intentado deliberadamente destruir a su esposa para conseguir lo que quería. Sebastian no iba a tolerar que volviera a pasar e iba a dejárselo claro en aquel preciso instante.

Observó con cierta fascinación cómo el marqués se sentaba sobresaltado en la cama al oír que la puerta chocaba contra la pared. Dunsmore miró a su alrededor asustado.

—¡Maldita sea, Sebastian! ¿Qué significa esto?

—Qué coincidencia, la última mañana que pasé en esta casa nos vimos de la misma manera, aunque en esa ocasión yo estaba en la cama y tú amenazándome desde la puerta. —El recuerdo hizo que le subiera la bilis por la garganta. Sonrió con mala intención al ver palidecer a su padre—. Ah..., veo que sabes a qué he venido. —Saltó sobre la cama y retuvo a su padre contra el colchón con las manos en su cuello.

No dejaría a su esposa a merced de ese monstruo.

—Tienes suerte de que no quiera ser marqués, porque de lo contrario te mataría ahora mismo y acabaría contigo para siempre.

Los ojos de Dunsmore casi se le salieron de las órbitas en su rostro idéntico al de Sebastian. El destino les había jugado una extraña pasada al decidir que Edmund se pareciera a su madre y tuviera el mismo pelo rojo y los ojos verdes de ella.

—Sebas... Por el amor de Dios... —Dunsmore forcejó como un poseso, arañó las manos a su hijo hasta hacerlas sangrar, con los pies pateó compulsivamente la colcha de la cama.

—Escúchame bien. —Sebastian agachó el rostro hasta quedar a escasos centímetros del de su padre—. Te mantendrás alejado de mi esposa. No te acercarás a ella por ningún motivo. Si descubro que tú o Carr habéis osado acercaros a Olivia, te mataré.

Apretó los dedos alrededor del cuello hasta que le dolió la mano de la fuerza que estaba ejerciendo. Soltó a su padre y se levantó de la cama.

El marqués rodó hasta el extremo del colchón y vomitó en la alfombra Aubusson.

—Te... deshera... desheredaré —farfulló en medio de las arcadas.

Sebastian se rio con desprecio.

—Ojalá pudieras. Pero el título y las propiedades son intocables, lo único que puedes negarme es tu dinero, y no me hace falta. Gástatelo, quémalo. No me importa.

Su padre escupió al suelo.

Sebastian se dirigió a la puerta.

—Recuérdalo, padre. Mantente alejado de mi esposa.

Tras hacer las gestiones necesarias con sus abogados para que Olivia no tuviese que preocuparse de nada, Sebastian subió a bordo del *Seawitch* y desde la cubierta, mientras abandonaba Inglaterra, observó cómo Londres iba empequeñeciéndose en el horizonte. Quería huir de los problemas de su familia, como un cobarde, y tuvo que luchar para no ceder a la tentación de hacerlo. Sería fácil abandonar aquella fealdad y no volver nunca más, escapar de esa vida que no tenía ningún deseo por vivir, disfrutar de la libertad en otra parte. Pero ahora tenía a Olivia, y Sebastian estaba

dispuesto a sufrir cualquier tormento, a conseguir cualquier imposible, a viajar a cualquier parte, con tal de estar con ella durante el resto de su vida.

Tenía que liberarse de su pasado, dar permiso a sus hombres para que siguieran cada uno con su camino, ocuparse del barco, cortar los lazos con los hermanos Robidoux. Sebastian no sabía cómo iba a sobrevivir las siguientes semanas sin su esposa a su lado, pero todo lo que tenía que hacer era demasiado peligroso para que ella lo acompañase.

Inglaterra desapareció en la distancia y Sebastian supo que iba a volver en cuanto le fuese posible.

Allí había dejado su corazón, y no podía vivir sin él.

Olivia consiguió asearse a duras penas, el vacío que sentía por dentro la estaba destrozando. Estaba segura de que convencería a Sebastian de que se quedase, o de que, como mínimo, se la llevase con él. Pero, al mismo tiempo, a una parte de ella no le sorprendía lo más mínimo que su esposo hubiese huido sin decirle nada. La costumbre de salir huyendo de sus problemas estaba profundamente arraigada en él. De joven, Sebastian había utilizado la bebida y las mujeres como método de escape. Más adelante los cambió por el mar y, durante un breve periodo de tiempo, había recurrido a ella. Pero al parecer no le había bastado.

Si hubiese podido, se habría quedado en la cama, regodeándose entre esas sábanas que olían a la piel de Sebastian y a los placeres que habían compartido, pero su padre estaba en casa y debía atenderlo. Olivia no podía ni concebir qué iba a tener que hacer para sobrevivir, pero al menos iba a intentarlo.

Al llegar al comedor cogió un plato del aparador y lo llenó de la comida que la estaba esperando en sendas bandejas. Después siguió a un lacayo hasta el salón, donde su padre estaba leyendo el periódico.

—Buenos días, Livy —la saludó contento.

—Buenos días, padre. —Le besó las rosadas mejillas y se acercó a la mesilla que había en una esquina. El lacayo le colocó el plato de comida y el zumo en la mesa, y ella le despidió con una sonrisa.

—Se te ve muy enamorada —comentó su padre—. ¿Eres feliz con tu esposo?

—Yo... sí. —Lo había sido antes de que él le rompiera el corazón, pero a su padre nunca iba a confesárselo. Era imposible que él hubiese podido prever las consecuencias que acarrearía casarla con un noble. ¿Y acaso no era culpa suya estar metida ahora en ese lío? El día que decidió quedarse con Sebastian, sabía perfectamente qué clase de hombre era. El único problema había sido que su estúpido corazón se había atrevido a soñar.

—Tengo que reconocer que tuve mis dudas cuando lo vi por primera vez —admitió Jack—. Conozco a los hombres de su clase, son salvajes e indomables; no el tipo de marido que un padre elegiría para su única hija. Pero después de hablar con él esta mañana...

Se le aceleró el pulso.

—¿Has hablado con él esta mañana?

—Sí, hemos desayunado juntos. Tu marido ya no me parece el vividor y el crápula que me pareció ayer, aunque tengo que reconocer que lo aparenta. El modo en que anoche manejó toda la situación me dejó muy impresionado. Parece sentirse muy protector contigo, incluso posesivo. Me gusta. Es un marino excelente, y no le importa lo más mínimo que yo sea un hombre de negocios y..., bueno, en cualquier caso, ahora que lo conozco me gusta muchísimo más que su primo, ése al que

hicieron pasar por lord Merrick.

Olivia contuvo un sollozo al recordarlo. Como si no tuviera bastante con sus problemas, ahora estaba íntimamente unida a la familia Blake, y por lo que había visto, era un grupo de gente que dejaba mucho que desear.

—¿Merrick te mencionó qué planes tenía?

Su padre dobló el periódico y la miró intrigado.

—Me dijo que te había dejado una nota. ¿No la has leído?

Olivia salió por la puerta a la velocidad del rayo y llamó a gritos al mayordomo. El hombre apareció al instante con la respiración entrecortada por la carrera, pero no sabía nada de ninguna nota, así que Olivia se arremangó la falda y subió la escalera precipitadamente. Encontró a la doncella cambiando las sábanas de la cama.

—Buenos días, milady —la saludó la joven con una leve reverencia.

—¿Ha encontrado una nota para mí?

La doncella asintió y se acercó a la mesa, de la que volvió con un papel en la mano.

Olivia le murmuró las gracias y se retiró al dormitorio para leer la nota en privado. Era breve y desgarradora.

Confía en mí, volveré.

Tuyo.

S.

Se deslizó hasta el suelo y rompió a llorar.



Londres, Inglaterra, junio de 1813

Olivia contuvo un bostezo y escudriñó el salón de baile con los ojos entrecerrados. La celebración había sido todo un éxito, así que el salón estaba a rebosar y, a pesar de la multitud de ramos de flores que lo poblaban, desprendía un olor bastante desagradable. No tenía el menor deseo de estar allí, pero Dunsmore había insistido en que asistiera.

Cualquiera creería que a lo largo de los últimos cuatro meses su relación había cambiado; al fin y al cabo, los dos se habían esforzado mucho en que ella entrase con éxito en el mundo de la alta sociedad, pero no era el caso. Olivia detestaba a ese hombre horrible tanto como el primer día. Por desgracia, al estar sola no había tenido más remedio que acudir al marqués y pedirle ayuda. Necesitaba el apoyo de su suegro si quería presentarse como lady Merrick. Sin él, la alta sociedad le habría negado el respeto que su título se merecía.

Personalmente, a Olivia no le importaba lo más mínimo lo que pensará de ella el *beau monde* y, si hubiese podido elegir, se habría quedado todos esos meses en casa lamiéndose las heridas. Su hijo, sin embargo, se merecía empezar con buen pie en ese mundo, y por ese único motivo fingía interesarse por la alta sociedad.

Todos sus esfuerzos se vieron recompensados con el gran éxito que obtuvo. Incluso Dunsmore estaba impresionado; Olivia casi podía sentir que el viejo marqués empezaba a experimentar cierta debilidad por ella. El padre de Sebastian se pondría muy contento cuando descubriera que Olivia estaba embarazada y que, por tanto, su plan había dado por fin el resultado deseado. Pero la buena nueva era demasiado bonita para compartirla con el resto del mundo. Olivia sospechaba que a Dunsmore le proporcionaría cierto placer conocer la noticia antes que Sebastian, y por eso mismo se negaba a darle tal satisfacción. Ése era el último detalle que tendría con su errante marido.

Olivia se hundió cuando él se fue, no paraba de llorar y de echarle de menos. Luego se puso furiosa.

Ahora seguía estándolo.

Dejó la copa de limonada en la bandeja de un lacayo que pasó por su lado por no romperla. Sebastian no había cumplido con su palabra, la había abandonado en medio de esa manada de lobos y había huido de sus problemas. Ella jamás le perdonaría por ello. Nunca.

«Confía en mí», le había escrito. ¡Ja! Él se negaba a confiar en ella. Si estaban casados, ¿por qué iba a ser la única que tuviese la cortesía de creer en el otro?

—Excelencia, ¿estoy soñando un imposible si le pregunto si le queda algún baile disponible?

Olivia se giró al oír esa voz tan familiar y suspiró al ver a Carr Blake. El hombre no era tan malvado como su tío; sencillamente, estaba equivocado y era fácil de manipular. De todos modos, Olivia le vigilaba de cerca y mantenía las distancias siempre que él intentaba estrechar su amistad. Carr había pretendido engañarla del peor modo posible, y Olivia jamás podría olvidar esa ofensa. Sin embargo, tenía que mantener las apariencias, y una de ellas consistía en fingir que estaba unida a la desagradable familia Blake.

—Por supuesto. Dentro de dos bailes.

Los ojos azules de Carr brillaron expectantes.

—Soy un hombre afortunado.

En aquel instante, Olivia se fijó en lo mucho que Carr se parecía físicamente a Sebastian. Tenían el mismo pelo negro e idénticos ojos azules. No obstante, era una semejanza meramente superficial: Carr poseía el atractivo de un cachorro, mientras que Sebastian era una pantera dispuesta a cazar.

Olivia echó los hombros hacia atrás y se obligó a sonreír tras comprobar que eran el centro de todas las miradas. Su determinación por estar a la última en los dictados de la moda había sido primordial para alcanzar el éxito, y había podido comprar todas las creaciones que deseaba gracias a la generosidad de su esposo.

Suspiró profundamente. Renunciaría gustosa a todo a cambio del amor de Sebastian. Pero ya era demasiado tarde.

—Lady Merrick, creo que el próximo baile me lo ha reservado a mí.

Olivia se dio media vuelta.

—Creo que tiene razón, monsieur Robidoux.

El atractivo desconocido se inclinó elegantemente sobre los nudillos de Olivia. La piel morena y el pelo rubio del misterioso francés lo habían convertido en un hombre muy solicitado por ciertos miembros de la alta sociedad, pero a ella la dejaban indiferente. De todos modos, Olivia le ofreció la mejor de sus sonrisas.

Él se la devolvió y la acompañó hasta la fila de parejas que se disponían a bailar.

—Esta noche está incluso más bella que de costumbre, milady.

Olivia arqueó una ceja.

—Gracias, monsieur.

Robidoux había sido muy atrevido e insistente con ella desde que había llegado a Londres, un mes atrás; la invitaba a pasear por los jardines o por el parque, aunque ella siempre se negaba. Cada vez que se encontraba con él, Olivia tenía que mantenerse firme porque Robidoux buscaba quedarse a solas a la menor oportunidad.

—Lady Merrick —pronunció con voz empalagosa—. Me han dicho que el título de Dunsmore es muy antiguo y que goza de enorme respeto. Sin embargo, el marqués que va a heredarlo no ha asistido al baile. De hecho, nadie le ha visto ni ha oído hablar de él en los últimos cinco años.

Olivia se rio, en parte porque le hizo gracia y en parte porque estaba exasperada. Los chismes acerca del paradero de su esposo habían alcanzado límites insospechados. Al fin y al cabo, era muy extraño que un hombre que prácticamente estaba desaparecido se casara. Por esos mismos motivos, Olivia había necesitado el apoyo de Dunsmore.

—Le aseguro que lord Merrick no es producto de mi imaginación.

Robidoux apretó los dedos con los que la sujetaba.

—Una mujer tan bella como usted jamás debería ser abandonada.

Olivia contuvo una mueca nada propia de una dama. Las insinuaciones de ese hombre empezaban a cansarla.

—No me ha abandonado, monsieur Robidoux.

—¿Y dónde está su marido, entonces? Me gustaría mucho conocerlo.

—Y lo hará, a su debido tiempo. —La danza campestre empezó y Olivia suspiró aliviada.

Cuando se cruzaron en medio de la fila de bailarines, la sonrisa del francés no fue para nada encantadora.

—¿Quizá le apetezca dar un paseo conmigo por el jardín cuando esto acabe? —le preguntó Robidoux antes de separarse.

—No, gracias.

Olivia dio las gracias en silencio cuando la música fue apagándose. Sólo faltaba un compás más y podría escapar de Robidoux. Ese hombre tenía algo que la ponía nerviosa. Las sonrisas nunca le llegaban a los ojos y cuando la miraba se sentía como si la... diseccionase.

—El muy honorable conde de Merrick —anunció el mayordomo a pleno pulmón.

El salón entero se paralizó y el silencio cubrió a sus ocupantes como una niebla espesa.

Olivia se dio media vuelta perpleja e incrédula. Cuando empezaron a sonar las notas del compás, sus ojos se mantuvieron fijos en el hombre alto y corpulento que descendía la escalera.

Sebastian bajó los escalones con su habitual arrogancia. Aunque pareciera imposible, su piel estaba más bronceada que antes; tenía un tono moreno que no encajaba lo más mínimo con los dictados de la moda y que hizo que a Olivia le temblasen las rodillas. El modo en que se movía le prometía horas y horas de placer carnal. A pesar de lo profundamente enfadada que estaba, se le hizo la boca agua, le pesaron los pechos y su sexo se apretó con cada paso de su esposo.

Los invitados, cuando se recuperaron de la sorpresa inicial, se acercaron a él para darle la bienvenida, pero Sebastian no hizo caso a nadie y no apartó los ojos azules de Olivia. El calor que ardía entre ellos, incluso desde la distancia, hizo que a ella se le empapase la piel de sudor. El modo en que él la estaba mirando era muy peligroso y le decía que iba a poseerla hasta arrebatarle el sentido; sin embargo, no podía moverse de lo rápido que le latía el corazón. Sebastian tardó unos pocos segundos en llegar a su lado y le pareció que había sido una hora.

Le tendió la mano y Olivia dudó sólo un instante si la aceptaba, y, cuando lo hizo, observó sin aliento cómo él se la acercaba a los labios. Notó la boca de Sebastian a través del guante y la sensación se extendió por el brazo hasta llegar a lo más profundo de ella. Entonces se estremeció.

La satisfacción de Sebastian se dibujó en sus labios.

—Te he echado de menos, amor.

El salón entero esperó ansioso la respuesta de ella, la música resonaba estridente en medio del silencio. Olivia respiró hondo, dejó que la furia que sentía se reflejase en su mirada y después le hizo una reverencia.

—Milord.

Los invitados se pusieron a susurrar frenéticos de inmediato.

Sebastian la ayudó a levantarse, la miró posesivamente y susurró:

—Es hora de irnos.

Olivia buscó a Robidoux dispuesta a hacer las presentaciones, pero descubrió que el francés había abandonado la zona de baile y había desaparecido por entre la multitud sin despedirse.

—Ahora, Olivia.

—Acabas de llegar —se quejó. Si se quedaba a solas con Sebastian, se metería en un lío.

Él arqueó arrogante una ceja. Ella abrió la boca para insistir, pero la cerró sin decir nada. Su esposo no se tomaba bien que le llevaran la contraria. Y mucho menos cuando, a juzgar por su mirada, estaba más que dispuesto a levantarle el vestido y poseerla allí, en medio del salón.

Asintió imperceptiblemente y dejó que Sebastian le cogiese una mano para colocarla en su antebrazo y la guiase fuera. Se mordió la lengua hasta que disfrutaron de la intimidad de su carruaje, y cuando allí él intentó tocarla, Olivia le abofeteó la mano con el ridículo.

—¡Maldita sea! —exclamó él dolorido.

Ella sonrió.

—No volverás a tocarme nunca más, te lo juro.

Sebastian miró a su enfurecida esposa sorprendido y dolido. Él se había percatado inmediatamente de los cambios que había sufrido: se la veía más dura, echaba chispas por los ojos y apretaba el labio con fuerza. Él esperaba que su reencuentro fuese cálido y apasionado y, sin embargo, acababa de jurarle que no volvería a tocarla nunca más. «¿Qué diablos está pasando?»

—¿Qué diablos está pasando? —le preguntó al fin.

Ella lo miró incrédula.

«A la mierda, yo creía que se alegraría de verme.»

—Olivia, amor mío...

—Oh, vamos —farfulló ella mirando a través de la ventana—. Tú no sabes qué es el amor. Tú sólo has vuelto porque quieres disfrutar de tu visita conyugal.

—Mi visita conyu... —escupió él—. ¡Por todos los infiernos! ¿De qué diablos estás hablando?

—Oh, lo siento —se burló ella con fingida inocencia—. ¿Te he escandalizado? Quería decir tu derecho de pernada.

—¿Mi derecho de pernada? —Se cruzó de brazos—. Eso es ridículo.

—No me extraña que a ti te lo parezca.

Sebastian se sintió perdido en medio de aquella agonizante confusión. En cuanto su barco había llegado a puerto, había corrido hacia su casa, y al llegar descubrió que su esposa había salido. El mayordomo le explicó que Olivia había acudido al baile de los Dempsey, y él se cambió tan rápido como pudo para ir a buscarla.

Le había costado decidirse a hacer su presentación como lord Merrick en un acto con tanta gente, y lo cierto es que el silencio que lo recibió al entrar en el salón le abrumó durante un segundo. Pero entonces vio a Olivia y el resto dejó de importarle. Se ocuparía del mundo mañana. Esa noche, lo único que quería, lo único que necesitaba, era sentir el lujurioso cuerpo de su esposa bajo el suyo, ver sus ojos negros llenos de placer al comprobar que él había vuelto.

—¿Qué he hecho para que estés tan enfadada? —le preguntó en voz baja.

—No puedo creerme que tengas que preguntármelo. Me dejaste aquí sola —le recriminó—, en medio de esa bandada de buitres, después de haberme prometido que te quedarías hasta que estuviese introducida en sociedad. Y ni siquiera tuviste el valor de decirme adiós. Bien, milord, si no eres capaz de cumplir tus promesas, yo tampoco me siento obligada a cumplir las mías.

—¡Maldita sea! —farfulló él—. Precisamente me vi obligado a irme para poder cumplirla.

Ella entrecerró los ojos.

—¿No vas a preguntarme qué he estado haciendo? —quiso saber él con tristeza.

—No. Ahora ya es demasiado tarde. Tendrías que haberme contado tus planes antes de irte.

Sebastian miró la belleza radiante de su esposa y tuvo ganas de gritar. Ella no podía haber dejado de amarlo. Se moriría si Olivia no lo amaba.

—Tú me amas.

Olivia se rio.

—No te hagas ilusiones.

—Me amas —insistió él—. Y te juro por Dios que vas a reconocérmelo.

—¡No pienso hacer tal cosa!

—¡Sí que lo harás!

Parecía un niño pequeño y se sentía como tal, un niño al que habían reñido y que estaba

dispuesto a todo con tal de recuperar el amor que había perdido y que le completaba. En toda la vida, sólo le había amado Olivia. Bueno, tal vez su madre también le había querido, pero ¿de qué le servía si no podía recordarlo?

El carruaje se detuvo y, antes de que él pudiese reaccionar, Olivia bajó y corrió hacia la casa. Sebastian la persiguió ante el asombro del lacayo, que se agachó para retirar el escalón. Olivia esquivó al mayordomo que le abrió boquiabierto la puerta y subió corriendo la escalera.

—¡Olivia! —gritó Sebastian. Estuvo a punto de cogerla, pero tropezó con la alfombra al girar la esquina y los pasos que tuvo que dar para evitar caerse dieron ventaja a su esposa. Olivia llegó a su dormitorio y cerró la puerta con tanto ímpetu que la mansión entera retumbó. Sebastian soltó una maldición y entró en el suyo.

«¿Así que pretende encerrarse en su dormitorio? Eso habrá que verlo.»

Sebastian se dirigió decidido hacia la puerta sin cerrojo que comunicaba ambos aposentos y se quedó perplejo al comprobar que había desaparecido.

Olivia había tapiado la maldita puerta y la había empapelado con damasco para eliminar cualquier rastro.

Sebastian salió furioso al pasillo y dio una patada a la puerta del dormitorio de su esposa. Echó la pierna hacia atrás y la lanzó hacia delante con todas sus fuerzas mientras soltaba una maldición, pero no cedió ni un centímetro.

—¡No te servirá de nada! —gritó Olivia a través de la hoja de madera—. La he reforzado.

—¿Que la has reforzado? —gritó también él, incrédulo.

—Sí, eso he dicho. ¡Y ahora vete!

El torso de Sebastian subía y bajaba apresuradamente indignado.

—Olivia... —le advirtió.

—¡Vete!

Olivia se sentó en los pies de la cama con el corazón latiéndole descontrolado, abrazada a una almohada y con la mirada fija en la puerta. Pasaron largos minutos de silencio, pero seguía temiendo que Sebastian volviese.

Estaba aterrorizada porque había subestimado el efecto que tenía en ella el atractivo de su esposo. Durante los cuatro meses de ausencia de Sebastian, Olivia había logrado convencerse de que su pasión había terminado por apagarse. Ahora sabía que eso no sucedería jamás. El amor que sentía por él no se lo permitiría.

Lo único que la consoló fue la profunda satisfacción que sintió hacia sí misma por haber conseguido rechazar los avances de su esposo, aunque sólo fuera por esa noche. Apenas había logrado sobrevivir, y cada día que pasaba echándolo de menos era una agonía. Sebastian se merecía todos los agravios que pudiera hacerle.

Pasado un rato, Olivia se relajó y sintió una tremenda decepción al comprobar que él se había dado tan fácilmente por vencido. Suspiró, dejó la almohada a un lado y empezó a desnudarse; una tarea nada fácil teniendo en cuenta la larga fila de botones que le recorría la espalda. Estaba haciendo movimientos propios de un contorsionista cuando unos dedos apartaron impacientes los suyos. Sorprendida, gritó y se giró para enfrentarse a su marido, que la estaba mirando con un hambre descarnada y una frustración apenas controlada.

—¿Cómo has...? —Miró detrás del imponente cuerpo de Sebastian y vio el extremo de una escalera apoyada en el balcón—. Cielo santo. Qué osadía la tuya.

Sebastian arqueó una ceja y empezó a tirar de su corbata.

—Soy pirata de profesión, querida. Una puerta no es ningún obstáculo para mí.

—¿Qué..., qué estás haciendo? —le preguntó al ver que él se quitaba el chaleco y lo lanzaba junto a la levita.

—He conquistado este castillo. Ahora voy a reclamar mi botín. En este caso, tú.

Se quitó la camisa por la cabeza y dejó al descubierto el poderoso torso y los músculos del abdomen. Se había bronceado más a lo largo de las semanas que habían estado separados; ahora tenía la piel de un precioso color caoba. A Olivia se le hizo la boca agua.

Dios santo, iba a babear.

—¡Vuelve a ponerte la ropa! —le ordenó sujetándose el vestido contra los pechos—. ¡Estoy furiosa contigo!

—Ya me he dado cuenta —farfulló él desabrochándose la trabilla del pantalón para también dejarlo caer al suelo.

—Oh, maldición... —balbuceó ella al ver aparecer su erección, dura como el acero y enorme. Se le irguieron los pezones al instante. Olivia se obligó a mirarle a los ojos y en ellos vio una satisfacción muy masculina. Sebastian sabía perfectamente el efecto que le causaba ver su cuerpo.

—Ah, mira cuánto te he echado de menos, cariño —le dijo con voz sensual—. Hace demasiado que no estoy dentro de ti.

—No te deseo —le aseguró ella tras tragar saliva.

—Mentirosa.

—Estoy enfadada —se quejó, y su resistencia se fue desvaneciendo por momentos cuando vio que Sebastian se sujetaba la erección y empezaba a acariciarse.

—Esto es lo que he hecho cada noche, Olivia. —Se rodeó el miembro con los dedos y se masturbó con fuerza—. Pensaba en ti y suplicaba sentir el placer que se me estaba negando. He dormido en la cama donde pasamos tantas horas maravillosas haciendo el amor y ha sido una auténtica tortura. —Le pesaron los párpados y siguió dándose placer—. Cada noche me masturbaba pensando en ti. ¿Tú no me has echado de menos?

Olivia se humedeció el labio con la mirada fija en la mano con la que Sebastian se estaba acariciando el pene. Le deseaba tanto que le dolía. Le amaba. A pesar de todo, todavía le amaba.

—Esto no cambia nada —susurró ella—. Es sólo sexo.

Sebastian sonrió victorioso, hiriéndole a ella el orgullo. Tal vez su esposo creía haber ganado esa batalla, pero Olivia iba a demostrarle lo equivocado que estaba.

Eliminó la poca distancia que los separaba y se puso de rodillas. Cogió la fuerte erección y la guio hasta sus labios para deslizarla al interior de su boca, pasándole antes la lengua por la punta. El siseo de placer de Sebastian fue seguido por el movimiento compulsivo de sus dedos enredándose en el pelo de ella. Sebastian movió las caderas hacia delante dos o tres veces y sus muslos se tensaron del esfuerzo que tuvo que hacer para estarse quieto.

—Pobrecito —murmuró ella pegada al prepucio empapado de Sebastian—. Tal vez deberías tumbarte en la cama para no desmayarte.

Sebastian la levantó del suelo por los brazos y le devoró la boca como un poseso, moviendo la lengua igual que había movido antes el pene. Sus manos expertas la acariciaron a medida que la desnudaban con alarmante familiaridad. En cuestión de segundos, Olivia ya estaba sujetándose del fuerte cuerpo de su esposo mientras gritaba de placer. Sebastian desgarró el vestido y los botones salieron volando en distintas direcciones. El deseo corrió por la sangre de Olivia a pesar de que su mente protestaba.

—Esto no cambia nada —repitió.

—Recuérdatelo cuando haya terminado contigo —le advirtió él, arrogante, lanzando el vestido al suelo. La giró, tiró de los lazos de la camisola y se deshizo de la ropa interior y del corsé sin importarle lo más mínimo si echaba a perder esas prendas tan caras.

—Sebastian...

—Sí..., vuelve a decir mi nombre, cariño. Adoro cómo lo dices.

Ella se derritió.

—Sebastian.

Le quitó la camisola por la cabeza y lanzó la prenda al suelo antes de coger a Olivia en brazos y llevarla a la cama dándole un beso en la frente.

—Te he echado terriblemente de menos.

Olivia sacudió la cabeza: los ojos le ardían de las lágrimas que no había derramado. Tiró de la cinta de cuero que Sebastian llevaba en la coleta y dejó en libertad la melena negra.

—Tendría que ser más fuerte, debería ser capaz de resistirte. Me has hecho mucho daño. Tal vez si tuviera una daga o una pistola...

—No podrían mantenerme alejado de ti.

«¿Entonces por qué te fuiste?» Y lo que era más importante, por qué había vuelto.

—Te amo, Olivia.

Olivia se tensó debajo de él y echó la cabeza hacia atrás en busca del rostro de su esposo. Los ojos azules de Sebastian la miraban con ternura y tuvo que contener un sollozo. Se moría por su amor, quería creer que era de verdad. Pero no podía confiar en él, y aquella ausencia hizo que esas palabras le produjeran dolor en lugar de alegría.

—¿Has vuelto porque me amas? —le preguntó con amargura—. Sólo una idiota enamorada se creería tal tontería.

—No he vuelto porque te amo. —Ella frunció el ceño confusa—. Me fui porque te amo.

Sebastian se colocó encima de ella y bajó la cabeza para silenciar todas esas preguntas con los labios. Los besos que le dio fueron devastadores. La experta boca de su esposo se movió en la de ella y debilitó sus defensas recordándole el inmenso placer que sólo podía sentir en sus brazos. Sebastian se tumbó y la colocó encima de él, y después liberó las manos para poder tocarla con libertad e infinita ternura. La lengua ardiente del pirata le acarició el paladar superior. ¡Dios, casi se había olvidado de lo bien que besaba ese hombre!

La boca de Sebastian era pecaminosa y divina y la besaba como si se hubiese estado muriendo por su sabor. La entrepierna de Olivia tembló al borde del orgasmo. Movié las caderas hasta que el miembro de él quedó frente a la entrada de su cuerpo.

—¡Espera! —le pidió apartando la boca de la de ella, pero Olivia no le prestó atención y deslizó el miembro hacia el interior de su cuerpo con un gemido de placer—. ¡Olivia!

El torso de Sebastian se levantó de inmediato de la cama y la levantó con él; la penetró más profundamente y eyaculó dentro de ella sin dejar de estremecerse poderosamente ni de gritar su nombre. La rodeó con los brazos y la apretó con fuerza mientras todo su cuerpo temblaba sin cesar.

Olivia lo sujetó, fascinada por sentirlo eyacular en su interior con tanto fuego y pasión mientras se movía frenético debajo de ella. Y cuando Sebastian se quedó quieto y se tumbó sobre los cojines, lo imitó.

—Ah, cariño —farfulló él con la voz ronca acariciándole la espalda—. Lo siento. No he podido parar. Llevaba demasiado tiempo sin ti.

—Lo entiendo.

—Dame un minuto para que me recupere y te daré placer hasta el amanecer.

Él buscaba seducirla con sus palabras, pero ella sintió temor. Se apartó de encima de su esposo aprovechando que estaba demasiado saciado para detenerla y se sentó en el borde de la cama. Olivia se pasó una mano por el pelo y se quitó las horquillas.

—Me abandonaste, Sebastian.

—Tuve que hacerlo —insistió él tumbándose hacia ella para mirarla—. En un principio sólo accedí a quedarme durante un breve periodo de tiempo porque tú me lo pediste. Pero cuando me dijiste que me amabas, todo cambió. Me di cuenta de que yo también te amaba y de que quería estar contigo, pero antes tenía que hacerme cargo de mis hombres y de mi barco. Debía cortar cualquier lazo con mi pasado de pirata antes de poder empezar de cero contigo.

Olivia se secó una lágrima que escapó de su férreo control y, temblando, cogió aire. Había demasiado resentimiento, demasiado miedo, y, aunque sentía un atisbo de esperanza, se aconsejó a sí misma no hacerle caso porque en aquel instante estaba demasiado alterada.

Miró a su esposo por el rabillo del ojo y le dolió el corazón al ver su magnífico cuerpo desnudo, su pelo esparcido por la almohada. De algún modo, el entorno femenino del dormitorio resaltaba la masculinidad de Sebastian. Pero lo que más daño le hizo fueron sus ojos, llenos de anhelo y de amor y de un poco de miedo. Olivia apartó la mirada, incapaz de soportarlo.

—Has estado fuera cuatro meses.

Él le acarició la espalda con movimientos rítmicos.

—Le di mi barco a Will y tuvo que arreglar cuentas con la tripulación. Tenía intención de solucionarlo todo cuanto antes y volver de inmediato.

—Pero no lo hiciste.

—No —convino él—. Pero por un buen motivo. Hay dos hermanos gemelos, piratas, con los que me avergüenza reconocer que me asocié. No estaban dispuestos a olvidar una antigua ofensa. La noche que nos fuimos de Barbados me exigieron que te entregase a ellos a cambio de saldar mi deuda.

—¿Tenías que entregarme a mí?

—Sí, a ti. Will me dijo que la doncella del hostel donde te hospedaste había recibido la visita de uno de los gemelos. Le hizo varias preguntas sobre ti, Olivia. Descubrió tu identidad. No podía permitir que llegase más lejos. Estabas en peligro por mi culpa.

Olivia se giró a mirarlo.

—¿Qué hiciste?

Sebastian le cogió la mano y entrelazó los dedos con los de ella.

—Esperé a que los piratas volviesen a la isla y, cuando lo hicieron, me enfrenté al más vil de los dos y lo maté. El otro consiguió escapar. Le perseguí, pero se ha escondido bien. Tengo motivos para creer que seguirá escondido durante mucho tiempo: Pierre nunca fue tan peligroso como Dominique.

Olivia dibujó círculos con el pie en la alfombra.

—Podrías haberme contado qué tramabas.

—Estabas dormida —le explicó a la defensiva—. Te había mantenido despierta toda la noche y pensé que lo mejor sería irme sin despertarte. Te escribí una carta.

Ella se puso en pie y paseó por delante de la cama.

—Eso no era una carta, milord. Eran un par de líneas escritas con prisa y con apenas cuatro palabras.

—No quería escribir nada más —confesó.

Olivia se detuvo.

—¿Por qué?

Los ojos de él acariciaron los suyos con tanta sinceridad que el recién recuperado corazón de Olivia volvió a romperse.

—Tenía miedo de que si me quedaba un segundo más intentaría despertarte para decirte adiós. Y entonces jamás habría sido capaz de irme, y mucho menos si llegabas a pedirme que te dejase acompañarme. Y me lo habrías pedido. Me habría resultado imposible negártelo, y era demasiado peligroso. —Se sentó y cruzó las piernas—. Olivia. Eres mi esposa. Eres el amor de mi vida. ¿No puedes entenderme? —Le tendió las manos en señal de súplica.

—No, Sebastián. —Sacudió la cabeza—. Me abandonaste porque era lo mejor para ti. No para mí. Tú...

—¡Eso no es verdad, maldita sea!

—¡Sí que lo es! Huiste porque es lo mejor que sabes hacer. Te has pasado toda la vida huyendo, de tu familia, de tus responsabilidades, de todo. Esta vez has huido de mí —gimió frustrada y cerró los puños—. Eres un hombre hermoso y te han hecho mucho daño, y yo creí que podría curarte, hacerte feliz, pero no puedo.

Él salió de la cama y la sujetó por los hombros.

—Escúchame bien.

—¡No, escúchame tú a mí! —Pisoteó con fuerza—. Me has roto el corazón, Sebastian Blake. Me dejaste a merced de los lobos mientras tú te ibas y volvías a levantar tus defensas... ¡para protegerte de mí! Me estaba acercando demasiado, me estaba convirtiendo en alguien demasiado importante para ti...

—¿Importante? —se burló sarcástico—. Tú lo eres todo para mí. ¡He renunciado a todo lo que tengo para estar contigo!

—Pues no deberías haberlo hecho —dijo, y le rechazó—. Has echado a perder lo que teníamos.

—No. —Palideció bajo el bronceado—. No digas eso. Dios... Olivia..., ¡no te atrevas a decir eso nunca!

—No puedo confiar en ti.

—Sí que puedes —le prometió él—. Jamás volveré a abandonarte. Te lo juro. Pedirme que te abandone es como pedirme que deje de respirar.

—Ya rompiste tu promesa una vez. ¿Cómo sé que puedo creerte ahora?

Ella no sobreviviría si volvía a herirla.

—Maldita sea... —Le deslizó las manos por los brazos—. Cariño. —Intentó tranquilizarla con la voz, seducirla—. Te amo, Olivia.

—No lo suficiente. —Se apartó—. Te resulta demasiado práctico salir corriendo. Nada te ata a mí.

—Me ata nuestro matrimonio, nuestro amor. Sé que todavía me amas.

—Al parecer mi amor no fue suficiente para que te quedases —susurró con amargura—. Ni el tuyo.

Cuando Sebastian volvió a sujetarla, Olivia sintió la desesperación que lo invadía.

—Tiene que serlo, Olivia. Es todo lo que tengo.

La cogió en brazos y la llevó a la cama.

—No puedes seducirme y salirte con la tuya.

—Tal vez no —reconoció—, pero puedo intentar hacerte perder el mal humor.

Sebastian se quedó mirando el dosel de la cama mientras escuchaba la rítmica respiración de su esposa. Le había hecho el amor hasta dejarla exhausta, pero al terminar seguía sin haber avanzado demasiado en el terreno respecto a reconquistar su corazón.

No iba a resultarle tan fácil, evidentemente. ¿Acaso le había resultado algo fácil a lo largo de su vida?

Suspiró resignado y no tuvo más remedio que reconocer que eso no era del todo cierto. Ganarse el amor de Olivia la primera vez le había resultado fácil, tanto como perderlo. «Dios, en qué lío me he metido. Si ya no tengo el amor de Olivia...»

No, no podía pensar así.

Ella murmuró algo y se movió inquieta. Sebastian la acarició y la tapó con cuidado con el cubrecama.

Olivia era su esposa. Le miró la mano izquierda y suspiró satisfecho al ver el zafiro de su madre. A decir verdad, tenía el resto de la vida para reconquistarla, aunque no quería pasarse todo ese tiempo esperándola.

Necesitaba su amor ahora mismo.

Olivia le había enseñado lo que significaba que alguien cuidase de él, lo que se sentía al ser feliz, y no sólo como un mero espectador, sino desde lo más profundo de su alma.

No podría soportar que ella lo tratase más veces con tanta indiferencia. El abandono de su padre había dejado de importarle cuando todavía era un niño, pero el de Olivia... Su dulce y apasionada Olivia. Saber que estaba enfadada y que quería mantener las distancias le estaba matando.

Sebastian se pasó agitado una mano por el pelo. Nada le ataba a ella, ésa era la frase que había dicho Olivia. Iba a encargarse de remediarlo.

Se ataría a ella, a esa tierra, a su maldita familia. Le demostraría que podía cambiar siempre y cuando ella le perteneciera.

Siempre y cuando ella volviese a amarlo.



Olivia se despertó sobresaltada y de inmediato se percató de la presencia de su marido. El cuerpo de Sebastian estaba enroscado alrededor de ella demostrándole que le pertenecía. Se quedó inmóvil unos segundos, preguntándose qué podía hacer.

—Buenos días, amor —murmuró él con la voz deliciosamente dormida.

—Sebastian —susurró ella, consciente de que le dolían los pechos y la entrepierna—. Yo...

—Chis, nada de discutir por hoy. —Se apartó de ella y la liberó.

Olivia saltó de la cama y se ocultó detrás del biombo. El corazón le latía muy rápido de la alegría que sentía por haberlo descubierto en la cama con ella.

«Tonto y estúpido corazón. Te gusta que te hagan daño.»

Se lavó con el agua fría que había en una palangana y oyó que él se levantaba. Alguien llamó a la puerta y Olivia se puso el batín para ir a abrir, pero se quedó quieta al oír sorprendida que Sebastian pedía que subiesen agua caliente para bañarse y café bien fuerte. Oyó las risas de la doncella y miró por entre el biombo. Abrió los ojos horrorizada al ver que Sebastian había ido a abrir llevando únicamente la sábana alrededor de la cintura. Se acercó a él furiosa y lo apartó de la puerta antes de dar el portazo.

Él se mordió los labios para no sonreír y arqueó una ceja.

—¿Sí, amor? —Con la mirada le recorrió el cuerpo mojado y todavía desnudo—. Siempre estoy más que dispuesto a satisfacer tus necesidades carnales. No tienes por qué acosarme.

—¡Ooooh! —Se alejó de él con los puños cerrados—. Es indecente que llames al servicio estando desnudo en mis aposentos.

Sebastian se rio.

—Habría ido a buscar el batín a mi dormitorio, pero al parecer hemos perdido la puerta.

Olivia se giró para contestarle y comprobó que había cometido un error porque Sebastian había dejado caer la sábana y se estaba acercando a ella con su miembro erecto.

—¡Maldita sea! ¡Tápate eso!

—Eso tengo intención de hacer —ronroneó—... contigo.

Olivia levantó las manos.

—¿Cómo es posible que estés tan cariñoso después de lo de anoche? Apenas me has dejado dormir unas horas, estoy exhausta.

—Es culpa tuya —se defendió él—. Estaba bien hasta que has empezado a pasearte desnuda por el dormitorio.

—¡No estaba paseando! —se quejó—. He salido para decirte que estabas poniéndote en ridículo flirteando de esa manera con la doncella. Es sólo una niña.

—Exacto —la interrumpió sujetándola por la cintura con suma facilidad—. Y mi esposa es mucha mujer para mí. Incluso cuando está celosa.

—¡No estoy celosa!

Sebastian se puso de rodillas en el suelo y tumbó a Olivia con delicadeza. Se incorporó encima de ella y la melena negra colgó alrededor de los dos. Ella dejó de forcejear y se quedó embobada

mirándolo. Sebastian deslizó una mano entre las piernas de su esposa y sonrió.

—Ah, veo que podemos saltarnos los preparativos. —Le separó las piernas y entró dentro de ella—. Umm.. He echado de menos estar dentro de ti. Estás más suave y más voluptuosa de lo que recordaba. —Capturó un pezón entre los labios.

Olivia gimió al notar que la penetraba por completo, inundándola de placer.

—La alfombra...

—Compraremos otra. —Se echó hacia atrás y volvió a penetrarla. Fuerte.

Olivia se movió frenética debajo de él.

—Los sirvientes...

—Pueden esperar. —Le levantó las piernas y las colocó alrededor de su cintura, y después inició un ritmo casi brutal—. Dios... Olivia..., te amo...

—Sebastian, tú...

—Déjalo ya, cariño. Y cállate.

Sebastian le colmó la boca de besos desesperados, el cuerpo se tensó encima y dentro de ella. Olivia le sujetó las nalgas con las manos y gimió al notar cómo él entraba y salía de su cuerpo. Hasta lo más profundo, podía sentirlo ensanchándola, penetrándola, poseyéndola con maestría. Sebastian deslizó los brazos por debajo de las rodillas de Olivia y le separó más las piernas para entrar más, para hacerla enloquecer una y otra vez. Olivia gritaba de placer cuando alguien llamó a la puerta.

Empujó los hombros empapados de sudor de Sebastian muerta de vergüenza.

—¡Un momento! —gritó Sebastian acelerando la carencia de sus movimientos hasta alcanzar un ritmo infernal.

—¡Sebastian! —exclamó ella—. ¡Nos oirán!

—Sí —susurró—. Córrete otra vez para mí, deja que te oiga toda la casa.

Olivia gimió y arqueó la espalda disolviéndose en una nube de placer. El orgasmo la arrolló y gritó una y otra vez, incapaz de contenerse. Sebastian soltó una maldición cuando empezó a eyacular, se tensó de la cabeza a los pies durante un segundo y después se estremeció violentamente.

Saciado, besó el cuello de su esposa.

—Te amo —le susurró a Olivia.

Y aunque ella no dijo nada con los labios, sí que lo hizo con el corazón.

Sebastian observó a su esposa por encima del periódico cuando estaban sentados desayunando y se esforzó por no sonreír. Olivia se negaba a mirar a los sirvientes a los ojos y se sonrojaba hasta la punta de las orejas si uno le hablaba. A él le parecía fascinante. Al fin y al cabo, esa mujer había estado a punto de castrarlo con una daga y había disparado a varios piratas con una pistola. Pero al parecer esas hazañas no la incomodaban, y que dos lacayos y una doncella les hubiesen oído echar un polvo era más de lo que su dignidad podía soportar.

Se lamió una gota de miel que tenía en el labio y pensó que era feliz. Ninguna mujer podía responder a un hombre como Olivia le había respondido a él y no sentir nada. Y no se refería sólo a la furia. Sebastian era consciente de que se la tenía bien merecida y estaba dispuesto a pagar cualquier penitencia con tal de que ella le perdonase.

Olivia era su mejor mitad, sabía hacer las cosas que le resultaban imposibles de comprender y sabía dominar al salvaje incivilizado que habitaba dentro de él. Era su contrapunto, su alma gemela, y le había hecho mucho daño, tanto que ella creía no poder perdonarlo jamás. Pero encontraría la manera de solucionarlo. Tenía que hacerlo.

—¿Qué planes tienes para hoy, amor?

Ella levantó la vista y lo miró.

—Yo... he quedado esta tarde. Y después tengo hora en la modista.

—Excelente. Yo también he quedado. ¿A qué hora te esperan en la modista? Te acompañaré.

Las cejas de Olivia le subieron hasta el nacimiento del pelo.

—¿Disculpa?

—Bueno, tengo que reunirme con nuestro hombre de negocios, cielo, para organizar nuestra visita a las fincas de Dunsmore. Seguro que será un viaje maravilloso. Nos llevará varios meses conocerlas todas.

—¿Un viaje? —repitió ella, atónita.

—Eso es lo que he dicho.

Olivia se quedó mirándolo como si de repente le hubiesen crecido dos cabezas. Sebastian se mordió el interior de la mejilla para no sonreír.

Su esposa abrió y cerró la boca.

—A las dos.

—Perfecto, así tengo tiempo de sobra para ocuparme de mis negocios. —Se apartó de la mesa y dejó el periódico encima del plato—. Te veré entonces. —Sujetó el respaldo de la silla de ella y la apoyó en las patas traseras para hacerla girar y que Olivia quedase frente a él.

—¡Sebastian! Cielo santo, los sirvientes...

La besó hasta dejarla sin aliento.

—Te amo... —le dijo antes de volver a poner la silla como estaba, y salió del comedor antes de que ella pudiese responderle.

Sebastian llegó silbando al vestíbulo, donde aceptó el sombrero y el bastón que le había preparado el mayordomo, y abandonó la mansión. Se subió a un carruaje y poco tiempo después llegó a la anodina oficina de su hombre de negocios.

—¡Excelencia! —Benjamin Wilson se apresuró a abrirle la puerta—. No sabía que había regresado.

—Llegué con la última marea. ¿Cómo está, Wilson?

—Muy bien, milord. ¿Y usted?

—Bien. ¿Contrató al investigador privado que le pedí? —Sebastian le entregó el bastón y el sombrero a su lacayo y entró en el despacho. Allí se sentó en la silla que había frente al escritorio.

—¡Por supuesto! —le aseguró Wilson un poco ofendido—. Lamento decirle que el hombre que contraté no ha logrado reunir tanta información como me habría gustado. Después de su partida, lady Merrick causó furor entre la alta sociedad y me resultó casi imposible investigar con la discreción necesaria.

Wilson abrió un cajón del escritorio, del que extrajo un expediente lleno de retales de periódicos.

—La mayor parte de la información proviene de la prensa.

Sebastian no hizo ningún esfuerzo para coger el expediente.

—Ya lo leeré más tarde. Cuénteme la versión resumida, si es tan amable.

—Por supuesto. —Wilson ocupó su asiento—. La primera temporada de lady Merrick fue muy tranquila. Apenas se la menciona en las columnas de cotilleos de la alta sociedad y cuando aparece sólo es para alabar su belleza o su buen gusto. Los negocios de su padre probablemente hacían que fuese una candidata inaceptable para la gran mayoría de los nobles solteros, y por todos es sabido que lady Crenshaw había accedido a presentarla en sociedad por la cuantiosa deuda que tenía lord

Crenshaw con el señor Lambert.

Sebastian sonrió.

—Seguro que ahora más de uno se arrepiente de haber sido tan pomposo, ¿no cree?

—Segurísimo, excelencia —convino Wilson—. Ha elegido esposa con gran maestría.

—Supongo que algún día tendré que darle las gracias a mi padre —suspiró Sebastian—. Bueno, continúe.

—La popularidad de lady Merrick aumentó espectacularmente en su segunda temporada, cuando captó la atención de lord Haversham.

—¡No me diga! —exclamó Sebastian sentándose erguido. En su época de Oxford, Haversham y él habían sido amigos. Pero cuando Sebastian se convirtió en un crápula disoluto e inmoral aquél se apresuró a distanciarse.

Wilson frunció el ceño.

—Sí, excelencia. Lord Haversham cortejó a lady Merrick incansablemente durante toda la temporada. Circularon rumores que afirmaban que iba a pedirla en matrimonio.

—Maldición. —Comparado con el bueno de Haversham, él era la reencarnación de Mefistófeles.

—Pero al final lord Haversham no se declaró y la dejó de lado para cortejar a lady Chelsea Markham, la hija menor del conde de Radcliff. Y ella a su vez lo dejó por lord St. Martin. —Wilson sacudió la cabeza apesadumbrado—. El escándalo que siguió fue público y notorio, y la reputación de lady Merrick se vio muy perjudicada. Abandonó Londres poco tiempo después y no volvió hasta que se convirtió en vuestra esposa.

Sebastian ahora comprendía por qué Olivia había estado escondiéndose en el Caribe y por qué su padre la había casado por poderes. A su modo, ella también había estado huyendo.

A Sebastian le dolió comprobar que probablemente él no ocupaba el primer lugar en la lista de hombres que ella habría elegido como marido, pero expulsó el pensamiento de su mente. Ahora era suya, su pasado no significaba nada.

Se puso en pie y se dirigió hacia la puerta.

—¡Excelencia! ¡El expediente!

—Quémelos, ya tengo lo que necesito. Buen trabajo, Wilson. Estaremos en contacto. Ocúpese de organizar una reunión con los capataces de las fincas de mi familia en las próximas semanas.

Sebastian subió al carruaje que lo estaba esperando y regresó a su casa.

Olivia se llevó una mano al costado y resopló. El bebé empezaba a moverse, le maravillaba que esa vida tan diminuta empezase a hacer notar su presencia.

—¿Estás lista, amor? —le preguntó Sebastian desde la puerta.

Apartó la mano al instante.

—¿Ya es la hora? —Pasó junto a él y aceptó el sombrero y los guantes que le ofreció el mayordomo.

—Sí. —La sujetó por el codo y la miró preocupado—. ¿Te encuentras mal? No tienes buena cara.

—Estoy bien, sólo un poco cansada.

Sebastian se sonrojó y Olivia escondió una sonrisa. No era justo que él estuviese tan atractivo cuando ella estaba exhausta.

Su esposo fue atento y cariñoso con ella al ayudarla a subir al carruaje. Acurrucada a su lado,

Olivia deseó que el trayecto a Pall Mall fuese más largo. Ojalá pudiera convencerlo para que se quedase con ella para siempre. En contra de su propio sentido común, deseaba a Sebastian junto a ella.

Como si le hubiese leído el pensamiento, Sebastian la abrazó más fuerte.

—No volveré a dejarte nunca más. Te lo diré cada minuto de cada día hasta que me creas.

—Tal vez tengas que hacerlo —le contestó acercándose más.

—Entonces eso es exactamente lo que haré, amor mío. Te lo prometo.

Y con la sincera promesa de Sebastian, Olivia sintió renacer la esperanza. Apoyó la cabeza en el torso de su esposo.

—Estoy completamente enamorada de ti.

—¿Enamorada? —se quejó él—. Estás loca por mí. —La apretó con fuerza y bajó la voz—. Y yo por ti.

Cuando llegaron a la concurrida calle, abandonaron el carruaje y siguieron a pie. Se detuvieron frente a varios escaparates de camino a la modista.

—Lord y lady Merrick.

Ambos se dieron media vuelta y Olivia sonrió al ver a la pareja que se acercaba. Él era un hombre muy alto y corpulento con un color de ojos muy peculiar; una mezcla entre púrpura y azul. Eran devastadores. La mujer que iba colgada de su brazo era menuda y elegante, y le devolvió la sonrisa a Olivia.

—Remington —saludó Sebastian tendiéndole la mano—. ¿Cómo estás, viejo amigo?

El hombre le devolvió el apretón y le sonrió.

—Me ha parecido que eras tú, Merrick, aunque si no hubiese sido por la presencia de lady Merrick no te habría dicho nada. Pareces un pirata. Sólo te falta el pendiente para completar el disfraz. —Acercó a su acompañante—. Julianne, éste es el hijo pródigo, lord Merrick. Permíteme que te presente a mi esposa, lady Julianne.

Lady Julianne le sonrió y le ofreció la mano mirando divertida a Olivia.

—Así que efectivamente existe un lord Merrick.

Olivia contuvo un ataque de risa. Sebastian no lo intentó y se rio a pleno pulmón.

—Olivia, amor, ¿conoces a Lucien Remington y a su encantadora esposa?

—Sí, por supuesto —respondió.

—Tengo que pedirte un favor, milord —le dijo Remington—. Necesito comprar un caballo y me gustaría pedirte que me acompañases a Tattersall mañana.

—Por supuesto. ¿Estás buscando algo en concreto?

Julianne le hizo un gesto con la cabeza a Olivia y las dos se apartaron un poco para que los dos hombres pudiesen seguir con la conversación. Julianne Remington era una de las pocas personas auténticas y genuinas que Olivia había conocido desde su regreso a Londres. Compartían cierta afinidad, pues las dos habían sido condenadas al ostracismo por la alta sociedad. Lady Julianne era la hija de un conde y se había casado con el infame Lucien Remington, el hijo bastardo de un duque. La boda había causado un escándalo de proporciones épicas, o eso le habían contado a Olivia. Pero a juzgar por lo que veía, Julianne había tomado la decisión acertada. Era obvio que Remington estaba perdidamente enamorado de su bella esposa.

—Ahora entiendo por qué lo mantenías encerrado —se burló Julianne con una mirada pícaro mientras las dos se alejaban paseando—. Merrick sabe impresionar a una chica, ¿no?

Olivia se rio.

—Sí, sí que sabe.

Julienne se detuvo frente a una sombrerería y miró el interior a través del escaparate.

—¡Mira ese sombrero! ¡Es precioso!

Olivia miró el sombrero con plumas y asintió.

—Es muy bonito.

—Tengo que hacerme con él. —Julienne se acercó a la entrada de la tienda justo cuando un vendedor ambulante pasaba con su carro repleto de dulces. Atraída por el aroma de las tartaletas de melocotón, Olivia sintió hambre y le rugió el estómago.

Julienne se rio.

—Pobrecita, cuando estás embarazada es normal tener mucha hambre.

Olivia abrió los ojos de par en par.

—¿Cómo te has dado cuenta?

—He tenido dos hijos, lady Merrick, reconozco los síntomas. —Señaló al vendedor ambulante—. Ve a buscar un pastel mientras yo compro el sombrero. Nos reuniremos aquí cuando hayamos acabado.

—Una idea espléndida —convino Olivia con una sonrisa. Siguió al carrito de los dulces y se compró la tartaleta. La boca se le hizo agua.

—Hace un día precioso, ¿verdad, lady Merrick?

Olivia reconoció la voz y suspiró resignada antes de darse media vuelta.

—Buenas tardes, monsieur Robidoux.

El vendedor se alejó y el francés le señaló a Olivia un banco que había allí cerca. Ella miró detrás del francés en busca de Sebastian, pero su esposo seguía enfrascado conversando con Lucien Remington. De mala gana, accedió a sentarse.

Y entonces notó el cañón de una pistola presionándole la espalda. Se quedó petrificada y el corazón le golpeó las costillas.

—¿Qué diablos está haciendo?

—Venga conmigo en silencio, *petite*, y no le pasará nada. Grite, y le disparo aquí mismo. —El tono de voz le demostró a Olivia que iba en serio.

«¿Qué está pasando?» Ella no le había hecho nada a ese hombre que justificase aquel comportamiento. De hecho, se había esforzado mucho en ser amable con él. No tenía ningún motivo para atacarla, y menos con un arma. Buscó a Sebastian con la mirada, pero su esposo había cambiado de lugar y ahora estaba dándole la espalda.

Le sudaron las palmas de las manos dentro de los guantes. El bebé se movió nervioso y Olivia se asustó. En cualquier otra circunstancia se habría puesto a gritar y a luchar por su vida. Pero ahora tenía que pensar en el niño y no iba a hacer nada que lo pusiera en peligro.

—¡Vamos! —le ordenó el francés marcándole la espalda con el cañón de la pistola.

Olivia se tambaleó hacia delante.

—Aquí hay mucha gente, monsieur. Alguien nos verá.

—No me importa. Después de hoy me iré de este condenado país y no volveré jamás.

—Si me sucede algo —le advirtió—, lord Merrick irá detrás de usted y le cazará.

El francés se rio.

—Phoenix va a morir.

—¡Lord Merrick!

Sebastian se dio media vuelta al detectar el pánico en la voz que lo llamaba y vio a lady

Julienne corriendo hacia él, sujetándose la falda con una mano y una sombrerera en la otra.

—¿Sí? ¿Qué pasa? —Miró detrás de ella—. ¿Dónde está lady Merrick?

—La he visto alejarse con un tipo francés muy raro. —Se giró hacia su esposo y chasqueó los dedos—. Oh, ¿cómo se llama ese hombre? Ese francés rubio con voz de barítono.

Sebastian se tensó y sintió una presión en el pecho.

—¿Robidoux?

—¡Sí, eso es! —exclamó Julienne—. Dominique Robidoux.

Sebastian se quedó petrificado.

—Querrás decir Pierre. Pierre Robidoux.

—No, milord —le corrigió Lucien con el ceño fruncido—. Julienne tiene razón. Ese hombre se llama Dominique.

Sebastian escudriñó la multitud con la mirada. Si lo que decía Remington era verdad, había eliminado al gemelo menos peligroso y había dejado que el más perverso de los dos se acercase a la mujer que tenía su corazón.

Julienne señaló hacia la calle.

—Estaban allí hace un momento.

Sebastian corrió sin importarle las miradas curiosas de los transeúntes. No le importaba nadie. Nunca le había importado nadie. La única persona que le importaba era Olivia.

La sangre le retumbaba en los oídos y casi no oyó el grito de su esposa. Se detuvo en seco y giró hacia un callejón. Casi se desploma del alivio al ver a Olivia y a Robidoux esperándolo de pie. En cuanto vio el rostro del francés, Sebastian supo que había cometido un error mortal. Había matado a Pierre y no a Dominique. Bajó la mano hasta el muslo en busca de la daga que por desgracia no llevaba.

—Suéltala —le ordenó dando un paso hacia delante—. Es a mí a quien quieres.

Robidoux se rio.

—Imagínate mi sorpresa cuando me enteré de que la dama que quería Pierre era tu esposa.

Sebastian cerró los puños; el corazón le latía al borde del pánico. Olivia intentaba mantenerse estoica, pero sus ojos mostraban el miedo que sentía.

—Te daré todo lo que quieras si la dejas marchar ilesa.

—Quiero que vuelva mi hermano. ¿Eso también puedes dármelo?

Sebastian apretó los dientes y dio otro paso hacia delante.

—Ya sabes que no.

—De acuerdo entonces. —Empujó a Olivia hacia él y apuntó el arma—. Tu esposa morirá en tus brazos, igual que Pierre murió en los míos.

—¡No!

El grito de angustia de Sebastian resonó en el callejón estrecho cuando se lanzó hacia Olivia para cogerla en brazos. La abrazó y se dio media vuelta para protegerla con la espalda. El sonido del disparo fue ensordecedor y Sebastian notó un agudo dolor atravesándole el hombro; su esposa había esquivado el tiro por meros milímetros.

De repente apareció Remington pistola en mano y apartó a Sebastian y a Olivia de su camino. El segundo disparo le destrozó los oídos a Sebastian y ahogó los llantos de Olivia. Giró la cabeza hacia atrás y vio que Robidoux estaba muerto. Entonces bajó la vista hacia la mancha de sangre que iba extendiéndose por su abrigo y se cubrió la herida con una mano.

—No es nada —le aseguró a Olivia.

Ella lo sujetó por las solapas e intentó zarandearlo. Sebastian no podía oír las palabras que

salían de la boca de su esposa, pero las entendió perfectamente.

—Maldito seas, ¿te has vuelto loco?

—No maldigas —la riñó él. Y la besó hasta hacerle perder el sentido.

Epílogo



Olivia se levantó de la silla que ocupaba al lado de la cama y se mareó un instante, algo que le sucedía cada vez con más frecuencia a medida que avanzaba el embarazo. Sebastian apareció junto a ella de inmediato.

—¿Qué te pasa? Estás pálida. —La empujó con la mano que tenía libre y volvió a sentarla en la silla.

—Se supone que tienes que estar descansando en la cama —lo riñó ella.

—Es horrible estar todo el día en la cama. Sólo llevo un cabestrillo, por Dios santo. No me estoy muriendo. Tú, sin embargo, tienes cara de estar muy enferma.

—No me pasa nada, cariño. De verdad.

Había estado esperando el momento ideal para decirle lo del bebé, pero en los tres días que hacía que Sebastian había vuelto a casa habían sucedido muchas cosas.

Sebastian entrecerró los ojos.

—Me lo creeré cuando me lo diga el doctor.

—No hace falta que vayas a buscar a ningún doctor.

—No te encuentras bien —insistió él—. Y tú siempre has sido la salud personificada.

—Estoy perfectamente bien, Sebastian. ¿Por qué no te sientas un momento...?

—¡Y una mierda estás bien! —Apretó obstinado los labios.

—Estoy embarazada —le confesó con un suspiro.

—¿Qué? ¡Oh, Dios mío! —Cayó de rodillas delante de ella y le besó la frente con reverencia—.

Maldita sea, ¿por qué no me lo has dicho antes?

—No he tenido ocasión. Desde que llegaste, no has parado de seducirme, y con lo que pasó ayer..., ¿cuándo querías que te lo dijera?

Se inclinó hacia delante y escondió el rostro en el hueco del hombro de Sebastian, donde respiró profundamente su perfume.

—Olivia, cariño. —Sebastian le besó el cuello—. Te amo. Tienes que creerme, por favor.

—Te creo.

—No volveré a dejarte nunca más. Si tengo que viajar a alguna parte, te vendrás conmigo.

Olivia asintió.

—Estoy empezando a creerte, amor.

—Hazlo. —Se apartó de ella y la miró, sus intensos ojos azules llenos de ternura—. Ya no soy el hombre que era cuando te conocí. Tú me has dado motivos para cambiar, para tener esperanza. Motivos para amar.

Ella le acarició la espalda con sus diminutas manos.

—Chis, amor —lo tranquilizó, e intentó detener el flujo de palabras que él no podía contener—.

Me parece que estás muy alterado.

—¿Alterado? Los hombres nunca nos alteramos. Yo nunca me altero.

Olivia le sujetó el rostro entre las manos y le sonrió.

—Mi bello y dulce Sebastian, me temo que no he tenido en cuenta tu naturaleza delicada.

Él frunció el cejo.

—¿Mi naturaleza delicada?

—Sí, amor. Lo siento. La próxima vez que te diga que estoy embarazada tendré más cuidado.

Eres muy sensible.

—¿Sensible? —Soltó la frustración en el aliento—. Maldita sea, te has vuelto loca.

Olivia depositó los labios en los de él sin dejar de sonreírle.

—No maldigas —le riñó.

Y entonces lo besó hasta hacerle perder el sentido.

LA APUESTA DE LUCIEN



Londres, 1810

—¿Qué diablos está haciendo en mi club?

Al otro lado del enorme escritorio de caoba, Julienne se enfrentó a los ojos azules más peculiares que nunca había visto. Eran una mezcla entre azul y púrpura y estaban enmarcados en unas pestañas negras tan espesas que era una lástima que perteneciesen a un hombre.

—Necesito encontrar a mi hermano —le dijo con la cabeza bien alta, desafiándolo.

Él arqueó una ceja negra.

—Le habría resultado mucho más fácil dejarle una nota al portero, señorita...

—Lady. Julienne. Y ya he intentado dejar varios mensajes, pero todavía no he recibido ninguna respuesta. —Se movió en la silla al notar que los pantalones le rascaban la piel de las nalgas. La peluca también le picaba, pero se negaba a humillarse rascándose.

—Vestirse de hombre es un detalle muy original.

Oyó la risa en la voz aterciopelada y lo fulminó con la mirada.

—¿Cómo si no se supone que iba a entrar en un club para caballeros?

Julienne resistió la tentación de salir huyendo cuando Lucien Remington se levantó de detrás del escritorio y fue hacia ella. Al ver lo alto que era y lo ancha que tenía la espalda, se le secó la garganta y tuvo que humedecerse los labios. Él era mucho más devastador de cerca que de lejos, cuando lo vio en el otro extremo de un salón. Tenía el pelo negro y la piel morena y sus ojos resaltaban a la perfección; una mandíbula prominente y unos labios generosos y sensuales, a la altura de su reputación de buen amante. Se decía que todas las damas que se acostaban con él recibían mucho placer.

—Exacto, lady Julienne. Un club para caballeros. Esa ropa no oculta que usted es una mujer. Ridgely tiene que estar borracho o loco para no haberse dado cuenta. —Detuvo la inspección en los pechos antes de mirarla a los ojos.

—Nadie se ha dado cuenta —farfulló ella.

—Yo sí.

Por supuesto que sí. Casi de inmediato. Ella llevaba en el club cinco minutos como mucho cuando Lucien la cogió por el codo y la llevó a su despacho. Claro que ella sólo necesitó cinco minutos para complicarle la vida.

—¿Qué es eso tan urgente que la ha llevado a tomar estas medidas tan drásticas para hablar con su hermano? —le preguntó con la voz suave.

Lucien se apoyó en el escritorio, delante de ella, y la tela del pantalón se tensó alrededor de sus muslos. Estaba tan cerca que Julienne podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo y oler los restos de tabaco, de lino limpio y algo indescriptible y maravilloso que debía de ser sólo él.

Remington se aclaró la garganta para recuperar su atención. Julienne se sonrojó y la sonrisa que vio ante sí le demostró que él sabía lo que había estado pensando.

Julienne irguió la espalda, negándose a sentirse intimidada por la belleza de él, por lo mucho

que la afectaba.

—Tengo mis motivos.

Remington se acercó más y detuvo la boca a escasos milímetros de la de ella.

—Si esos motivos tienen algo que ver con mi club, tengo derecho a conocerlos.

«¿Serán tan suaves como parecen?»

Lucien se apartó y se puso de cuclillas para apoyar las manos en las rodillas de Julienne. Ella dio un pequeño salto al notar el calor quemándola a través de la ropa.

—¿Quién es su hermano? —le preguntó.

A Julienne se le secó la boca en cuanto él la tocó; no podía hablar. Lucien Remington era sencillamente espectacular. Siempre se lo había parecido, y siempre comparaba a sus pretendientes con él y fallaban en todos los aspectos. Ninguno era tan guapo como él, ni tan interesante... ni tan atrevido.

Sacó la lengua para humedecerse el labio inferior y los ojos de él siguieron el movimiento. Una sensación extraña se instaló entre las piernas de Julienne. Intentó apartarle las manos, pero le tocó la piel y le quemó las palmas. Las apartó al instante.

—Un caballero nunca le pone la mano encima a una dama —le riñó.

Lucien subió las manos hacia arriba, apretó los muslos con delicadeza y le sonrió.

—Nunca he dicho que fuese un caballero.

Y no lo era, ella lo sabía perfectamente. Su determinación y su don para los negocios eran legendarios. A no ser que estuviese explícitamente prohibido por ley, Lucien Remington se atrevía con todo. No mostraba misericordia a la hora de expandir su imperio. Muchos lo menospreciaban por su «vulgar obsesión por el dinero», pero a Julienne le resultaba fascinante. A él no le importaba lo más mínimo lo que los demás opinasen, una cualidad que ella envidiaba y desearía poseer.

—Veamos, el nombre de su hermano...

—Lord Montrose —farfulló atolondrada.

Una sonrisa diabólica apareció en la boca de Remington.

—Eso explica por qué no ha contestado a ninguno de sus mensajes, cariño. El conde me debe muchísimo dinero y sospecho que me está evitando.

Julienne no dijo nada, pero cerró los puños con fuerza. La situación debía de ser peor de lo que había temido. Estaba acostumbrada a que Hugh se pasase días trasnochando y apostando con los crápulas de sus amigos. Sabía por experiencia que era poco probable que su hermano corriese peligro, pero eso no impedía que se preocupase. Ni que ahora estuviesen en la situación en la que estaban.

—¿Por qué no me dice qué necesita? —le preguntó Remington masajeándole los muslos con los dedos—. Tal vez yo pueda ayudarla.

La sensación que él estaba creando se extendía por las piernas de Julienne hasta llegarle a los pechos y hacer que la piel se le sonrojara. Se le irguieron los pezones.

—¿Por qué querría ayudarme?

Él echó los hombros hacia atrás y respondió sin darle más importancia:

—Eres una mujer muy hermosa. Me gustan las mujeres hermosas. En especial las que tienen un problema y necesitan mi ayuda.

—¿Porque así puede aprovecharse de ellas? —Se puso en pie, su cuerpo y su mente estaban en guerra, y él apartó las manos—. No tendría que haber venido.

—No, tienes razón —convino él con la voz suave. Remington también se puso en pie y se cernió sobre ella. La cabeza de Julienne llegaba al hombro de él y no tuvo más remedio que echarse hacia

atrás para mirarlo.

Empezó a dar media vuelta para irse, pero Lucien la sujetó por el codo y la detuvo. El calor que desprendían sus dedos se le extendió por el cuerpo.

—Suélteme —le ordenó temblorosa—. Quiero irme.

No quería, no de verdad, pero era lo que tenía que hacer. La proximidad de Remington la estaba afectando de un modo horrible. Maravilloso. Terrible. Igual que a todas las mujeres que se acercaban a él.

Remington negó con la cabeza y le sonrió.

—Es una pena, porque no voy a dejar que te vayas a ninguna parte. Te quedarás aquí hasta mañana por la mañana. Ya has creado bastante revuelo por esta noche derramando una copa entera de brandy encima de lord Ridgely. Si te dejo volver al club, aunque sea sólo por un rato, volverás a provocarlo. Has herido el orgullo de ese imbécil pomposo.

—¿Y qué sugieres que haga?

Los ojos de Lucien no ocultaron que estaba disfrutando de la situación.

—Pasarás la noche en uno de los dormitorios del piso superior. Yo entretendré a Ridgely y a sus secuaces hasta que se olviden de toda esta debacle.

—¡Te has vuelto loco! —exclamó escandalizada—. ¡No puedo pasar la noche en este establecimiento!

Remington se rio. Una risa ronca y profunda que envolvió a Julienne como si la estuviese abrazando y la hizo estremecerse. Pero no de frío; le avergonzaba reconocer que cuanto más la miraba Lucien, más calor tenía ella. Había visto antes esa mirada, pero ningún hombre se la había dirigido.

Descubrió que le gustaba que la mirasen así.

—Te has complicado mucho la vida para entrar aquí —le recordó bajando la voz—. ¿Estás segura de que quieres irte tan pronto?

Julienne intentó apartarse, pero él no se lo permitió.

—Estoy en una situación muy peliaguda, me disculpo por cualquier inconveniente que...

—No suenas muy arrepentida.

—Me iré de aquí inmediatamente —ofreció.

—Te irás por la mañana, ahora es muy tarde. Las calles no son seguras.

—Mi tía estará preocupada —discutió ella.

—Le mandaré una nota a lady Whitfield para decirle que estás bien.

Julienne se quedó inmóvil y lo miró intrigada.

—¿Cómo sabe quién es mi tía?

—Lo sé todo sobre todos y cada uno de los miembros de mi club. En especial si les concedo una línea de crédito. —El pulgar de Remington empezó a acariciarle el codo y Julienne sintió la caricia en la médula de los huesos—. Sé que tus padres murieron cuando tú y tu hermano erais muy pequeños y que vuestra tía Eugenia es vuestra tutora desde entonces. Tú y Montrose siempre le tomáis el pelo. Tu hermano es atrevido, un cabeza hueca, y demasiado joven para asumir las responsabilidades del título. Tú siempre le sacas las castañas del fuego y solucionas los líos en los que se mete. Y ahora sé hasta qué punto te tomas en serio la obligación de cuidarlo.

Julienne apartó la mirada, le daba vergüenza que él conociese esos detalles tan íntimos de su vida.

—¿Y también sabe lo harta que estoy de hacerlo? —dijo al fin, sorprendiéndose a sí misma por haberlo reconocido en voz alta.

La voz de Remington sonó comprensiva y cariñosa cuando le respondió.

—Estoy seguro de que lo estás, pero has hecho un trabajo admirable. El apellido La Coeur está libre de cualquier escándalo.

Julienne miró a Lucien y la proximidad de él la sobrecogió. Se sentía un poco mareada, pero no podía echarle la culpa al brandy, que había echado encima a lord Ridgely.

Remington la guio a través del despacho y tiró de la cuerda de la campana.

—Le diré a una de las cortesanas que te preste un camisón, estarás más cómoda. Mi hospitalidad es legendaria.

—No es su hospitalidad lo que es legendario —añadió ella fulminándolo con la mirada.

Remington le guiñó un ojo sin inmutarse. Le caía un mechón de pelo por la frente y Julienne tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para contener la imperiosa necesidad de tocarlo.

Llegó un camarero y Remington le pidió que entrase en el despacho. Cuando el empleado volvió a irse, Julienne volvió a intentar razonar con Lucien y a buscar una salida digna para ella.

—Señor Remington, tengo que insistir en que me deje marchar. Es muy poco apropiado que me quede a pasar aquí la noche.

—¿Y disfrazarte de hombre para entrar en mi club es apropiado? —La mirada de Remington brilló decidida—. Me has creado un problema, lady Julienne. Lo mínimo que puedes hacer ahora es ayudarme a minimizar los daños.

Todo lo que decían de él era verdad. Lucien Remington era decidido, terco, incansable. Iba a tener que escapar sin que la viera. Se le daba muy bien...

—Ni se te ocurra pensar en escapar —le advirtió—. Ya le he dado instrucciones a mis empleados. Si lo intentas, te aseguro que no llegarás muy lejos.

—¡Por todos los...! —farfulló.

La puerta se abrió de repente y de un pasadizo secreto apareció una joven medio desnuda.

—Acompaña a mi... —Remington miró a Julienne y se rio—... a mi querida amiga a la habitación Sapphire, Janice. Préstale un camisón y pide que le suban la cena.

Los ojos de la cortesana estudiaron a Julienne sin disimulo.

Remington le colocó una mano en la espalda y la empujó suavemente hacia la entrada secreta. Se agachó y con los labios le rozó la oreja.

—Quédate en la habitación hasta que alguien venga a buscarte por la mañana. Odiaría que alguien te viera sin tu disfraz.

Julienne se quedó mirando la puerta.

—No tienes un pasadizo que lleve a la calle.

—No. Éste va de aquí a mi habitación. No hay ningún otro.

Julienne se estremeció al sentir el aliento de Remington rozándole la garganta, era una sensación muy íntima.

—Señor Remington, ¿puedo hacer algo para convencerle de lo poco apropiado que es esto? Lamento sinceramente haberlo molestado.

Los ojos azules de Lucien se oscurecieron y abrió la boca para hablar, pero la cerró sin decir nada y zarandeó la cabeza.

—Ve —la animó con un susurro—, tengo trabajo que hacer.

Julienne farfulló por lo bajo pero siguió a Janice por el pasadizo secreto sintiendo los ojos de Remington fijos en su espalda hasta que desapareció. Tardaron muy poco en llegar a la escalera que conducía al piso superior, donde la cortesana la hizo entrar en un lujoso dormitorio.

La habitación Sapphire era la más bonita que había visto nunca Julienne. Las paredes estaban

cubiertas de seda con rayas azul oscuro y crema; la cama era enorme y la colcha que la cubría era de terciopelo color índigo; el suelo de parqué estaba oculto tras alfombras Aubusson. Giró despacio sobre sus talones e intentó imaginarse allí a Remington.

—¿Milady?

Julinne se sobresaltó al oír que la llamaba por su título de cortesía.

—¿Cómo lo sabes?

Janice sonrió.

—La alta cuna es imposible de ocultar. Voy a buscarle algo de ropa para que pueda cambiarse, no tardaré.

—Gracias. Lo cierto es que estoy ansiosa por quitarme este disfraz.

Cuando la cortesana abandonó el dormitorio, Julienne se quitó la peluca y la lanzó al cubo lleno de carbón que había junto a la chimenea. Después se sentó en el sofá y volvió a admirar la lujosa decoración. El club de caballeros de Remington era un antro de placer, un bastión a la masculinidad y un altar a la perdición. Hugh había entrado allí por voluntad propia, había leído infinitas novelas eróticas y había observado incontables combates de boxeo ilegales, y también frecuentaba los círculos sociales más escandalosos en muy malas compañías. Julienne no había tenido más remedio que estudiar al enemigo para saber contra quién iba a enfrentarse.

Bueno, eso no era del todo verdad. Julienne tenía que reconocer que ella también sentía curiosidad por las relaciones carnales. Siempre había odiado ser una ignorante, fuera del tema que fuese, y la tía Eugenia no le había sido de mucha ayuda. Cada vez que Julienne le preguntaba algo sobre sexo, la mujer se ponía a tartamudear. Los libros y el contenido de las cajas que Julienne había encontrado la habían ayudado a entender mejor el tema, pero cuanto más averiguaba, más preguntas tenía, y por desgracia no había aprendido nada que la pudiese ayudar a sacar a Hugh de aquella espiral de autodestrucción en la que se había metido.

Se puso en pie y se acercó a la ventana, dejando vagar la mirada por la oscura silueta de Londres. El club de Remington era el establecimiento preferido de Hugh, y ahora que había visto el interior, Julienne entendía por qué. Su hermano llevaba desaparecido una semana, algo inusual en él, y las exigencias de los acreedores estaban a punto de volverla loca. Normalmente era Hugh el que se ocupaba de ellos, desplegaba sus encantos y les convencía de que les dieran unos días para pagar. Ella, en cambio, no sabía qué decirles, y aunque le reclamaban el pago con educación, cada día que pasaba se ponían más furiosos.

Cuando Hugh volviese a dar la cara, le cantarían las cuarenta. Pero en aquel instante Julienne pensó que aquella aventura había valido la pena porque le había permitido pasar unos minutos a solas en compañía de Lucien Remington. La posibilidad de ver a Lucien tan de cerca, de oír su voz, de verlo tranquilamente, era lo que realmente la había animado a trazar ese plan. Encontrar a Hugh sólo había sido un plus.

Julienne no habría podido conocer a Remington en ninguna otra circunstancia. Ella sabía muy poco sobre él, ya que se suponía que las damas solteras no podían hablar de esos temas, y los retales de conversaciones que había espiado a escondidas sólo habían logrado aumentar las ganas que tenía de conocerlo mejor. Pero había una cosa que sí sabía con absoluta certeza: Lucien Remington era un hombre peligroso.

Y a Julienne le gustaba que fuese así.

Él sabía disfrutar de la vida sin correr el riesgo de perderlo todo. De hecho, se rumoreaba que era uno de los hombres más ricos de Inglaterra. Julienne esperaba que Hugh pudiese aprender algo sobre la fuerza de voluntad y la visión para los negocios que tenía Lucien.

Resopló y se dio media vuelta hacia la cama. A veces odiaba con todas sus fuerzas ser la hija de un conde y las restricciones sociales que ello comportaba. A ella le gustaría ser libre como su doncella, que salía con el lacayo del vecino y los dos estaban perdidamente enamorados. En vez de eso, Julienne tendría que casarse con alguien que tuviese prestigio y dinero. No era justo. Pero hacerse la mártir no formaba parte de su naturaleza. Si Hugh se metía solo en un lío, él solo podía salir de él. Pero, por desgracia, no era así cómo funcionaban las cosas.

No obstante, podía soñar. Y si en sus sueños aparecía Lucien Remington y su provocadora sonrisa, nadie tenía por qué enterarse.

Lucien se acercó al aparador y se sirvió dos dedos de brandy en una copa que vació de un trago.

Había perdido la jodida cabeza. Eso era lo único que explicaba su empeño en obligar a lady Julienne La Coeur a que se quedase en su casa. Se llevó una mano a la trabilla del pantalón y se frotó la erección de lo mucho que le dolía. Era ridículo que estuviese tan excitado. ¡Por Dios santo, si iba disfrazada de hombre!

Cerró los ojos y visualizó el modo en que Julienne había balanceado las caderas al salir del despacho. Su pene reaccionó temblando.

¡Maldita sea! Tendría que haberla echado del club. Amablemente, por supuesto, pero tendría que haberla echado.

En vez de eso, la había instalado en el dormitorio adjunto al suyo. Ella era virgen, eso era dolorosamente evidente, pero a pesar de su inocencia y de su falta de familiaridad con el sexo, Julienne sabía lo que era el deseo. Lo había mirado como si quisiera comérselo. Y Dios, a él le habría encantado permitirselo. Lucien podía imaginarse sin ninguna dificultad lo que sentiría al deslizar su miembro hacia dentro y hacia fuera de la deliciosa boca de Julienne. Sería como si lo envolviera la seda...

Gimió al notar que el pantalón le resultaba cada vez más incómodo y se acercó a la estantería repleta de libros. La escudriñó por encima hasta dar con el expediente del conde de Montrose. La carpeta contenía el historial financiero del conde, empezando por la cantidad exacta que le debía al sastre y terminando por sus cuentas corrientes.

Lucien estaba al tanto de que Montrose apostaba demasiado. Cualquiera otro de sus clientes habría perdido la línea de crédito tiempo atrás, pero Lucien la había mantenido abierta por un único motivo, por una única razón..., porque deseaba a Julienne. Ella era menuda y voluptuosa, tenía el pelo de un color rubio oscuro y los ojos traviesos, y lo dejó sin aliento la primera vez que la vio.

Lucien quería conocerla, suplicarle que bailase con él para así poder tenerla entre los brazos. Pero su reputación de crápula y libertino y su condición de hombre de negocios hacían que ni siquiera tuviese derecho a que se la presentasen, y mucho menos a bailar con ella un vals. Así que Lucien dejó que Montrose, el único nexo de unión que de momento tenía con Julienne, siguiese apostando, permitió que siguiese acudiendo al club para ver si así se le ocurría la manera de acercarse a su hermana.

No sabía qué haría con Julienne cuando la conociese. Quizá la seduciría y tal vez así lograría apagar el anhelo que sentía por ella. Tal vez intentaría convencerla de que mantuviese una relación más a largo plazo con él. Si era sincero consigo mismo, Lucien no sabía por qué la deseaba tanto. Lo único que sabía era que la deseaba. Demasiado.

A él jamás se le pasó por la cabeza (y eso que su mente era capaz de crear los planes más descabellados) que ella acudiese allí. Y vestida de hombre, nada más y nada menos.

Pero le gustaba que se hubiesen conocido de esa manera. Hacía falta ser muy valiente para atreverse a hacer algo que, si salía mal, provocaría un gran escándalo. Y ella le había plantado cara, algo que ni siquiera algunos duques habían sido capaz de hacer. Julienne La Coeur no era una dama cualquiera.

Ahora estaba en el piso de arriba, preparándose para acostarse en una cama que le pertenecía. Lucien podía imaginarse los rizos de Julienne esparcidos por la almohada de seda, la cabeza arqueada hacia atrás de placer mientras él la penetraba con fuerza. Seguro que estaría bellísima al estallar de pasión...

«¡Maldita sea!»

Acabaría por volverse loco.

Antes de excitarse hasta el punto de ser capaz de hacer algo que después lamentaría, Lucien volvió a guardar el expediente en la estantería y volvió a las mesas de juego. Paseó por entre los caballeros del *beau monde*, percatándose de quiénes ganaban y quiénes perdían. Dirigió a las cortesanas hacia los caballeros que parecían necesitar animarse e hizo señas a los camareros para que aguasen las bebidas de los que parecían demasiado borrachos. Charló con los clientes que se acercaron a él en busca de conversación e inspeccionó la calidad y la cantidad de comida que salía de la cocina del club.

Ocupado con su trabajo, Lucien fue capaz de estar un rato sin una tremenda erección entre las piernas. Pero a medida que pasaban las horas y los clientes iban haciendo uso de las cortesanas de su establecimiento, su mente volvió a pensar en Julienne.

En la preciosa e intocable Julienne.

Lucien la había visto ayudar a infinitas debutantes a dejar atrás su timidez y atreverse a disfrutar de la temporada, la había visto apaciguar a las matronas más draconianas del *beau monde* y convertirlas en gatitos zalameros. Se moría de ganas de que ella lo mirase con admiración y ternura.

Lucien abandonó el club y subió por la escalera. Sin ser apenas consciente de lo que estaba haciendo, llegó al dormitorio que utilizaba cuando era demasiado tarde o estaba demasiado cansado para irse a casa. Dudó unos segundos frente a la puerta que comunicaba dicho aposento privado con la habitación Sapphire. Volvía a estar excitado, y la erección temblaba y le dolía presa en el pantalón. Apoyó la frente en la puerta de madera, consciente de que Julienne estaba al otro lado. Tan cerca. Tan dolorosamente cerca.

Se detuvo y respiró hondo. Cogió el picaporte y suspiró aliviado al ver que giraba. Julienne no había tenido el atino de encerrarse. ¿Era un golpe de suerte o el principio de una tragedia? Lucien no lo sabía. Si fuera un caballero, se iría de allí de inmediato. Claro que en ese caso ni siquiera estaría allí.

Pero él nunca había dicho que fuese un caballero.

Antes de que pudiera pensarlo mejor, abrió la puerta y entró.



Julienne se despertó al detectar la presencia de otra persona en el dormitorio. Tenía el sueño ligero, siempre lo había tenido, y se quedó tumbada para intentar averiguar la identidad del visitante.

—Estás despierta.

Se tensó. Esa voz aterciopelada era inconfundible. Se sentó en la enorme cama y se cubrió con la sábana hasta el cuello antes de mirar hacia la puerta. La luz titilaba alrededor de Lucien Remington, resaltando su impresionante físico y manteniendo la mitad de sus facciones en la oscuridad. Parecía la encarnación del demonio; todo él desprendía poder y una oscura masculinidad.

—Usted me ha despertado —le riñó con la voz adormilada y el cuerpo tenso como un arco. El sueño de Julienne había estado infestado de imágenes de Lucien. Había soñado que la tocaba, que fundía los labios con los de ella, que su cuerpo la presionaba contra la cama... Fantasías nocturnas de las que había disfrutado sintiéndose sólo un poquito culpable—. Esto es de lo más inapropiado, señor Remington —le dijo seria, ocultando el deseo que sentía—. ¿Por qué está aquí?

Él se acercó a pasos agigantados, un depredador sexual en movimiento. Se detuvo al lado de la cama y encendió el quinqué que había en la mesilla de noche. Cuando la luz la iluminó, se quedó boquiabierto.

—¡Dios! ¡Estás desnuda! —le recriminó tambaleándose hacia atrás con expresión horrorizada.

—Por eso mismo usted no debería estar aquí. —Julienne se subió la sábana y con el mentón le señaló el *negligé* transparente que había en el respaldo de la silla—. Pensé que era preferible estar desnuda a ponerme eso.

Los ojos de él no dejaron de mirarla ni un segundo.

—Debería haber dejado que te fueras —farfulló sacudiendo la cabeza.

Julienne se sonrojó.

—Usted debería irse de aquí ahora mismo. No tiene derecho a entrar en mi dormitorio.

Julien retrocedió hasta la puerta, pero al llegar allí la voz de ella lo detuvo.

—¿Ha llegado mi hermano? —le preguntó impaciente apartándose el pelo de la cara.

Remington se quedó petrificado.

—No —logró contestarle—. Montrose no está aquí. —Se quedó mirándola largo rato antes de volverle a hablar—. ¿Estás cómoda?

—¿Si estoy...? —Julienne frunció el cejo ante tal abrupto cambio de tema—. Sí, estoy bastante cómoda.

—¿Y la comida? ¿Te ha gustado?

—La cena era excelente. —Le sonrió—. Su establecimiento quita el aliento. Había oído rumores, evidentemente, y Hugh, quiero decir Montrose, se pasa horas hablando de lo bonito que es este club, pero nada puede compararse a verlo en persona. Es impresionante. Le admiro por todo lo que ha conseguido.

—¿Tú me ad...? —Tragó saliva—. Gracias. Me alegro de que te guste.

—Seguro que se lo dicen muy a menudo.

—A decir verdad —reconoció él—, es la primera vez que alguien, aparte de mis padres, dice

sentir alguna clase de admiración por mí.

—Oh. —Julienne no sabía qué decir. Sabía lo que los demás decían acerca de él, pero le entristeció comprobar que él también lo sabía—. ¿Por eso ha venido a verme? ¿Para ver cómo estaba?

Un silencio incómodo se hizo entre ellos.

—Tal vez he venido a seducirte —dijo él al fin.

Julienne se atragantó y después se rio en voz alta, incluso su estómago dio una pequeña voltereta.

—Es lo más ridículo que he oído nunca.

Remington abrió los ojos de par en par.

—¿Por qué? ¿No crees que quiera seducirte?

Julienne se frotó la frente y sacudió la cabeza preguntándose si no estaría soñando.

—Señor Remington, usted es el hombre más guapo de toda Inglaterra. Su reputación le precede. Soy consciente de que un libertino como usted jamás sentiría el menor interés por una debutante como yo.

Lucien volvió a acercarse a ella con dolorosa lentitud, era como si alguien estuviese tirando de él en contra de su voluntad.

—¿El hombre más guapo de toda Inglaterra? —le preguntó en voz baja—. ¿Coincides con esa opinión o meramente repites lo que dicen otros?

Julienne se giró por la cintura y ocultó la espalda desnuda.

—Las dos cosas —reconoció. Arqueó una ceja—. No le imaginaba vanidoso, señor Remington, pero si lo es y necesita que le confirme que me parece atractivo, estoy más que dispuesta a hacerlo... mañana por la mañana. Ahora mismo le agradecería que...

—Siento curiosidad, milady —la interrumpió esbozando una mueca muy íntima—. ¿Cómo vas a confirmarme que te parezco atractivo?

Julienne vio la llama que ardía en los ojos de Remington, que la estaba mirando igual que en el despacho. Le gustaba, pero, Dios santo, ¡estaba desnuda! Toda esa situación era... emocionante..., lo más emocionante que le había sucedido nunca. Apretó la sábana con una mano y levantó la otra para pedirle que se detuviera. Remington obedeció de inmediato.

—¿Qué quiere?

—Seducirte.

Lo dijo sin artificios, con una expresión tan sincera en el rostro que Julienne se quedó muda. Oh, ese hombre era tan atrevido, y mucho más interesante que los caballeros que ella conocía.

—Puede tener a cualquier mujer que desee.

—No —le sonrió con tristeza—. A ti no puedo tenerte.

Julienne se quedó sin aliento.

—Es usted muy bueno en esto —dijo al fin anonadada. Nunca había visto a un seductor profesional en acción—. Es encantador, consigue parecer sincero. Ahora entiendo que haya conquistado a tantas mujeres. Pero, en serio, no vale la pena que pierda el tiempo conmigo, aunque le aseguro que me siento muy halagada.

Remington se rio.

—Cariño, eres increíble. Te disfrazas de hombre para colarte en mi club, dejas que te extorsione y accedes a quedarte a pasar aquí la noche, y te sientes halagada cuando me cuento en tu dormitorio y te digo que quiero seducirte. —La voz destiló ternura—. Ojalá pudiera quedarme contigo.

La expresión del rostro de él hizo que se le acelerase el corazón. A Julienne volvía a darle vueltas la cabeza y se sentía mareada. Entonces se le ocurrió una explicación, la única que haría que todo eso tuviese sentido.

—¿Ha estado bebiendo?

Lucien se acercó despacio a la silla y se sentó.

—Dime por qué quieres encontrar a tu hermano y yo te diré por qué he venido a verte.

—Si quiere mantener una conversación conmigo, ¿le importaría darme unos segundos para vestirme?

Los ojos azules de él brillaron impacientes.

—¿Qué vas a ponerte, el *negligé* o los pantalones?

Julienne se quedó boquiabierta, todo eso tenía que ser un sueño. Un sueño extraño y maravilloso.

—No sé cómo tratar a un hombre como usted, señor Remington —se le escapó.

—Puedes empezar llamándome Lucien —sugirió él—. Y después probablemente deberías ponerte a gritar. A estas alturas, la gran mayoría de las debutantes habrían salido corriendo horrorizadas. Para ti soy un desconocido de quien sólo conoces su escandalosa reputación, que básicamente me reduce a un hedonista y a un conquistador.

Ella le sonrió.

—No te tengo miedo. Tú nunca obligarías a una mujer a estar contigo, no tendrías necesidad.

—¿Y quién dice que voy a obligarte? —le preguntó seductor.

—Dios santo —farfulló ella dejando los ojos en blanco—. Cultivas tu mala imagen adrede, ¿me equivoco? Me juego lo que quieras a que en realidad no eres tan malo como dicen.

Una de las comisuras del labio de Lucien se levantó.

—No —reconoció—, soy mucho peor. Si no fueras la mujer más pura, más dulce y más hermosa que he visto nunca, ya te habría tumbado en la cama y te habría echado un polvo.

Julienne abrió la boca sorprendida y apartó la mirada con el rostro sonrojado. Era un canalla por decirle esas cosas, pero a ella no le importaba. Era fuerte, viril y devastadoramente atractivo. Lucien Remington era su fantasía hecha realidad. Lo había sido desde el momento en que lo vio en la fiesta de Milton.

Era más alto que el resto de los hombres que habían acudido a la casa de campo y mucho más musculoso. Lucien se había grabado para siempre en su memoria cuando la miró y le guiñó un ojo. De eso hacía un mes y Julienne no había pasado ni una sola noche sin soñar con él. Unos sueños que ninguna dama debería tener sobre ningún hombre, ni siquiera su esposo.

Ah, qué no daría ella por ser atrevida y deseable, aunque fuera sólo por un segundo. Le encantaría ser la clase de mujer capaz de despertar el interés de un hombre como Lucien. Suspiró resignada.

—Maldita sea.

Levantó la mirada sorprendida y se quedó atónita al ver la angustia que dominaba el rostro de Lucien.

—¿Qué sucede? —le preguntó—. ¿Por qué me miras así?

Lucien se puso en pie y se colocó detrás del respaldo de la silla, poniendo el mueble entre los dos como si ella fuese una amenaza para su bienestar.

—¡Porque tú me estás mirando así! Sé lo que estás pensando, y tienes que parar. Ahora mismo.

—Mis pensamientos son cosa mía. —Le señaló la puerta con la mano—. Es tarde y estoy cansada. No voy vestida y...

—Quería verte dormir.

—¿Disculpa? —Julienne parpadeó confusa.

—Me has preguntado por qué he venido a verte. —Se aclaró la garganta—. Quería verte dormir.

Ella frunció el cejo intrigada.

—¿Y por qué querías verme dormir? —Lucien Remington, el famoso seductor, ¿quería verla dormir? Eso sonaba mucho más íntimo que querer seducirla.

Se quedó mirándolo, vio que tenía las manos en la parte superior del respaldo de la silla y que las apretaba con tanta fuerza que le habían quedado los nudillos blancos. Era imposible que estuviese interesado en ella. Iba tan en contra de la naturaleza de Remington que Julienne no podía creérselo. Le gustaban las mujeres maduras, y mejor si estaban casadas.

—¿Te encuentras mal, señor Remington, quiero decir, Lucien? ¿Has bebido alguna copa de más?

—¡No he bebido ninguna copa de más! —se defendió—. Pero sí, te aseguro que me encuentro mal. Me estoy volviendo loco. Y, maldita sea, a juzgar por el modo en que me miras, a ti te sucede lo mismo. No soy un hombre honorable, y no aspiro a serlo. Te arrebataré la virginidad y te abandonaré sin mirar atrás. Tu reputación quedará destrozada, Julienne. Llevo semanas deseándote. Semanas. —Se apartó de la silla y paseó de un lado al otro del dormitorio—. Dios mío, ojalá no hubieras venido al club.

Julienne se quedó sin aliento. Su mundo estaba patas arribas desde que llegó a Londres y empezó la temporada. Su hermano había desaparecido, los acreedores asediaban Montrose Hall y Lucien Remington quería acostarse con ella. No sabía cuál de todos esos hechos era el más perturbador. Notó un calor extendiéndose por su piel y sintió que todo su cuerpo se tensaba.

—¿No vas a decirme nada? —preguntó él—. Grítame. Dime que soy un crápula, o algo mucho peor. Lánzame todos los insultos que conozcas. Dime que me vaya. —Ella siguió mirándolo, incapaz de creerlo, y Lucien se acercó a ella para sujetarla por los hombros. La zarandeó—. ¡Haz algo! Cualquier cosa, maldita sea, dime que me vaya. —Flexionó los dedos en la piel de ella como si no pudiera soportar la idea de no tocarla.

Julienne miró muda al hombre tan fiero que la estaba sujetando. Su voz, sus palabras, la tensión que desprendía su cuerpo... nunca había visto tanta pasión. Y pensar que era ella la que había causado que se sintiese así la había dejado sin habla.

Y la había emocionado.

—Dime que me vaya —le repitió él con la voz ronca—. Antes de que haga algo de lo que los dos nos arrepentiremos.

—Vete —murmuró en apenas un susurro. Pero fue suficiente. Lucien la soltó y se apartó de ella furioso con grandes zancadas.

Cuando la puerta se cerró detrás de él, Julienne sintió un pánico extraño, como si su marcha implicase que no iba a volver a verlo nunca más. Y probablemente así sería. Jamás volvería a poder hablar con él, no podría volver a tocarlo; mirarlo ya constituiría una ofensa. Ahora que Lucien había salido por esa puerta, nunca más podrían estar juntos. Nunca más.

Y no pudo soportarlo.

—¡Lucien! —lo llamó asustada, deseando con todas sus fuerzas que él volviese a entrar.

La puerta se abrió de inmediato y él apareció en sus brazos.



Julienne La Coeur olía como el paraíso. Tenía la piel como la seda, y sus pechos turgentes y voluptuosos se estaban apretando contra su torso. Lucien no entendía por qué había vuelto a llamarlo, pero no iba a preguntárselo.

—Mi dulce Julienne —murmuró fervientemente contra su cuello—. Tendrías que haber dejado que me fuera.

Las delicadas manos de Julienne se deslizaron bajo la levita de terciopelo de Lucien por la espalda y después acariciaron la parte posterior del chaleco.

—Lo he intentado.

Él se tumbó de lado y se quitó la levita para después lanzarla sin ningún reparo al suelo. Se volvió hacia ella de nuevo y se quedó petrificado donde estaba.

La sábana le había resbalado hasta la cintura, dejando los pechos a la vista. Eran firmes y subían y bajaban ante su presencia; eran la cosa más bonita que había visto Lucien en toda la vida.

—Eres más hermosa de lo que me había imaginado —susurró.

Observó fascinado cómo la piel de Julienne se sonrojaba ante sus ojos, el tono rosado se extendió por su seno hasta llegarle a las mejillas. Le estudió el rostro y vio que Julienne no podía, o no quería, mirarlo. Con dos dedos en su mentón le levantó la cabeza cariñoso y la obligó a hacerlo.

—No seas tímida, cariño. No conmigo.

Mientras la miraba se preguntó qué había hecho para tener tanta suerte. Lady Julienne La Coeur, tan preciosa, allí en una de sus camas, desnuda de cintura para arriba, con el pelo rubio cayéndole por los hombros, mirándolo con ojos llenos de deseo. Él estaba tan desesperado por poseerla que iba estallar de un momento a otro, pero la diminuta parte de su mente que no obedecía al cerebro que tenía entre las piernas se preguntó por qué una mujer tan bella como ella, una joya de la alta sociedad, estaba dispuesta a abrirse de piernas por un bastardo como él. Soltó una maldición y salió de la cama.

La miró furioso.

—¿Me estás tendiendo una trampa? —exigió saber—. ¿Tu hermano está escondido en alguna parte, esperando a que llegue el momento exacto para pillarme contigo y comprometerme?

—¿Qué quieres decir? —le preguntó. Parecía estar confusa de verdad.

—¿Qué estás haciendo? ¿Por qué te has acostado desnuda? ¿Por qué estás tan dispuesta a entregarte a mí?

Unas arrugas entorpecieron la frente de Julienne.

—Estaba durmiendo —le contestó, ahora enfadada—. Yo no te he pedido que vinieras a despertarme. Ni siquiera quería quedarme a pasar aquí la noche. Tú has insistido. —Julienne se frotó la frente y tiró de la sábana para volver a taparse—. Sal de aquí —le ordenó con frialdad.

Él cerró los puños con fuerza.

—Vete, señor Remington, antes de que decida hacerte caso y me ponga a gritar.

Observó fascinado cómo ella se tumbaba en la cama dándole la espalda. Si los pillaban juntos, ella saldría mucho más perjudicada. Entonces, ¿por qué estaba dispuesta a estar con él?

—Esto es fantástico —farfulló sarcástico para sí mismo.

Ella le respondió con un gruñido y golpeó la almohada para ponerse más cómoda.

Lucien divagó de un lado al otro del dormitorio, miró detrás de las pesadas cortinas de terciopelo y se puso de rodillas para ver si había alguien debajo de la cama. No encontró a nadie escondido en ninguna parte, así que se dirigió a las dos puertas que había en el dormitorio y echó sendos cerrojos. Después, se quitó el chaleco.

Julienne volvió a sentarse.

—¡Estás loco si crees que ahora voy a permitir que me toques!

Lucien tiró de la camisa fuera del pantalón y se la pasó por la cabeza. Sonrió al oír que ella se quedaba sin aliento al verle el torso desnudo. Sabía que para muchos estaba demasiado musculoso, resultado de las horas que había pasado practicando esgrima y boxeo, pero el brillo que apareció en los ojos de Julienne no era de miedo o de asco. Era de deseo.

—¿Por qué yo? —quiso saber Lucien.

Ella se tumbó y le dio la espalda.

—Vete.

—¿Por qué yo? —insistió.

—¿Por qué te resulta tan difícil de creer? —murmuró ella pegada a la almohada—. Las mujeres se echan a tus pies constantemente. ¿Por qué iba a ser yo diferente?

Se acercó a la cama.

—¿Se trata de un juego entre amigas, quieres presumir de haberte acostado conmigo?

Julienne escondió todavía más el rostro en la almohada y se tapó hasta la cabeza con la sábana.

—Como si fuera a decirle a alguien que he sucumbido a tus encantos. No lo voy a hacer —añadió decidida—. Sucumbir, es un decir. ¡Vete de una vez, por favor!

—¿Y si soy yo el que se dedica a extender el rumor? —le preguntó entonces Lucien—. ¿Y si les cuento a todos y a cada uno de los miembros de mi club que me he perdido entre tus piernas? ¿Y si les cuento que te he arrebatado la virginidad, que gritabas de placer cuando te poseía? —Esbozó una sonrisa depredadora—. Porque te aseguro que gritarás de placer.

Ella se burló.

—No haré tal cosa.

—¿Y si se lo cuento a todo el mundo, Julienne?

—No lo harás.

—No me conoces lo suficiente como para afirmar eso.

—Tú tampoco me conoces a mí, porque si me conocieras no desconfiarías tanto de mis intenciones.

Lucien se giró y dejó la mirada perdida en el fuego que se iba apagando en la chimenea.

—Estás preocupada por tu hermano.

—Sí —reconoció, y al oír la voz tan clara, Lucien supo que volvía a mirarlo—. Tengo que encontrar la manera de sacarle de este embrollo, igual que he hecho siempre.

Lucien suspiró.

—Si te toco te poseeré, y no podrás contraer el matrimonio que tanto necesitas para salvar a tu hermano.

—Soy consciente de ello. Mi comportamiento de esta noche ha sido, en el mejor de los casos, una temeridad, pero era consciente de las consecuencias que conllevaba. Las había sopesado hasta el último detalle. Tenía la intención de entrar en el club y quedarme en una esquina a observar. Quería verte en tu hábitat natural, en el lugar donde tú dictas las reglas y donde no estás sujeto a las

restricciones de la alta sociedad. Fue mala suerte que Ridgely eligiese sentarse a mi mesa, pero supongo que era de esperar.

—Lady Julienne, si alguien te hubiese descubierto...

—El escándalo habría echado a perder cualquier posibilidad de contraer matrimonio con un rico aristócrata, lo sé. Pero tal vez habría sido lo mejor para Montrose. No me hace ninguna ilusión tener que sacrificarme en el altar matrimonial. El mejor modo de aprender lo que conlleva tener una responsabilidad es obligándonos a asumir las consecuencias de nuestros actos, pero supongo que es culpa mía que mi hermano haya estado siempre tan protegido. Y en cuanto a lo está sucediendo ahora, ¿tan malo es que quiera descubrir el placer que han sentido tantas mujeres? ¿Tan malo es que quiera robar un poco de pasión para poder aguantar el resto de mi vida sin ella? Hay..., hay... maneras para que... yo siga siendo virgen...

Lucien se giró y la miró atónito.

—¿Y cómo sabes tú qué maneras son ésas?

Ella se sonrojó desde el escote hasta la raíz de los cabellos.

—Yo... he leído... cosas.

—¿Has leído «cosas»? —Abrió los ojos—. ¿Eróticas?

La melena rubia de Julienne ejercía de cortina alrededor de su rostro. Con los hombros desnudos y la piel sonrojada parecía una seductora experta, y no la virgen inocente que era en realidad.

Pero lo que más atraía a Lucien era el modo en que ella ladeaba el mentón, el desafío más que evidente que se ocultaba en su silencio. Era una inocente que no lo era tanto. La erección de Lucien llevaba rato doliéndole, pero ahora temblaba tanto que era insoportable.

Lo primero que había captado su atención había sido la belleza de Julienne. Su figura voluptuosa le había fascinado, pero su sonrisa, tan cálida y sincera, le había obsesionado. Las mujeres nunca lo miraban con tanta ternura. Una de dos, o lo fulminaban con la mirada o le desnudaban con ella y le invitaban a su cama. Cuando Julienne lo miró por primera vez en la fiesta de Milton, le sonrió de tal manera que le costó respirar. La deseó de inmediato, quería averiguar qué había visto en él para iluminarle los ojos y mirarlo de esa manera.

Pero ahora que la tenía al alcance de la mano se daba cuenta de que quería mucho más que acostarse con ella. Julienne le gustaba, le gustaba que fuese una dama nada convencional, atrevida a la vez que bella y bondadosa.

De repente, y muy a su pesar, se dio cuenta de que no podía acostarse con ella. Si lo hacía la destrozaría, y él jamás podría hacerle daño de ninguna clase.

—No —le sonrió con tristeza—, no tiene nada de malo querer sentir pasión. Y me siento muy halagado de que quieras descubrirla conmigo.

La sonrisa de ella fue tan resplandeciente que Lucien sintió una presión en el pecho.

Se pasó una mano por el pelo.

—Como cualquier hombre, siempre estoy más que dispuesto a echar un buen polvo, Julienne. Pero a veces quiero algo más exquisito, más delicado, más puro e inocente, como tú.

—No soy tan inocente. Si supieras la clase de pensamientos que tengo contigo...

—Chis, no digas nada más. Bastante me está costando hacer lo honorable estando como están las cosas.

—Preferiría que no fueras tan honorable, si no te importa.

Él arqueó una ceja y le sonrió. Era una provocadora; jamás lo habría adivinado.

—¿Nadie te ha advertido sobre los hombres como yo?

—Sí. —Le devolvió la sonrisa—. Pero ése es el problema, precisamente.

La miró intrigado.

—Verás —siguió Julienne bajando la voz—. Cuando estoy cerca de ti, me duele. Cuando me miras, me duele. No puede compararse a lo que siento cuando leo los libros de Hugh. Soy una mujer adulta. Deja que sea yo la que se preocupe por las consecuencias.

Lucien gimió desde lo más profundo del pecho, un sonido cargado de rendición y de las buenas intenciones que acababa de desechar. Él era sólo un hombre, un hombre extremadamente sensual, y tenía delante a la mujer que más había deseado en la vida ofreciéndole unas libertades que él no se podía tomar. Pero que tomaría de todos modos. No podía dejar escapar la oportunidad de tocarla, de abrazarla, aunque fuera sólo una vez.

—Yo me ocuparé de ti, cariño —le dijo con ternura, acercándose—. Haré que el dolor desaparezca.

Apoyó una rodilla en la cama y se tumbó al lado de Julienne. Apretó los dientes cuando ella se acercó a él y se abrazó contra su pecho. Julienne echó la cabeza hacia atrás ofreciéndole los labios, los aceptó. Los hizo suyos, deslizó la lengua hasta lo más profundo de su boca. La reacción de Julienne lo dejó atónito, el deseo que sentía por él era tan obvio que apenas podía soportarlo. Tembló del esfuerzo que tuvo que hacer para ir más despacio, para ser más cariñoso, pues le hervía la sangre y su cuerpo le exigía que se diera prisa.

Le acarició el hombro y después llevó la mano a sus pechos. Encontró un pezón y tiró de él sin dejar de besarla. Lo pellizó con delicadeza y le fascinó ver que ella se derretía en sus brazos sin ocultarle nada de lo que estaba sintiendo. Tiró del cuerpo de Julienne para pegarlo por completo al suyo, le acarició las nalgas y las masajeó hasta que ella se apartó.

—Por favor —le suplicó alejando los labios de los de él. Separó las piernas para pedirle en silencio lo que necesitaba.

Lucien hundió el rostro en el hueco del cuello de Julienne y sonrió. Era inocente y a la vez provocadora. Perfecta.

Resbaló las manos por los muslos de Julienne y un dedo se detuvo en la entrada de su cuerpo, empapada de deseo. Deslizó el dedo por entre los jugos, asegurándose de que estaba preparada, antes de penetrarla un poco. Ella gimió e instintivamente empujó las caderas hacia abajo, alejándose del vacío en busca de la erección. Lucien gimió con ella.

No iba a poder resistirlo. Si Julienne volvía a hacer eso, él no podría mantener la calma y la penetraría con su excitadísimo miembro. Le arrebataría la virginidad.

Ella sollozó cuando la sujetó por la cintura y la movió hacia arriba encima para que los pechos quedasen colgando a la altura de su rostro y el sexo presionándole el estómago. Lucien aguantó el peso de ella sin problemas y admiró su belleza. Julienne tenía los ojos cerrados, arqueaba la espalda hacia atrás y le ofrecía los pechos mientras la melena dorada le caía por los hombros.

Quedó cautivado.

Levantó la cabeza y besó con reverencia un pezón. El gemido de Julienne lo animó a seguir adelante. Acarició el pecho con la lengua antes de encerrarlo en el interior de la boca y succionar. Estaba ebrio del olor y del sabor de su piel. Julienne se movía en su busca, frotaba el sexo encima de sus abdominales, repitiendo el mismo movimiento una y otra vez. Ondulaba encima de él mientras le retenía el pezón entre los dientes, y Lucien sintió que ardía, que todas las terminaciones de su cuerpo estaban en sintonía con la mujer a la que estaba dando placer.

—Por favor... —le suplicó ella—. Necesito... más...

Lucien sabía exactamente qué necesitaba. Necesitaba que él la llenase, que la poseyera, que la

llevara al orgasmo con su miembro completamente dentro de ella. Pero no iba a hacerlo. No podía. No era un hombre honorable, pero por ella iba a esforzarse por serlo. Por ella.

—Paciencia, amor —murmuró soltándole el pecho—. Me ocuparé de ti.

La tumbó en la cama y aprisionó el otro pezón con la boca mientras le acariciaba el cuerpo con una mano y se colocaba todo él entre sus piernas. Lucien sintió una profunda emoción cuando ella separó los muslos y la recompensó acariciándole los labios vaginales con ternura, con movimientos lentos y suaves, juntándolos y separándolos para después deslizar los dedos con fuerza por encima del botón donde se acumulaba todo su placer. Tocó el clítoris siguiendo el ritmo con el que le succionaba el pecho. El cuerpo entero de Julienne onduló junto a él y Lucien levantó una pierna y la colocó encima de las caderas de ella, consiguiendo así que su erección presionase contra el muslo de ella, logrando la fricción que necesitaba para alcanzar el orgasmo que se le negaba.

Había elegido el peor momento del mundo para tener conciencia.

Impaciente, Julienne se arqueó contra la mano de él. Lucien la satisfizo y volvió a penetrarla con un dedo, acariciándola despacio. Salió con exquisita lentitud y después volvió a entrar. Con una paciencia que incluso le sorprendió a sí mismo, Lucien se tomó su tiempo, la amó con ternura hasta que el cuerpo de Julienne recibió sus caricias con más humedad.

Lucien le soltó el pecho, tenía miedo de hacerle daño de lo fuerte que estaba apretando la mandíbula para retener cierto autocontrol. El dedo, empapado del deseo de ella, salió del cuerpo de Julienne y después la penetró con dos. La masturbó más rápido, apartándose lo suficiente para observar su rostro mientras intentaba resistirse al orgasmo. La piel se le sonrojó, los pezones se le endurecieron. A pesar de que era virgen, estaba tan excitada que Lucien siguió dándole placer con los dedos, moviéndolos, haciéndolos girar, cambiándolos constantemente de velocidad y de dirección para mantenerla al límite del precipicio. Julienne se movió frenética, le clavó las uñas en los brazos, lo marcó por fuera igual que le había marcado por dentro. Las rodillas de ella se desplomaron en la cama, abriéndose por completo, y empezó a levantar las caderas al mismo ritmo que la mano de Lucien para ir en busca de sus caricias.

—No te resistas, amor —le susurró cariñoso cuando ella empezó a mover la cabeza de un lado al otro, tenía la piel tan caliente que quemaba—. Sólo deja que suceda.

El dormitorio estaba en silencio, lo único que se oía eran sus respiraciones entrecortadas y los sonidos que causaban los dedos de Lucien al entrar y salir del cuerpo de Julienne. Ella giró el rostro en busca del de él, separó los labios para invitarle a entrar y él deslizó la lengua por ellos, feliz de volver a saborearla. Cuando Julienne se tensó debajo de Lucien, él se apartó y presionó una pierna encima de ella para mantenerla inmóvil en la cama mientras temblaba. El cuerpo de Julienne le apretó los dedos con tanta fuerza al llegar al orgasmo que Lucien apenas pudo moverlos, pero consiguió hacerlo y alargarle el placer. Se quedó fascinado mirándola, no había visto nada tan hermoso en toda su vida.

Y jamás le permitirían que volviera a verla.

Lucien no sabía si sentirse satisfecho por haberle dado tanto placer o completamente miserable porque jamás podría tenerla.

Julienne abrió los ojos y se preguntó si se había desmayado. Se sentía como si se le hubiesen derretido los huesos, lánguida y muy relajada. Se dio cuenta de que el calor que sentía provenía de Lucien y sonrió de placer. Se acurrucó más contra él, pero se detuvo al oír el sonido que salía por entre sus dientes y al notar la fuerte erección que le presionaba el muslo. Lo miró desolada. Lucien

estaba sufriendo y ella estaba tan satisfecha que no se había dado cuenta.

Él se apoyó en un antebrazo y la miró con el rostro demudado por la tensión.

—Tengo que irme.

Julienne bajó la vista hacia el duro miembro de Lucien. Lo tocó con una mano, dibujó una línea por encima de la curva con timidez y después le acarició con los dedos. El miembro tembló al sentirla.

Lucien le apartó la mano con una maldición, y después la cogió y la acercó a los labios para besarle los dedos y suavizar el efecto causado por el rechazo anterior.

—No puedes tocarme, Julienne.

—Pero quiero hacerlo —insistió. Iba a estallarle el corazón de la ternura que sentía por ese hombre—. Lo... lo que me... has hecho... ha sido... maravilloso.

La mirada de él también fue dolorosamente tierna.

—Me alegra que te haya gustado.

Julienne le dio un beso en los labios.

Lucien colocó una mano en la nuca de ella para prolongarlo. Entonces suspiró y se tumbó de espaldas en la cama. Con un movimiento sumamente elegante, se levantó y abandonó el lecho. Después, cogió su camisa y se la puso a Julienne por la cabeza.

—Quédate conmigo. —Ella pasó los brazos por las mangas y le retuvo las muñecas cuando él intentó apartarse.

—No creo que pueda.

—Pero si antes querías verme dormir. —Al verlo dudar apartó el cubrecama en señal de invitación. Era obvio que Lucien estaba librando una dura batalla en su interior y a Julienne le dolía el corazón verlo así.

De repente, él apagó la vela y se metió en la cama con ella. Se acurrucó en la espalda de Julienne, colocando las rodillas detrás de las de ella, los labios en su hombro. Ella le sujetó los brazos como si no tuviese intención de soltarlo jamás, pues así era exactamente como se sentía. Con el calor y el perfume de Lucien a su alrededor, no tardó en quedarse dormida.



—Oh, querida, es una tragedia. Una absoluta tragedia. Estamos acabados. ¡Tú estás acabada! ¿Qué vamos a hacer ahora? Tendremos que abandonar nuestra casa y...

—¡Tía Eugenia, por favor! —Julienne levantó las manos—. ¡Baja la voz! Te oirán los sirvientes.

Eugenia Whitfield cerró la boca de golpe y se mordió el labio inferior.

Julienne se desplomó en la butaca que su hermano tenía en el despacho de Montrose Hall y arrugó la carta que Hugh les había escrito. La profunda satisfacción que la había acompañado desde que había dejado la casa de Lucien esa misma mañana desapareció de golpe y su lugar lo ocupó una profunda resignación.

—Yo no estoy acabada.

—¡Has pasado la noche con Lucien Remington!

—¡Tía Eugenia!

La mujer se movió incómoda en su butaca.

—No he pasado la noche con Lucien Remington, he pasado la noche en su club, y tú eres la única persona que lo sabe. Y preferiría que siguiese así, de modo que baja la voz. ¡Por favor!

—¿Qué haremos con Hugh?

Julienne miró la misiva que tenía en la mano y se preguntó lo mismo. Su hermano se había ido al campo con un grupo de amigos para acudir a una fiesta que supuestamente iba a durar varios días. Y ella iba a tener que hacer frente a todas sus deudas. Como de costumbre, Hugh no tuvo el detalle de avisarla antes de partir, sino que lo hizo varios días más tarde. Su hermano no tenía mala intención, sencillamente era un irresponsable y siempre saltaba antes de mirar qué había debajo, lo que explicaba que siempre cayese en charcos inundados de problemas. En parte era culpa suya, ella siempre acudía en su ayuda y lo arreglaba todo. Hugh nunca había aprendido que toda acción tiene una consecuencia.

Salió de detrás del escritorio y lanzó la carta al fuego.

—Esto no cambia nada. Tenía que casarme, de todos modos.

—Oh, Julienne... —Eugenia suspiró—. Has pasado por tantas cosas... No sé cómo puedes soportarlo con tanta entereza.

—Del mismo modo que tú te hiciste cargo de Hugh y de mí. Hago lo que tengo que hacer.

Julienne se giró hacia su tía y le sonrió. A sus cincuenta años, Eugenia Whitfield seguía siendo una mujer muy hermosa. Se había quedado viuda joven y habría podido casarse sin ninguna dificultad, pero se hizo cargo de los dos hijos de su hermano cuando el conde de Montrose y su esposa fallecieron en un accidente mientras viajaban en su carruaje. Eugenia nunca se había lamentado en voz alta de las cosas a las que había renunciado por haber tomado esa decisión. Y por ese mismo motivo Julienne la quería más que a nadie en el mundo.

—Di por hecho que Hugh estaría jugando y bebiendo en ese club —le dijo Eugenia—. ¡Jamás me habría imaginado que sería capaz de dejarnos en un momento como éste! Es tu primera temporada, cielo santo. —Apretó los labios—. Ese niño necesita que le den una patada en el trasero.

Julienne se rio al imaginárselo. La tía Eugenia nunca les había levantado la mano y les había llenado de abrazos.

Se hundió más en la silla y dejó vagar la mente hasta Lucien Remington, un hombre libre de todas esas reglas que a ella tanto la asfixiaban. Sólo con pensar en el escandaloso seductor, el cuerpo de Julienne recordó la pasión que habían compartido y lo necesitó. Si cerraba los ojos podía recordar el perfume masculino que se pegaba a su piel, la ternura con la que la había tocado. El recuerdo bastó para excitarla: los pezones se le endurecieron y sintió el calor extendiéndose por su piel.

Si escuchase los chismes que circulaban por la alta sociedad, seguro que se arrepentiría de lo que había sucedido entre ambos, pero Julienne no les hacía el menor caso. Él la había hecho sentirse querida, y aunque sólo le había confesado sentirse atraído físicamente hacia ella, sus caricias, sus besos, habían estado impregnados de innegable ternura. A lo largo de toda su vida apenas nadie la había tenido en estima, nadie la veía como una mujer apasionada, sino como la extensión de los hombres que formaban parte de su familia; primero su padre, después su hermano y algún día su marido. El único que había visto más allá de la imagen exterior de ella había sido Lucien.

Se sentía agradecida de haber tenido esa noche de pasión con él, porque no tendría ninguna más durante el resto de su vida.

Se había ido sin decirle adiós. Y tres días más tarde, Lucien seguía sin poder dejar de pensar en ello.

Normalmente, él evitaba las escenas de despedida a la mañana siguiente de acostarse con una mujer, pues solían ser complicadas. Pero la partida sin un adiós de Julienne le hacía sentirse como si le faltase algo. Por primera vez en su vida había querido despertarse junto a la mujer a la que había tocado tan íntimamente horas antes. Quería desayunar con ella, hablar con ella y descubrir qué la tenía tan preocupada. Lo único que quería era estar unas horas más con ella antes de perderla para siempre.

Ahora Julienne La Coeur le intrigaba mucho más que cuando sólo era una desconocida. La había observado de cerca durante semanas, había admirado su elegancia y el don que tenía para moverse en sociedad. Pero esa noche en la habitación Sapphire, a Julienne le había sorprendido que él se interesase por ella, y no porque subestimase su propio atractivo, sino porque admiraba el de él. Le admiraba por los mismos motivos por los que el resto del mundo le condenaba, y con ella no se sentía como si fuese sólo un libertino o un instrumento para el divertimento de una mujer. Cuando estuvo con Julienne, Lucien se sintió como un hombre al que una mujer quería sencillamente por ser él mismo.

La partida de ella le había dejado un vacío que ninguna de las mujeres con las que se había acostado desde entonces había conseguido llenar. Se preguntaba si Julienne se arrepentía de lo que había hecho o si le odiaba por haberse aprovechado de ella cuando debería haberla rechazado. Supuso que debería sentirse culpable, pero no era así. ¿Cómo podía sentirse culpable si se moría de ganas de volver a amarla?

—Creo que lord Montrose se ha ido al campo.

Lucien miró confuso al hombre que había en el otro lado del escritorio, Harold Marchant. La gran mayoría de los hombres se acobardaban ante el enfado de Lucien, pero Harold lo aguantaba estoicamente, y por eso llevaba casi una década trabajando para él. Lucien lo había convertido en un hombre rico, y a lo largo del proceso se había ganado su lealtad. Era, en realidad, lo más parecido

que tenía a un buen amigo.

—¿El conde ya se ha arruinado del todo?

Marchant asintió con gravedad.

—Está a punto. Además de la enorme deuda que tiene contraída con el club Remington, sus acreedores han empezado a embargarle los bienes y acuden con regularidad a la mansión Montrose para apropiarse de los muebles u otros objetos. Pronto habrá un auténtico campamento frente a la mansión.

Lucien silbó por lo bajo. Debido al avance de la industria, muchos aristócratas estaban perdiendo la fortuna que habían acumulado a lo largo de varias generaciones, pues se negaban a modernizarse, a comercializar sus bienes o sencillamente a invertir. Él era un hombre hecho a sí mismo y por eso no sentía el menor respeto por la gente que permitía que el orgullo se interpusiera al instinto de supervivencia.

—¿Cómo afectará esta situación a lady Julienne?

—¿Lady Julienne? —repitió Marchant con la mirada perpleja tras las gafas de montura dorada—. La joven acaba de empezar su primera temporada, lo que de por sí ya es extraño, pues tiene veinte años. Todo el mundo se pregunta por qué ha esperado tanto. Tiene una dote a su nombre, pero se rumorea que la cuantía es insignificante. Cualquier caballero que la pretenda seriamente deberá hacer frente a las deudas del hermano de la dama. La verdad es que debería casarse con alguien con dinero, pero supongo que no le resultará difícil. Es muy popular, posee un linaje excelente y se dice que es muy hermosa.

Lucien se apoyó en el respaldo de la silla.

—¿Quién le está financiando los gastos de la temporada?

—Su madrina, la marquesa de Canlow. —Marchant frunció el cejo—. ¿A qué viene este interés por lady Julienne?

Dado que prefería quedarse sus pensamientos para sí mismo, Lucien no dijo nada.

—No —le ordenó Marchant de repente—. Deja a la joven fuera de todo esto.

—¿Disculpa?

—He visto antes esa mirada en tu rostro. Sigue jugando con tus *demimondaines* y tus aristócratas casadas. Lady Julienne ya lo ha pasado bastante mal. Su hermano heredó el título de Montrose cuando sólo tenía nueve años y ha demostrado con creces que no está preparado para asumir tal responsabilidad. Lady Julienne tiene que contraer un buen matrimonio, no se lo estropees.

En cualquier otra ocasión, la advertencia de Marchant le habría hecho gracia, pero ahora todo lo relacionado con Julienne le parecía muy serio.

La culpable de que estuviera en ese estado no era otra que su maldita conciencia. Tendría que haberle echado un polvo a Julienne cuando surgió la oportunidad y saciar de una vez por todas ese anhelo que no le dejaba en paz. Se había pasado las últimas tres noches cometiendo cualquier pecado carnal imaginable y nada había servido para saciar su deseo. Todo lo contrario, se sentía sucio. Esos encuentros carentes de sentimiento lo habían dejado triste, pues eran sólo una sórdida imitación del placer que había compartido con Julienne.

—No te metas en mis asuntos —le dijo entre dientes.

—Mi trabajo consiste en meterme en tus asuntos —contraatacó Marchant.

—No te pago para que censure mi comportamiento.

—Me pagas demasiado, Lucien. Deja que haga algo más para ganarme el suelo.

Lucien lo fulminó con la mirada.

—¿Por qué te preocupas por una mujer a la que no conoces?

—Sí que la conozco. —Marchant sonrió al ver que lo había sorprendido—. Hace unos meses me enviaste a la casa del conde para comentar con él el aumento de la deuda que había contraído con el club. Montrose no estaba en casa, pero a pesar de los motivos de mi visita, lady Julienne me invitó a tomar una taza de té. Fue encantadora y muy auténtica, una dama de verdad. Me gustó muchísimo.

Lucien sonrió, aunque intentó evitarlo. Julienne veía la bondad en todas las personas que conocía. Uno no podía evitar querer quedarse con una parte de la belleza que flotaba alrededor de ella.

—No tengo intención de hacerle daño, Harold.

—Me alegra oírlo.

—De hecho, me gustaría ayudarla. Contrata a alguien para que busque a Montrose, quiero saber dónde está.

—Como desees. —Marchant se puso en pie—. ¿Necesitas algo más?

Lucien se quedó en silencio durante unos segundos.

—Sí, quiero que hagas una lista de posibles maridos para lady Julienne. Tienen que ser ricos y nobles, por supuesto, ni demasiado viejos ni demasiado jóvenes. Atractivos, si es posible. E investiga su pasado. No quiero ninguno con extraños fetiches ni de carácter desagradable. Y que no huela mal ni sea vicioso en extremo.

Marchant lo miró atónito. Si a Lucien no le fallaba la memoria, era la primera vez que a su hombre de confianza le quedaba la mandíbula desencajada y era incapaz de decir ni una palabra.

Pero se sentía tan desgraciado que fue incapaz de disfrutar del momento.



Julienne observó a Lucien Remington como alguien muriéndose de sed miraría un vaso de agua. Estaba impresionante vestido de negro. Llevaba el pelo recogido y brillaba bajo la luz de las velas; su piel dorada contrastaba con el blanco del chaleco y de la corbata. Se había pasado la semana entera pensando en él, se preguntaba qué estaba haciendo y con quién. Julienne sospechaba que se había enamorado, a pesar de que sería la peor estupidez que podría cometer.

—Julienne. —Tía Eugenia la tiró del brazo—. Lord Fontaine viene hacia aquí.

Giró la cabeza y vio al marqués acercándose con paso lento y muy sensual. Era tan atractivo como un dios griego y un seductor consumado. El marqués tenía veintitrés años y, a pesar de su juventud, había decidido que tenía que casarse, y al parecer Julienne estaba en la lista de posibles candidatas. Recurrió a su mejor sonrisa y le preguntó a su tía por lo bajo:

—¿Estás segura de que estaría dispuesto a ayudar a Hugh?

Eugenia mantuvo su expresión relajada y le contestó también susurrando:

—Me temo que tendremos que convencerle, pero te aseguro que tiene dinero de sobra. Recuerda que cualquier mujer puede conseguir lo que se propone de un hombre si sabe negociar con él y utilizar sus encantos.

Julienne arrugó la nariz. Ella no quería tener que convencer a ningún hombre para que estuviese dispuesto a ayudar a su hermano, quería que esa clase de bondad le saliese de forma natural. Anhelaba encontrar a un hombre que fuese capaz de ver que Hugh necesitaba madurar, y que lo ayudase a lograrlo y a convertirse en alguien económicamente independiente. Estaba convencida de que, bajo el guía adecuado, su hermano podía convertirse en otro hombre. Pero la mano que lo guiase por ese proceso tenía que ser compasiva, a la vez que firme.

Lord Fontaine le hizo una reverencia, le cogió la mano y le dio un beso en el reverso del guante.

—Lady Julienne, su belleza me quita el aliento.

Julienne dejó la mente en blanco y contestó las frases de rigor. Se sintió aliviada cuando lord Fontaine le preguntó si quería pasear por el lateral de la zona de baile. Habían empezado a andar cuando vio a Lucien cogiéndole la mano a una bella morena famosa por sus amantes. Se le encogió el corazón. Hacían una pareja muy atractiva los dos tan hermosos y con el pelo negro.

Ella se quedó mirándolos, pero Lucien no se giró ni una sola vez. De hecho, no la había mirado en toda la noche.

Fontaine le siguió la mirada y se burló.

—Ese malnacido de Remington es una vergüenza para la sociedad. No sé cómo es posible que sigan invitándolo a estos eventos.

—¡Lord Fontaine! —A Julienne le sorprendieron la mala educación y la vehemencia del marqués. Él le pidió disculpas con su atractiva sonrisa, pero a ella no se lo pareció tanto.

—Los hombres de su calaña no deberían mezclarse con la alta sociedad. Nos perjudica a todos.

Julienne se tensó y Fontaine se apresuró a regular el tamaño de sus pasos para compensarlo. Ella sabía que lo apropiado sería morderse la lengua, pero no fue capaz de contenerse.

—El señor Remington ha ganado una fortuna a base de trabajo duro y determinación. A mí me

parece que eso es causa de admiración.

—Admiro su habilidad para hacer dinero, lady Julienne —le concedió Fontaine—, pero el modo en que lo hace es muy vulgar. No es nada más que un pirata domesticado, y su... comportamiento deja mucho que desear. Lucien Remington no es un caballero.

Julienne se detuvo en seco y Fontaine estuvo a punto de tropezarse. Alto y musculoso como era, se recuperó de inmediato.

—Su comentario me resulta muy ofensivo, milord.

Fontaine frunció el ceño y con una mano firme en la espalda le pidió que reanudara la marcha.

—Le pido disculpas si la he ofendido. Me he limitado a decir la verdad.

—¿Tan bien lo conoce como para poder hablar de su comportamiento? —lo retó Julienne.

—Yo... no, no diría eso..

—Entonces tal vez hay aspectos del carácter del señor Remington que desconoce.

La mirada de Julienne se desvió hacia Lucien cuando pasaron por su lado. Él estaba sumamente concentrado en su acompañante. Iba con su última conquista, y ella seguía defendiéndole como una tonta enamorada.

—Parece acalorada, lady Julienne —murmuró Fontaine.

Estaba furiosa consigo misma, aunque eso no podía decírselo.

—Sí, tengo un poco de calor.

Con una pícaro sonrisa, Fontaine la guio hasta los ventanales que conducían al balcón y se detuvo allí.

—¿Mejor?

Ella le sonrió sin ganas. Fontaine era muy guapo y encantador, aunque un poco arrogante. Se preguntó si, llegado el caso, sería capaz de despertarle la pasión que Lucien le había despertado. De momento, lo único que sentía hacia él era enfado, pero tal vez la atracción aparecería con el tiempo. Lo único que sabía con certeza era que no podía seguir pensando en un hombre al que jamás podría tener.

—¿Le importaría pasear conmigo por el jardín, milord?

Él arqueó una ceja.

—¿Quiere que vaya a buscar una carabina antes de que salgamos fuera?

—¿Usted quiere ir a buscarla? —le preguntó, consciente de que debería insistirle en que fuese a avisar a la tía Eugenia. Pero necesitaba alejarse cuanto antes de Lucien y su amante.

Fontaine le cogió la mano y la colocó en su antebrazo.

—Le prometo que mi comportamiento será ejemplar.

Mientras paseaban por los caminos de grava, Julienne se obligó a relajarse y a disfrutar de la brisa nocturna. Encontraron un banco a una distancia prudencial de la mansión y se sentaron. Fontaine se giró hacia ella y le cogió ambas manos con las suyas.

—Sería para mí un gran placer, lady Julienne, que accediera a acompañarme al derbi de Epsom la semana que viene.

Julienne sabía que si aparecía colgada del brazo del atractivo marqués en un lugar tan público su relación se consolidaría a ojos de la alta sociedad.

—Lord Fontaine...

—Justin, por favor.

Se quedó atónita. Que le pidiera que lo llamase por su nombre era un detalle muy íntimo. Fontaine probablemente podía contar con los dedos de una mano la gente que lo llamaba por su nombre y no por su título.

—Muy bien... Justin. —Respiró hondo. Ella también podía concederle algo íntimo. No podía permitir que Lucien le impidiese estar con otro hombre. Era más que evidente que él no tenía ningún problema para estar con otras mujeres—. Para mí sería un gran placer que me besaras.

Fontaine la miró comprensiblemente sorprendido, después lo hizo con suspicacia y luego sonrió satisfecho. Si alguien los veía besándose, sería ella la más perjudicada. Él podría elegir entre pedirle matrimonio, y salvar así su reputación, o irse de allí sin decirle nada. Nadie podría obligar al poderoso marqués de Fontaine a hacer nada que no quisiera hacer, y mucho menos algo tan decisivo como contraer matrimonio. Pero Julienne se sentía atrevida: ver a Lucien con otra le había herido el orgullo y su corazón le exigía cometer más locuras.

—Será un placer —murmuró Fontaine acercándola a él.

Julienne cerró los ojos y rezó para sentir pasión. La boca de él le acarició la suya con delicadeza durante un breve instante. No fue desagradable, en realidad fue todo lo contrario, pero por desgracia careció de fuego y de poder de ignición. No se le aceleró el corazón y tampoco se quedó sin aliento. Claro que no había confiado en sentir ninguna de esas cosas.

Abrió los ojos y ocultó la decepción tras una sonrisa.

—Será para mí un honor acompañarte al derbi, milord.

—¿Me has puesto a prueba, lady Julienne? De ser así, ¿puedo asumir que la he superado?

Julienne no podía decirle la verdad, así que se limitó a seguir sonriéndole. Por fortuna, Fontaine no insistió. Se levantó y le tendió el brazo, pero ella lo rechazó.

—Adelántate tú, por favor. Quiero quedarme aquí y recuperar el aliento antes de volver al salón.

—No puedo dejarte aquí sola —le dijo él.

Pero ella insistió.

Fontaine se mantuvo firme durante un rato, pero al final las ansias de complacer a Julienne ganaron la partida. Le hizo una reverencia y le besó el reverso de la mano.

—Le diré a lady Whitfield dónde estás.

Cuando se quedó a solas, Julienne asumió que había llegado el momento de renunciar a su sueño de vivir una gran pasión. No podía seguir besando a hombres mientras pensaba en Lucien. Tenía que casarse y no podía permitirse el lujo de ser quisquillosa. Ningún miembro de la alta sociedad se casaba por amor o por nada que tuviese que ver con los sentimientos, y era inútil desear que su matrimonio fuese la excepción.

—¡Le has besado!

Se puso en pie y giró la cabeza hacia quien había hecho tal acusación.

Lucien.

Mantuvo los puños cerrados a su espalda. Ya era bastante malo que apenas hubiese logrado contenerse para no darle una paliza al marqués, pero permitir que Julienne viese lo mucho que le dolía lo que había presenciado sería una locura. Era evidente que ella había dejado atrás la noche que habían pasado juntos, pero él no. Y no podía permitir que Julienne descubriese lo completamente loco que estaba por ella.

Se había pasado toda la noche observándola. Julienne le pertenecía, aunque él era el único que lo sabía. Había un brillo distinto en los ojos de ella, en el sutil vaivén de sus caderas, en el color más oscuro de sus labios, que ponía de manifiesto que había descubierto la pasión. Siempre había sido muy atractiva, pero ahora..., ahora apenas podía contenerse. Quería cogerla en brazos,

llevarse de allí y follársela hasta que ninguno de los pudiese moverse.

La había oído defender su honor ante Fontaine cuando pasaron por su lado, y, cuando vio lo mucho que se enfadó con el marqués por haberlo insultado, Lucien se emocionó como pocas cosas le habían emocionado antes. Él sabía que era demasiado atrevido y demasiado agresivo para ser aceptado por la alta sociedad, pero también era demasiado rico para estar en cualquier otra parte. Los hombres envidiaban su mente para los negocios y disfrutaban de los beneficios de ser miembros de su club; las mujeres acudían a él por su atractivo y por su apetito sexual. Gracias a los dos grupos siempre estaba invitado a todas partes, pero nunca encajaba en ningún lugar.

Excepto las pocas horas que había compartido con Julienne. Con ella había encajado. A la perfección.

Lucien la había seguido al jardín, desesperado por volver a hacerla suya, pero en vez de eso había tenido que verla besando a Fontaine. Y ahora estaba sentada en ese banco con la mirada perdida, como si estuviese enamorada, mientras a él le corroían los celos.

—Sí —reconoció—. Le he besado.

—¿Por qué? —No tenía derecho a preguntárselo, pero fue incapaz de detenerse.

Ella le sonrió, esa sonrisa que le decía que veía algo dentro de él que valía la pena.

—Porque quería saber si sentiría lo mismo que cuando me besaste tú.

Lucien no sabía qué esperaba que le dijese, pero sin duda no era eso. La satisfacción le sobrecogió. Ella había estado pensando en él a pesar de estar besando a otro hombre. Aflojó los puños.

—¿Y has sentido lo mismo?

Julienne se encogió de hombros.

—Bueno, no lo sé. Hace una semana que no me besas y empieza a fallarme la memoria.

Lucien le cogió la mano y tiró de ella hacia una zona oculta entre las sombras. Julienne echó la cabeza hacia atrás y él se quedó mirando lo bella que era, y el corazón le dolió al comprobar lo mucho que confiaba en él.

—Deja que te la refresque —le susurró con la voz ronca.

Inclinó la cabeza y la besó profundamente sin ocultar el deseo que lo embargaba, decidido a hacerle olvidar cualquier pensamiento relacionado con los besos de otro hombre.

Sólo hacía una semana que no la tenía en brazos, y sin embargo le había parecido una eternidad.

Julienne le devolvió el beso con la misma pasión, colocó las manos por dentro de la levita de él y le acarició la espalda. La lengua de ella acarició la suya y Lucien saboreó de nuevo su dulzura. Nada en el mundo podría saciar la sed que sentía por esos labios.

—¿Has sentido esto cuando él te ha besado? —le preguntó.

Ella gimió.

—Dios santo, no.

Lucien colocó un muslo entre las piernas de Julienne y la puso encima. Ella tenía los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás, los labios húmedos y enrojecidos por el beso que le había dado. Un único beso y ya se derretía en sus brazos.

En una vida anterior tenía que haber hecho algo muy bueno para haberse ganado la pasión de Julienne, porque en ésta no había hecho nada digno de ella.

—Julienne —murmuró su nombre abrazándola más cerca—. Necesito hablar contigo, pero no creo que pueda hacerlo aquí a solas. Me tientes demasiado, cariño. No puedo resistir la tentación de seducirte.

Ella sonrió pegada a la mejilla de Lucien.

—Eres incorregible.

—¿Hay algún lugar donde pueda reunirme contigo? Para hablar.

Julienne se apartó y lo miró con los ojos brillantes de alegría.

—En cualquier lugar donde nos reunamos estaremos a solas.

Lucien suspiró y odió la distinción entre clases sociales que los mantendría eternamente separados.

—Tienes razón, pero tal vez si es de día logre contenerme.

Julienne se rio, un sonido maravilloso que hizo entrar en calor a Lucien desde el interior.

—Si quieres hablar conmigo, tendrás que venir de visita a mi casa. No tengo intención de volver a vestirme de hombre nunca más.

—A mí me gustó mucho verte con aquellos pantalones.

Julienne se rio.

—Eres un descarado, Lucien Remington.

—Llevo días diciéndotelo —le recordó él, sarcástico—. Tendrías que salir corriendo cuando me ves acercarme.

—No te tengo miedo. Sé que nunca me harías daño.

Lo convencida que estaba Julienne de la bondad de existía en el corazón de Lucien lo afectaba profundamente. Que Dios lo ayudase si algún día Julienne llegaba a amarlo de verdad, porque entonces él sería incapaz de resistirse a ella.

—¿Cómo lo sabes? —la retó—. Mis intenciones hacia ti no son nada honorables.

—¿De verdad lo dices? Entonces, ¿por qué quieres hablar conmigo en un lugar donde no puedas seducirme?

—¿Por qué no me preguntas qué te haría si vinieras conmigo a pasear por este jardín?

Julienne se cruzó de brazos y lo reprendió con la mirada.

—¿Por qué te importa tanto mantener tu imagen de hombre disoluto?

La imitó y se cruzó de brazos igual que ella, y después levantó irónico una ceja.

—¿Por qué te cuesta tanto creer que no es sólo una imagen?

Julienne apretó los labios.

Él refunfuñó.

—¡Maldita seas, Julienne! Tus fantasías infantiles sobre mí son sólo eso, fantasías. He llevado a duques a la ruina y después me he acostado con sus esposas. He...

Se atragantó y se quedó en silencio. Se negó a pronunciar las palabras que la alejarían de él.

«Ten miedo. Aléjate de mí antes de que sea demasiado tarde para los dos».

Julienne entrecerró los ojos.

—Porque si de verdad fueras tan malo como dices me habrías arrebatado la virginidad la noche que me colé en tu club. Pero no lo hiciste. Me juego lo que quieras a que ahora mismo podría levantarme la falda y suplicarte que me hicieras el amor y no lo harías. No podrías.

—Eres una tonta —soltó furioso porque ella estaba dispuesta a seguir torturándolo—. Nunca pongas en duda la virilidad de un hombre, pues le obligarás a defenderse del único modo posible.

Excitado y frustrado, Lucien quería que Julienne lo rechazase y que no siguiera tentándolo. Colocó unos dedos en el codo de ella y la alejó de la mansión. Bajaron por unos escalones cubiertos de hierba y se adentraron por los jardines de la zona inferior. Julienne lo siguió sin quejarse, y que siguiese dispuesta a confiar en él lo enfureció todavía más. Encontró una hornacina de madera en la que había oculta una escultura de mármol y capturó a Julienne entre la piedra fría y su cuerpo excitado para besarla.

Movi6 las manos con urgencia por todo el cuerpo de ella, desesperado por tocar la piel sedosa. Tir6 del corpi6o del vestido y dej6 los lujuriosos pechos al descubierto. Los levant6 con las manos y lami6 un pez6n para ver c6mo se excitaba al sentir la caricia de la brisa nocturna.

—Dios, tu sabor... —gimi6—. Me embriaga...

Julienne gimi6, coloc6 las manos en el pelo de Lucien y lo sujet6 pegado a ella.

—Lucien.

Tenía la voz ronca y llena de anhelo, y al oír la su lujuria aument6, pero consigui6 retenerla brevemente. Se oblig6 a tocarla con m6s ternura, aunque sigui6 succion6ndole el pecho vorazmente. El cuerpo de Lucien temblaba de la fuerza de su pasi6n, pero lo único que le importaba ahora, m6s que su pr6ximo aliento, era darle placer a ella.

Julienne lo apart6; estaba muy seductora con los pechos por encima del escote del vestido y los pezones húmedos por sus besos. Lo ret6 con la mirada y se levant6 la falda igual que haría la m6s experta de las cortesanas, revelando poco a poco sus largas piernas. Y despu6s los muslos. Y despu6s los rizos de su sexo. Separ6 las piernas en se6al de invitaci6n.

—Lucien —susurr6 su nombre y un sonrojo se extendi6 por la piel del escote hasta subirle por la garganta y llegar a las mejillas.

—Acabar6s mat6ndome, pero antes vas a volverme loco.

Lucien quería prometerle que todo saldría bien, prometerle cosas que nunca le había prometido a nadie. Pero sabía que sería una crueldad hacerlo; no podía ofrecerle un futuro que jam6s existiría. La necesitaba con desesperaci6n, y estaba furioso con ella por haberle demostrado que la necesitaba, afloj6 los lazos de la trabilla de su pantal6n y dej6 en libertad su excitada erecci6n.

Le demostraría qué clase de hombre era y la echaría a perder para cualquier otro. Julienne le odiaría al terminar, pero sería lo mejor para ella.

—Voy a follarte —le prometi6, comport6ndose como un salvaje, consciente de que con ella jam6s sería capaz de tal bajeza—. Voy a follarte contra la estatua, te llenar6 con mi polla y no parar6 hasta que grites de placer.

Coloc6 una mano bajo el muslo de Julienne y le levant6 la pierna para separ6rselas. Gui6 el prepucio hasta la entrada de su cuerpo y dobl6 las rodillas para ejercer presi6n en su sexo. Julienne estaba muy apretada, pero tambi6n caliente y húmeda. Era maravilloso estar dentro de ella, y los gemidos de placer que escapaban de su garganta al notar que él se movía le hacían perder la cabeza. Su cuerpo entero era incapaz de dejar de temblar, pues se estaba obligando a ir muy despacio y con mucho cuidado. Él tenía un tama6o m6s que considerable y Julienne era muy menuda. Y no podría soportar hacerle da6o.

La observ6 mientras entraba en su interior: bajo la luz de la luna tenía las facciones p6lidas como la estatua que había a su espalda. Le brillaban los ojos y no los apartaba de los de él; el deseo y un afecto que no se merecía ardía dentro de ellos. Tendría que estar asustada, pero seguía confiando en él implícitamente. El modo en que lo miraba hacía que a Lucien le resultase imposible respirar. Se detuvo y se mantuvo rígido durante un instante.

Julienne tenía raz6n. No podía poseerla de esa manera, como si fuese una fulana en un jardín cualquiera. Y no podía hacer nada que tuviese como consecuencia que ella acabase odi6ndolo. Se desgarraba por dentro s6lo de pensarlo. Solt6 una tortuosa maldici6n y se apart6, su pesada erecci6n abandon6 el cuerpo de Julienne. Ella solloz6 al sentir la p6rdida y el sonido rompi6 el coraz6n que Lucien se había olvidado que tenía.

Cerr6 los ojos con fuerza para no mirarla y se dio media vuelta. El torso le subía y bajaba trabajosamente con cada respiraci6n, le dolía todo el cuerpo, le ardía la sangre. Su pene temblaba

por culpa del deseo insatisfecho, los músculos estaban tensos.

«¡Maldita sea!» Maldijo el día en que sus ojos se posaron en Julienne La Coeur. Cerró los puños en un intento por recuperar el control sobre su tembloroso cuerpo y su atormentada mente.

Y entonces, de repente, su miembro fue envuelto por una humedad maravillosa. Instintivamente intentó apartarse, pero las manos de Julienne le sujetaron las nalgas y lo mantuvieron inmóvil. Miró hacia abajo y atónito vio que ella deslizaba la totalidad de la erección hacia el interior de su boca.

A lo largo de toda su vida, de todas las mujeres con las que había estado, de todas las posturas que había practicado, de todos los lugares donde lo había hecho, Lucien nunca había visto nada más erótico que Julienne lamiéndole el pene de rodillas en medio de la hierba, con los pechos sobresaliendo por el escote del vestido, dibujada bajo la luna.

Las caricias de Julienne no seguían ninguna técnica y eran muy inocentes, pero por ese mismo motivo le causaban tanto efecto. Ella deslizaba la lengua alrededor del prepucio, su boca temblaba cuando lo succionaba, con los dedos le apretaba las nalgas. Julienne echó la cabeza hacia atrás y después volvió a moverse hacia delante, abrió la boca al máximo para que él pudiese penetrarla.

Le besó la erección con entusiasmo; unos delicados gemidos salían de su garganta cuando lo succionaba, y ver que ella también se estaba excitando aumentó su placer enormemente. Debido a su inexperiencia, Julienne lamía el pene con movimientos cortos, pero el placer que le daba a Lucien era increíblemente intenso. Comprender que ella le estaba regalando esas caricias tan íntimas hizo que el placer que sentía en su miembro se extendiese por todo su cuerpo.

Echó la cabeza hacia atrás y gimió desde lo más profundo de su garganta. Movié las manos en busca de los rizos dorados de la nuca de Julienne y le enseñó el ritmo que le gustaba con cuidado de no despeinarla. Las caderas de él cedieron al instinto de moverse y marcaron un ritmo desconocido, entrando y saliendo de su boca en busca del placer que sólo Julienne podía darle. La lengua de ella se hundió en el agujero que coronaba su pene y los testículos se apretaron al notar que la erección aumentaba.

—Apártate, cariño —le pidió sin aliento—. Estoy a punto..., no puedo...

Julienne hizo caso omiso de la directriz de Lucien y lo succionó con más fuerza, le volvió loco hasta que eyaculó al alcanzar un orgasmo tan intenso que le fallaron las piernas. El semen llenó la boca de Julienne, prueba de la lujuria y del deseo que sólo ella le despertaba. Gritó el nombre de Julienne y dio gracias de que le estuviese sujetando por las caderas porque de lo contrario se habría caído de rodillas al suelo. La sangre rugía por sus venas, le retumbaban los oídos y había perdido la visión.

Nunca había experimentado un orgasmo de tal magnitud. Su miembro seguía temblando a pesar de que ya no podía eyacular más.

Cuando Julienne se puso en pie y se limpió la boca con el reverso del guante, su bello rostro resplandecía de satisfacción. Sin dejar de temblar, Lucien se apoyó en ella e intentó abrazarla. Tenía el alma saciada.



Julienne abrazó a Lucien con todas sus fuerzas y soportó su peso lo mejor que pudo. Tenía el corazón rebosante de felicidad por haberle dado a él tanto placer. Se lamió los labios y notó su sabor, y sintió una profunda satisfacción femenina por haber logrado tal hazaña. Era una sensación muy poderosa. Incapaz de seguir conteniéndose, se rio.

—¿Te parece gracioso? —le preguntó con la voz ronca, pero también dispuesto a burlarse de sí mismo—. Acabarás matándome.

Ella le sonrió.

—Te he hecho feliz.

Lucien se apartó un poco. Tenía el rostro acalorado, una fina capa de sudor cubría sus bellas facciones, y sus preciosos ojos brillaban de felicidad. Ella había logrado que brillasen así.

Volvió a reírse.

—Julienne —la riñó con ternura—. ¿Te hace feliz ver que me has hecho feliz?

Ella asintió y volvió a abrazarlo.

—Claro. —Se apartó y se dispuso a colocarse bien el vestido y a recomponer el resto de su aspecto. Observó a Lucien mientras él también se arreglaba la ropa. Cuando él intentó cogerla, ella se apartó riéndose—. Oh, no.

Los labios de él le regalaron una sonrisa que le paró el corazón.

—Es tu turno, cariño.

Julienne subió corriendo los escalones cubiertos de hierba que conducían a la mansión, pero él la atrapó con facilidad y agachó la cabeza para darle un beso. Julienne se perdió en su adictivo sabor durante un instante antes de apartarse.

—No, Lucien —le riñó, aunque el corazón se le aceleró al ver las promesas que ocultaban sus ojos—. Esta noche no puedes volver a tocarme. Con tu reputación, a nadie le extrañará que vuelvas al salón con este aspecto, pero si lo hago yo, será un desastre.

Le pasó una mano por el brazo y sonrió al ver que ella se estremecía.

—Me sentiré como un egoísta, cariño, si no me dejas que te dé placer. —Lucien agachó la cabeza y le rozó el cuello con la nariz, ella volvió a apartarse y le hizo que no con los dedos.

—Ahora sabes cómo me sentí yo la otra noche cuando rechazaste mis caricias. —Julienne se dio media vuelta y esquivó los brazos de Lucien—. Quédate en el jardín un poco más, estoy segura de que mi tía me está buscando frenética por todos lados. Puedes venir a verme mañana a las dos. La tía Eugenia tiene una cita y estará fuera varias horas.

—¿Dónde quieres que me reúna contigo?

—Entra por las caballerizas, te encontraré.

La luz de los ojos de Lucien se apagó un poco.

—Estás corriendo un gran riesgo conmigo.

—Lo sé. —Lucien tenía razón, pero para Julienne su reputación, que tanto necesitaba el futuro de su familia, quedaba en segundo lugar si la comparaba con las ganas que tenía de estar con él aunque fuera sólo por unos minutos—. Pero eres irresistible.

Lucien la cogió por el codo cuando ella intentó apartarse.

—Yo no debería gustarte, Julienne. No soy bueno para ti.

—Oh, Lucien —suspiró. Le apartó un mechón de pelo negro que el sudor le había pegado a la cara y lo vio cerrar los ojos ante el placer que le provocaba la caricia. Cómo adoraba a ese hombre, hermoso y atrevido, que poseía un estricto y oculto código del honor—. Te comportas como si yo tuviera más control que tú sobre lo que está sucediendo entre nosotros.

Se puso de puntillas y colocó los labios en los de él con un suave gemido.

—Ven mañana. O no. La elección es tuya.

Julienne se dio media vuelta y lo dejó allí solo, en medio del jardín.

—Pareces... respetable —le dijo Marchant con los ojos abiertos de par en par—. ¿A qué se debe?

Lucien le ignoró.

—¿Has hecho la lista que te pedí?

—¿La de posibles maridos para lady Julienne? Claro. —Marchant deslizó un expediente por encima de la mesa.

Lucien lo inspeccionó por encima y farfulló:

—¿Por qué está Fontaine en primera posición?

Marchant arqueó una ceja.

—¿Quieres decir además de porque es extremadamente atractivo, marqués, posee más de diecisiete fincas, tiene cientos de sirvientes, una fortuna incalculable y está considerado por todo el *beau monde* como el soltero de la temporada?

Lucien sorbió por la nariz.

—¿Qué me dices de su vida personal?

—Es un seductor y le gustan mucho las mujeres, pero no juega ni bebe en exceso. Y he sido incapaz de encontrarle ningún bastardo.

—¿Y su vida social?

—Ocupa un asiento en la Cámara de los Lores y sus colegas lo tienen en muy alta estima.

Lucien dejó caer el expediente. Se apoyó en el respaldo de la silla y cerró los ojos al recordar la imagen de Julienne besando a Fontaine.

A partir de allí las imágenes se descontrolaron; vio a Fontaine abrazando a Julienne, acariciándole los pechos. Lo vio colocado entre las piernas de ella, hundiéndose en su interior de un modo que él no podría hacerlo jamás. Enfermo de celos, apretó los dientes hasta que le dolió la mandíbula.

Julienne era una dama de la cabeza a los pies. Lucien sabía que no podía hacer nada que estropease su reputación, jamás sería capaz de hacer algo que la avergonzase y conllevara su expulsión de la alta sociedad. Si lo hiciera, el espíritu de Julienne desaparecería y el afecto que brillaba ahora en sus ojos cuando lo miraba se convertiría en resentimiento.

—Remington, ¿te encuentras bien? Tienes cara de tener fiebre.

Lucien abrió los ojos.

—Estoy bien.

—Tal vez deberías descansar un rato. Últimamente trabajas demasiado.

Lucien se puso en pie y cogió el expediente.

—No, tengo una cita.

—¿Con quién? No está anotada en la agenda.

—No es asunto tuyo, joder —gruñó Lucien.

—Tu atuendo... —Marchant miró el archivo que Lucien sujetaba en la mano—. Dime que no vas a reunirte con lady Julienne.

Por primera vez desde que lo conocía, Lucien maldijo la inteligencia de su hombre de confianza.

Pero Marchant, en vez de censurar el comportamiento de Lucien, se rio.

—¿Has decidido dispersar tus negocios y abrir una empresa de celestinas? ¿O pretendes cobrar la deuda de Montrose a través de su cuñado?

—Vete al infierno, Harold —refunfuñó.

Marchant se puso serio.

—¿Estás seguro de que sabes lo que estás haciendo?

—Claro.

—¿Y qué estás haciendo?

Lucien se detuvo bajo el dintel de la puerta de su despacho.

—Lo más honorable. Por primera vez en mi vida.

—¿Posibles maridos? —Julienne lo miró con incrédulos ojos oscuros.

Lucien apretó el sombrero que tenía entre las manos. Tenía un nudo tan grande en la garganta que le costaba tragar. Ver la belleza dorada de Julienne a la luz del día le había hecho imaginarse las cosas que jamás podrían hacer juntos. Jamás podrían cabalgar por el parque o pasear por la calle. Jamás podrían ir de picnic o hacer algo tan mundano como tomar el té. Maldita sea, si tenía que recurrir a subterfugios para intercambiar unas cuantas palabras con ella. Ese recordatorio le sirvió para reforzar la decisión que había tomado; tenía que alejarse de ella antes de que la destruyera.

Se sentó en la otomana y asintió.

—Sé que tu hermano os ha abandonado, cariño. Tienes que casarte cuanto antes, y he pensado que tal vez podría ayudarte.

Dejó el expediente en la silla que había entre los dos y mantuvo la mirada baja, ocultándole sus pensamientos.

—¿Ni siquiera vas a abrirlo?

—Por supuesto que lo abriré. —Lo miró de reojo—. Pero tú sabes más de mis circunstancias que yo de las tuyas, así que antes de elegir a mi futuro marido quiero descubrir todo lo que me sea posible sobre ti.

Lucien frunció el ceño. Cuanto menos supiera Julienne sobre él, mejor.

—No me gusta hablar de mí.

—¿Por qué? A mí me pareces fascinante. Tu educación es perfecta, tus modales impecables, tienes un gusto excelente. Es evidente que has recibido...

—¿No escuchaste lo que te dijo Fontaine anoche? Soy un bastardo, una lacra para la alta sociedad.

—No, no eres nada de eso —le discutió ella—. Siento que tuvieras que oír esas cosas.

—No es nada que no haya oído antes. —Le sonrió y le cogió la mano—. Aunque te agradezco que defendieras mi honor.

Sentir su piel bajo la de él era como tocar el cielo. Y el infierno. Desvió la vista hacia sus manos entrelazadas, las de ella tan pálidas, menudas y delicadas. Lucien recordó lo que sintió cuando

esas manos le recorrieron el cuerpo, la timidez con la que lo tocó, que contradecía la pasión que ella sentía por él. Saber que pronto perdería las caricias de Julienne para siempre hizo que le doliera el corazón.

Ella se mordió el labio inferior.

—¿Por qué dicen esas cosas horribles sobre ti si sólo eres un hombre de negocios?

—Soy más que eso, Julienne. —Se quedó en silencio durante un rato, deseando ocultarle los secretos que ella todavía no sabía. Pero estaban viviendo una situación tan íntima, ella lo estaba mirando con tanta ternura, que Lucien le contó lo que nunca le había contado a nadie—. Soy un bastardo de verdad.

Ella ni siquiera parpadeó.

—¡Pero eso no es culpa tuya!

—Va a peor —dijo seco, apretándole la mano para agradecerle en silencio su anterior reacción—. Soy el fruto de una larga relación amorosa entre una cortesana y un noble.

—¡Cielo santo!

Lucien esperó a que ella encajase todas las piezas. Le llevó sólo un segundo.

—Remington, ¿tu madre es Amanda Remington? ¿La famosa *demimondaine*?

Asintió, y se preguntó si Julienne cambiaría su opinión de él ahora que sabía que era el hijo bastardo de una prostituta. Una prostituta rica, extremadamente selectiva, y que llevaba los últimos treinta años en una relación monógama, pero que de joven había sido lo que había sido. Todo el mundo lo sabía. El que Julienne no lo supiera ponía en relieve, una vez más, lo dispares que eran sus existencias.

—Qué romántico —suspiró Julienne, y Lucien casi se cae de donde estaba sentado—. ¡Eres fruto del amor! Tienes mucha suerte.

Se quedó mirándola con la boca abierta.

Julienne le cerró la mandíbula con ternura.

—Tu sangre es casi más azul que la mía, Lucien. No me extraña que tengas ese porte tan orgulloso.

—¿Te has vuelto loca?

—¿Perdona?

Él sacudió la cabeza. Era como si Julienne fuese incapaz de ver sus defectos. O tal vez no le importaban... Esa posibilidad le aceleró el corazón y la llama de la esperanza prendió dentro de él.

—Julienne, cuanto más tiempo paso contigo, más cerca estás de perder tu buena reputación. ¿Por qué no lo entiendes? Soy un hedonista, un bastardo egoísta que se ha tomado muchas libertades contigo. Tendrías que pedir a gritos que me encerrasen en la cárcel y me descuartizaran. Que me decapitaran. Me colgasen. Me disparasen. Me mandasen a...

—Está bien. —Ella lo detuvo enfadada soltándole la mano para erguir la espalda.

—¿Está bien?

—Sí. Está bien. Eres horrible, el peor hombre que existe. ¿Es eso lo que quieres que diga? ¿Te sientes mejor ahora? —Cogió el expediente y lo abrió—. Elegiré marido cuanto antes para que no tengas que volver a verme.

Julienne inspeccionó brevemente la columna de nombres y cerró el expediente.

—Ya está, el marqués de Fontaine.

Lucien apretó las manos y la mandíbula. Le daba vergüenza reconocer el daño que le habían causado las palabras de Julienne cuando había sido su propio mal humor el que la había obligado a decirlas. Dolido, le habló con brusquedad.

—Fontaine nunca te será fiel. Es como yo. Se acuesta con cualquiera que lleve faldas.

—Lo sé. —Su voz no contenía censura ni tristeza.

El que Julienne estuviese dispuesta a aceptar a otro hombre, uno que, como él, no se la merecía, puso a Lucien furioso.

—¿No te importa? —le preguntó airado.

—Bueno, preferiría que las cosas fuesen distintas, eso no voy a negarlo —reconoció tocando el expediente con los dedos—. Pero es muy habitual en esta clase de matrimonios, Lucien. Tienes suerte de que tus padres se quieran tanto el uno al otro. Llevan juntos muchos años, ¿no? ¿Tu madre y el duque?

Así que ella sabía quién era su padre.

—Sí, casi cuarenta años.

—Una vida entera repleta de felicidad. Hay quien sólo tiene derecho a unos instantes. No tienes que avergonzarte de las circunstancias de tu nacimiento. Tú puedes elegir, puedes seguir distintos caminos. Algunos de nosotros sólo tenemos una opción.

—¿Y qué me dices de tu felicidad? —Estaba furioso.

Julienne le sonrió con tristeza.

—Yo soy de las que sólo tenemos una opción.

Lucien tragó saliva y bajó la mirada al expediente. Recordaba cada uno de los nombres que contenía, hombres que eran considerados superiores a él porque sus padres estaban casados mientras que los de él no lo estaban. Él tenía más dinero que todos ellos, más propiedades. Él quería más a Julienne que ninguno de ellos.

Si ella estuviera dispuesta a renunciar a su estatus social por él, él a cambio le daría el mundo entero.

Las palabras se tropezaron en su boca antes de que pudiera pensarlas mejor.

—Si tan dispuesta estás a tener un marido infiel, ¿por qué no te casas conmigo?

El expediente cayó de entre las manos de Julienne, los papeles se esparcieron por el suelo. Ella se agachó nerviosa a recogerlos.

Lucien también se puso de rodillas en el suelo y vio que a ella le temblaban las manos y tenía la respiración acelerada. No dijo nada; estaba aturdido por la pregunta que había salido de sus labios y sentía miedo de decir algo que pudiese afectar a la decisión de Julienne.

El silencio se alargó varios minutos. Fue una tortura.

—¿No vas a contestarme? —le preguntó él al fin, incapaz de seguir soportando el suspense.

—¿Perdona? —Giró el rostro hacia él y lo miró desconcertada.

—¡Maldita sea! Acabo de pedirte que te cases conmigo.

Entrecerró los párpados, ocultándole la mirada. Julienne dudó un instante y eligió las palabras con cuidado.

—Aunque es cierto que tengo que casarme cuanto antes, no estoy desesperada. Tengo varios pretendientes interesados. No hace falta que te sacrifiques.

Lucien dejó la vista fija hacia delante. Él nunca se había imaginado a sí mismo pidiéndole matrimonio a alguien, pero tampoco había imaginado que le rechazarían. Tuvo ganas de vomitar. Tal vez Marchant tenía razón. Tal vez tenía fiebre.

Colocó la mano encima de la de ella para que dejase de moverla.

—Soy consciente de que mi estatus social no puede competir con el de tus otros pretendientes, Julienne, pero mi fortuna es mucho más grande que la de cualquiera de ellos. —Se dijo a sí mismo que debía ser fuerte y le confesó sus pensamientos—: Te quiero en mi cama, Juliette. Necesito tanto

estar dentro de ti que estoy a punto de volverme loco y empiezo a creer que con una vez no será suficiente. Tal vez tardaré semanas, meses, en saciar el anhelo que siento por ti. No importa con cuántas mujeres me acueste y, maldita sea, me he acostado con al menos una docena desde que...

—¡Para! —exclamó poniéndose en pie—. No quiero saberlo.

Lucien se levantó y se quedó mirando la cabeza inclinada de ella.

—Julienne —cambió el timbre de voz y la volvió seductora—, soy extremadamente rico. Puedo ayudar a tu hermano y puedo darte lo mismo que Fontaine, excepto el título. ¿Tanto te importa un título?

Ella levantó la cabeza, tenía la mirada líquida por culpa de las lágrimas.

—No, no me importa lo más mínimo, Lucien.

Alargó una mano y cogió la de ella.

—Entonces, acepta casarte conmigo —le pidió, el sudor empezaba a cubrirle la piel—. Me ocuparé de todo. Me ocuparé de ti.

—Oh, Lucien —suspiró Julienne—. No puedo.

—¿Por qué?

Le tembló el mentón.

—Porque si fueras mío no podría soportar tener que compartirme con nadie.

Lucien la miró aturdido.

—Pero sí eres capaz de tolerar las infidelidades de un noble. No te entiendo.

—Lo sé. —Suspiró con tristeza—. Tenemos que olvidar esta conversación. Tu amistad es muy importante para mí, Lucien. Yo...

—¿Amistad? —Sujetó la mano de Julienne con una fuerza brutal. Ella hizo una mueca de dolor pero fue incapaz de soltarla—. Somos mucho más que amigos, Julienne. Mis dedos han estado dentro de ti, he abrazado tu cuerpo desnudo pegado al mío. Tú has tenido mi polla dentro de tu boca...

Ella le tapó la boca con una mano.

—Por favor, no te enfades. Yo jamás me aprovecharía del deseo que sientes por mí obligándote a contraer matrimonio. Si te casaras conmigo por ese motivo acabarías siendo muy infeliz, y entonces yo también lo sería. Puedo estar contigo. Podemos...

—Estás dispuesta a follar —decretó hecho una furia—, ¿pero no a casarte conmigo?

Empezó a sudar profusamente a pesar de que tenía el corazón helado. Una lágrima resbaló por la mejilla de Julienne e hirió mortalmente a Lucien, y entonces él atacó para protegerse.

—Te comportas como si las circunstancias de mi nacimiento y mi estatus social no te importasen, pero es mentira, Julienne. Crees que estoy por debajo de ti. Que soy indigno de casarme contigo. Sí, no estoy mal para echar un polvo, pero nada más. —Lucien le soltó la mano y se dio media vuelta. No confiaba en sí mismo y sabía que volvería a tocarla. Y tal vez haría algo completamente indigno, como por ejemplo ponerse de rodillas y suplicarle que lo aceptase.

—¡Eso no es verdad! —gritó ella—. Sabes que no es verdad.

Se giró y la fulminó con la mirada, pero verla le destrozó el corazón. Los labios que tanto placer le habían dado la noche anterior estaban temblando y sus ojos estaban luchando para contener las lágrimas.

Y lo peor de todo era que los de él también. Maldición.

Sin decirle ni una palabra, Lucien caminó hasta el ventanal que conducía al jardín posterior. Oyó que Julienne gritaba su nombre, que se atragantaba y que le suplicaba, pero no podía volver.

¡Dios, cuánto la quería! Le temblaban las manos y apenas podía respirar cuando montó en el caballo que había dejado en las caballerizas. Estaba completamente destrozado, y todo porque al

alejarse de la casa de Julienne comprendió que ésa había sido la última vez que hablaba con ella.



Julienne observó a Lucien sin disimulo y sin importarle si alguien la veía. Después de varias semanas de exilio autoimpuesto, él había reaparecido en sociedad. Estaba más delgado y más pálido, y tenía la piel de alrededor de los ojos más oscura. No presentaba buen aspecto, aunque a Julienne le pareció que era maravilloso. Iba elegantemente vestido para la noche, su presencia destacaba en medio de la multitud, atrayente y salvaje a pesar de su refinado exterior.

Lucien debió de sentir que ella lo estaba mirando porque giró la cabeza y se enfrentó a sus ojos, si bien los de él no se alteraron lo más mínimo al verla. Volvió a girarse hacia su acompañante, una mujer voluptuosa y muy de mundo que lo miraba embelesada. Era una *femme fatale* de pelo y labios rojos que lo sujetaba del brazo y se encargaba de que le rozase los pechos mientras Lucien destrozaba el corazón a Julienne ignorándola de esa manera.

Julienne se dijo a sí misma que ella nunca había tenido ningún derecho sobre él. Nunca había accedido a ser sólo suyo, ni siquiera cuando le ofreció matrimonio de esa manera. Pero recordar eso no evitó que tuviese ganas de vomitar en medio del baile.

—¿Qué está pensando, lady Julienne? —le preguntó Fontaine acercándose a ella.

—Estoy pensando que debería invitarme a bailar.

Los labios de su atractivo pretendiente esbozaron una sonrisa que desmayaría a muchas mujeres y que, en cambio, dejaba a Julienne indiferente.

—¿Otra vez? —murmuró—. Qué deliciosamente escandaloso.

Él la llevó del extremo de la sala a la zona de baile con suma pericia y la colocó al final de la fila de parejas. La música empezó a sonar y se movieron junto a los otros bailarines. Julienne observó a Lucien acompañando a la pelirroja hasta la mesa donde esperaban los postres con una mano en las nalgas. Abatida, Julienne se equivocó en un paso de baile y Fontaine la sujetó por el brazo, evitando que cayera y los pusiera en ridículo a ambos.

—Gracias —le dijo con una sonrisa, tragándose la tristeza que la embargaba.

Justin asintió.

—Nos compenetramos muy bien.

—Sí —reconoció Julienne—. Yo también lo creo.

La mirada de él se llenó de satisfacción. Los dos daban por hecho que iban a contraer matrimonio. Pronto, muy pronto, Julienne iba a tener que contarle a Justin la situación económica de su hermano. Educado en las normas de la alta sociedad, igual que ella, el marqués de Fontaine sabía cómo funcionaban los matrimonios entre la gente de su clase, y la situación de Julienne, aunque lamentable, era bastante habitual. De hecho, ella estaba casi segura de que Justin ya estaba al corriente de los problemas de Hugh.

Al terminar la danza, Justin la acompañó a donde estaba la tía Eugenia, antes de partir hacia otro compromiso que tenía esa noche. Aunque lo intentó con todas sus fuerzas, Julienne fue incapaz de no buscar a Lucien con la mirada. Y cuando lo encontró se llevó una mano enguantada a los labios para contener un sollozo. Estaba inclinado sobre la pelirroja, le susurraba cosas al oído mientras le acariciaba el cuello con la nariz. Era la viva imagen de un hombre entregado.

—Discúlpame, tía Eugenia. —Se giró, notaba una fuerte presión en el pecho—. Tengo que salir a estornudar. —Corrió hacia el pasillo más cercano.

Como no quería encontrarse con ninguno de los invitados, Julienne caminó por el pasillo hasta llegar a la zona que no estaba iluminada por antorchas y poder así disfrutar de cierta intimidad. Abrió la tercera puerta que encontró y se metió en esa habitación. Cerró tras ella y durante un instante la cegó la oscuridad, pero al final consiguió encontrar una banqueta y cuando se sentó empezó a llorar desconsolada. Tan presa del dolor estaba que no oyó que alguien echaba el cerrojo. Una mano enguantada le cubrió la boca, y ella abrió los ojos horrorizada.

Y se encontró con la mirada furiosa de Lucien.

Le quedó claro lo que él pretendía cuando se tumbó completamente encima de ella. Lucien apartó la mano y la sustituyó por sus labios. El brandy que había bebido resaltaba su sabor, que ahora llenaba las fosas nasales de Julienne. A ella se le aceleró el corazón y notó una presión en el pecho al intentar coger aire. Su cuerpo se excitó de inmediato: necesitaba a Lucien tanto como comer o beber.

Julienne notó el sabor de la sangre cuando se mordió el labio inferior. Lucien también lo notó y le hizo enloquecer, la besó frenéticamente y con salvaje intensidad. En contra de su voluntad, Julienne levantó las caderas en busca de su miembro. Lo deseaba..., necesitaba que él llenase el vacío que le había creado al marcharse.

Lucien gimió al sentir lo que Julienne estaba haciendo, movió las manos por las curvas de ella como si le pertenecieran, el calor de su erección la quemó a través del vestido de seda. Los pies de él se colocaron entre los de ella y la obligó a separar las piernas tanto como le permitía la falda.

La ternura y el afecto con el que la había acariciado las otras veces se habían convertido ahora en dolor y furia. La mano de Lucien se apretó convulsivamente en uno de los pechos de ella, le hizo daño y ella gimió. Julienne apartó las manos de la silla y las colocó bajo la levita de Lucien, tiró de los botones del chaleco con desesperación y también de la camisa porque necesitaba sentir su piel. Él le levantó la falda y le rompió las medias. La delicada tela del vestido se rasgó, el sonido fue una queja a la tosquedad de Lucien.

—Me has echado a perder. —Le temblaban las manos cuando las metió bajo la falda—. He sido incapaz de acostarme con otra mujer... desde la última vez que te toqué.

Julienne contuvo un sollozo, odiaba que él hubiese intentado estar con otra y sentía un profundo alivio de que no hubiese podido hacerlo.

—Julienne...

—Vuelve con tus putas —le exigió ella a pesar de que al mismo tiempo lo abrazaba con fuerza e incluso rezaba para que no lo hiciera.

—¡Maldita seas! —exclamó y le apretó el muslo con fuerza—. Siempre estás dispuesta a echarme de tu lado.

Los dedos de él llegaron al sexo de ella. Lucien gimió como si lo estuvieran torturando.

—Estás tan excitada que casi goteas. ¿Hay alguien más que pueda hacerte sentir así, Julienne? ¿O sólo puedo yo?

—Lucien...

—¿Quieres que pare? —le preguntó furioso al penetrarla con sus dedos.

Julienne intentó apartarse pero su cuerpo traidor recibió la invasión de Lucien excitándose más.

—No..., no quiero..., tu rabia...

—Me quieres a mí —susurró él, salvaje—. Pero eres capaz de mandarme a la cama de otra mujer. —Apoyó la mejilla cubierta de sudor en la de ella y con el aliento le quemó la oreja—. Esa

mujer que hay allí fuera está desesperada por mí, Julienne, me desea tanto como tú, y no me rechazará. Dentro de una hora estaré dentro de ella, gritaré mi nombre... mientras tú te pudres en tu cama virginal.

—Bastardo —lloró ella, cerrando las manos en la espalda de él—. ¿Por qué me haces esto?

—Dime que pare y pararé. —Movía frenético la boca, besándola por el cuello.

—¡Vete al infierno!

—Ah, cariño —murmuró con su voz ronca llena de tristeza, sin dejar de mover los dedos ni de atormentarla—. No puedes decírmelo, ¿no? Me necesitas demasiado.

Julienne gimió al sentir el placer que creaban los dedos de Lucien en su cuerpo. Él los movía cada vez más y más rápido, logrando que se moviese desesperada por sentir algo más que sus dedos.

—¿Te gusta, amor? —Apoyó la frente empapada de sudor en la de ella—. Tu sexo está muy mojado, caliente y apretado. Podría follarte, Julienne. Te penetraría con mi polla y te haría gritar de placer. ¿Te gustaría que lo hiciera?

Ella se abrazó a él y levantó las caderas para que pudiese tocarla mejor.

—Lucien...

Él apretó la erección contra la pierna de ella.

—Me echarás de menos cuando estés casada con tu marqués infiel. —Le acarició un lado del rostro con la nariz—. Pero aceptaré reunirme contigo cuando quieras que alguien te abrace así..., que te dé placer. Te pondrás esos pantalones y vendrás a mi club.

—Te odio por esto —sollozó. Y se odiaba a sí misma por seguir amándolo.

—Demuéstrame lo mucho que me odias, Julienne. Quiero sentirlo cuando te corras alrededor de mis dedos.

Lucien hundió la mano y con los dedos la acarició por dentro. Y Julienne alcanzó el orgasmo cuando él se lo ordenó, se estremeció y gritó su nombre. Él se tragó los gemidos de placer de ella con la boca y gimió al unísono mientras la abrazaba con fuerza.

Cuando todo terminó, Julienne intentó recuperar el aliento y la determinación. Antes de que Lucien pudiera apartarse, ella se incorporó, provocando que los dedos de él salieran de su interior y lanzándolo al suelo. Se colocó encima de él al instante, separó las piernas y se sentó a horcajadas en sus muslos, capturándole las manos bajo las rodillas para que no pudiese moverlas. Se quitó los guantes que llevaba y la cubrían hasta el codo y le desabrochó la trabilla del pantalón.

—¿Qué estás haciendo? —gimió él.

Julienne miró el atractivo rostro de Lucien y no le pasaron por alto las emociones que ardían en sus ojos. Cogió el pene con las manos y lo apretó con firmeza. Le sonrió furiosa.

—Cuando termine contigo no te quedará nada que darle a esa mujer, Lucien Remington. —Se inclinó hacia él y le lamió el labio inferior en busca de su sabor. Movié las manos por el miembro, disfrutando de la sensación de tocarlo—. Voy a dejarte seco.

—Puedo apartarte de encima de mí en un abrir y cerrar de ojos —la amenazó.

—Sí, pero no lo harás. —Pasó los pulgares por el prepucio y lo descubrió empapado de semen—. Me deseas demasiado.

Él cerró los ojos y soltó una maldición, era incapaz de negarlo.

—¿Te has corrido conmigo, Lucien? —Se lubricó las manos y las cerró alrededor del pene—. Qué travieso por tu parte... Pero todavía estás excitado, listo para volver a hacerlo.

Lucien empezó a levantar las caderas cuando Julienne lo masturbó con ambas manos.

—Oh... Julienne... —El sudor le goteaba por las cejas y le empapaba el pelo y la frente.

—Qué lástima me da tu cortesana —murmuró ella—. Yo no tengo experiencia en lo que se

refiere a la anatomía masculina, pero sé que estás muy bien dotado. Eres tan fuerte y estás tan excitado... Mis manos apenas pueden sujetarte. —Acercó los labios a su oído—. Eres como un caballo salvaje, pero esa mujer de allí fuera no te cabalgará esta noche. —Le mordió el lóbulo y le susurró—: Jamás serás mío, pero al menos esta noche tampoco serás suyo.

Lucien rugió.

Flexionó los dedos bajo las rodillas de Julienne y su erección tembló en sus manos. Ella se aprendió de memoria las facciones de Lucien presa de la pasión: sus preciosos ojos entrecerrados que no dejaban de mirarla, su boca entreabierta y con la respiración entrecortada. Le acarició más rápido y pasó los pulgares por la punta, ansiosa por darle placer. Lo masturbó con más fuerza, devorando los gemidos que salían de dentro de él.

Adoraba tocarlo, le encantaba sentirlo duro como el acero y suave como la seda, y adoraba que a él le gustase recibir placer de ese modo tan carnal y primitivo. El cuerpo entero de Lucien se tensó debajo de ella, su pene vibró y le advirtió que el final estaba cerca.

—Córrete para mí, cariño —le pidió ella—. Córrete hasta que no te quede nada para esa mujer.

Lucien soltó una maldición, levantó las caderas y eyaculó con tanta fuerza que manchó la alfombra. Julienne siguió acariciándolo, arrebatándole todo lo que tenía, hasta que las manos le quedaron cubiertas de semen y Lucien se desplomó exhausto, con el cuerpo temblando y la respiración entrecortada.

Sólo entonces lo soltó. Le cubrió los párpados, que él había cerrado, de besos, y también los labios. Le quitó la corbata y la utilizó para limpiarse las manos. Entonces se puso en pie y le lanzó la prenda sucia encima del pecho.

—Adiós, Lucien.

Bellísima en medio de la rabia que sentía, se fue dejándolo allí en el suelo.



Julienne fue a buscar a la tía Eugenia y las dos abandonaron el baile de inmediato.

Se sintió aliviada al regresar a Montrose Hall. Tenía las emociones tan alteradas que lo que necesitaba era tomarse una copa de jerez y darse un baño. El mayordomo cerró la puerta tras ellas y el ama de llaves fue a recibirla con una carta en la mano.

—Lord Montrose ha vuelto esta noche, milady. Me dijeron que le diera esto en cuanto llegase a casa.

—Dios santo —farfulló Eugenia—, ¿qué ha pasado ahora?

Julienne abrió la carta y la leyó deprisa. Furiosa, golpeó el suelo de mármol con el pie.

—El muy idiota ha vuelto a Londres, pero se ha ido de inmediato para asistir a otra fiesta.

—¿A otra fiesta? ¿Con todo lo que hemos pasado estas últimas semanas?

—Tráigame de nuevo el abrigo —le pidió Julienne al mayordomo—. Y ordene que vuelvan a preparar el carruaje.

—No, Julienne.

Se giró y miró sorprendida a su tía.

Eugenia sacudió la cabeza.

—Nuestra situación es ya demasiado precaria. No podemos arriesgarnos a causar ningún escándalo; sería desastroso que perdieses ahora tu buena reputación. Me avergüenzo de mí misma por haber permitido que Hugh campase a sus anchas durante tanto tiempo, y me avergüenzo de haberte dejado ir tras él y que solucionararas sus problemas. —Suspiró—. No se me da bien ser estricta y castigaros, me temo. Pero ha llegado el momento de remediarlo. Yo iré a buscar a Hugh.

Julienne se acercó a su tía y le dio un beso en la mejilla.

—Has hecho un gran trabajo, pero ahora tienes que confiar en mí. Te desmayarás si entras en los lugares que frecuenta Hugh, y eso sí que no podemos permitirnoslo.

—Oh, no estés tan segura. Estuve casada muchos años, y tú en cambio...

—¿Sabes qué es un consolador?

Eugenia desorbitó los ojos.

—¡Dios santo!

—¿O el *Kama Sutra*?

Eugenia se abanicó con las manos.

—Por supuesto que he oído a hablar de estas cosas, pero si tú las has visto... Dios santo.

—¿Lo ves? Estás a punto de tener un sofoco. —Julienne cogió a su tía por el codo y la acompañó a la escalera—. Iré yo a buscar a Hugh.

—¡No puedes volver al club Remington! Si Fontaine se entera...

—No creo que Hugh esté en el club —le explicó a su tía—. Le debe demasiado dinero a Remington.

—Demasiado... Oh, Dios santo, ¡estamos arruinadas! —Eugenia movió la cabeza, resignada.

—Vamos, vamos. Pediré que te preparen un té. No te preocupes, encontraré a Hugh y saldremos de ésta. —Llevó a su tía al piso superior.

—No me gusta que salgas sola a estas horas, Julienne.

—Lo sé —la tranquilizó—. No tardaré.

—¡La última vez que me dijiste eso, pasaste la noche con Lucien Remington!

—¡Tía Eugenia! —Julienne inspeccionó horrorizada el vestíbulo—. ¡Baja la voz!

La tía terminó de subir la escalera desviando la mirada hacia el vestíbulo cada dos escalones.

Julienne se encerró en el despacho, y mientras esperaba que le preparasen el carruaje se sirvió dos dedos del brandy más caro de su hermano. Levantó la copa y vació el contenido, sintiendo un ataque de tos cuando el líquido le bajó y quemó la garganta. Su cuerpo todavía vibraba del orgasmo de antes, pero en el fondo de su ser tenía el corazón helado. Las cosas que le había dicho Lucien..., la mujer con la que estaba...

No. Ahora no podía pensar en eso, se volvería loca.

Debía pensar en Hugh. Su hermano iba a llevarse una gran sorpresa. Estaba harta de que fuera un irresponsable, y furiosa con todos los hombres del planeta.

Y su hermano iba a ser el primero en darse cuenta.

Ya casi había amanecido y, cuando el carruaje se detuvo frente a la casa número cuatro, Julienne estaba al borde de la extenuación. Le había pedido al cochero que la llevase a las casas que solía frecuentar su hermano, empezando por su preferida y en orden descendente. Ésta era la última parada. Si Hugh no estaba aquí, regresaría a Montrose Hall y esperaría a que apareciera.

El lacayo de Julienne llamó a la puerta e hizo las pesquisas necesarias. Unos minutos más tarde, le abrió la puerta del carruaje.

—Lord Montrose llegó hace una hora, milady.

—Bien. —Salió del carruaje y se sujetó el abrigo que la envolvía con fuerza.

Al subir por la escalera, Julienne admiró el bello diseño georgiano. Era una casa magnífica y la fachada estaba muy bien conservada, lo que hablaba de la riqueza de su propietario. La puerta se abrió y Julienne entró ocultándose el rostro con la capucha de la capa.

Encontró a su hermano en la sala de billares, rodeado por un escandaloso grupo de jóvenes caballeros y *demimondaines*. Julienne esperó a que él la viera en la puerta, incapaz de cometer la temeridad de dar un paso más. Hugh se rio de algo que le dijo una morena y entonces levantó la vista hacia ella. A pesar del abrigo y de la capucha, la reconoció. Su buen humor se desvaneció, abrió los ojos como platos y la miró horrorizado. Abandonó a sus amigos sin decirles ni una palabra y se acercó a su hermana con pasos agigantados. La cogió por el codo y los ocultó a ambos entre las sombras.

Hugh La Coeur era famoso por muchas cosas, además de su tendencia al hedonismo. Era un hombre muy atractivo, de pelo rubio y ojos muy oscuros. Había salido victorioso de dos duelos, poseía una puntería excelente y era considerado un gran espadachín. Si pudiese dirigir toda aquella intensidad hacia el mundo de los negocios, solucionarían sus problemas económicos en un abrir y cerrar de ojos.

—Jules, ¿qué diablos estás haciendo aquí? —le preguntó.

—¿Qué crees tú que estoy haciendo, Hugh? —Subió el tono de voz de lo enfadada que estaba—. Eres un irresponsable, un egoísta...

Le tapó la boca con una mano que olía a tabaco y la empujó hacia el pasillo. Abrió una puerta que estaba cerrada y la metió en un salón.

—¡Si Fontaine se entera de que has venido aquí te dejará plantada!

Julienne tiró del brazo hasta recuperarlo y soltarse.

—Y entonces no me pedirá matrimonio y tú tendrás que hacer frente a tus deudas. Ya veo lo preocupado que estás por mí.

Hugh tuvo la decencia de sonrojarse.

—Tú también saldrías muy perjudicada, te destrozaría la reputación —le señaló, avergonzado.

—A estas alturas, Hugh, estaría dispuesta a perder mi reputación si sirve para que aprendas la lección. —Movi6 una mano en el aire—. Tus días de vividor se han acabado. Lord Fontaine me gusta, me molesta tener que utilizar su dinero para solucionar tus problemas. No permitiré que te mantenga eternamente. Tienes que asumir tu deber y cumplir con las obligaciones del título. Debes ocuparte de las propiedades, hacer felices a los campesinos que viven en ellas y encontrar a alguien que te asesore y te enseñe a invertir.

Hugh la miró horrorizado.

—¡Eso, ni loco! ¡No voy a convertirme en un hombre de negocios!

—Trágate el orgullo —le advirtió ella—. Has malgastado la centenaria fortuna de la familia La Coeur en menos de una década. Ahora te toca recuperarla. —Se cruzó de brazos y levantó el mentón—. Y vas a empezar a hacerlo ahora mismo. Ya no puedes permitirte el lujo de acudir a fiestas como ésta. Tienes que estar en casa, dormir y prepararte para trabajar duro por la mañana.

—Maldita sea. —Puso los brazos en jarras—. ¡No dejaré que me des órdenes!

—¡Y yo no permitiré que me prostituyas para poder mantener tu estilo de vida!

Hugh se quedó en silencio. Él todavía era lo bastante joven como para que su rostro reflejase la mala vida que llevaba, pero eso no duraría eternamente. Si seguía así, los excesos no tardarían en pasarle factura y envejecería antes de tiempo. Pero Julienne se enfrentaría a él y haría todo lo necesario para evitarlo.

Inclinó la cabeza.

—Ah, maldita sea, Jules. Tienes razón, como siempre. Siento mucho haber metido a todos en este lío. —Se pasó las manos por el pelo y de repente la miró cansado—. No estoy preparado para ser Montrose, nunca lo he estado. No tienes ni idea de la cantidad de veces que deseo que padre y madre estuvieran vivos y aquí, con nosotros. Les echo de menos, y tengo tanto que aprender...

—Lo entiendo, Hugh, de verdad que sí, pero tú eres el único que puede hacerlo —le dijo con un suspiro—. En esta vida todos tenemos responsabilidades. Ésta es la tuya. Yo te ayudaré lo mejor que sepa y estaré a tu lado hasta que te recuperes, pero tú tienes que poner de tu parte.

Hugh paseó de un lado al otro.

—¿Has hablado de esto con Fontaine?

—No, todavía no.

—Pero Jules —exclamó Hugh—, tienes que decírselo.

Julienne entrecerró los ojos.

—¿En qué lío estamos metidos, exactamente?

Hugh se sonrojó y a Julienne se le hizo un nudo en el estómago.

—Dímelo sin tapujos —le ordenó a su hermano—. No tengo ánimos para aguantar una explicación larga y que me cuentes cómo has perdido cada penique.

Hugh dejó de pasear y la miró a los ojos.

—Casi todo son deudas de juego.

—Lo sé. ¿Cuánto, Hugh? —Se frotó entre las cejas para ver si así hacía retroceder el dolor de cabeza.

—Bueno, debo veinte mil libras a White's y...

—¡Veinte mil libras! —gritó.

—¡Baja la voz, Jules! —Miró preocupado hacia la puerta—. Tal vez deberías sentarte.

—Dios santo —farfulló ella con los ojos completamente abiertos. Julienne empezó a golpear nerviosa la alfombra Aubusson con la punta del pie—. Dime que ése es tu mayor acreedor.

—Tranquila, Julienne, sé que...

—Suéltalo de una vez. No tenemos toda la noche.

—Deberíamos hablar de esto en casa.

—Oh, no. Aquí está bien. —Arqueó una ceja—. ¿Quién es tu mayor acreedor y cuánto le debes?

Hugh dejó caer los hombros.

—Remington. Le debo cien mil libras.

Julienne se mareó.

—¡Cien mil libras! —respiró al notar que perdía el color en el rostro—. ¿A Lucien Remington?

Hugh se acercó para sujetarla.

—No te desmayes, Jules —le pidió—. Siento mucho todo esto, pero ese bastardo de Remington siguió dándome crédito. En White's me lo cerraron cuando llegué a las veinte mil libras...

—¡Basta! —soltó ella, apartándolo—. No culpes a Lucien Remington de tus problemas. No te permitiré que hables mal de él. ¿Lo entiendes? Nunca. Él se ha hecho a sí mismo, ha logrado construir un imperio. Y tú nos has arruinado. Tú eres el único responsable de lo que nos está pasando.

Hugh retrocedió ante la vehemencia de su hermana, que nunca había usado ese tono con él.

—¡Remington puede echarnos a la calle!

—¿Y quién le ha dado ese poder? —lo atacó ella.

Hugh abrió la boca para decirle algo, pero Julienne se lo impidió levantando la mano.

—Estoy exhausta y no quiero seguir discutiendo. Ya he tenido bastantes problemas por esta noche. Coge el abrigo. Nos vamos.

En cuanto la puerta del vestíbulo se cerró, dos figuras que habían estado entrelazadas y ocultas en el sofá se separaron.

—Fascinante —murmuró Amanda mientras se enderezaba el corpiño.

Magnus, duque de Glasser, le apartó un mechón de pelo negro del cuello y lo acarició con la nariz.

—No tan fascinante como la mujer que tengo en brazos —le murmuró seductor.

—Glass, por favor. ¿No te das cuenta de que acabas de conocer a nuestra futura nuera? —Le apartó las manos cariñosamente.

El duque suspiró resignado y se sentó junto a ella.

—No hemos conocido a nadie. Hemos estado espiando. Y a mí me ha parecido entender que esa dama quiere cazar a Fontaine. ¿Por qué iba a querer casarse con Charles?

—¿Charles? —Amanda dejó los ojos en blanco—. Cielos santo, Glass, presta atención. Estoy hablando de Lucien.

—¿Lucien? —le preguntó confuso—. Ella es la hija de un conde y, a juzgar por lo que hemos oído, está a punto de convertirse en marquesa. ¿Por qué va a renunciar a eso por Lucien?

—¿Qué clase de mujer no lo dejaría todo por Lucien? Es tu viva imagen, tan guapo y atractivo como tú. —Le sonrió seductora—. ¿Y no has oído cómo lo defendía? Aquí está pasando algo, te lo digo yo. A lady Julienne le gusta Lucien.

—Lucien gusta a muchas mujeres —señaló Magnus con orgullo de padre—. Pero eso no significa que él quiera casarse con ninguna. Tal vez él ni siquiera se conozcan.

Amanda intentó restaurar cierto orden en su pelo.

—Hazme caso, cariño. Las mujeres sabemos de estas cosas. Lady Julienne se ha enfadado cuando Montrose ha atacado a Lucien como si fuera una cuestión personal. Te aseguro que se conocen. Ya verás como tengo razón.

Se rio cuando Magnus volvió a tumbarla en el sofá.

—Tengo que enseñarte algo —le insinuó el duque—. Ahora mismo.

—Tienes muy mal aspecto.

Lucien arrugó el cejo y siguió paseando de un lado al otro de la sala de juegos de Remington's, que ahora estaba vacía.

—Vete al infierno, Marchant.

Su hombre de confianza se rio.

—Es inusualmente pronto para que estés aquí.

—Tú también lo estás —contraatacó Lucien.

—Yo siempre estoy aquí a esta hora. —Marchant suspiró al ver la mirada escéptica de Lucien—. No tienes ni idea de por qué me pagas, ¿no?

Lucien se detuvo y lo fulminó con la mirada.

—Estoy seguro de que no te pago para que te rías de mí y me insultes, así que largo.

—Tengo que hablar de algo contigo, Lucien.

—Ahora no, no estoy de humor.

—Es precisamente de tu humor de lo que quiero hablarte.

—¡Maldita sea, por todos los infiernos! —Lucien apoyó las caderas en una mesa y se cruzó de brazos. Le dolía mucho la cabeza—. Dime de qué se trata. Y date prisa.

—El otro día te di un consejo pésimo.

Lucien arqueó una ceja.

—Pues no deberías reconocerlo, Harold. Una de las cosas por las que sí te pago es para que me des consejos. Si no son buenos, tendré que despedirte.

—El empleado que habita dentro de mí está muerto de miedo —le dijo Marchant sarcástico—, pero como amigo tuyo, voy a arriesgarme.

Lucien cerró los ojos y se apretó el puente de la nariz. Que Dios lo ayudase.

—No creo que debas permitir que lady Julienne se case con ninguno de los hombres que figuran en la lista que te preparé.

Lucien abrió los ojos preocupado.

—¿Por qué? ¿Qué les pasa?

—A ellos no les pasa nada, es a ti a quien le está pasando algo muy grave. —Marchant lo miró con amabilidad a través de las gafas—. Estás enamorado.

—¡No lo estoy!

—Sí que lo estás. E insoportable. Los empleados te evitan a todas horas, nuestros clientes te esquivan, te has emborrachado todas las noches y en vez de irte a casa te quedas en una de las habitaciones de arriba.

—¡Soy el propietario de este maldito club! —exclamó Lucien—. Puedo quedarme siempre que me dé la gana.

—Te quedas en la habitación Sapphire por ella —señaló Marchant.

Lucien agachó la cabeza. No tenía sentido negarlo. Su hombre de negocios era demasiado listo.

—Me dijiste que me mantuviera alejado de ella, Harold.

—Pensé que sólo querías pasártelo bien un rato. Y ahora veo claramente, igual que todo el mundo, que ella significa mucho para ti.

—Da igual lo que yo sienta. No soy digno de ella.

Marchant suspiró.

—¿Podrás vivir contigo mismo sabiendo que se ha casado con otro, con un hombre que vendrá a tu establecimiento? ¿Serás capaz de contener la lengua, o los puños, cuando ese hombre se acueste con una de tus cortesanas mientras la mujer que tú amas le está esperando en casa? ¿Cómo te sentirás cuando lord Fontaine venga a celebrar aquí el nacimiento de sus hijos?

—¡Ya es suficiente! —gritó Lucien con el pecho oprimido por la rabia y la pena. Pensar que Julienne iba a pertenecer a otro hombre era más de lo podía soportar. Si él no podía tenerla, no quería que nadie más la tuviera. Pero no funcionaban así las cosas. Y de algún modo iba a tener que encontrar la fuerza de voluntad necesaria para seguir viviendo sin ella.

—Hay errores con los que podemos vivir y otros con los que no. Sólo tú puedes decidir a qué categoría pertenece éste. —Marchant se dio media vuelta y se alejó.

—Harold.

El hombre se detuvo.

—Gracias.

—Lucien, cariño, puntual como siempre.

Lucien sonrió cariñoso a su madre y dejó que ella lo acompañase al salón. La estancia estaba decorada con tonos rosados y marrones con acabados dorados y satinados, creando un ambiente muy femenino. Se inclinó hacia ella y le dio un beso en cada mejilla.

—Estás guapísima, madre.

Ella esperó a que se sentase en la butaca opuesta a la suya antes de servirle el té.

—Y tú tienes muy mal aspecto —le dijo sin rodeos—. ¿Has perdido peso? —Le dio a Lucien la taza en el plato—. ¿Echas de menos a lady Julienne La Coeur?

A Lucien le cogió tan desprevenido el comentario que le tembló la mano con la que sujetaba la taza y derramó el té.

—¿Qué has dicho? —Dejó el plato con la taza en la mesa y se llevó los dedos que se había quemado a los labios.

—He dicho que tienes muy mal aspecto.

—Esa parte la he oído bien —farfulló secándose los dedos en una servilleta de lino—. La otra parte es la que creo haber oído mal.

—No, no la has oído mal. Anoche conocí a tu enamorada.

Lucien parpadeó. La cabeza le daba vueltas.

—¿Qué has dicho?

Amanda dejó caer dos terrones de azúcar en su taza de té.

—Es encantadora y tiene mucho carácter.

—¿Julienne estuvo aquí? —Se puso en pie—. ¿Anoche?

—Siéntate, Lucien. Me dolerá el cuello de tanto mirar hacia arriba.

Se sentó de mala gana.

¿Su Julienne? ¿Allí? ¿En el epicentro del *demimonde* londinense?

Se puso furioso.

—¿Te molesta que haya estado aquí? —le preguntó su madre.

—¿Qué estuvo haciendo?

Amanda le sonrió a su hijo.

—Vino a llevarse a casa al crápula de su hermano.

Lucien volvió a ponerse en pie.

—¿Montrose ha vuelto? —Tragó saliva. Todo eso era horrible. Ahora Fontaine podría pedirle la mano de Julienne a su hermano.

—¡Lucien, por favor! Siéntate.

Volvió a obedecer y se sentó.

—¿Qué pasó anoche? —le preguntó a su madre con la voz ronca mientras intentaba contener un leve ataque de pánico.

—Lady Julienne vino a buscar a su hermano, le riñó por su comportamiento y le dijo que ya iba siendo hora de que asumiese sus responsabilidades.

Lucien no pudo evitar sonreír. Julienne era una temeraria, pero decidida y apasionada.

Amanda sonrió por encima del borde de la taza de té.

—Y cuando Montrose hizo un comentario muy desagradable sobre ti, ella te defendió. Ojalá la hubieras oído. Estuvo magnífica.

Las náuseas que había sufrido durante toda la mañana empeoraron de repente.

«Anoche.» Después de todo lo que él le había hecho y dicho, Julienne le había defendido.

El corazón se le cayó a las manos. Maldición. Se sentiría mejor si Julienne le hubiese reñido igual que había hecho con su hermano.

Lucien se había despertado convencido de que era la persona más desgraciada del mundo. Estaba seguro de que era imposible que algún día se sintiera peor que ahora.

Pero se había equivocado. Ahora se sentía peor, mucho peor.

¿Qué podía hacer para arreglar las cosas con Julienne? Lo de anoche había sido culpa del brandy y de los celos que le habían comido en vida. Había visto a Julienne hablando largo rato con Fontaine. Verlos juntos le había abatido mucho más de lo que ya lo estaba. Eran una pareja magnífica: los dos eran perfectos, rubios, atractivos y aristócratas. El guapo marqués había dejado claro a los presentes que Julienne le pertenecía, y lo único en que pensaba Lucien era en las ganas que tenía de separarlos para siempre.

Decidió que iba a lograr que Julienne se pusiera tan celosa como él, obligarla a compartir su desgracia. Pero cuando lo consiguió, cuando Julienne abandonó la sala de baile visiblemente alterada, la siguió, incapaz de evitarlo. Su perfume, el tacto de su piel, el sabor de su boca...: le consumió una extraña locura. No podía renunciar a ella, no podía soportar la idea de perderla y quería que ella dijera que sentía lo mismo por él. Deseaba que luchase por él, y cuando lo hizo, cuando Julienne cambió las tornas, Lucien la quiso mucho más.

—¿Lucien? —La voz de su madre rebosaba preocupación.

Se pasó las manos por el pelo y entrelazó los dedos al llegar a la nuca. Miró a su madre con una sonrisa que le dolió.

—He estropeado mucho las cosas.

La puerta del salón se abrió.

—¡Buenos días! —los saludó el duque al entrar.

Lucien se puso en pie y le tendió la mano al hombre con el compartía un físico muy similar.

—Buenos días, excelencia.

—Tienes muy mala cara, hijo.

—Eso me han dicho. Varias veces.

—Tu padre cree que lady Julienne sería la esposa perfecta para Haverston —murmuró Amanda.

—¿Qué?

Lucien abrió los ojos horrorizado. Sólo había una cosa que podía empeorar todavía más su vida, y era que su hermano pequeño, Charles, actual marqués de Haverston y futuro duque de Glasser, cortejara o, Dios no lo permitiera, se casara con su Julienne.

El duque miró a la que llevaba años siendo su amante.

—Al parecer tenías razón, amor —reconoció sin más.

Amanda sonrió victoriosa.

—¿Acaso no la tengo siempre?

El duque refunfuñó, pero se agachó para darle un beso en la mejilla.

—Tengo que irme. Carolyn celebra no sé qué fiesta este fin de semana y debo asistir.

—Claro —contestó sin mostrar dolor o desaliento al oír el nombre de la duquesa de Glasser.

Llevaba tantos años con el duque que sabía que él la amaba y que no había vuelto a tocar a su esposa desde el nacimiento de Charles, el heredero—. Vuelve a mí en cuanto puedas.

—Lo haré, no lo dudes nunca. —Marcus volvió a besarla.

Lucien observó el intercambio de besos, igual que había hecho infinidad de veces a lo largo de los años, pero esa mañana la escena adquirió un nuevo y doloroso significado. Le recordó que los aristócratas no se casaban por debajo de su clase social. Si era sincero consigo mismo, tenía que admitir que a lo máximo a lo que podía aspirar era a convertirse en el amante de Julienne una vez que ella ya estuviese casada. Podría ser una solución casi perfecta; él no tendría que casarse y ella tendría el título que tanto se merecía. Pero Lucien sabía que jamás sería capaz de compartirla con otro hombre y, además, Julienne no aceptaría un acuerdo de esa clase. Ella se tomaba sus responsabilidades muy en serio y no le sería infiel a su marido, ni aunque él se lo fuera a ella.

Después de que le duque se fuera, la madre de Lucien volvió a centrar toda la atención en su hijo.

—¿Vas a dejar que lady Julienne se case con Fontaine?

—No tengo elección.

—¿Por qué no?

—Le pedí que se casara conmigo y me rechazó.

—¡Lucien! —Amanda arrugó la frente, algo que no hacía jamás porque no quería que se le marcasen las arrugas—. La amas. —Fue una afirmación, no una pregunta.

Lucien levantó la taza de té.

—La deseo.

Amanda suspiró.

—Cielo santo, cariño, soy tu madre. A mí no puedes mentirme.

—No te estoy mintiendo.

—Lo que pasa entre vosotros es algo más que deseo.

—¿Como qué, por ejemplo? —farfulló. Primero Marchant y ahora su madre. ¿Todo el mundo iba a meterse en su vida?

Amanda juntó las manos y las apoyó en un extremo de la mesa.

—Ella te defendió sin dudarle frente a su hermano, sin ir más lejos. ¿Cien mil libras, Lucien? Tú nunca habrías dejado que Montrose contrajera esa deuda con tu club si no tuvieras un buen motivo

para permitirse. —Abrió los ojos ante tal descubrimiento—. ¿Quieres usar la ruina del conde para conseguir a su hermana? Sería muy propio de ti hacer algo tan taimado.

—Gracias por tener tan buena opinión de mí, madre. —Pero era una idea interesante. Le sorprendió que no se le hubiera ocurrido antes.

Amanda vio sonreír a su hijo y adivinó que estaba tramando algo.

—¿Cuál es tu plan? —le preguntó ansiosa.

—No tengo ningún plan. Sólo quería ganar tiempo para ver si se me ocurría alguno.

—Oh, vamos. Tú siempre tienes un plan. Por eso eres mucho más rico que tu hermano.

—Madre —empezó Lucien enfatizando la pausa—, no sé qué creíste ver en Julienne anoche pero te aseguro que ahora mismo no me tiene en mucha estima.

Amanda volvió a fruncir el ceño.

—¿La quieres?

—Sí —reconoció—. Pero no sé cómo la quiero, o para qué. Ni por cuánto tiempo. Y por eso me rechazó. —Claro que él también había metido la pata acusándola de un montón de tonterías que ella no haría jamás, y después lo había empeorado yéndose de esa manera...

—Dime qué le dijiste y te diré dónde te equivocaste.

Lucien se rio.

—¿Por qué das por hecho que me equivoqué yo?

Su madre se inclinó hacia delante y Lucien quedó cautivo de la sinceridad con la que le habló.

—Te mereces ser feliz. Si lady Julienne te hace feliz, deberías luchar a muerte por ella. Te mereces tener una esposa de alta cuna. Estás a su misma altura. No lo dudes nunca.

—No me merezco a Julienne —dijo sin amargura, sólo con resignación.

Un dolor descarnado brilló en los ojos de Amanda.

—Yo soy la única diferencia que existe entre tú y Fontaine. Tú eres más rico y más guapo, y tu sangre es prácticamente azul. ¿Te avergüenzas de mí, Lucien? ¿Es porque tu madre es una cortesana por lo que te sientes indigno de Julienne La Coeur?

—No. —Alargó una mano por la mesa para tocar la de su madre y le dio un cariñoso apretón—. No tiene nada que ver contigo. Nunca he sido un buen hombre, nunca había aspirado a serlo y, la verdad, me parecía bien. No tengo ningún deseo de cambiar. Julienne es un ángel, es la cosa más pura que he visto nunca. Si accede a estar conmigo, el único mundo que conoce la repudiará. Y a larga terminará odiándome por ello.

—Creo que subestimas la fuerza de Julienne, hijo. Cabe la posibilidad de que estar contigo no la convierta en una mujer peor, sino que haga de ti un hombre mejor. —Amanda lo miró intrigada—. ¿Le molesta que seas bastardo?

—No. —Lucien sonrió—. Cree que vuestra relación es muy «romántica».

—Lo es —afirmó la madre de Lucien con una sonrisa de satisfacción—. Anoche me gustó esa chica. Y ahora todavía me gusta más. Parece muy práctica.

Lucien arqueó una ceja.

—Reconozco esa mirada. Mantente alejada de mis asuntos, madre. Yo solo me basto para estropear las cosas. No necesito que nadie me ayude. —Se puso en pie—. Debo irme. Tengo cosas que hacer.

—Y cosas en las que pensar, espero.

Le sonrió con cariño e ignoró el último comentario.

—Te veré la semana que viene.

En cuanto su hijo se fue, Amanda Remington se sentó en la butaca y planeó sus próximos pasos.

Ella sabía qué necesitaba su hijo, incluso si él todavía lo dudaba.
E iba a asegurarse de que lo tuviera.



Hugh La Coeur, sexto conde de Montrose, se detuvo al bajar el escalón del carruaje y tragó saliva ante la imponente fachada del edificio de tres pisos del club Remington's. El sol de la mañana resplandecía por entre las columnas blancas mientras varios miembros de la aristocracia abandonaban o entraban en el exitoso club para caballeros. A su espalda quedaba la concurrida calle St. James. El constante traqueteo de las ruedas de los carruajes, los cascos de los caballos y los sonidos de los arneses le recordó que la vida seguía fluyendo en Londres mientras él se preparaba para enfrentarse a su mayor acreedor.

Respiró hondo y subió los escalones que conducían a la doble puerta de cristal aguado de la entrada. Un lacayo con una librea negra y plateada le dio la bienvenida, y Hugh le entregó el sombrero, los guantes y el bastón a uno de los dos camareros que aparecieron. Entró en el vestíbulo circular, con su suelo de mármol negro y blanco, y volvió a admirar la enorme lámpara de araña que colgaba tres pisos más arriba, justo encima de la enorme mesa redonda que predominaba en la planta inferior. Sobre la mesa había un centro floral gigante cuyo aroma permeaba hasta el último rincón de la estancia.

En línea recta se encontraba la zona de juegos. Desde allí uno podía subir la escalera que conducía a las plantas superiores —donde había desde un gimnasio para practicar esgrima hasta cortesanas, y también varios salones privados— o quedarse en la planta baja e ir a los cuadriláteros de boxeo. A la izquierda estaba la cocina; a la derecha, las oficinas de Lucien Remington.

Hugh miró por última vez la sala de juegos y giró hacia la derecha. Atravesó una enorme puerta de madera con un cristal ovalado en el centro y le entregó su tarjeta de visita al secretario. Estaba convencido de que tendría que esperar, así que le sorprendió que lo anunciaran de inmediato.

Se le alteraron los nervios al entrar en el santuario de Lucien Remington. Nunca antes había estado en su despacho, y observó la estancia con curiosidad. Lo primero que captó su atención fue el escritorio de caoba tallada orientado hacia la puerta. Era enorme y estaba flanqueado por unas ventanas que llegaban hasta el segundo piso. La mesa estaba cubierta de papeles, una prueba silenciosa de lo poderoso y extenso que era el imperio de Remington.

El despacho estaba decorado en tonos de verde, beige y dorado, muy masculinos. Había una chimenea imponente en el lado izquierdo y, frente a ella, una mesa con dos butacas orejeras de piel. La pared estaba oculta tras unas estanterías. A la derecha unas ventanas permitían acceder a las vistas de la calle.

—Buenas tardes, lord Montrose. Confío en que su estancia en el campo haya sido agradable.

Hugh se giró hacia la voz y vio a Remington de pie, tras el escritorio, con sus famosos ojos azules brillándole divertidos. Le señaló una de las sillas que había frente a él y lo invitó a sentarse.

—¿Cómo sabía dónde estaba? —le preguntó Hugh, enfadado, al sentarse.

—Me debe cien mil libras, milord, le aseguro que no voy a perderle de vista.

Hugh frunció el cejo.

—Para usted esa cantidad es una gota en medio del océano.

—Cierto. Supongo que ha venido a pagarme.

Hugh se movió incómodo antes de volver a hablar.

—Confiaba en poder establecer un calendario de pagos con usted.

Lucien arqueó una ceja negra.

—Entiendo. ¿Qué clase de calendario me propone?

—Cuando termine la temporada podré pagarle la mitad de lo que le debo y el resto...

Remington levantó una mano.

—No aceptaré el dinero de Fontaine. Usted ha contraído la deuda. Usted debe pagármela.

—¡Maldita sea! —Hugh se sonrojó de rabia y de vergüenza—. El dinero es dinero. ¿A usted qué le importa de donde proceda?

—La cuestión es que me importa.

—Si pretende que le pague de mis propios bolsillos, tardaré años.

—No tengo intención de esperar tanto. Una de dos, o me paga ahora o escucha la propuesta que voy a hacerle.

Hugh se tensó.

—¿Qué clase de propuesta?

Remington se apoyó en el respaldo de la silla y se cruzó de brazos.

—Quiero ver a su hermana en sociedad, y usted se encargará de que sea posible. Por cada paseo, por cada baile, por cada momento que pueda estar con ella, le restaré diez mil libras de su deuda.

A Hugh se le desencajó la mandíbula.

—Maldita sea. ¡Esto es extorsión!

Remington no dijo nada.

—Lady Julienne está a punto de anunciar su compromiso con el marqués de Fontaine —añadió Hugh—. Su petición podría poner en peligro su relación.

Remington siguió en silencio.

—Es una debutante, Remington, no una de sus cortesanas. No prostituiré a mi hermana para saldar mis deudas.

Remington levantó ambas cejas y Hugh se sonrojó ante la velada insinuación de que eso era exactamente lo que estaba haciendo.

—Fontaine quiere casarse con ella —insistió Hugh.

—Yo también.

Hugh se atragantó.

—¡Y un bledo! Esta conversación está empeorando por momentos. ¡Julienne no puede casarse con usted! Es la hija de un conde, por Dios santo.

—Y yo soy el hijo de un duque.

—Sí, bueno, sí, pero usted..., bueno..., usted... Maldita sea, ¿usted sabe perfectamente qué es! No es lo mismo.

Remington ni se inmutó.

—De acuerdo, el matrimonio está fuera de cuestión. Volvamos pues a mi oferta inicial. Puede empezar esta misma noche. Quiero bailar un baile con lady Julienne. Si lo hace posible, en cuanto termine puede deducirse diez mil libras de su deuda.

Hugh se pasó las manos por el pelo antes de masajearse las sienes.

—Va a casarse con otro, Remington. ¿Por qué no se busca a otra?

—Tengo mis motivos. —Remington apoyó los codos en el escritorio—. Soy un hombre muy ocupado, Montrose. Dígame qué ha decidido: el dinero o diez momentos con su hermana. ¿Qué

prefiere?

—Lo que está haciendo es abominable.

—¿De verdad lo cree?

—Se ha vuelto loco.

—Probablemente.

Hugh no podía creerse lo que estaba pasando y se culpaba a sí mismo por haber puesto a Julienne en esa situación. Su hermana tenía razón; tenía que poner sus asuntos en orden.

—¿Y si ella se niega?

—Entonces me iré, permitiré que me rechace. Pero tiene que rechazarme cada vez.

—Maldita sea, esto es abominable. Usted, señor, no es un caballero.

Remington sonrió.

—Jamás he dicho que lo fuera.

—Tengo varias condiciones.

Remington asintió.

—Me lo imaginaba.

—Si salen de paseo, deben ir acompañados de una carabina.

—Por supuesto.

—Si obtengo dinero por mi cuenta, puedo pagarle y satisfacer la deuda.

—Acepto.

—Y... —Hugh se sonrojó— ella es inocente. Ni se le ocurra seducirla para obligarme a que acepte casarla con usted. Si la toca, le retaré a un duelo y, no sé si lo sabe, pero tengo una puntería excelente. No sobrevivirá.

—Acepto sus condiciones. —La expresión de tranquilidad de Remington no vaciló ni un segundo—. Esta noche quiero bailar con lady Julienne la última pieza que toque la orquesta de los Dempsey. No le diga nada a su hermana, quiero pedírselo yo y que ella tenga total libertad para rechazarme.

—De acuerdo. —Hugh se puso en pie y volvió a mirar la elegante decoración del despacho—. No volveré a apostar ni un solo chelín en lo que me queda de vida.

—Buena idea —le contestó Remington cogiendo la pluma del tintero—. A mí nunca me ha gustado apostar.

Hugh se quedó mudo del asombro y abandonó el despacho farfullando para sí mismo:

—No le gusta apostar, qué ridículo. ¡Es el propietario de la mayor casa de apuestas de la ciudad!

Lucien sonrió victorioso cuando la puerta se cerró detrás de Montrose.

—Y acabo de hacer la mayor apuesta de toda mi vida.

Julienne pasó la mirada cansada por el resplandeciente salón de baile. Las visitas que Hugh había hecho esa tarde a varios de sus acreedores habían salido bien. Su hermano le aseguró que todos habían accedido a cooperar con él, incluido Lucien Remington, y al parecer Hugh estaba decidido a tomarse sus responsabilidades más en serio.

Tras recibir esa noticia, y saber que al menos había conseguido hacer reaccionar a Hugh, Julienne podría haberse quedado en casa y dar el día por terminado. Pero su hermano insistió en que tenían que asistir al baile de los Dempsey. Era ya de madrugada y estaba exhausta; en su mente no dejaba de torturarse con imágenes de Lucien, y Hugh insistía en que debían quedarse hasta el final.

Julienne intentó contener un bostezo.

—Hugh —farfulló—. Voy al salón para señoras a echar una cabezadita. Ven a buscarme cuando quieras irte.

—Me has prometido que bailarías la última pieza conmigo —le recordó él.

—Sí, bueno, ven a buscarme un poco antes. Si me quedo aquí de un pie un segundo más, me quedará dormida y quedaremos los dos en ridículo.

—Está bien —accedió a regañadientes—. Ve.

Julienne se fue antes de que su hermano pudiese cambiar de opinión. Llegó al pasillo y disimuló un bostezo tras la mano enguantada.

Chilló al notar que alguien la cogía por la cintura y la metía en una alcoba. Lucien echó la cortina detrás de ella.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó furiosa a pesar de que se le había acelerado el corazón al estar cerca de él. Estaba impresionantemente guapo vestido de negro. No le había visto en toda la noche, y odiaba preguntarse dónde habría estado—. ¿Quieres añadir más morados a la colección? —lo atacó.

Él tuvo la decencia de hacer una mueca de dolor.

—Julienne —habló en voz baja, lleno de arrepentimiento—, perdóname por lo de anoche, por favor. Estaba borracho. Jamás tendría que haberte tocado como lo hice.

Mantuvo la cabeza bien alta y fue a apartar la cortina.

—En eso tienes razón. Y ahora, si me disculpas.

La cogió por el codo.

—Julienne, por favor. No te vayas todavía.

—¿Por qué no? Creo que ya nos hemos dicho todo lo que teníamos que decirnos.

Lucien se quitó los guantes y se los guardó en los bolsillos. El anhelo que dominaba su rostro detuvo a Julienne. Le tocó la mejilla con la palma de la mano y ella cerró los ojos y respiró profundamente para inhalar el olor de la piel de Lucien.

—Te he echado de menos —susurró él—. Cada momento que no estoy contigo, te echo de menos.

—Lucien, no...

—Sí, Julienne. Mírame.

Ella levantó los párpados de mala gana y lo miró a los ojos. La austeridad de sus facciones le robó el aliento.

—Lo siento mucho, amor. Nunca quise hacerte daño.

Julienne intentó contener las lágrimas que amenazaban con derramarse.

—Deja que te cuente algo, Lucien. Algo que los hombres como tú al parecer no entendéis. Las mujeres somos unas criaturas sensibles, al menos hasta que nos hacen tanto daño que ya no nos importa. Reservamos parte de nuestras almas para los hombres que son importantes en nuestras vidas, y allí residen la confianza y el respeto. Cuando esos sentimientos se pierden, ya no puedes recuperarlos. Cuando están muertos, no pueden resucitarse. —Le apartó la mano de la cara—. He oído tu disculpa, pero no significa nada para mí. Quieres que yo te haga sentirte mejor, que te diga que lo entiendo y que te perdono, pero no lo entiendo.

Se dio media vuelta para irse.

—No la toqué —se apresuró a decirle con la voz tan ronca que Julienne apenas la reconoció—. Desde el día que vine a verte a tu casa, no he estado con otra mujer. Te he sido fiel.

Julienne se dio media vuelta, buscó su rostro y descubrió que era completamente sincero.

—¿Por qué? —Fue lo único que le preguntó.

—Porque tú eres la única mujer que quiero. —Lucien le sujetó el rostro, ahora con las dos manos—. Cuando rechazaste mi proposición matrimonial, perdí la cabeza. No estoy acostumbrado a que me rechacen ni a no conseguir algo que deseo con todas mis fuerzas. Lo siento mucho, Julienne. No tienes que perdonarme. Lo único que te pido es que creas que te estoy diciendo la verdad.

Bajó la boca despacio, dándole la oportunidad de apartarse. Le besó las lágrimas con una deliciosa ternura, unas lágrimas que ella no era consciente de haber derramado. Julienne giró la cabeza y capturó los labios de Lucien, y supo que estaba perdida. Perdida en su perfume, en sus caricias. Perdida en él.

—Te creo —susurró.

Lucien le deslizó la boca por la mandíbula hasta el cuello.

—¿Por qué llevas un vestido de cuello alto? —murmuró.

—Para esconder los moratones.

Lucien se quedó petrificado, su cuerpo rígido como una piedra. Apartó las manos de la cara de Julienne y buscó los botones de la parte trasera del vestido. A pesar de que estaba nervioso, era evidente que tenía práctica en desabrochar prendas de mujer.

—Lucien, no —protestó ella, consciente de que lo único que los separaba de las miradas curiosas de la alta sociedad era una cortina—. Aquí no. Ahora no.

Agachó la cabeza y la silenció con un beso. Pronto tuvo el vestido abierto por la espalda y lo empujó hasta el suelo. Rugió de dolor al pasar los dedos por las marcas que él mismo había dejado en la suave piel del escote.

—Dios —farfulló.

La abrazó y le besó el cuello. Guio la boca hacia abajo y besó todas y cada una de las marcas que le había causado. El tacto de sus labios era suave, reverente. Lucien le susurró angustiado infinitas disculpas pegado a su piel, y cuando se puso de rodillas delante de ella Julienne sintió las lágrimas de él a través de la tela de la camisola.

El profundo arrepentimiento de Lucien, la sinceridad con la que le estaba mostrando sus sentimientos, su predisposición a colocarse en una posición vulnerable con ella, la dejó sin habla. Era un aspecto de Lucien que no había visto nunca; se preguntó si alguna vez lo había visto alguien.

Le levantó la camisola y con el aliento le acarició los rizos de su sexo. Ella se estremeció, la sangre aumentó de temperatura, el corazón se le aceleró. Lucien gimió y hundió la boca entre las piernas de ella. Le colocó una mano detrás de una rodilla y le levantó una pierna para colocarla sobre su hombro y poder devorarla mejor.

Con los dedos le separó los labios vaginales con cuidado, y Julienne se estremeció al sentir que la lengua de Lucien la penetraba más profundamente. Él la lamía como si disfrutase de su sabor. Bajó la vista, lo observó y se le encogió el corazón en el pecho. Jamás se habría imaginado al poderoso Lucien Remington de rodillas delante de ella, con sus bellos ojos negros llenos de dolor y otras emociones mucho más aterradoras. La lamio con movimientos largos y cuidados. La amó despacio, como si tuvieran todo el tiempo del mundo, como si estuvieran a solas y no a pocos metros de distancia del escándalo.

La melancolía se apoderó de Julienne.

—Lucien —susurró su nombre cuando su lengua se movió dentro de ella—. Cariño mío.

Deslizó los dedos por su pelo y le acarició el cráneo. Él hundió la lengua más adentro y ella se mordió el labio para contener los gemidos. La tensión iba en aumento en su interior, y las caderas se movían hacia delante por voluntad propia buscando una penetración más profunda. Julienne se movió

encima de la boca de Lucien, onduló pegada a él, separó los labios al notar que no podía respirar. Él la lamíó y la saboreó con destreza, con fuerza y ternura, dándole lo que ella necesitaba.

Julienne arqueó la espalda, se quedó sin aliento, le tiró del pelo y alcanzó el orgasmo en la boca de Lucien. Duró y duró, y la ayudó a liberar la tensión que había acumulado a lo largo de esa semana. Una semana durante la cual se había enamorado de Lucien y después le había roto el corazón.

Lucien la tranquilizó con caricias y besos suaves antes de levantarse.

Había perdido la coordinación de su cuerpo y se quedó quieta mientras él la vestía. La abrazó para abrocharle los botones de la espalda. Cuando terminó, la acunó con cariño entre sus brazos. En toda su vida, Julienne nunca se había sentido tan amada.

—Es el último baile —susurró Lucien.

—Tengo que irme —suspiró ella—. Mi hermano me estará buscando.

Lucien le acarició el cuello con la nariz.

—Este baile es para mí.

—No hagas broma —murmuró ella, besándole la fuerte mandíbula—. No puedes seguir seduciéndome en lugares públicos. Nos...

—No es broma. Montrose está al corriente de mis intenciones y me ha prometido no oponerse. Di que sí, Julienne. —Le besó la punta de la nariz—. Soy un bailarín excelente.

—Y un seductor engreído.

—Ah. —Sonrió ante el agudo comentario de ella—. Pero no me querías si fuera distinto. Vete, ve al salón y espérame allí.

Julienne lo miró escéptica, pero salió de la alcoba y caminó por el pasillo hasta el salón donde se celebraba el baile. En cuestión de minutos, apareció Lucien y le cogió la mano para hacerle una breve reverencia. Ella miró a Hugh, que estaba enfurruñado.

—¿Quieres bailar conmigo? —le preguntó, dándole la posibilidad de elegir.

—Sí —suspiró ella, y esperó a que su hermano les negase el permiso. Pero Hugh asintió mirando a Lucien.

—¿Cómo lo has hecho? —le preguntó cuando él la guio hasta la zona de baile con paso firme y seguro. El poderoso cuerpo de Lucien se movía con suma elegancia al ritmo de las notas, y Julienne esperó impaciente a que empezase la canción.

—No te preocupes por eso —le dijo con una sonrisa—. Creo que estoy en el cielo. Tengo tu sabor en la boca y tu perfume en la nariz.

Cerró los ojos, respiró profundamente y suspiró. Julienne se sonrojó.

—Dices unas cosas muy escandalosas, Lucien.

Él arqueó una ceja y le sonrió.

—Tú haces cosas muy escandalosas, amor mío. Bajo este aspecto exterior de niña buena se esconde una seductora que se muere por sentir placer. Y yo soy el crápula arrepentido que va a dártelo.

—¿Arrepentido? —Le tocó a ella arquear una ceja.

—Mucho.

Julienne miró a su alrededor con disimulo antes de susurrarle:

—¿De verdad lo crees?

—¿Si creo el qué? —le preguntó él—. ¿Que soy el hombre que va a darte placer? —Esbozó una sonrisa pícara—. ¿Acaso lo dudas? Creo que lo he demostrado bastante bien, teniendo en cuenta que no he podido utilizar todos mis atributos. —La sonrisa se ensanchó—. ¿Te acuerdas qué te dije que pasaba si ponías en duda la virilidad de un hombre?

—No, eso no. —Se sonrojó todavía más—. Me refería a lo de que soy una seductora.

Lucien se rio.

—¿Te ha gustado que lo diga, eh?

—Es un alivio saber que me encuentras...

—¿Apasionada? ¿Deseable? ¿Interesante? ¿Hermosa?

Julienne se rio sin importarle lo más mínimo las miradas escandalizadas que los seguían por la pista de baile.

—Tú haces que me sienta todas esas cosas. Gracias.

—Y tú me haces feliz, así que soy yo el que tiene que darte las gracias.

Ella apartó la mirada, tímida de repente.

—Julienne.

Volvió a mirarlo.

—Me gustaría invitarte a un picnic mañana.

—Montrose jamás me...

—Deja que yo me ocupe de él.

Julienne entrecerró los ojos.

—Aunque pudieras hacerlo, mañana he accedido a acompañar a lord Fontaine a un almuerzo literario.

Lucien apretó los labios.

—Pasado mañana, entonces.

Julienne aceptó.

—Si puedes convencer a mi hermano, a mí me encantará celebrar un picnic contigo.

Julienne sabía lo que estaba haciendo Lucien; quería decirle adiós. Y le emocionaba que quisiera que el momento fuese algo memorable. Él sentía algo por ella, tal vez algo más profundo incluso de lo que estaba dispuesto a reconocer, pero no cambiaría jamás. Y ella jamás se lo pediría. A la larga, él terminaría odiando las restricciones que imponía el matrimonio. Por mucho que ahora la deseara, eso jamás bastaría para eliminar todos los obstáculos que se interponían entre ellos.

Pero se negaba a pensar en ello ahora.

Disfrutó del baile y se dejó llevar por los brazos de Lucien Remington, famoso crápula y seductor. Durante ese instante fingió que sus sueños se habían hecho realidad.



Era muy guapo.

Julienne se lo repitió por enésima vez mientras observaba furtivamente a lord Fontaine por entre las pestañas. Y encantador. Inspeccionó la mesa de la mansión londinense de lady Busby en la que estaban sentados y vio que la mayoría de las mujeres miraban con disimulo a su pareja. Esas mujeres la envidiaban; sin embargo, Julienne no había sentido ni un ápice de placer en todo el día. Lo único que quería ella era irse de picnic con Lucien.

—¿La comida no es de su agrado, lady Julienne? —le preguntó Fontaine solícito.

Ella le sonrió.

—Todo es maravilloso. Lo único que pasa es que no tengo hambre. —Desvió la mirada hacia el plato de él.

—Mentirosa —se burló él—. Quieres un pedazo de mi bollo.

Lo partió con esos dedos tan elegantes, le untó un poco de mantequilla con un cuchillo y lo acercó a la boca de Julienne. Ella separó los labios de forma automática y él le lanzó el bocado dentro.

Julienne se sonrojó, sabía que todos los presentes a la mesa habían tomado nota del acto tan íntimo.

—Intuyo que tienes un lado escandaloso, milord.

Él le sonrió.

—¿Y te preocupa?

—Ya sabes que no, o de lo contrario no me dejarías verlo.

—Éste es uno de los motivos por los que me gustas tanto, Julienne. —Respiró profundamente—. Hay algo de lo que me gustaría hablar contigo, pero ahora no es el momento apropiado. Tal vez mañana podríamos salir a pasear por el parque en mi carruaje.

Julienne sabía exactamente de qué quería hablar Justin y sabía qué respuesta le daría ella. Pero antes tendría la oportunidad de estar con Lucien por última vez.

—Me temo que tengo que declinar la invitación. Tengo planes para mañana. —Vio que él fruncía el ceño preocupado, y lo tranquilizó—. Pero me encantará salir de paseo contigo pasado mañana.

Él asintió.

—Por supuesto. Ya estoy impaciente.

Horas más tarde, Julienne regresó a Montrose Hall decidida a pasar la noche en casa para poder descansar y estar fresca para el picnic del día siguiente con Lucien. Tenía muchas cosas que decirle, había muchas cosas que él necesitaba saber antes de decirse adiós.

Pidió que le preparasen un té y lo tomó en el salón, y después subió arriba con las cartas que les habían entregado esa tarde. Las clasificó sin demasiadas ganas, hasta que una de ellas captó su atención.

Era de un delicado papel rosado y olía a rosas, y con esa lacre también en forma de flor destacaba entre las demás. Julienne la abrió intrigada.

—Dios santo —susurró al ver quién la enviaba. Y después la leyó entusiasmada.

¡Le había dado plantón!

Lucien bajó los escalones de la entrada principal de Montrose Hall hecho una furia. Todavía no podía creérselo. «Ha surgido un imprevisto», le había escrito Julienne en su breve nota de disculpa. Si ese imprevisto resultaba ser Fontaine, alguien lo iba a pagar muy caro.

Volvió a subir a su faetón y soltó una maldición al ver la enorme cesta de picnic que llevaba colgando en la parte trasera. Él no había hecho un picnic en la vida. El personal de su casa no había tenido más remedio que salir a comprar todos los utensilios necesarios, incluida la cesta. Pero a pesar de su pésimo humor, no iba a echar a perder el festín que había preparado el chef de Remington's. Visitaría a su madre y la invitaría a salir a pasear. Seguro que a ella le gustaría la sorpresa.

No tardó demasiado en subir los escalones de la casa de su madre. Se dirigió al salón rosa y frunció el ceño al oír las risas que salían de dentro. «Maldición, tiene visita.» Tal vez ella tampoco podría salir de picnic, y sólo de pensarlo su estado de ánimo empeoró. Abrió la puerta y se quedó petrificado bajo el dintel.

—¿Qué diablos estás haciendo en casa de mi madre? —preguntó furioso.

Tres cabezas, la de su madre, la del duque y la de Julienne, se giraron sorprendidas hacia él.

La sonrisa de ella logró apaciguarlo un poco.

—Me ha invitado —contestó.

El duque se puso en pie.

—Buenas tardes, hijo. No esperaba verte hasta esta noche en el club, pero me alegro de que hayas venido.

—Yo no —se quejó Amanda—. Vamos, vete, Lucien, y deja que hable a solas con lady Julienne.

El joven se cruzó de brazos y le enseñó los dientes.

—Si me voy, Julienne se viene conmigo. Hoy es mi día con ella, me prometió que saldríamos a hacer un picnic.

—Te quejas como un niño pequeño —le riñó su madre mientras intentaba echarlo del salón.

—No tienes ni idea de lo que he tenido que hacer para organizar este maldito picnic —siguió él—. Y ahora la cesta está allí fuera, colgando de la parte trasera de mi faetón, enfriándose. —Le tendió la mano a la muchacha—. Vamos, Julienne.

Amanda fulminó a su hijo con la mirada.

—Ella no se va a ninguna parte. Ha venido a verme a mí y sólo lleva aquí unos minutos.

—No tiene nada que hacer aquí. Teníamos planes.

Julienne se levantó de la butaca con su habitual elegancia y los ojos de Lucien se clavaron en ella. Era el epítome de la alta sociedad y, sin embargo, parecía sentirse absolutamente cómoda en casa de su madre. Y Lucien la adoró por ello. Con ese traje de montar color escarlata estaba impresionante; llevaba el pelo recogido en lo alto de la cabeza y en los labios una sonrisa conciliadora. A medida que iba acercándose a él, a Lucien se le tensó todo el cuerpo, como le sucedía siempre que estaba a su lado.

Julienne levantó una mano y le acarició la parte superior del brazo.

—Siento haberte estropeado los planes. Tal vez todavía estamos a tiempo de ir de picnic, y podríamos llevar a tus padres con nosotros.

Cuando sintió la mano de ella encima de él, Lucien perdió el control y la cogió por los codos para acercarla más a su torso. Inclino la cabeza y bajo la voz para que sólo ella pudiera oírle.

—Te quería para mí solo. Tenía muchas ganas de verte y estar contigo.

Ella se rio.

—Mi doncella está aquí y habría venido de picnic con nosotros.

—A ella quizá habría podido tolerarla —farfulló—, pero mi madre estará pendiente de cada palabra que nos digamos.

—¿Y qué vas a decirme que puede escandalizar tanto a tus padres?

Le pegó la boca al oído.

—¿Qué te parece si te digo lo guapísima que estás con este traje de montar? Y que tengo ganas de arrancártelo. Ahora mismo tengo una erección monumental, Julianne, sólo de mirarte. Quiero llevarte a alguna parte, levantarte la falda y lamerte hasta hacerte gritar. Quiero meter mis dedos dentro de ti y...

—Ci... cielo santo —farfulló abanicándose el rostro con las manos—. Eres incorregible.

Julianne miró a Lucien y vio un brillo muy provocador en sus ojos. Entrecerró los suyos.

Ella también sabía jugar a este juego.

Esbozó una sonrisa seductora y se pasó la lengua por el labio inferior.

—Y mientras tus manos estén bajo mi falda, mi querido Lucien, yo tendré las mías dentro de tu pantalón y acariciaré tu magnífico miembro. Te gustarán tanto mis caricias que te tumbarás en el suelo y me dejarás que te haga todo lo que quiera. Me pondré encima de ti y me lo meteré en la boca, y te lameré. Fuerte, como te gusta. Mi...

—¡Maldita sea! —Lucien se apartó de ella como si lo hubiera quemado, con los pómulos ardiéndole de deseo.

Julianne le sonrió y se dio media vuelta para dirigirse a los padres de él.

—¿Quieren venir con nosotros de picnic, madame Remington, excelencia?

Amanda le sonrió.

—Válgame Dios, con el calor que desprendéis vosotros dos podríais causar un incendio.

Julianne sonrió. Lucien tenía razón, se estaba convirtiendo en una seductora.

—No pases vergüenza, querida —le dijo Amanda con una sonrisa—. Sé que Lucien te pidió que te casaras con él. No lo habría hecho si no sintierais algo el uno por el otro.

—¿Matrimonio? —preguntó el duque airado—. ¿Es que a mí nadie me cuenta nada?

—Julianne lo rechazó —explicó Amanda.

—Ya me lo imaginaba —farfulló Marcus—. Fontaine es muy buen partido.

Julianne parpadeó atónita.

—Lucien también es muy buen partido. Cualquier mujer sería muy afortunada de tenerle como esposo.

—Entonces, ¿por qué le has rechazado? —la retó el duque.

—Sí, Julianne —preguntó Lucien detrás de ella, que se dio media vuelta y lo encontró apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados—. ¿Por qué me rechazaste?

—¡Sabes de sobra por qué!

—Yo no —intervino Amanda—. Explícamelo.

Julianne levantó el mentón.

—Lucien quiere casarse conmigo por los motivos equivocados, y cuando se canse de mí tiene intención de acostarse con quien le plazca.

—Por todos los infiernos, hijo. —El duque tuvo un ataque de risa—. ¡Nunca le digas eso a una

mujer antes de pronunciar los votos!

—Ella está dispuesta a permitirle a Fontaine que vaya con otras —se defendió Lucien—, pero a mí no. No es justo.

—Eso es distinto —replicaron Amanda y Julienne al unísono.

—¿Lo es? —preguntó Lucien arqueando una ceja.

—¿Lo es? —repitió el duque acercándose a su hijo—. Explicaos.

Los dos hombres casi idénticos miraron a las mujeres con idénticas expresiones de confusión.

Amanda puso los ojos en blanco.

—Los hombres sois tan obtusos. —Clavó la mirada en Magnus—. ¿Crees que yo te dejaría acostarte con otra, Glass?

El duque se sonrojó.

—Maldita sea, Amanda. Probablemente me castrarías si lo hiciera.

—¿Y por qué crees que haría tal cosa? —siguió ella.

Julienne vio hacia dónde se dirigía la conversación y rodeó el sofá.

—Todo esto no es necesario. Estábamos hablando del picnic y...

—Calla, Julienne —la interrumpió Lucien—, me interesa mucho oír la respuesta.

—Porque me amas, por qué si no —contestó el duque de Glasser orgulloso—. Y eres muy posesiva conmigo.

—Exactamente —decretó Amanda victoriosa—. Y tú no serías capaz de acostarte con otra mujer porque me amas a mí.

Lucien se quedó petrificado en la puerta del salón.

—¿Estás diciendo, madre, que Julienne no quiere casarse conmigo porque me ama?

Amanda sacudió la cabeza.

—Estoy diciendo que lady Julienne no quiere casarse contigo porque tú no la amas. O, si lo haces, no quieres reconocerlo.

—¿Y crees que Fontaine la ama? —Lucien se atragantó al preguntarlo.

—Los sentimientos de Fontaine no le importan. —La madre de Lucien miró al cielo—. Tal vez seas un genio con los negocios, hijo, pero en lo que se refiere a las mujeres eres más bien cortito.

Julienne ya había tenido bastante de esa conversación.

—Muchas gracias por su hospitalidad, madame Remington, pero me temo que tengo que irme.

—Ni hablar. —Lucien le bloqueó la puerta—. Me prometiste que iríamos de picnic y te juro que vamos a ir de picnic.

—No estoy vestida para salir de paseo —se quejó Amanda.

—Entonces haremos el picnic aquí en casa. —Giró el cuello hacia el pasillo y llamó al mayordomo. Cuando el sirviente apareció, Lucien le pidió que fuera a buscar la cesta. Y después volvió a mirar a Julienne.

—No me encuentro bien —dijo ella a media voz.

Lucien fue a su encuentro con una sonrisa.

—¿Tienes mal de amores?

La mirada llena de dolor de ella se enfrentó a la suya.

—Vete al infierno, eres un engreído.

—Ya estoy allí, cariño. Estoy allí desde el día que te conocí.

—Si te hago tan desgraciado, ¿por qué insistes en estar conmigo?

—Tú no eres la culpable de mi desgracia, amor mío. Lo es mi propia estupidez.

A Julienne se le cerró la garganta y susurró:

—Deja de llamarme así. Los dos sabemos que no es verdad.

Él le apartó un mechón de pelo del rostro y con mucho cuidado se lo puso detrás de la oreja. Le secó una lágrima errante con el pulgar. Incluyó la cabeza y le dio un beso suave en los labios sin importarle que sus padres estuvieran detrás.

—Lucien, tus padres... —susurró ella sonrojada de vergüenza.

—No te preocupes por nosotros —aseguró Amanda en voz alta—. Finge que no estamos aquí.

A Julienne le temblaron los labios de las ganas que tenía de sonreír. Le caían bien los padres de Lucien.

—¿Qué quieres de mí, Lucien?

—Una oportunidad —le contestó en voz baja—. Mantén las distancias con Fontaine hasta que acabe la temporada.

—¿Por qué? —le preguntó confusa.

—¿Me amas, Julienne?

—Lucien... —le costó respirar, consternada de que él se lo hubiese preguntado tan directamente—. Me pides demasiado.

—Te pido tiempo para poder conquistarte. —La voz aterciopelada de él la envolvió con su seductora promesa—. Si de verdad no te planteas la posibilidad de casarte conmigo, dímelo ahora y no intentaré persuadirte. Pero si existe la opción de que algún día aceptes ser mía, quiero que me des la oportunidad de ganarte.

Ella se apartó para mirarlo a los ojos.

—Lo dices en serio —afirmó.

—Sí —convino él con una sonrisa muy tierna—. ¿Te casarías conmigo si yo fuera capaz de cambiar?

—No lo sé. No sé si seríamos felices juntos durante el resto de nuestras vidas.

—¿Y crees que Fontaine puede hacerte feliz? ¿Cómo crees que lo logrará, si estás enamorada de mí?

Julienne no supo qué decirle y las lágrimas se amontonaron en sus ojos.

—Yo no he elegido sentir todo esto por ti, Lucien. Esta situación sería mucho menos complicada si no me importaras.

—No llores —le pidió él emocionado al abrazarla—. Soy consciente de que te estoy pidiendo demasiado. Si aceptas estar conmigo tendrás que renunciar a la vida tal como la conoces, serás una paria de la sociedad. Pero soy asquerosamente rico y el hombre más guapo de toda Inglaterra...

—¡Dios santo! ¿Te acuerdas de eso? —Se sonrojó.

—¿Cómo podría olvidarlo? —Lucien le pasó el pulgar por el labio inferior—. ¿Y qué me dices de pasarte la vida entera en mi cama? Te prometo que te haré el amor hasta hacerte perder el sentido a la menor ocasión. Puedo darte una clase de felicidad que ni siquiera sabes que existe. Y puedo comprarte cosas que creías que no tendrías jamás. Puedo hacerte la vida tan agradable que tal vez no te dolerá tanto que los demás te hayan juzgado y condenado.

Julienne sabía que si Lucien Remington decidía hacerla feliz, haría todo lo posible para conseguirlo.

—Suena muy tentador —reconoció casi sin aliento; el corazón le había dado un vuelco al imaginarse las escenas que él le describía. Pasarse la vida entera con Lucien. No sería fácil, pero tal vez valdría la pena. Si él la amara.

—El picnic está listo —les avisó Amanda contenta.

Se dieron media vuelta y vieron que habían apartado los muebles para crear un espacio

circular en medio del salón. Lo habían cubierto con la manta del picnic y habían colocado la comida encima.

Las dos horas siguientes fueron las más felices que recordaba haber vivido Lucien en mucho tiempo. Su padre y su madre les contaron anécdotas escandalosas de sus famosas fiestas. Historias que escandalizaron y fascinaron a Julienne por partes iguales. La comida era deliciosa, tal como había previsto él, y la compañía excelente. Estaba rodeado de la gente que más le importaba en el mundo.

Sintió una profunda decepción cuando llegó el momento de despedir a Julienne. Lucien la acompañó hasta su caballo y esperó a que desapareciera en la distancia acompañada por su doncella y dos lacayos de su madre.

Cuando volvió a entrar en el salón, vio que sus padres estaban abrazados mirando por la ventana. Amanda se dio media vuelta y lo miró.

—Esa chica nos gusta de verdad, Lucien.

Sonrió.

—A todo el mundo le gusta.

Amanda se acercó a su secreter y regresó con una carta en la mano.

—Mira qué me escribió para decirme que aceptaba mi invitación para tomar el té. Es muy educada y cariñosa. Ni él rey podría haber recibido una respuesta más respetuosa.

Lucien miró la carta y asintió.

—Julienne tiene un don para hacer sentir bien a la gente.

—Te adora. Es demasiado inocente para saber ocultarlo.

La sonrisa de Lucien se ensanchó.

—Me mira así desde el primer momento que mis ojos se posaron en ella. —Se pasó una mano por el pelo—. Desde el principio me he comportado como un completo idiota. He dicho y hecho cosas de las que me arrepiento profundamente.

—Estás enamorado, hijo —le consoló Magnus—. El amor nos convierte a todos en idiotas.

«Estás enamorado.»

—Yo no estoy... —empezó Lucien, pero luego se quedó en silencio y arrugó la frente.

Su padre arqueó una ceja. Su madre sonrió.

Maldición, ¿estaba enamorado? Un hombre debería poder darse cuenta de eso, ¿no?

Pero..., tal vez... Tal vez lo que siempre había sentido por ella no era lujuria. Aunque sin duda la lujuria formaba parte de ello, o tal vez había sido sólo el principio. ¿Cómo podía saberlo? Nunca había estado enamorado antes.

Sin embargo, el amor explicaría su extraño comportamiento, los ataques inexplicables de ira, los celos, su incapacidad para excitarse con cualquier otra mujer. El amor podía explicar por qué pensaba en ella a todas horas, por qué la echaba tantísimo de menos hasta llegar a ser insoportable, por qué soñaba con ella cada noche.

Amaba a lady Julienne La Coeur.

Lucien se sujetó al respaldo de la silla que tenía más cerca para no caerse.

—Dios santo, Glass. —Su madre riñó al duque al ver el estado en el que había dejado al hijo de ambos—. No tienes nada de tacto. No puedes ir por allí diciendo esta clase de cosas a la gente. ¿No ves que Lucien está en estado de *shock*?

—¿Cómo diablos es posible que un hombre no sepa que está enamorado?

Amanda sacudió la cabeza resignada.

Lucien se rio con una risa trémula algo extraña.

—La amo —suspiró—. Todas estas semanas de tortura podríamos haber estado juntos.

—¿Por qué no vas a buscarla y le dices lo que sientes? —le sugirió Amanda.

—Lo haré —afirmó decidido—. Y se lo demostraré.

—No tienes mucho tiempo —señaló Magnus—. Fontaine va en serio.

Lucien apretó los dientes.

—Lo sé. Pero Julienne me ha prometido que le hará esperar hasta que termine la temporada.

—Sólo faltan unas semanas —le recordó su madre—. No puedes perderla, Lucien. Lo lamentarías durante el resto de tu vida.

—No te preocupes, madre. —Él no había amasado su enorme fortuna basándose en la suerte; había trabajado muy duro para conseguirla y ahora trabajaría muy duro para conquistar a Julienne—. No la perderé.



—Tienes que estar muerta de aburrimiento.

Julienne levantó la vista del libro que estaba leyendo y ocultó una sonrisa. Estaba acurrucada en una de las butacas que Lucien tenía en el despacho y lo miraba a hurtadillas mientras él trabajaba.

—¿Por qué lo dices? —le preguntó.

Él estaba tramitando la compra de un molino, una operación que era la piedra angular de un sinfín de negocios futuros, y las negociaciones consumían todo su tiempo. Hacía dos días que no le veía, así que al final Julienne sencillamente decidió presentarse en Remington's sin avisar. Fue acompañada de su doncella para evitar que la tía Eugenia o Hugh malpensasen, y entró en el club por la puerta de la cocina para no ser vista. Lucien fue a buscarla inmediatamente y, antes de llevársela con él a su despacho, se ocupó de que alguien distrajese a la doncella llevándola de visita por el club. Julienne insistió en que siguiera trabajando y se disculpó por haber ido a molestarlo, a pesar de que él le aseguró que le encantaba que hubiese ido a verlo.

—Estás muy callada —le dijo—. Y estoy seguro de que no has venido aquí para verme trabajar.

Lucien se había quitado la americana y se había arremangado las mangas de la camisa. Había algo en el modo en que se concentraba en su trabajo que hacía que Julienne se excitase. Ver sus antebrazos desnudos y sus manos sujetando los papeles hizo que le doliese todo el cuerpo. El modo en que farfullaba mientras leía los documentos la llenaba de felicidad. Ella se había pasado años viendo la incapacidad de Hugh para gestionar el dinero, y admiraba lo bien que lo hacía Lucien. Un «pirata domesticado», así lo había descrito Fontaine. Y Julienne pensó que la definición le iba como anillo al dedo y que era de lo más emocionante.

—Me gusta mucho verte trabajar —murmuró.

—¿Ah, sí? —Lucien sonrió y dejó la pluma a un lado—. A mí me gusta mucho que estés aquí. Tenía mis dudas acerca de si sería capaz de concentrarme contigo tan cerca, pero lo cierto es que tu presencia me resulta muy estimulante.

—Porque eres un canalla.

Lucien se apoyó en el respaldo de la silla y le preguntó:

—¿Cómo van las cosas con Fontaine?

Julienne se encogió de hombros.

—Ayer me llevó a la Royal Academy. Quiere pedirle permiso a Montrose para cortejarme y me preguntó si yo también estaría dispuesta a permitirselo.

Lucien se tensó. «Todavía no.»

—¿Qué le dijiste, amor?

Ella jugueteó nerviosa con la tela de la falda.

—Le pregunté si me amaba.

Lucien tragó saliva.

—¿Y qué te contesto?

—Cree que puede llegar a amarme con el tiempo.

—¿Le dijiste que estabas dispuesta a permitirle que te cortejara?

Julienne se enfrentó a sus ojos con la reprobación clara en su rostro.

—Sabes que no estaría aquí si le hubiera dicho que sí. Le pedí que esperase al fin de la temporada, tal como tú y yo habíamos acordado.

—Seguro que sintió curiosidad por los motivos de tu petición.

—Así es. Le dije que existía la posibilidad de que alguien que me importa mucho también llegase a amarme, y que quería darle a ese otro hombre la oportunidad de conseguirlo.

—Maldita sea —farfulló Lucien en medio de una risa ronca—. Ya sabes que adoro tu honestidad, pero, por Dios santo, ¿tenías que ser tan sincera con él? A ningún hombre le gusta que le digan que está en segunda posición. —De repente sonrió—. Pero nos encanta que nos digan que somos el primero.

—Le dije que él tampoco debería conformarse con una mujer que no lo amase. Me contestó que admiraba mi sinceridad y aceptó respetar mis deseos. —Se mordió el labio inferior—. Y añadió que iba a luchar por mí.

Lucien estuvo tentado de confesarle a Julienne lo que sentía por ella en aquel instante, pero tenía miedo de que creyera que sólo se lo decía para derrotar a Fontaine. Así que, en vez de eso, se levantó de la silla y fue a cerrar la puerta. Después, se sentó junto a Julienne y le cogió las manos.

—Cariño, cualquier hombre lucharía por ti. Yo lucharé por ti.

Ella arqueó una ceja con suspicacia.

—Me parece muy poco halagador que los dos hombres que quieren casarse conmigo tengan que esforzarse tanto para enamorarse de mí.

—A veces a un hombre le lleva cierto tiempo darse cuenta de que ha encontrado algo que ni siquiera sabía que estaba buscando.

—Ja —se burló—. Píntalo del color que quieras, pero la dura y fría realidad es ésta.

Lucien le puso las manos sobre su dolorosa erección.

—Sí que es dura, amor —le sonrió—, pero fría no.

Julienne abrió los ojos de par en par antes de ponerse a reír de felicidad.

—Lucien Remington, eres sin lugar a duda el hombre más lascivo que conozco.

Él le dio un beso en el cuello.

—En parte es culpa tuya. Me tientas constantemente y hace mucho tiempo de la última vez que estuvimos juntos.

—¿Quieres estar conmigo, cariño? —le preguntó susurrando sin aliento—. A mí me encantaría.

—Apretó su polla con fuerza.

—Dios. —Lucien hundió el rostro en el cuello de Julienne con un gemido torturado—. Eres perfecta para mí. Eso tienes que saberlo.

—No es a mí a quien tienes que convencer. —Le puso las manos en el torso y lo empujó hacia el respaldo del sofá para después sentarse a horcajadas encima de él con un brillo provocador en los ojos—. Pero deja que te dé más argumentos a favor de esa teoría.

—¿Como cuáles?

—Como por ejemplo que verte sentado trabajando me ha acelerado el corazón.

Lucien arqueó una ceja.

—Y que verte con las mangas de la camisa arremangadas —añadió, y se lamió el labio— me inspira pensamientos carnales.

—¿Pensamientos carnales? —Abrió los ojos y se excitó aún más. Dios santo, cómo amaba a esa mujer.

—Sí. —Le apartó el pelo de la cara con los dedos—. Y tu pelo. Me apasiona. Es grueso y

suave como la seda.

Justo cuando Julienne se pegaba al cuerpo de Lucien, alguien intentó girar el picaporte y, al descubrirlo cerrado, llamó a la puerta.

—¿Señor Remington?

—¡Vete! —exclamó Lucien—, si quieres conservar tu empleo. —Levantó la cabeza y capturó los labios de Julienne, deslizando la lengua hacia el interior de su boca para disfrutar de su sabor.

—Sí, señor —contestó el intruso tras una pausa muy larga—, pero lord Fontaine ha solicitado reunirse con usted unos segundos.

Julienne se tensó de inmediato. Lucien desvió la mirada hacia la puerta y vio la silueta de su secretario dibujada tras el traslucido cristal ovalado.

—¡Cielo santo! ¿Qué querrá decirte? —Buscó los ojos de Lucien—. Y qué momento más inoportuno ha elegido para venir a verte.

—Fontaine es un condenado incordio —sentenció Lucien.

—Chis, o te oirá. —Se agachó y cogió el libro. Antes de que pudiera irse, Lucien la agarró de la muñeca y tiró de ella para besarla apasionadamente y recordarle que le pertenecía.

—Ehhh..., señor Remington... ¿Señor? —preguntó el secretario intranquilo.

—¡Dame un maldito segundo! —gritó.

—Por supuesto, señor —fue la respuesta que se oyó en voz trémula.

—Qué temperamento tienes, Lucien Remington —se burló cariñosamente Julienne mientras abría el panel que conducía al pasaje secreto. Se detuvo un segundo antes de subir la escalera—. ¿Sabes una cosa? Uno de estos días me gustaría ver tu casa. Tienes un gusto excelente, me apuesto a que es la más bonita de todo Londres.

Lucien se pasó las manos por el pelo para ver si conseguía imponer cierto orden.

—Cásate conmigo y mi casa será tuya. —Extendió los brazos—. Todo lo que tengo será tuyo.

—Lo único que quiero es tu corazón. —Le lanzó un beso antes de cerrar el panel.

Lucien tomó aire y fue a abrir la puerta de camino al escritorio. El aturullado secretario entró y le entregó la tarjeta de visita de lord Fontaine, y segundos más tarde regresó acompañado del marqués.

En cuanto lo vio, Lucien tuvo que reconocer que el aristócrata era un oponente magnífico en su lucha por conquistar la mano de Julienne. Desprendía nobleza por los poros; era alto y poseía la elegancia y el instinto depredador de una pantera. Sus facciones eran austeras, y el tono rubio de su piel las realzaba a la perfección. Iba vestido con pantalón marrón a juego con el chaleco y la levita. Su porte en general era impresionante.

Fontaine se sentó en una butaca e inspeccionó con la mirada el despacho de Lucien.

—Impresionante, señor Remington.

—¿Qué puedo hacer por usted, milord? Estaba... —hizo una pausa al recordar el delicioso momento que había compartido con Julienne— ocupado con algo muy importante.

—Ya lo he deducido —señaló el marqués sarcástico—. Iré directo al grano.

—Así lo espero.

Fontaine cruzó un tobillo por encima de la rodilla de la pierna opuesta y se apoyó en el respaldo de la butaca con arrogancia.

—He venido a pagar la deuda que lord Montrose tiene con su club.

Lucien mantuvo el rostro impassible y se levantó en dirección al aparador.

—¿Le apetece un brandy?

—Gracias —aceptó Fontaine—. Sí, la verdad es que sí.

Lucien sirvió dos copas.

—¿Le ha mandado Montrose?

Fontaine aceptó la copa antes de contestarle.

—No, pero dado que tarde o temprano tendré que hacerme cargo de su deuda, he decidido hacerlo ahora.

Lucien volvió a sentarse e hizo girar despacio la copa entre los dedos.

—No es responsabilidad suya.

—Usted nunca discute por pequeñeces, Remington. Sé de buena tiente que acepta el pago de deudas por parte de terceras personas. —La voz de Fontaine se volvió incisiva—. Lo único que le importa es que le paguen.

Lucienladeó la cabeza aceptando tal afirmación. Él no era idiota. El dinero siempre era dinero y nunca lo rechazaba, en especial si se lo daban para pagar una deuda que alguien había contraído con él.

—Este caso es distinto. Ya he llegado a un acuerdo con Montrose. Su ayuda no es necesaria, ni bien recibida.

Fontaine entrecerró los ojos.

—¿Por qué está tan empeñado en conservar la deuda de Montrose?

—¿Por qué está tan empeñado en pagarla?

—Voy a casarme con su hermana, lady Julienne. Quiero que las finanzas de Montrose estén en orden para que Julienne sienta que puede casarse sin tener que preocuparse por los asuntos de su hermano.

—Ah —murmuró Lucien con una sonrisa forzada—. ¿Qué le parece si somos sinceros? Usted espera casarse con lady Julienne y quiere pagar la deuda de Montrose para que ella sienta que debe aceptar su proposición.

Fontaine se tensó un instante antes de beber el brandy de un trago. Dejó la copa vacía en un extremo del escritorio de Lucien.

—Usted es el otro caballero del que me habló, ¿me equivoco?

—Lo soy.

—¿Pretende comprarse una esposa de alta cuna utilizando la deuda de su hermano?

—No pretendo comprar nada. Lo único que me ata a Julienne son los sentimientos que tiene por mí.

El marqués se burló.

—Si usted sintiera algo por ella, la dejaría libre para que se casara con alguien de su clase. Los sentimientos de lady Julienne se apagarán con el tiempo, y usted lo sabe.

—Ahórreme sus discursos de aristócrata. —Lucien no le dejó seguir—. Yo puedo darle exactamente lo mismo que usted, exceptuando el maldito título nobiliario. Y le aseguro que mi amor la compensará con creces por la pérdida.

El tobillo que Fontaine tenía apoyado en la rodilla empezó a flexionarse nervioso.

—Bueno, bueno. Siempre he dicho que tiene usted un gusto exquisito, Remington, y veo que se extiende a todas las áreas de su vida. Pero comete el error de olvidarse de que junto con mi título vienen otros privilegios, como por ejemplo la aceptación de la alta sociedad y el respeto. Si se casa con usted, se le cerrarán muchas puertas. ¿Cree que su amor bastará para reparar el orgullo de lady Julienne cuando eso suceda?

—¿Cree que su título bastará para reparar la soledad de Julienne cuando usted esté en la cama de otra mujer? —contraatacó Lucien.

Fontaine se sonrojó. Los dos hombres se aguantaron la mirada antes de que el marqués volviese a hablar.

—Haré todo lo posible para que no pueda arrebatármela, Remington.

—No espero menos de usted. Pero no olvide que lady Julienne es una mujer muy lista y puede decidir qué es lo mejor para ella sin la ayuda de ninguno de los dos. —Señaló la puerta—. Creo que ya hemos acabado.

Fontaine se puso en pie.

—Ella se merece ser marquesa y tener todo el poder que el título conlleva.

—Ella se merece ser amada. Que tenga un buen día, milord.

—Buenos días, Remington.

En cuanto su Némesis cerró la puerta, Lucien suspiró. Tenía el cuerpo completamente tenso por culpa del instinto básico que le había embargado: la absoluta necesidad de proteger lo que le pertenecía. Julienne era suya. Ella lo amaba a él. Y en aquel preciso instante le estaba esperando en el piso de arriba. Quería ir con ella y hacerla suya del modo más primitivo posible. Quería poseerla, marcarla como suya, para que ningún otro hombre pudiese tenerla.

Con movimientos bruscos y repentinamente salvajes, se apartó del escritorio y se dirigió a la puerta.

—Estaré ilocalizable durante el resto del día —le informó a su secretario. Después cerró la puerta y se dirigió al pasadizo secreto que conducía al piso superior.

En cuanto entró en la habitación Sapphire, casi toda la tensión que le atenazaba el cuerpo se dispersó. Julienne estaba allí, en sus dominios. El fuego de la chimenea iluminaba la estancia. Aunque no hacía frío, añadía calidez al ambiente y rodeaba a Julienne de una suave luz dorada. Lucien quería que esa imagen lo recibiese cada día durante el resto de su vida. Anhelaba llevarse a Julienne a su casa y hacerle el amor en su cama, despertarse con el olor de ella en la piel y con su melena esparcida en su pecho. Su alma se moría por estar con ella.

—El color de esta habitación te pega —le dijo ella en voz baja, mirándolo con ternura y cariño, como había hecho desde el principio—. Te brillan los ojos.

Él esbozó una reconfortante sonrisa.

—Porque te estoy mirando.

Ella le devolvió la sonrisa, pero sólo duró un instante.

—¿Qué quería lord Fontaine?

—Quería pagarme la deuda de tu hermano, y cuando he rechazado su dinero ha adivinado que tú y yo nos conocemos.

Julienne tomó aire.

—Entiendo.

—No te preocupes. Todavía quiere conquistarte.

—No me preocupo —afirmó, y después agachó la cabeza—. Bueno, tal vez eso no sea del todo cierto. Fontaine ha sido muy bueno conmigo, y creo que si no te hubiera conocido a ti antes, habría aceptado gustosa pasar la vida a su lado. No es culpa suya que mis sentimientos estén en otra parte.

Lucien se apoyó en el marco de la puerta y se cruzó de brazos.

—Quiero saldar todas las deudas de tu hermano. Sin condiciones.

—¿Qué has dicho?

—Quiero que puedas decidir entre Fontaine y yo pensando en lo que quiere tu corazón, y no en lo que es mejor para tu hermano. Haré que mi abogado prepare los papeles y me ocuparé de todas las deudas tanto si te casas conmigo como si te casas con Fontaine. —Bajó la voz y ésta le tembló de

emoción—. Renunciaría a todo lo que tengo, Julienne, a cambio de darte la posibilidad de elegir.

—No. —Julienne se levantó de la butaca donde estaba sentada—. No quiero que hagas eso. No necesito dinero para decidirme.

A Lucien le costó muchísimo quedarse inmóvil en la puerta.

—Si te dijera que te amo, ¿me creerías?

—Lucien...

—¿No te has preguntado por qué tu hermano me ha permitido verte?

—Bueno, sí...

—Extorsión.

Julienne parpadeó confusa.

—Me debe muchísimo dinero y lo utilicé en su contra para conseguir lo que quería: pasar tiempo contigo.

Julienne se dejó caer en la silla.

—Te advertí que no era un hombre honorable, amor mío. Te dije que no era un caballero. Haré todo lo que sea necesario para conquistarte. Todo. No tengo escrúpulos ni moral que me detengan. — Lucien la observó con atención—. Y ahora, si te digo que te amo, ¿me creerás?

—No lo sé —suspiró—, pero quiero creerte. —Le tendió una mano y él no necesitó nada más.

Llegó a donde estaba ella con sólo dos pasos y la cogió en brazos. El calor cobró vida alrededor de los dos, igual que esa pasión que parecía no tener fin. Lucien jamás se saciaría de ella, siempre la necesitaría.

—Te necesito, Julienne.

Ella le pasó los dedos por el pelo.

—Estoy aquí, amor mío.

—No me refiero sólo a ahora. Para siempre. —Le recorrió el cuello con los labios—. Eres mía. Me perteneces. No dejaré que Fontaine te tenga. —Tiró del corpiño del vestido y desnudó los pechos, los lamió hasta que ella le clavó las uñas en la espalda.

—Cásate conmigo —le suplicó besándole un pecho.

—Ámame —fue la súplica que le devolvió ella.

—Cariño —le dijo Lucien sonriéndole—, ya te amo.



Lucien observó a Hugh La Coeur pasear de un lado al otro del despacho que tenía en Montrose Hall. A diferencia del suyo, que era abierto y espacioso, las paredes del de Montrose estaban forradas de nogal y el suelo de parqué cubierto de alfombras Aubusson. Las cortinas eran de un rojo tan oscuro que parecían negras. Era una estancia opresiva e intimidante, y no encajaba en absoluto con el carácter jovial e irresponsable del hombre al que pertenecía.

Lucien se apoyó en el respaldo de la silla en la que estaba sentado y resopló. Por desgracia, esa reunión estaba yendo tal como había anticipado.

—¡Se ha vuelto loco! —exclamó Hugh—. No puede casarse con Julienne. Sencillamente no puede. ¡Así no funcionan las cosas!

—Lo sé —contestó Lucien calmado.

—Entonces, ¿por qué está aquí?

Con infinita paciencia, volvió a repetir su petición.

—Para pedirle la mano de Julienne en matrimonio y negociar el resto de condiciones. Estoy dispuesto a ser muy generoso.

Hugh sacudió la cabeza.

—¡Maldita sea! No puede comprarse una esposa.

—Por Dios santo —exclamó Lucien exasperado—. No quiero comprar a Julienne.

Montrose apoyó las palmas de las manos en el escritorio.

—¿Por qué mi hermana? ¿Por qué no elige a cualquier otra debutante de la temporada?

—Milord, creo que tiene la errónea impresión de que quiero casarme sin más. Una de las ventajas de no tener título es que no necesito contraer matrimonio. No necesito tener herederos que perpetúen el apellido de la familia.

—Entonces, ¿a qué ha venido, maldita sea?

Lucien no tenía tiempo para estas tonterías.

—Ya le he explicado a qué he venido. Y aquí tiene detalladas las condiciones de mi propuesta.

—Le acercó un grueso documento legal. Hugh lo aceptó y, a medida que iba dando la vuelta a las páginas, los ojos se le abrían cada vez más—. Puede quedarse con la dote de Julienne, pero yo la gestionaré por usted. Haré las inversiones que considere oportunas durante los próximos seis meses. Una vez terminado ese periodo, se la devolveré junto con un balance detallado. He abierto una cuenta a nombre de su hermana y he depositado la cantidad equivalente a su dote para sus gastos personales. También recibirá una asignación mensual, cuyo importe está detallado en el documento que le he entregado.

Hugh encontró la cifra y palideció.

—Dios santo, es extraordinaria. Debe de ser más rico que Craso.

—Usted deberá acudir a mi despacho todos los martes y jueves por la mañana durante los próximos seis meses. Voy a enseñarle a manejar el dinero, Montrose. Le enseñaré cómo se gana y cómo se conserva.

—Esto es un ultraje —exclamó Hugh airado—. Yo no...

—Muérdase la lengua —le ordenó Lucien en un tono que no admitía negativa—. Su maldito orgullo es el que le ha metido en este lío. Sólo le ayudaré esta vez, Montrose. Ya he pagado todas sus deudas, pero ahora que tengo mujer y algún día, si Dios lo quiere, un hijo, no voy a malgastar mi herencia con usted. Voy a enseñarle lo que sé y usted va a aprenderlo. —Lucien vio que el joven marqués se sonrojaba de vergüenza y reculó un poco—. Sé que sólo tenía diez años cuando heredó el título, y no le culpo por haberse sentido abrumado. Pero no permitiré que siga siendo un irresponsable. Ya va siendo hora de que madure.

Hugh se dejó caer en su silla; la mano con la que sujetaba el documento cayó inerte en su regazo.

—¿Por qué hace esto? —le preguntó a Lucien, aturdido.

—Creía que era evidente. Estoy locamente enamorado de Julienne. Tiene que aprender a cuidarse para que pueda dejar de preocuparse por usted y se preocupe sólo por mí.

Montrose suspiró.

—¿Ya se le ha declarado a mi hermana?

—Sí, lo he hecho.

—¿Y ella siente lo mismo que usted?

Lucien asintió, su corazón no acababa de creérselo.

—Por algún milagro que sin duda no me merezco, sí: Julienne siente lo mismo que yo. —Suavizó la voz—. Le prometo que cuidaré de ella. Jamás le faltará de nada. La adoraré y amaré hasta el fin de mis días.

—Tendrá que hacerlo. Ella no tendrá a nadie más. Yo seguiré queriéndola pase lo que pase, pero la alta sociedad... —Hugh tomó aire en busca de valor—. Creo que tengo que felicitarle por su futura boda, Remington.

Lucienladeó la cabeza en señal de agradecimiento. Por dentro suspiró aliviado cuando el conde de Montrose cogió la pluma y firmó el contrato.

Julienne estaba esperando a Lucien en el dormitorio de la mansión que su esposo poseía en Mayfair. Sólo se habían quedado una hora al banquete que habían organizado para celebrar su boda, pues los dos estaban impacientes por regresar a su casa y estar por fin a solas. El trayecto hasta allí había estado lleno de besos muy románticos y planes sobre su futuro.

Sonrió al recordarlo. Quién iba a decir que el corazón de un seductor podía ser tan tierno.

Y su casa... Dios, era tan elegante y opulenta como se había imaginado. Ahora aquella mansión tan preciosa era su hogar, y tenía muchas ganas de empezar a recibir visitas en ella.

A pesar de los temores de Lucien, Julienne estaba convencida de que no iban a convertirse en unos parias sociales. Algunos miembros muy respetados de la alta sociedad habían acudido a su boda, incluido el marqués de Fontaine, el duque de Glasser y el hermano de Lucien, Charles, marqués de Haverston.

Fontaine había prometido ir a visitarlos pronto y animar a su hermana y a sus amigas a que hicieran lo mismo. La madrina de Julienne, lady Canlow, tenía intención de reunir a las matronas más poderosas de la alta sociedad y convencerlas para que aceptasen el enlace. No sería fácil, y no tenían ninguna garantía de que fueran a conseguirlo, pero tenían que intentarlo. Y si al final todos esos esfuerzos no daban ningún fruto, a Julienne no le importaba demasiado. Lucien la amaba. Eso era lo único que le importaba. Y, de todos modos, ella nunca había querido llevar una vida aburrida, y pasarse el resto de los días con su pirata domesticado sería de todo menos eso.

La puerta del dormitorio se abrió. Observó a su marido entrar y echar el cerrojo para dejar fuera al resto del mundo.

Él se apoyó en la puerta con una sonrisa.

—Estás desnuda.

Ella señaló hacia la cama con el mentón.

—Me pareció que era una tontería ponerme eso.

Lucien inspeccionó el batín que descansaba en el respaldo de una silla. Sonrió y volvió a mirar a Julienne.

—¿Estás nerviosa?

—No —respondió, quizá demasiado rápido.

—Yo sí.

Julienne abrió los ojos como platos.

—¿Estás nervioso?

—Por supuesto que lo estoy. Tú eres la última mujer a la que voy a hacerle el amor en la vida, y eres virgen. ¿Y si meto la pata y no te gusta y no me dejas que vuelva a tocarte nunca más? —Se estremeció horrorizado al pensarlo.

Julienne se quedó boquiabierta un instante y después se puso a reír.

—Oh, cielos, Lucien. Eso es ridículo.

Vio la ternura que brillaba en sus ojos y se le encogió el corazón; combinada con la seductora curva de su sonrisa, tenía un efecto devastador.

—¿Te sientes mejor ahora? —le preguntó él, atento.

Y entonces lo entendió.

—¿Me estabas tomando el pelo? —le recriminó sin enfadarse lo más mínimo. No podía creerse que ese hombre tan increíble le perteneciese. Para siempre.

—Quería relajarte un poco —la corrigió—. Cuando he entrado, me ha parecido que estabas muy tensa.

Lucien se acercó a la cama y se quitó el corbatín. El resto de la ropa no tardó en seguir el mismo camino. Después cogió a Julienne en brazos y la tumbó en la cama y colocó su fuerte y musculoso cuerpo encima del de ella.

—Tenemos que establecer algunas reglas, milady. —Le besó la punta de la nariz—. La primera, esta noche sólo te toco yo. —Le silenció la protesta con la mano—. Hace demasiado tiempo que te deseo, no duraré si me tocas. Puedes tocarme siempre que quieras durante el resto de nuestra vida, pero esta primera vez no.

Esperó a que ella asintiera y entonces apartó la mano, la dirigió hacia abajo entre sus pechos y la detuvo en la cadera.

—La segunda, tal vez te dolerá un poco. Eres muy menuda y yo soy bastante grande. —Contuvo una sonrisa al ver que ella se reía—. Pero te daré placer, mi amor. Te lo prometo.

—Sé que lo harás —afirmó ella amándolo todavía más al ver la reverencia con la que él trataba su primera vez juntos.

—Y por último, pero no por ello menos importante, quiero decirte que te amo, esposa mía. —Apoyó la frente en la de ella—. Te amo con todo mi ser. Te adoro. Tengo intención de amarte y de cuidarte para siempre. —Le llenó la boca de besos. Besos lentos y dulces para encender su pasión—. Gracias por casarte conmigo.

—Oh, Lucien —suspiró, y tiró de él para besarlo con todas sus fuerzas.

Él apartó las manos de Julienne de su nuca y entrelazó los dedos con los de ella. Se concentró

en besarla durante largo rato, en explorar su boca con besos largos y lánguidos, adictivos, hasta que ella se movió debajo de él y le suplicó que la tocara.

—Por favor...

Él sonrió y a ella se le paró el corazón.

Lucien movió la boca hasta la delicada garganta de su esposa, la lamió y le mordió la piel. Empezó a mover su cuerpo encima del de ella, movimientos sensuales que despertaron hasta el último sentido de Julienne y la hicieron gemir de tormento. Lucien le hizo el amor con los labios, con las manos, con la dulce fricción de su cuerpo, le susurró palabras de amor tan intensas que Julienne tuvo ganas de ponerse a llorar.

—Esto, amor mío, es la perfección. —Le lamió los pezones y después sopló encima de ellos, y sonrió al ver que se excitaban—. No hay placer más grande que tenerlos en mi boca. —Agachó la cabeza y succionó un pecho; ella sentía cada tirón en el interior de su cuerpo y la estaba volviendo loca. Empezó a moverse frenética, a tirar de las manos de él para soltarse y poder tocarlo. Estaba ardiendo, su piel estaba demasiado caliente..., demasiado tirante...

—Cariño —le suplicó, pero él no iba a parar, no iba a soltarla.

Julienne podía sentir los labios de Lucien en todas partes; la sensación la excitaba y notó que su entrepierna se humedecía. Le suplicó que se diese prisa, le dijo que estaba desesperada por abrazarlo, por besarlo, pero Lucien no le hizo caso y siguió atormentándola con la boca. Le llenó el estómago de besos con la boca abierta; siguió bajando y le separó los muslos con los anchos hombros. Ella gimió de alivio al notar que la lengua de él por fin entraba en su sexo.

—Sí —gritó con la voz ronca, levantando las caderas en busca de la boca de Lucien, clavándole las uñas en el puente de las manos.

—Tienes un sabor tan dulce —murmuró él, apasionado, justo antes de penetrarla con la lengua y gemir al hacerlo. Julienne se movió al mismo ritmo que Lucien, arqueó la espalda y se retorció. Él la lamió con urgencia, prendió fuego al deseo de su esposa de un modo brutal hasta que por fin Julienne sintió los primeros trazos del orgasmo. Levantó la espalda de la cama, su cuerpo se tensó...

Lucien se apartó al instante.

—¡Maldito seas! —exclamó apretando los ojos mientras su cuerpo temblaba del deseo insatisfecho.

Él se rio en voz baja.

—¿Crees que ésta es forma de hablarle a tu marido?

Julienne abrió los ojos al notar que él la cubría con su cuerpo.

—Te necesito mucho —le susurró ella—. Me moriré si no me posees. —Le temblaba todo el cuerpo, había llegado al borde del orgasmo y él se lo había negado.

—Te amo —confesó él con la voz trémula. Y entonces entró en ella; la punta de la erección se deslizó despacio para ir ensanchándola, para advertirle de lo que iba a venir a continuación.

Julienne separó más las piernas y movió las caderas impaciente, y, sin más preámbulos, Lucien la penetró hasta que no pudo ir más allá. Apretó las nalgas y se quedó completamente inmóvil, llenándola, hasta que eliminó cualquier duda de que ella le pertenecía.

Ella aguantó la respiración maravillada, apenas había sentido dolor. Sencillamente, se sentía llena y caliente; tenía la piel cubierta por una fina capa de sudor y su cuerpo temblaba alrededor de la polla que tenía dentro.

Gotas de sudor resbalaban por la frente de Lucien hasta caer en los pechos de Julienne. Él apretó los dientes y se retiró un poco a pesar de las protestas de ella, y después volvió a moverse hacia delante. Lucien movió las caderas rozando los muslos de Julienne, entraba y salía despacio de

dentro de ella, relajándola y excitándola.

—Dios, Julienne —gimió—, estoy tan bien dentro de ti...

Ella se movió un poco para estar más cómoda y él soltó una maldición. Sorprendida, volvió a quedarse quieta y él la colocó como quería; le levantó una pierna para separárselas más y se echó hacia atrás para volver a penetrarla con tanta fuerza que ella gritó de placer.

Ya no hubo más caricias tiernas. Lucien sencillamente no era capaz de seguir conteniéndose. Entró dentro de Julienne y le sujetó las caderas en la cama cuando ella intentó moverse. Julienne sabía por qué él se había preocupado tanto de excitarla. Él sabía, como sólo podía saberlo un gran amante, que cuando entrase dentro de ella perdería el control. La necesitaba demasiado, había contenido sus instintos durante demasiado tiempo. Lo único que podía hacer Julienne era gemir y dejarse llevar por él, abrazarse al placer de su marido mientras su miembro entraba y salía de su cuerpo con un frenesí casi animal.

A Julienne le gustó mucho, creyó que estaba a punto de morir.

—Eres mía —rugió Lucien, feliz por poder decirlo. Desde que la vio por primera vez, había querido estar así con ella. Había soñado con tenerla debajo de él, suya en todos los sentidos.

Se hundió en ella, apretó los dientes para contener el placer que amenazaba con derrotarlo. Julienne estaba caliente, aprisionada, y se movía bajo su cuerpo, gemía, pronunciaba su nombre de un modo que hacía imposible que pudiese ir más despacio o tratarla con ternura. Pero ella no estaba asustada, y tampoco era tímida. Su preciosa y dulce Julienne. Ella fue al encuentro de sus caderas; el deseo que fluía por su sexo le envolvía el miembro y le quemaba.

—Eso es —la animó con una voz apenas reconocible. Empujó más rápido, con más impulso, hasta que la penetró con tanta fuerza que la levantó de la cama.

Y entonces ella se tensó, arqueó la espalda, su sexo presionó con tanto anhelo alrededor del miembro que Lucien se detuvo. Abrió los ojos y lo miró.

—¡Te amo! —exclamó al alcanzar el orgasmo y empaparle, pidiéndole a cambio su semen, que él le dio. La llenó tanto como pudo, la marcó de un modo mucho más primitivo que la alianza que llevaba en la mano. Lucien echó la cabeza hacia atrás y gritó el nombre de ella convencido de que nunca había sido tan feliz.

Cuando pudo volver a moverse, Lucien se tumbó en la cama llevándose a su esposa con él. Ella lo cubrió con su cuerpo, lánguida y relajada. Él le acarició la espalda y la ayudó a que dejase de temblar. Le murmuró que la amaba, que la deseaba, le dijo todas las cosas que jamás había podido decirle. Le confesó que adoraba el perfume de su pelo y que su sonrisa le parecía hermosa. Le dijo que soñaba con ella y que la amaba desde lo más profundo de su alma. Le dijo que le daría el mundo, porque ella había renunciado al suyo para estar con él...

—¿Cariño? —la voz de Julienne apenas era un susurro, y el miembro de Lucien se excitó al comprobar que había dado placer a su esposa.

Lucien sonrió al oír que lo llamaba de esa manera y la felicidad en estado puro circuló por sus venas. ¿Había estado a punto de renunciar a esto? Pensó en la maldita lista que había ordenado confeccionar de posibles maridos para Julienne y tuvo que reconocer que se había comportado como un idiota. Gracias a Dios que Julienne no le había dado por perdido.

—¿Sí, amor mío?

Él volvía a estar excitado: el calor que desprendía el cuerpo de su esposa tumbada encima de él había vuelto a despertar su deseo. Pero probablemente estaría dolorida y cansada. Podía esperar, se dijo, ahora le pertenecía. Tenía toda la vida para estar con ella, para hacerle el amor.

Julienne levantó la cabeza de su torso y le sonrió seductora.

—Eres tan dulce, amor, me dices unas cosas tan bonitas. Jamás me había imaginado que podías llegar a ser tan romántico. —Le apartó el pelo que el sudor le había pegado a la frente—. Pero si no te importa, ya me dirás mañana cuánto me quieres... Ahora demuéstremelo.

Y con una risa rebotante de felicidad, Lucien no tardó ni un segundo en demostrárselo.

SU LOCA EXCELENCIA



Debyshire, diciembre de 1814

Cochambrosa.

Para Hugh La Coeur ése era el mejor adjetivo para describir la mansión que había en lo alto de la colina. En circunstancias normales, el blanco immaculado de la nieve fresca dotaba de cierta paz y tranquilidad cualquier paisaje, excepto el que Hugh tenía ahora delante. Ni siquiera la belleza del invierno podía ocultar el pésimo estado de conservación en que se encontraba el lugar.

Dudó un instante y resopló molesto por tener que acudir a una finca tan decrepita. Las nubes que se cernían en lo alto de su cabeza no auguraban nada bueno y el cielo también se estaba oscureciendo por otra razón: el día había llegado a su fin. Si retrocedía por donde había venido, tendría que enfrentarse a la nieve sin una antorcha, así que se obligó a seguir. Si la situación no fuera tan extrema, cabalgaría en busca de una casa cuyo aspecto le resultase más acogedor, pero estaba desesperado y, a juzgar por el humo que salía por una de las chimeneas, la mansión estaba habitada. Tenía la ayuda al alcance de la mano y no podía ignorarla, por mucho que lo desease.

Ató las riendas de uno de los preciosos caballos que habían tirado de su carruaje a la anilla de metal que colgaba de un pilar cercano. Éste había sujetado antaño una verja, que ahora brillaba por su ausencia. Una de las puertas de la antigua verja seguía precariamente en pie y la otra yacía tumbada en medio del hielo.

—Espantoso —farfulló Hugh a su caballo mientras se abría paso por la abertura y enfilaba el camino que conducía a la mansión.

Observó los alrededores con morbosa fascinación. Le resultó muy fácil imaginarse lo magnífica que habría sido esa propiedad antaño, una mansión que probablemente había llenado de orgullo a sus aristócratas ocupantes. Pero el destino había asestado un golpe cruel a su noble propietario y al resto de su familia. Era obvio que hacía años que nadie se ocupaba del lugar. Las enredaderas llevaban muertas desde hacía tiempo y se aferraban a los ladrillos del exterior. Partes que antes debían de haber resplandecido cubiertas de pintura estaban ahora resquebrajadas y secas.

Se levantó viento y suaves copos de nieve revolotearon por encima de las botas Hessians de Hugh. El pelo le tapó la frente; el sombrero hacía rato que lo había perdido en una zanja. La tormenta no tardaría en llegar. Alargó sus pasos, tenía que darse prisa.

Llegó a la puerta y levantó el maltrecho picaporte en forma de cabeza de león. El sonido resonó escabroso y Hugh sintió un escalofrío. ¡Era conde, por Dios! Ostentaba el prestigioso, aunque algo escandaloso, título de conde de Montrose, un apellido antiguo que acarreaba riqueza y prestigio. Ello debería colocarle por encima de esos miedos infantiles pero, a decir verdad, la mansión parecía estar encantada y el terrorífico ambiente que la rodeaba le daba muy mala espina.

La puerta se abrió chirriando y con extrema lentitud, y Hugh estuvo a punto de salir corriendo sin importarle la maldita tormenta. Apareció un mayordomo encorvado y tan decrepito como la mansión en la que servía.

—¿Sí? —le preguntó el anciano de voz grave.

Hugh le entregó su tarjeta de visita.

—¿Está el señor en casa?

El mayordomo entrecerró los ojos para adivinar la caligrafía. Se acercó la tarjeta a un ojo que le sobresalía y después bajó la mano con un bufido. El sirviente señaló detrás de Hugh.

—Le encontrará en el cementerio que hay detrás de usted.

Antes de que Hugh pudiese reaccionar, la puerta empezó a cerrarse en sus narices. Recurriendo a su agilidad pugilística, entró en el salón antes de que la hoja alcanzase su destino. El mayordomo se giró, chocó contra el torso de Hugh y gritó aterrorizado.

Hugh miró el cielo, resignado, y tranquilizó al anciano.

—Escúcheme, amigo. Yo tengo tan pocas ganas de quedarme aquí como usted de que me quede, pero necesito ayuda. Si me la presta, probablemente pueda seguir con mi camino.

El mayordomo lo observó de cerca con su enorme ojo azul.

—¿Qué necesita, amigo?

—Puede dirigirse a mí como «milord» —lo corrigió Hugh mirando la tarjeta de visita que ahora estaba arrugada entre los dedos del otro hombre—. ¿Cómo se llama?

El sirviente se tensó.

—Artemis.

—Muy bien, Artemis. ¿Hay alguien más aquí, algún otro hombre? —Hugh miró a su alrededor—. Hombres con cierta fuerza física, quiero decir.

Artemis estudió a Hugh con descarada suspicacia.

—Enry es un chico muy fuerte que suele estar por los establos. Y Tom normalmente ayuda en la cocina.

—Excelente. —Hugh suspiró aliviado—. ¿Y sería posible encontrar algún caballo decente por aquí? —A medida que terminaba la pregunta, supo que estaba pidiendo demasiado, teniendo en cuenta el estado en que se encontraba la mansión.

—¡Por supuesto! —exclamó ofendido el anciano—. Su excelencia tiene los mejores caballos que ha visto nunca.

Hugh se detuvo un instante y diseccionó la información que había conseguido reunir hasta el momento. Su excelencia estaba en el cementerio, por lo que su otra excelencia debía de ser viuda. No había muchas duquesas en la alta sociedad, y muy pocas eran viudas, y la única que podía ser la propietaria de esa ruinosa finca era...

—¿Su loca excelencia? —¡Joder, qué mala suerte!

—Tranquilo —advirtió Artemis—, aquí no nos gusta que la llamen así.

Hugh se aclaró la garganta. Iba a irse de allí. Ahora mismo.

—Bueno, estoy seguro de que a su excelencia no le importará prestarme uno de sus...

—No puede entrar aquí y coger uno de los caballos de su excelencia como si nada. —El mayordomo se irguió tanto como pudo—. ¡Primero tiene que pedirselo!

—¿Pedírselo a ella? Dios santo, ¿su excelencia vive aquí? —Ese lugar no era apropiado para nadie, humano o animal, y mucho menos para una duquesa.

—Claro. ¿Dónde iba a vivir si no? —Artemis sorbió por la nariz.

Hugh arqueó una ceja.

—Claro, ¿dónde iba a vivir?

—Venga conmigo, capitán —le dijo el sirviente cogiendo un candelabro para iluminar el camino—. Puede esperar en el salón mientras le digo a su excelencia que está aquí.

Abrió la doble puerta que tenía a la derecha y le indicó impaciente que entrase, le pasó el

candelabro sin ningún reparo y se fue.

Hugh se adentró en la habitación y giró sobresaltado cuando la puerta se cerró de golpe tras él.

—Un servicio pésimo —farfulló mirando a su alrededor.

No había ninguna otra vela encendida y la chimenea estaba apagada. Todos los muebles estaban cubiertos con sábanas llenas de polvo. Incluso el retrato que colgaba encima de la chimenea permanecía oculto. Hugh dejó la única fuente de luz que tenía encima de la mesa y se dispuso a encender el fuego.

Sin dejar de quejarse por todo, inspeccionó el cubo del carbón y le sorprendió comprobar que estaba lleno. En cuestión de minutos tuvo el fuego encendido. Se incorporó y se limpió las manos en la sábana cubierta de polvo que tenía más cerca.

«De todos los sitios donde podría haber ido a parar, ¿por qué he tenido que venir a éste?»

Hugh se frotó el entrecejo e intentó recordar qué había oído acerca de la duquesa viuda de Glenmoore. El viejo duque había escandalizado a todo el mundo fugándose pocos años atrás con la que se convirtió en su segunda esposa. Y entonces el duque provocó otro escándalo aún mayor muriéndose apenas unas semanas después de la boda.

Se había especulado muchísimo acerca de si la nueva duquesa había tenido algo que ver con el fallecimiento de su esposo. El nuevo duque de Glenmoore se distanció de inmediato de su madrastra y la instaló en una de sus propiedades más alejadas, donde se rumoreaba que se pasaba el día asustando a sus desafortunados visitantes, como Hugh, por ejemplo. El extraño comportamiento de la duquesa había logrado que se ganase el apodo de su loca excelencia.

Un ruido extraño captó su atención y lo alejó de sus pensamientos. Hugh aguantó la respiración al notar que se acercaba hacia él a medida que subía de volumen.

La puerta se abrió, las bisagras chirrearon por falta de aceite y la porcelana tintineó. Abrió los ojos atónito ante la visión que apareció en sus ojos.

Una joven de brazos delgados sujetaba una pesada bandeja con un servicio de té. Las piezas que formaban la vajilla no se mantenían firmes y se tambaleaban peligrosamente en la bandeja. Hugh no había visto nunca nada tan lamentable y aguantó el aliento convencido de que de un momento a otro las tazas, los platos y la tetera irían a parar al suelo.

Ella sollozó de repente, y el sonido hizo reaccionar a Hugh y ponerse en acción. Eliminó el espacio que los separaba, le cogió la bandeja de las manos y la dejó en la mesa. Después se giró hacia la doncella y vio que temblaba de la cabeza a los pies, como si estuviese de pie dentro de un carruaje atravesando un camino lleno de baches. Era guapa, aunque de un modo sencillo y sin aspavientos, con el pelo castaño que revoloteaba alrededor de su rostro y los ojos de un azul muy pálido. Le ofreció una sonrisa tan trémula como el resto de su cuerpo.

Hugh escondió su propia reacción con experto disimulo y llegó a la conclusión de que la joven debía de sufrir alguna afección nerviosa. Era comprensible, teniendo en cuenta el lugar donde vivía y cómo se ganaba la vida.

Ella tartamudeó algo incomprensible, se inclinó de un modo extraño haciendo algo que pretendía ser una reverencia y salió corriendo del salón como si Hugh tuviese una enfermedad contagiosa.

Sacudió la cabeza confuso. ¿Todos los sirvientes de esa casa estaban mal de la cabeza?

Desvió la mirada hacia la bandeja y comprobó aliviado que el té estaba a salvo. Se lo sirvió y lo bebió, agradecido de quitarse de encima aquel frío que le había calado hasta los huesos. Estuvo esperando mucho rato; casi había vaciado la tetera cuando la puerta volvió a abrirse.

Hugh giró el rostro en busca de la nueva visita y quedó tan fascinado con la elegancia de

movimientos de la recién llegada que se olvidó de dejar la taza en el plato y se limitó a mirarla.

Iba vestida toda de negro, de la cabeza a los pies, ocultaba el rostro tras unas puntas de seda. La duquesa entró apresurada y se detuvo del mismo modo. Se quedó a unos pasos de distancia. Era bajita y delgada. El vestido que llevaba se confundía con las sombras del salón y, por culpa de eso, Hugh apenas podía verla, pero había algo en ella que le impactó. Su cuerpo reaccionó tensándose, endureciéndose, y los dedos con los que sujetaba la taza ejercieron demasiada fuerza sobre la cerámica. El sudor le empapó la frente a pesar del frío. Aquel estado no se debía a los nervios ni tampoco al miedo. No, se debía a algo mucho peor...

Dios santo, ¡se estaba excitando!

Miró horrorizado la taza de té que tenía en la mano y llegó a la conclusión de que la locura debía de contagiarse a través del agua. Hugh soltó tan rápido la taza en el plato que el líquido que quedaba se desbordó y manchó el mantel polvoriento que había en la mesa.

—¿Le pasa algo malo al té? —le preguntó la duquesa con la voz amortiguada por el velo.

—No. —Sacudió la cabeza—. Siento haber...

—¿Qué quiere? —le interrumpió de repente.

—¿Disculpe? —Él, el hombre de agudo ingenio y respuesta sarcástica inmediata, no sabía qué decir. Su cerebro todavía estaba intentando entender por qué su cuerpo estaba desesperado por poseer a esa mujer tan mayor que probablemente estaba chiflada.

—¿A qué ha venido? —repitió despacio, como si fuese él quien sufriese alguna enfermedad mental—. ¿Qué ha venido a buscar?

Hugh intentó centrarse.

—A mi carruaje se le ha roto una rueda al quedar atrapado en una raíz. Necesitaría utilizar sus...

—Lo lamento mucho, pero no puedo ayudarlo. —Salió del salón tan rápido como lo había hecho antes la doncella.

Atónito, Hugh supo sin lugar a dudas que algún veneno muy potente contaminaba el agua de esa zona. No había otra explicación posible. Acalorado, desorientado y cada vez más enfadado, se acercó a la puerta y la abrió de golpe, y siguió a la mujer vestida de negro que se alejaba corriendo.

—Oh, excelencia —la llamó con fingida cortesía—. Si me permite un momento más, por favor.

Ella aceleró el paso. Y él también.

Las piernas de Hugh eran más largas.

Ella llegó a la escalera y se sujetó la falda. Hugh se lanzó hacia delante para agarrarla por el codo. Ella se sobresaltó. Él también, pero consiguió disimularlo. El brazo que estaba tocando era firme y podía sentir su curva bajo los dedos. No era para nada como se lo había imaginado.

—Tal vez me ha malinterpretado —le dijo Hugh cortante cuando ella giró el rostro oculto tras el velo hacia él—. No se lo estaba pidiendo.

Ella se tensó.

—Usted está enferma, eso lo entiendo. —Entrecerró los ojos en un intento de vislumbrar el rostro de ella a través del velo—. Me imagino que no es consciente de que se está acercando una tormenta y que éste es uno de los inviernos más fríos que se recuerdan. Mi sirviente se ha roto el brazo al caer del carruaje y uno de mis caballos cojea...

—¿Cojea? —repitió tensa.

«¡Ah!» De repente recordó que el viejo Artemis le había dicho que su excelencia adoraba los caballos. Y siendo un cretino como era, Hugh no dudó en aprovecharse de ello.

—Sí, cojea. Estoy seguro de que el animal se recuperará si recibe la atención adecuada y descansa un poco. Igual que el lacayo, si también recibe atención y descansa. —Le soltó el brazo y

dio un paso hacia atrás, decidido a perseguirla si volvía a huir—. No he tenido tiempo de encontrar otro lugar al que acudir, excelencia. Soy el conde de Montrose, no un vulgar ladrón que ha venido a robarle. Le devolveré los caballos en cuanto pueda, puede contar con ello.

Ella se quedó en silencio un largo rato. Hugh pensó que se debía a que el malogrado cerebro de la dama tardaba su tiempo en formular una frase. Por fin asintió, insinuándole con el gesto que iba a ayudarlo, y después subió la escalera con una agilidad nada propia de una mujer de su edad.

Aliviado, Hugh se dio media vuelta y llamó a Artemis. No tenía ni idea de si la locura era permanente o transitoria, pero en ningún caso quería quedarse y contagiarse.

—Ve con él.

Charlotte observó por la ventana del piso superior cómo el atractivo conde ataba los caballos a una carreta. Era un hombre muy alto, de espalda ancha y con un pelo precioso color miel. Estaba de pie en medio de la nieve. Su elegante traje desprendía poder al moverse y los hombros se flexionaban bajo el abrigo de terciopelo. Desde allí no podía verle la cara, pero adivinó que era muy atractivo. O al menos esperaba que lo fuera. Un hombre bendecido con un físico tan espectacular debía tener un rostro a juego.

—No sería apropiado.

—¿Y a quién le importa lo que es o no apropiado? —La respuesta fue acompañada de risas—. Nunca hemos hecho nada apropiado. Y el conde parece muy... interesante.

«¿Interesante?» Sí, seguro que lo era. Hacía tanto tiempo que no hablaba con alguien de su edad. Cada día se repetía a sí misma que era feliz con la vida que llevaba en la casa, pero a veces, como anoche, deseaba que las cosas fueran distintas.

Charlotte se dio media vuelta y dejó caer la cortina de terciopelo en su lugar. Dejó vagar la mirada por el impecable y muy bien conservado dormitorio —las paredes cubiertas de damasco, los muebles Chippendale— antes de detenerla en la persona que la estaba contemplando con una ceja enarcada.

—No lo sé. Me gustaría ayudarle, pero cuanto más le ayudemos, más puede descubrir sobre nosotras.

—Entonces, manténle ocupado. No podemos dejarle fuera con este frío. El caballo está lesionado y debemos atenderle. El lacayo también necesita cuidados. Se morirán allí fuera, y ni tú ni yo podremos vivir con sus muertes en nuestra conciencia. Has protegido nuestro secreto durante años. Tengo plena confianza en ti y sé que puedes seguir haciéndolo.

Charlotte se acercó al armario, abrió las puertas de caoba y sacó un vestido de noche que depositó con cuidado en la cama.

—Sigo pensando que es mala idea. Las órdenes del duque fueron muy claras. Pueden ayudarle los demás y asegurarse de que se vaya cuando esté listo.

—Ni Henry ni Tom saben vendar un hueso roto, y tú lo sabes mejor que nadie. Vamos, ve. A ti los caballos se te dan extraordinariamente bien. El conde necesita tu ayuda.

—¡Pero es muy tarde! —protestó.

—Excusas, excusas. No es tan tarde y, dado que no podemos correr el riesgo de que Montrose me vea, no cenaré con él, así que ya puedes guardar eso. Vas a tener que distraerle tú sola, aunque eso ya lo sabías. Y ahora date prisa y cámbiate antes de que tengas que salir corriendo tras él.

—Si insistes —suspiró Charlotte.

—Insisto.

Hugh maldijo a las fuerzas del destino que le había dejado a la intemperie con ese maldito tiempo y ajustó los arneses antes de levantar de nuevo la vista hacia el cielo. Oscurecía muy rápido y las nubes de tormenta se acercaban a una velocidad vertiginosa. Estaba preocupado por el lacayo que se había roto el brazo y por el caballo. Atreverse a viajar con ese tiempo había sido una temeridad, pero su hermana Julienne le había invitado a pasar las vacaciones con ellos. Al principio, declinó la invitación pero en un ataque de aburrimiento cambió de opinión y decidió ir de todas formas.

Y éste era el resultado, evidentemente. Seguro que Julienne le diría que era culpa suya por haber gestionado los acontecimientos relacionados con ese viaje con tanta irresponsabilidad. Tendría que haberle escrito, y así Julienne estaría pendiente de su llegada y saldría a buscarlo. No debería haber tardado tanto en salir de casa. Debería haberse detenido en un hostel en cuanto vio que el tiempo empeoraba. Y debería haber comprado un carruaje más seguro, en vez de uno diseñado para presumir. Su hermana tendría razón en todos y cada uno de sus comentarios, como siempre. Un día de éstos le gustaría demostrarle a Julienne que se equivocaba. Les gustaría demostrarles a ambos, a ella y a sí mismo, que era capaz de ocuparse de los asuntos de la familia. Que era un hombre en el que se podía confiar.

Hugh levantó la cabeza y vio a dos hombres acercándose a él con mantas y petacas llenas de alcohol para hacer entrar en calor a los sirvientes. Eran unos chicos muy fornidos, tal como él había pedido, aunque uno tartamudeaba sin remedio y el otro tenía un ojo vago. A pesar de ello, eran perfectos para lo que necesitaba y los dos parecían estar más que dispuestos a ayudarle. No les culpaba: si él estuviera en su lugar, también aprovecharía cualquier excusa para salir un rato de esa finca tan cochambrosa.

El relincho de un caballo detrás de él lo llevó a girarse. Levantó la vista del suelo cubierto de nieve y se encontró con las patas de un enorme corcel. Se quedó boquiabierto al ver las piernas torneadas que flanqueaban el torso del animal; el pantalón estaba parcialmente oculto tras un abrigo, y unos preciosos ojos verdes, enmarcados por una impresionante melena pelirroja, le estaban mirando. Hugh se quedó sin aliento, fue incapaz de hablar y volvió a pensar que no tendría que haberse bebido aquel maldito té porque era imposible que el jinete que montaba aquel caballo fuese una mujer. ¡Una mujer que llevaba pantalón!

—Milord. —La fabulosa visión lo saludó desde lo alto de la montura. Y era una mujer. Ningún hombre podría resistirse a aquel rostro tan hermoso, a esa voz tan sensual que debería reservarse para el dormitorio. Una voz que lo rodeó en medio del anochecer y que le hizo arder la sangre.

Cerró la boca de golpe.

—¿Tú eres...? —le preguntó con mala educación. Hugh era consciente de que acababa de perder los buenos modales, pero todo el mundo tenía un límite y él ya había sobrevivido a demasiados incidentes extraños por un día, por no mencionar todo lo que le había sucedido esa tarde.

—Charlotte —contestó ella, como si su nombre fuese explicación suficiente.

—Claro.

Hugh frunció el cejó y entrecerró la mirada para recorrer el cuerpo de ella por segunda vez. El atuendo masculino resaltaba hasta la última curva de sus piernas. La chaqueta de montar, aunque estaba algo pasada de moda, se pegaba a sus pechos y le marcaba la cintura. De repente tuvo mucho calor, a pesar de que pocos segundos antes había estado temblando de frío. La observó con detenimiento y se fijó en que ella montaba a la perfección y mantenía la cabeza bien alta.

—¿Qué motivo te ha llevado a salir a cabalgar con este mal tiempo?

—He venido a ayudarle, milord.

—Claro. —Debería seguir discutiendo con ella, y lo haría en cuanto su cerebro volviese a funcionar. De momento estaba ocupado mirando a la impresionante pelirroja que tenía delante, montada sobre un caballo con pantalones de hombre.

Charlotte no era jovencita, pero tampoco era mayor. Él le pondría unos veinticinco años. Poseía una belleza clásica y la piel tan blanca como la porcelana. Tenía la boca grande, demasiado dirían algunos, y los labios gruesos y carnales. Los ojos eran de un precioso color verde y lo miraban con una franqueza que Hugh tuvo que admirar.

—¿Quién eres? —le preguntó.

Esos labios tan infinitamente besables esbozaron una sonrisa y a él se le retorcieron las entrañas. Si le hubiese sucedido unos instantes atrás, se habría preocupado. Ahora sencillamente estaba resignado. Al parecer le excitaban todas las mujeres de esa casa.

—Creía que eso ya lo habíamos resuelto —murmuró ella acariciándole con la voz ronca, amenazándole con hacerle pasar de excitado a completamente erecto.

—¿Una sirvienta?

—Umm... Digamos que soy una dama de compañía y que me han pedido que le acompañe.

—¿Con qué objetivo? —se burló—. Tengo que darme prisa si quiero llegar a la siguiente posada antes de que anochezca.

—Ya es demasiado tarde para eso, milord. Tendrá que pasar aquí la noche, y tal vez quedarse hasta que amaine la tormenta. A juzgar por el color del cielo promete ser muy violenta —se rio. Y a él le tembló la erección.

—¡Maldita sea! —Hacía años que no sufría erecciones inoportunas e involuntarias, y sin embargo esa mujer lo tenía al límite, a punto de romper los pantalones, sólo con reírse.

Ella abrió los ojos al oír la maldición.

—Mis disculpas —le pidió de inmediato—. Al parecer he perdido los modales. —«Junto con el sentido común a medida que va pasando el día y voy conociendo a gente extraña», se dijo—. No puedo quedarme a pasar aquí la noche.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no? —repitió él.

—Eso es lo que le he preguntado —dijo ella distante—. ¿Por qué no puede quedarse?

—No hay sitio —señaló.

—Hay mucho sitio. La mansión es muy grande.

Hugh la miró con el ceño fruncido.

—¿Cuántas habitaciones son habitables?

Charlotte se rio. Hugh se quedó cautivado, y en aquel preciso instante decidió que la haría suya. La tormenta que acababa de maldecir había pasado a ser una bendición. El mal tiempo iba a encerrarlos juntos en una casa, brindándole la oportunidad de seducirla y de acostarse con ella. Su humor mejoró considerablemente. A diferencia del resto de su vida, en la cama siempre sabía lo que se hacía.

—Oh, milord. No se deje engañar por las apariencias. Hay muchas habitaciones habitables, limpias y listas para recibir a cualquier invitado.

Arqueó una ceja incrédulo.

—Se lo aseguro. —Tiró de las riendas con seguridad y aquel caballo enorme se dirigió hacia la media verja que quedaba—. Deberíamos darnos prisa.

—¿Y cómo pretendes ayudarme exactamente? —le preguntó Hugh saltando encima de la

banqueta de la carreta mientras los otros dos hombres se sentaban en la parte posterior.

Ella palmeó la alforja que él no había visto antes porque estaba demasiado distraído.

—Me han dicho que su lacayo se ha roto un brazo. Yo puedo curárselo mientras usted se ocupa de la rueda del carruaje.

Hugh asintió resignado. Les ahorraría tiempo y, si al final, no conseguía curar a John, al menos habría tenido el placer de su compañía durante todo ese rato y podría seguir mirándola. Era imposible que existiera un hombre que la viera con esos pantalones y pudiera dejar de pensar en ella.

Sacudió las riendas de los caballos y la carreta siguió adelante. Charlotte se colocó a su lado y dejó que Hugh los guiase.

Las manos de Charlotte temblaban al sujetar las riendas.

Nunca nadie la había observado con tanto interés, de un modo que le hacía arder la piel y que le provocaba un cosquilleo en las palmas de las manos. Ella no era ninguna ingenua; al fin y al cabo, su belleza física había sido su principal fuente de ingresos durante años. Pero cuando los cálidos ojos marrones de Montrose la miraron sintió algo completamente nuevo. Sintió que él la miraba de verdad, que alguien la veía por primera vez en mucho tiempo.

Montrose se mostró indiferente, pero ella no se dejó engañar. La había mirado intensamente y le había gustado lo que veía. Y a ella le había parecido muy emocionante. Y excitante. Charlotte quería que el guapo y descaradamente libertino conde volviese a desnudarla con la mirada.

Había deseado que él tuviese un rostro atractivo, pero la realidad era mucho más devastadora de lo que se había imaginado. En las facciones de Montrose no había rastros del hastío y la perdición propios de los hombres con tendencia los excesos. Montrose era, en realidad, joven, y estaba muy en forma. Más que eso. Era fuerte, musculoso, viril. Muy viril.

Llevaba un traje muy sobrio, en exceso discreto, lo que era un acierto porque poseía belleza física de sobra; sería demasiado que además la adornase.

Existían diversas formas de arrogancia masculina: una era la arrogancia que se basaba en la riqueza y en los privilegios; otra era la que partía de la inteligencia, y otra la que utilizaba el atractivo. El conde de Montrose poseía las tres en mayor o menor medida, y quizá alguna más. La intensidad de su mirada, el modo en que apretaba el arnés, la despreocupación y elegancia con la que se movía... todo le delataba. Un hombre que se sentía tan cómodo en su piel lo sabía todo acerca del placer sexual y no dudaba de su capacidad para darlo. Él era un hombre que follaba mucho y bien. Un hombre al que muy pocas mujeres se resistían.

Charlotte lo observó con detenimiento mientras se alejaban por el camino cubierto de nieve y se percató de que sujetaba las riendas con mucha pericia. A ella le gustaban los hombres a los que se les daban bien los caballos porque eran sus animales preferidos. A decir verdad, respetaba a los hombres que habían dedicado parte de su tiempo en convertirse en expertos en las cosas que les gustaban. Y Montrose era de éstos.

Levantó la vista hacia el cielo, que se oscurecía con rapidez. Sí, sin duda el conde iba a tener que quedarse a dormir con ellos y, a juzgar por cómo soplaba el viento, tal vez tendría que quedarse unos días más. Las tormentas de nieve podían durar varios días, y los caminos quedaban intransitables durante semanas.

Iba a tener que ser cauta, o de lo contrario Montrose averiguaría más de lo que ella quería que supiera. Tendría que mantenerlo ocupado para que no se aburriera y sintiese la tentación de husmear.

Y esa idea le gustaba mucho más de lo que debería.



—¿Se recuperará?

Hugh giró el rostro y vio a la preciosa Charlotte apoyada en la puerta del establo.

—Espero que sí. Sólo es un esguince, creo.

Volvió a centrar toda la atención en la tarea que tenía entre manos y siguió masajeando el unguento en las patas delanteras de uno de los alazanes de su carruaje. A diferencia de la casa residencial, los establos estaban bien cuidados y en perfecto estado, y mantenían una temperatura excelente. A Hugh no le sorprendió lo más mínimo.

—Permítame que le eche un vistazo —murmuró ella al acercarse.

Dentro de la pequeña cuadra en la que estaba instalado el animal, Hugh no pudo esquivarla. Charlotte se deslizó por entre el lugar donde él estaba arrodillado y el caballo, y los pantalones se pegaron deliciosamente a su trasero. A él se le secó la boca al verlo, y el cuerpo entero se le tensó al oler el perfume de ella, una suave mezcla de flores le embargó los sentidos.

—Coincido con usted. —Colocó las diminutas manos sobre los arañazos y el animal respiró por las fosas nasales. Al ver las manos de Charlotte acariciando el caballo, Hugh tuvo que tragar saliva. Ella no estaba haciendo nada inusual y, sin embargo, el interés que había despertado en él sí que lo era y hacía que cada uno de sus movimientos le resultase extremadamente erótico.

Antes, mientras bajaba el equipaje del carruaje accidentado, Hugh no había podido dejar de mirar la melena de la pelirroja que estaba curando el brazo roto de su lacayo. Se movía muy segura de sí misma, y había algo en su comportamiento que dejaba claro que tenía la situación bajo control, y la admiraba por ello. Él se había pasado la vida entera intentando sentir esa clase de seguridad en sí mismo, pero en Charlotte parecía innata.

La gran mayoría de las mujeres que él conocía jamás podrían ayudar a nadie, pero la ayuda de Charlotte había sido inestimable. Gracias a ella habían terminado más rápido y habían podido regresar a la finca de Kent a tiempo. El viento soplaba a su alrededor con tanta fuerza que no podía ver nada. Incluso ahora, los preciosos rizos rojos de Charlotte seguían empapados porque la nieve que los cubría se fundía con el calor del establo.

—No tendrías que haber venido —le dijo él.

—Quería asegurarme de que había encontrado el unguento. —Todavía de rodillas, ella se giró a mirarlo y detuvo la boca a escasos centímetros de la de él. Tenía la nariz salpicada de pecas, una cruz para muchas mujeres, pero un detalle que a él siempre le había parecido encantador.

La observó confuso, en busca de algún motivo que explicase por qué le resultaba tan deseable. Charlotte era guapa, sí, pero él estaba acostumbrado a ver mujeres bellas. Que llevase pantalones podría explicar su permanente erección, aunque a él la ropa masculina nunca le había resultado especialmente atractiva. Seguro que su cuñado le llevaría la contraria.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó.

Ella arqueó una ceja.

—Ya se lo he...

—No. No me refiero a los establos, me refiero a aquí, en Derbyshire.

Charlotte se sentó en suelo y cruzó las piernas. Hugh hizo lo mismo.

—Crecí aquí. Me fui durante una época, pero ahora he vuelto.

—¿Tu familia está aquí?

Hugh cogió una toalla que había cerca y se limpió el ungüento de las manos. Entonces cogió las manos de ella y también las limpió. Notó las asperezas y vio las manchas de tinta que le cubrían los dedos. Llevaba las uñas cortas y limpias, sin rastro de vanidad, igual que su comportamiento.

—No —murmuró ella casi sin aliento—. No tengo familia.

Terminó de limpiarla con la toalla y la dejó a un lado, pero retuvo las manos de ella entre las suyas. Charlotte no protestó, y él dio gracias porque no lo hiciera. Le gustaba tocarla, le gustaba el modo en que su propio cuerpo reaccionaba, como si estuviese despertando sensualmente.

—Háblame de la duquesa.

Si no le hubiese estado sujetando la mano, no se habría dado cuenta de que se tensaba al oír la pregunta. Que ella tuviese tanta práctica en ocultar sus emociones le intrigó. Era demasiado joven para ser tan experta en el arte de la evasión.

—¿Qué quiere saber? —le preguntó apartando la mirada.

—Mejor di qué no quiero saber. —Hugh se burló de sí mismo—. ¿De verdad está loca como dicen? ¿Te trata mal? ¿Por qué tiene que vivir así? Los caballos viven mejor que vosotros. ¿Por qué...?

Charlotte le tapó la boca con una mano.

—No, no, y porque no tiene elección. —Se puso en pie y tiró de él con la mano que tenían entrelazadas. Hugh se levantó.

—Permítame que le acompañe a sus aposentos, milord. Ya verá que las cosas no están tan mal como parece a simple vista.

—Estás esquivando mis preguntas.

Ella le sonrió, con una poderosa mezcla de dulzura y tentación, y a Hugh se le encogió el estómago.

—No es verdad —le aseguró soltándole la mano—. Lo único que pasa es que hay preguntas que no quiero contestar con palabras.

Había una promesa en el fondo de los ojos de ella, una insinuación que le dijo a Hugh que le parecía atractivo. Le alegró que así fuera, le facilitaría mucho conseguir su objetivo. Hacía un frío de mil demonios e iba a tener que quedarse encerrado en esa casa durante días. Si podía pasarse todo ese tiempo en la cama de una mujer hermosa, mucho mejor. Y Hugh deseaba a Charlotte con una intensidad que no había experimentado en mucho tiempo, o nunca.

Se acercó a ella, observó su reacción y sonrió al ver que se quedaba donde estaba con la mirada esmeralda libre de miedo y de suspicacia.

—Gracias por haberme ayudado hoy —murmuró Hugh yendo en busca de su mano.

Charlotte la levantó y, para sorpresa de Hugh, fue al encuentro de la de él.

—No ha sido nada.

—Has estado maravillosa. Has curado las heridas de James y le has colocado el hueso que se le había dislocado... Yo no sé si habría podido hacerlo. —Le pasó el pulgar por el reverso de la mano y la sintió temblar.

—Le sorprenderían las cosas que uno es capaz de hacer cuando apremia la necesidad.

—Lo dices como si hablaras por experiencia.

—Tal vez. —Charlotte ladeó la cabeza y frunció el ceño. Observó a Hugh y él tuvo la sensación de que tal vez veía demasiado—. ¿Usted no?

Hugh se encogió de hombros.

—Nunca he llegado a ese punto en mi vida —confesó en un intento de bromear, pero fracasando estrepitosamente—. Al parecer siempre me rescatan antes.

Ella le apretó la mano para reconfortarlo.

—Yo creo que hoy lo ha hecho bastante bien: ha entrado en la casa y ha conseguido convencer a su excelencia. No ha venido nadie a rescatarle, ni a usted ni a sus sirvientes; lo ha conseguido usted solo.

Hugh levantó las cejas sorprendido.

Charlotte le tocó los labios al adivinar que iba a sonreír y añadió en voz más baja:

—Se me da muy bien juzgar el carácter de las personas, milord, pero con usted me he equivocado.

—¿Ah, sí? ¿En qué sentido?

Ella sonrió igual que él.

—Hoy me siento muy impresionada por usted. Hasta ahora creía que era de la clase de hombre que no necesita oír estas cosas, pero lo necesita.

Y con esa simple frase el agudo deseo que sentía Hugh llegó a su punto de ebullición. De repente, el cálido establo le pareció demasiado caluroso y el aire de alrededor de ellos vibró con energía sexual. Él jamás había sentido nada igual, esa angustia, el fuego avanzando por su piel. Y que lo hubiese causado una simple frase lo tenía muy confuso. Claro que todo lo que le había sucedido a lo largo del día lo tenía confuso.

Charlotte también notó el cambio en el ambiente. Las pupilas se le dilataron y entreabrió los labios. Hugh dio un pequeño paso hacia atrás; no quería precipitarse y asustarla. Ella dio un paso hacia delante y eliminó la distancia que él había creado.

En contra de su sentido común, Hugh tiró de Charlotte y la acercó a él. Al ver que ella caminaba hacia delante por voluntad propia, reevaluó la situación. Charlotte había aceptado sus caricias y sus insinuaciones sin temor. De hecho, ella también le había tocado y también se le había insinuado, un comportamiento que no encajaba con su inocente aspecto exterior.

—Charlotte. —Le acarició la mejilla con la mano que tenía libre y descubrió que era tan suave como se había imaginado—. Eres la criatura más hermosa que he visto nunca.

—Milord...

—Hugh —la corrigió. Él nunca se había sentido cómodo con el título, y en aquel instante creaba una separación entre ellos que no quería recordar que existía. Pertenecían a dos clases sociales opuestas y no deseaba reconocerlo.

Charlotte movió el rostro en busca de la caricia de la mano de él y sonrió.

—Normalmente soy inmune a los encantos de un seductor.

Hugh no negó lo evidente, sino que le pasó el pulgar por los labios.

—Tu boca no es sólo preciosa, es sencillamente perfecta.

Colocó la otra mano en el hombro de Charlotte y la deslizó hacia abajo hasta detenerla al final de la espalda. Ella se acercó a él y sus pechos presionaron el torso de Hugh. Gracias a que Charlotte no llevaba ni enaguas ni falda, Hugh podía sentirla, sentir todo su cuerpo, pero seguía sin ser suficiente.

Inclinó la cabeza despacio, apartó el pulgar decidido a besarla. Tenía una boca tan preciosa, tan sensual, y le había dicho cosas tan maravillosas...

El mordisco nada discreto que le dio su caballo en el hombro lo hizo volver a la realidad y recordar que estaban en un establo y que fuera caía una fuerte tormenta. Durante un instante, Hugh se

planteó la posibilidad de hacer caso omiso a la interrupción y seguir adelante, pero el relincho del animal que tenía detrás le hizo cambiar de opinión.

—Deberíamos volver a la casa —dijo sin ningunas ganas—. Creo que mi caballo está celoso.

Charlotte lo miró confusa y tardó unos segundos en responder, visiblemente afectada por la seducción de Hugh.

—Sí, supongo que será lo mejor.

Notar que ella tampoco tenía ganas de irse hizo más llevadera la casi insoportable frustración de Hugh.

Abandonaron el establo con las manos entrelazadas y atravesaron corriendo el campo hasta llegar a la puerta de la cocina y entrar en la mansión. Estaban empapados y congelados, y la cocinera los miró boquiabierta cuando se metieron en su cocina junto con una ventisca de nieve. A Hugh se le descolocó la mandíbula al ver a esa mujer.

La cocinera era la mujer más alta que había visto nunca. Era impresionantemente alta y tenía los músculos de un estibador. Daba miedo, con sinceridad. Mechones de pelo gris le salían disparados hacia todos lados de la cabeza, y con unos ojos todavía más grises lo recorrió de arriba abajo. Llevaba un resplandeciente cuchillo en una mano y con la otra sujetaba una pobre gallina en el mármol de la cocina. Hugh podría haberse pasado horas allí, plantado en estado de *shock*, pero Charlotte le cogió del brazo y tiró de él hasta hacerlo salir de la habitación.

—Dios santo —farfulló mientras la seguía por la escalera de servicio que conducía al piso superior.

Charlotte, descarada como era, se rio.

—Espera a que llegue la hora de cenar —le prometió—. Quedarás impresionado con ella.

—Ya lo estoy. Nunca antes había visto a una amazona.

Recorrieron varios pasillos y Hugh apenas tuvo tiempo de comprender la distribución del edificio antes de llegar a una habitación enorme y reconfortante gracias al fuego que ardía en la chimenea. Estaba decorada con unos muebles preciosos y completamente impoluta. Era difícil de creer que estuviera en la misma casa en la que había estado unas horas antes.

—¿Por qué no está tan bien conservado el resto de la mansión? —le preguntó mirándola de nuevo.

Charlotte se estremeció en el umbral; tenía el pelo y la ropa cubiertos de nieve que iba derriéndose.

Él le tendió una mano.

—Ven, acércate al fuego.

—Aún no.

El «aún» le inquietó: era una clara insinuación de que en un futuro esperaba estar en esa habitación calentándose junto al fuego. Sus ojos se encontraron: los de él la interrogaron en silencio, los de ella lo miraron abiertos y sinceros.

—Ve a cambiarte, entonces —le dijo Hugh—. Antes de que te mueras de un resfriado. Ya me lo explicarás más tarde, cuando hayas entrado en calor.

Ella asintió.

—Volveré dentro de un rato para acompañarte a cenar.

Hugh arqueó una ceja.

—Te esperaré tanto como sea necesario.

—¿Cuánto rato ha tardado en empezar a hacerte preguntas?

Charlotte suspiró.

—Más del que me había imaginado.

—¿Y qué le has contestado?

—No le he contestado.

—Pero algún día tendrás que hacerlo.

Charlotte asintió y empezó a quitarse la ropa mojada. Tenía la piel de gallina y se acercó al fuego de la chimenea.

—Montrose es muy interesante, tal como sospechabas.

—Y guapo.

—Sí, es muy guapo, y también un seductor. —Sonrió al recordar cómo le había limpiado las manos y la preocupación que había mostrado por el bienestar de su lacayo—. Pero es mucho más agradable de lo que creía. Y un poco vulnerable, y eso sí que nunca me lo habría imaginado. Creía que era uno de esos hombres arrogantes, pero, debajo de su aspecto exterior, creo que incluso duda un poco de sí mismo.

—Oh... ¡Sí que es interesante! Tal vez no sea tan malo que se haya detenido aquí. Tú eres joven y hermosa, y es una lástima que hayas decidido dedicarte a mí en cuerpo y alma. Aunque no te creas que algún día dejaré que te vayas, tú eres la única que evita que me vuelva loca de aburrimiento.

Charlotte se rio.

—No es ningún sacrificio, y lo sabes perfectamente.

—Pero es una vida por completo distinta a la que llevabas.

—Eso no es malo. —Charlotte se hundió en la bañera de agua caliente y siseó de placer—. Mi antigua vida tenía sus ventajas, supongo, pero tenía ganas de cambiar de aires y de encontrar cierta paz.

Pasaron unos minutos en silencio.

—He estado estudiando el mapa mientras no estabas.

Apoyó la cabeza en el respaldo de la bañera y cerró los ojos.

—Estoy harta de quemarme las pupilas inspeccionando ese maldito trozo de papel. Cuando llegue la primavera nos subiremos a un barco e iremos a buscarlo en persona. Tal vez descubriremos algo interesante.

—Su excelencia estaba muy enfermo cuando te dio el mapa —le recordó su joven acompañante—. Tal vez no estaba del todo en sus cabales.

Charlotte se hundió más en el agua. Ella también había considerado esa posibilidad muchas veces. Los libros que Glenmoore les había dejado al morir eran, en el mejor de los casos, crípticos. Y el mapa, aunque mostraba una superficie de agua muy similar a la de otros planos, poseía unas características indescriptibles que todavía no habían logrado descifrar. Pero ¿qué alternativa les quedaba? El nuevo duque de Glenmoore era muy rácano con ellas y...

—¿Te has planteado alguna otra posibilidad? —le preguntó la propietaria de una voz que Charlotte había llegado a adorar.

—No —reconoció—. Pero supongo que tendré que hacerlo muy pronto.

—Bueno, mientras, puedes disfrutar de la compañía del conde. —El sonido de la tela delató que se movía—. Esta noche deberías ponerte este vestido de seda roja. Estás arrebatadora con él. Será imposible que se te resista.

—Él no quiere resistirse —señaló sarcástica. A Charlotte nunca le habían gustado los hombres libidinosos como Montrose que sólo buscaban placer, aunque los había tolerado cuando le había

hecho falta. Hugh, sin embargo, no era lo que aparentaba. De hecho, parecía sentirse solo. Igual que ella.

—Ah, bueno, entonces mucho mejor.

Charlotte se rio.

—Estoy convencida de que no debería hablar de estos temas contigo. Seguro que no es apropiado.

—¿Y a quién le importa si no lo es? Nosotras nunca hemos hecho nada apropiado.

Hugh volvió a mirarse al espejo y se colocó bien la corbata por enésima vez antes de volver a pasear de un lado al otro. «¿Qué le ha pasado a Charlotte para que tarde tanto, maldita sea?».

Le daría unos minutos más e iría a buscarla. Podrían haberle pasado cientos de cosas en aquel museo de los horrores. Se estremeció sólo de pensarlo. Era un crimen abominable que una criatura tan bella estuviese encerrada en esa casa en medio de Derbyshire. Una locura que él tenía intención de remediar en cuanto el tiempo decidiera cooperar.

Cuando por fin llegó el ansiado golpe en la puerta, Hugh la abrió tan rápido que Charlotte se tambaleó sorprendida. Él también se quedó estupefacto.

Llevaba un vestido de seda roja extremadamente sencillo que le arrebató el aliento y el ingenio. Las mangas le caían por los hombros, el escote era bajo y la cintura alta, y no llevaba ningún adorno. Charlotte tampoco lucía joya alguna y carecía de guantes, y los rizos pelirrojos estaban recogidos en lo alto de su cabeza. La piel, pálida como la luz de la luna, y el perfume, fresco y floreado, le excitaron tanto como la mirada seductora que ella le regaló.

Hugh tuvo que recurrir a todo su autocontrol para no cogerla en brazos y llevársela a la cama. Charlotte le atraía de tantas maneras distintas que le costaba pensar en todas.

La observó fascinado mientras ella esbozaba una sonrisa. Ella era perfectamente consciente del efecto que le causaría a cualquier hombre verla con ese aspecto.

—¿Bajamos a cenar? —le preguntó.

—¿Tenemos que hacerlo?

Los ojos verdes de ella brillaron divertidos.

—La verdad es que estoy hambrienta.

Y Hugh también, pero no de comida. Pero al pensar que cenaría con ella se apaciguó un poco. Salió del dormitorio y le ofreció el brazo. La suave caricia de los dedos desnudos de Charlotte atravesó la tela de la levita y de la camisa y le quemó la piel e hizo que la deseara más. Ella era menuda, su cabeza apenas le llegaba al hombro a Hugh, y gracias a su altura él podía verle la curva de los pechos.

Apartó la mirada y la mantuvo fija en la galería por la que avanzaban. A diferencia de las *demimondaines* con las que solía relacionarse, no se sentía bien mirando a Charlotte como si sólo fuera su próximo polvo. Ella era inteligente y buena, así lo demostraban los actos que había llevado a cabo durante todo el día. Lo cierto era que Charlotte le gustaba, al menos lo poco que sabía de ella, y dado que iba a tener que quedarse allí unos cuantos días, había decidido averiguar todo lo posible.

Pasaron de ese pasillo a otro y después bajaron la escalera principal. Hugh tuvo la sensación de estar viajando en el tiempo. La zona iluminada y bien amueblada de la mansión se fue transformando en la que estaba en ruinas y cubierta de polvo.

—Es mejor que los sirvientes dediquen su tiempo y esfuerzo a cuidar las habitaciones que utilizamos a diario —le explicó Charlotte antes de que pudiese preguntárselo.

Al recordar el variopinto grupo de sirvientes que había conocido, Hugh supuso que Charlotte tenía razón.

Suspiró aliviado al ver que el comedor estaba limpio y en relativo buen estado, pero le decepcionó ver que sólo había dos juegos de cubiertos en la larga mesa de caoba.

—¿Su excelencia no cenará con nosotros?

Mientras formulaba la pregunta se dio cuenta de que era extraño que una dama de compañía pudiese llevar un vestido tan bonito y cenar con él, y que no tuviese que hacerlo con su señora. Pero se negó a preguntar por qué. Ningún hombre en su sano juicio se cuestionaría su buena fortuna.

—Su excelencia está acostumbrada a comer sola.

—Qué raro —murmuró al apartarle la silla a Charlotte. Él prefería estar rodeado de mucha gente, y mejor con un grupo animado y alegre, casi nunca estaba solo. Comer sin la compañía de nadie le parecía muy... solitario.

Hugh tomó asiento y se dispuso a disfrutar de la cena, pero entonces un sonido que le resultó muy familiar captó su atención, que dirigió hacia la puerta de la cocina. Sacudió la cabeza y suspiró.

La puerta se abrió y apareció la joven doncella temblorosa. La sopera temblaba alarmantemente en sus manos y el cucharón que salía por un extremo repicaba con tanta fuerza la cerámica que era el único sonido que se oía en el comedor. Pegado a los talones de la joven, y con una jarra en la mano, apareció Tom, el hombre con un ojo vago que había ayudado antes a Hugh.

Los dos sirvientes estuvieron a punto de chocar por culpa del incesante balanceo de la puerta. Juntos bailaron una extraña danza, tambaleándose hacia delante y hacia atrás para evitar derramar los líquidos que ambos transportaban.

Durante unos segundos, Hugh observó atónito los movimientos malabares, hasta que soltó una maldición y se puso en pie para rescatar a la doncella con la sopa (o a la sopa con la doncella, según se mirase).

—Es un milagro que no te mueras de hambre —farfulló Hugh, y Charlotte se rio.

—Seguro que no habría pasado nada, no hacía falta que intervinieras.

Él la miró incrédulo.

—De verdad —insistió ella.

—¿Eres la única persona normal de esta casa? —le preguntó cuando volvió a sentarse.

Los sensuales labios de Charlotte dibujaron una sonrisa muy erótica.

—Depende de lo que consideres normal. Hay mucha gente que diría que no es normal que una chica joven, sin marido, quiera quedarse a vivir con una duquesa que está loca. —Miró a la doncella que seguía temblando al otro extremo de la mesa—. Ya puedes servirnos la sopa, Katie.

La guapa morena intentó sonreírles y se dispuso a llenarles los cuencos de sopa. Hugh comprobó que, a pesar de su tribulación, conseguía servir la sopa sin derramar ni una gota en el mantel blanco.

La cena consistió en una variedad de platos deliciosos entre los que se incluían faisán al curri y jamón braseado, y la compañía de Charlotte fue refrescante y muy estimulante. Ella le hizo reír con sus comentarios sarcásticos y estuvo pendiente de llenarle la copa de vino cuando la vaciaba. Hugh intentó sacar el tema de la duquesa, pero como si de un consumado político se tratase, ella dirigió la conversación hacia otros temas, como por ejemplo el baile de primavera que se celebraba en el pueblo o lo poco apetecible que era el delgado cerdo del señor Edgewood. Perdido en el placer de su compañía, Hugh la dejó salirse con la suya con las evasivas. Por el momento.

Al terminar la cena subieron a la biblioteca que se encontraba en el piso superior de la mansión, y Hugh aprovechó para observar a Charlotte con más detenimiento. Le resultó fácil llegar a la

conclusión de que era algo más que una dama de compañía. La elegancia de sus movimientos y su profundo conocimiento de las costumbres de un hombre con privilegios la delataba. Ella le dio un habano que había encendido a la perfección. Después se acercó al aparador y le sirvió un brandy que calentó sobre la llama de una vela antes de entregárselo. Balanceó las caderas al acercarse a él y echó los hombros hacia atrás para resaltar la forma de sus pechos. La invitación en los ojos de Charlotte estaba clara.

—Estás intentando seducirme —murmuró Hugh con una sonrisa, complacido en extremo. No era inusual que una mujer se le insinuase, pero lo que estaba sucediendo esa noche era especial. Dejó el habano a un lado y cogió la muñeca de Charlotte, cuando ésta le dio la copa, para tirar de ella y sentarla en su regazo—. ¿Quieres que te lleve conmigo lejos de este sitio?

En cuanto las palabras salieron de su boca, Hugh se dio cuenta de que acababa de tener una idea excelente. Charlotte era demasiado preciosa para estar escondida en esa casa y él podía imaginarse a sí mismo teniéndola como amante durante un tiempo.

Ella no dijo nada, sino que giró el rostro y colocó sus seductores labios encima de los de él. Eran muy carnosos y sabían a vino, y el beso que le dio fue embriagador. Hugh se quedó inmóvil; aquella sencilla caricia le había emocionado y excitado de una manera sorprendente. Él, un maestro en todo lo relacionado con el placer carnal, se había quedado prendado sólo con un beso. Fue Charlotte la que tomó el control durante unos instantes; ella la que le lamió los labios con la lengua para pedirle que los separase y la dejase entrar. Lo único que pudo hacer Hugh fue gemir y acercarla más a él.

—Montrose —susurró ella apoyando la frente en la de él.

—Hugh.

—Hugh... —dijo su nombre en un susurro y el aliento se mezcló con el de él antes de que lo inhalase y se lo quedase para siempre—. Soy una mujer de mundo. No necesito que me salves.

Tener a Charlotte en brazos era un placer y una tortura al mismo tiempo. Estaba completamente erecto y su miembro temblaba bajo las nalgas de ella, ansioso por poseerla.

—¿Entonces qué quieres, Charlotte? —le preguntó con la voz ronca—. Te daré todo lo que desees.

Ella levantó una mano y pasó los dedos por el pelo de él, masajeándole la cabeza, hasta que Hugh no pudo evitar cerrar los ojos y dejarse llevar por el placer. El aire se calentó a su alrededor y se espesó por un deseo tan intenso que a Hugh casi le dio miedo.

El ruido de algo rompiéndose en el pasillo los sobresaltó a ambos...

—Maldita sea —exclamó apartándola del regazo antes de ponerse en pie y dirigirse a la puerta. La abrió y sacó la cabeza, y se encontró a Katie con una jarra hecha añicos a sus pies. Al ver la sangre que empapaba la mano de la doncella, buscó el pañuelo que siempre llevaba y corrió hacia ella.

—Pobrecita —murmuró limpiándole la herida—. Tiene que dolerte mucho.

—No es nada. Por favor...

Era la primera vez que Hugh la oía hablar, y el suave sonido de la voz de la joven lo llevó a levantar la cabeza y mirarla. Estaba llorando.

Sobrecogido por esas lágrimas, intentó consolarla.

—Charlotte te curará y estarás como nueva en un abrir y cerrar de ojos.

—No es eso —lloró—. He roto la jarra.

—¿Ese viejo trasto? —le quitó importancia—. Cuando pase la tormenta iré a comprar una docena y así podrás romper tantas como quieras.

Katie dejó de esconder el rostro e intentó sonreírle para darle las gracias. Hugh tosió para disimular la vergüenza que sentía y apartó la vista. Se sintió aliviado cuando Charlotte apareció a su lado y cogió la mano de la doncella; entonces dio un paso hacia atrás y se quedó en segundo plano.

Charlotte examinó la herida.

—Tenemos que ir a la cocina a curarte bien la herida. —Buscó a Hugh y se disculpó con la mirada—. Puedes irte a descansar, ya me ocupo yo de esto.

—Me gustaría ayudar.

—No, de verdad, no hace falta. Lo único que podrías hacer es mirar cómo la curo. Hoy ha sido un día muy largo. Te veré mañana.

Hugh dudó un instante antes de asentir. Era obvio que Charlotte estaba acostumbrada a resolver sola sus propios asuntos y que le estaba echando. Esa noche no volvería a verla.

Él no entendía el súbito deseo que sentía por ayudarla con ese incidente y con cualquier otro que pudiese surgir. Siempre rehuía cualquier responsabilidad, y sabía que Charlotte era una mujer muy fuerte. Y, sin embargo, allí estaba ese inconfundible deseo de cuidar de ella.

Después de que las dos mujeres desaparecieran por la esquina del pasillo, Hugh volvió a su dormitorio y cerró la puerta con llave. Ahora que ya no estaba distraído por la atracción que sentía hacia Charlotte, su mente se centró en analizar dónde estaba y en qué situación se encontraba.

En alguna habitación de ese pasillo le estaba esperando la loca duquesa.

Él nunca había sido un hombre nervioso. De hecho, era célebre por tener unos nervios de acero, algo que le había sido muy útil para sobrevivir a los dos últimos duelos y le había creado la fama de ser un hombre al que temer. Debido a su naturaleza inquieta, el misterio que rodeaba a la decrepita mansión y la leyenda de la duquesa le resultaban muy emocionantes. Recientemente su vida se había convertido en un sinfín de aburridas reuniones de negocios, de mujeres cuyos nombres ni siquiera podía recordar y de amigos de conveniencia. Estaba aburrido y harto de todo, y por ese mismo motivo había decidido a última hora ir a visitar a Julianne.

Mientras se desvestía intentó recordar qué sabía acerca del viejo duque y de su postrero y precipitado matrimonio. Glenmoore siempre había sido un excéntrico, un espíritu libre al que le encantaba compartir sus historias con cualquiera que estuviese mínimamente interesado en escucharle. Hugh sabía que el hijo de Glenmoore siempre se había avergonzado de su padre.

Ahora se arrepentía de no haber prestado más atención a los chismes que habían circulado sobre ese tema. Cuando su hermana se casó con Lucien Remington, Hugh se convirtió en un experto en evitar los chismes de cualquier clase. De cara al futuro debería reevaluar la eficacia de esa decisión, a ver si al final le resultaría útil escuchar las habladurías de vez en cuando.

Charlotte era un enigma a resolver. De una dama de compañía se esperaba que tuviera una reputación impecable, pero a juzgar por cómo se vestía y movía Charlotte, la suya no lo era tanto.

Todos los sirvientes de la mansión padecían algún trastorno o enfermedad. Era muy posible que en el caso de la seductora pelirroja fuese su mala reputación.

«¡Maldita sea, tengo mucha sed!»

Después del incidente del té de esa tarde, Hugh había decidido beber sólo vino, pero miró de reojo la jarra de agua fresca que había dejado Katie en el dormitorio. Resignado, se acercó a ella y se sirvió un vaso. No tenía elección, no podía pasar todos los días que estuviese en esa casa bebiendo alcohol. Con todo lo que estaba sucediendo a su alrededor, necesitaba estar sobrio.

Levantó el vaso y se bebió el contenido. Después se metió a rastras en la enorme cama que le habían adjudicado y se quedó dormido de inmediato.

Hugh se tensó, pero no hizo ningún otro movimiento. Con los sentidos completamente alerta, agudizó el oído en busca del sonido que le había despertado.

«Aquí está otra vez...» El susurró de una tela rozando con otra.

Había alguien en la habitación.

Se quitó la sábana de encima y saltó de la cama para coger por sorpresa al intruso que estaba en el otro extremo. Se abalanzó hacia delante con los brazos extendidos para agarrar al espía.

Y acabó dándose de bruces contra la alfombra.

Sorprendido —estaba convencido de que iba a capturar a su visitante nocturno—, se puso en pie y giró sobre los talones con la esperanza de encontrar algo, pero sólo tocó aire. Corrió hacia la mesilla de noche para encender el quinqué y, cuando lo logró, dio media vuelta y comprobó que no había nadie y que la habitación estaba intacta.

Soltó una maldición y se puso el pantalón. Ésa había sido la gota que colmaba el vaso, ya estaba harto.

Fue a por la vela y se fijó en la jarra de agua que había dejado al lado, y las palabras que salieron de sus labios habrían quemado los oídos del marinero más rudo de los siete mares. Si todo eso era culpa del agua, iba a pasarse los próximos días borracho como una cuba. Y seguro que se lo tomaría todo mucho mejor.

Estaba convencido de que no se había imaginado al espectro que se había detenido junto los pies de la cama, igual que estaba seguro de que no se había desvanecido en el aire. Tener a Remington de cuñado le había enseñado unas cuantas cosas, como que no debía fiarse de las apariencias, y por eso mismo se puso a buscar la entrada de un pasaje secreto por las paredes del dormitorio.

Tardó menos de una hora en dar con una palanca diminuta; la empujó y la pared se abrió sin hacer ruido, demostrándole lo bien conservado que estaba el mecanismo.

Con una discreta mueca de satisfacción y emocionado por el descubrimiento, cogió la vela y se metió en el pasadizo.



Charlotte soltó el aliento muy despacio, con las manos apoyadas en el escritorio, en un intento de contener las ganas que tenía de romper por la mitad el maldito mapa que se estaba esforzando por descifrar. Se había pasado los últimos tres años procurando encontrar el sentido de ese condenado jeroglífico y apenas había avanzado nada.

Si sólo tuviera que ocuparse de sí misma, enmarcaría el estúpido mapa para conservarlo como recuerdo y seguiría adelante con su vida. Pero tenía que cuidar de los habitantes de esa casa, y con lo que podía ganar, ella jamás conseguiría mantenerlos. Mudarse de allí, encontrar un nuevo lugar donde vivir, llegar a final de mes... imposible. Ésa había sido la intención de Carding desde el principio.

Charlotte se apretó el cinturón del batín de sega. La ropa que utilizaba para dormir la había comprado en su vida pasada, y no era la más adecuada para sus actuales circunstancias, pero se la ponía de todos modos. Le recordaban que era una mujer, que todavía era joven y atractiva. Allí, perdida y abandonada en el campo, era muy fácil olvidarse de esas cosas.

Se le cerraban los ojos y sabía que tenía que ir a acostarse, pero no podía dejar de pensar en el guapo conde que estaba durmiendo unas puertas más allá. Y no podría dormir porque se moría de deseo por él, se moría por su cuerpo y por la impresionante erección que había palpado al sentarse en su regazo.

Él se había pasado la noche mirándola como si no existiera nadie más en el mundo. A pesar de que no había ocultado que la deseaba y que ella no había ocultado que estaba más que dispuesta, Hugh se había contenido. No había cedido a las exigencias de la erección que se movía debajo de las nalgas de ella y no la había manoseado. El modo lento y sensual en que la había seducido le había enseñado que la respetaba, y tal vez incluso la admiraba. Siendo atrevida como era, Charlotte se había planteado la posibilidad de llamar a la puerta del guapo conde y dejar que él la recibiese con los brazos abiertos. Sí, tal vez debería replanteárselo e ir a...

—Hola.

Charlotte levantó la cabeza sorprendida y el corazón le subió a la garganta. El conde de Montrose estaba a escasos pasos de ella, vestido sólo con el pantalón, y con el pelo rubio alborotado. Era un hombre tan guapo, con un cuerpo tan fuerte... Seguro que esos hombros eran los sueños de cualquier sastre, así como ese estómago repleto de abdominales enmarcadas en una cintura muy estrecha. Tenía los ojos negros y entrecerrados, seductores, y la estaba mirando con su intensidad habitual.

—No te he oído entrar... —Se quedó a media frase al ver abierto el panel que conducía al pasadizo secreto—. ¿Has estado husmeando? —le recriminó.

Descalzo, se acercó hacia ella con el botón del pantalón desabrochado y los abdominales marcados.

—Estaba durmiendo —empezó en voz baja y cargada de tensión—. Y alguien ha entrado a registrar mi habitación.

Charlotte se asustó por dentro, pero mantuvo el rostro impassible. «Maldita sea.»

—Suenas como si hubieras tenido una pesadilla —murmuró enrollando el mapa—. Después de todo lo que te ha pasado hoy...

—No he tenido ninguna pesadilla, Charlotte.

Se quedó paralizada al ver que Montrose rodeaba el escritorio y se detenía detrás de ella. Él olía maravillosamente bien, con una mezcla entre el suave perfume de su colonia y de hombre excitado. Y no había ninguna duda de que lo estaba, pues la impresionante silueta de su erección se marcaba en la parte delantera del pantalón. Charlotte se quedó quieta, expectante, esperando a que él hiciera el primer movimiento.

El conde apagó la vela y la dejó encima del escritorio. Apoyó el torso contra la espalda de Charlotte y llevó las manos hacia delante para coger las de ella y detenerlas.

—Te he dejado salirte con la tuya con tus evasivas, cariño, pero creo que ha llegado el momento de que me contestes a algunas preguntas.

—No sé a qué refieres. —Soltó el aliento y el corazón se le aceleró al tenerlo tan cerca. El calor de la piel de Hugh atravesaba la bata y le quemaba. Se movió, incapaz de evitarlo, y notó que la erección se deslizaba entre sus nalgas.

Él cogió el mapa y lo abrió; ella pudo sentir su aliento ardiente y entrecortado pegado a su oreja.

—¿Adónde ha ido a parar el ingenio y el sarcasmo que tanto me gusta?

Charlotte tragó saliva. Le gustaba a Hugh, y no sólo por su cuerpo.

Una de las grandes manos de Hugh se colocó encima de la de ella en el mapa. Pero la otra se apartó y se apoyó primero encima del hombro de Charlotte y después se deslizó por su espalda. Ella se movió en busca de la caricia.

—Es una bata muy bonito —murmuró acariciando la seda—. El verde resalta el color de tus ojos y combina muy bien con tu pelo.

—Montrose... —Cerró los ojos. Hacía tanto tiempo que no la tocaba otra persona. Demasiado.

—Hugh —la corrigió en voz baja, rozándole la piel del cuello con los dientes. Ella se estremeció y respiró entre dientes. Era mucho más alto que ella, así que no tuvo que hacer ningún esfuerzo para mirar por encima de su hombro.

—¿Qué estabas observando tan concentrada?

—No... no es nada.

—Hum... —Hugh movió la mano hasta la cadera de Charlotte y apretó suavemente—. A mí me parece que es un mapa del Caribe.

Charlotte se apoyó en el escritorio; necesitaba apartarse de él.

—Lo miro cuando quiero leer algo que me dé sueño.

Hugh levantó la mano que tenía en la de ella y la puso en el estómago de Charlotte para volver a colocarla luego contra su musculoso pecho. Con la lengua, ardiente y húmeda, le lamió el lóbulo de la oreja.

—¿Te cuesta dormir?

Dios, se sentía como si estuviese drogada, le costaba pensar y responder a sus preguntas. El conde era un seductor experto, lo había adivinado en cuanto lo vio por primera vez. Pero ser el centro de atención de un hombre como él era absolutamente sobrecogedor.

—A veces —le contestó.

Él le mordió con cuidado la piel del cuello, apretando más su erección contra sus nalgas.

—Explícame qué es este mapa.

Charlotte intentó recordar por qué no quería contestar las preguntas de Hugh y no lo consiguió.

—Dicen... que conduce a un gran tesoro.

La mano que Hugh tenía en el cintura se deslizó por la abertura de la bata y le tocó un pecho por encima del camión mientras con la otra le levantaba suavemente ambas prendas por las piernas.

—¿Qué clase de tesoro?

—El tesoro de un pirata.

Hugh capturó el pezón entre dos dedos.

—Es una manera interesante de pasar el rato.

A Charlotte se le escapó un gemido y arqueó la espalda en busca de la erección de Hugh.

—Ah... sí.

Él le acarició el muslo, ahora desnudo, con la mano y después siguió hacia arriba. Estaba conquistando todos sus sentidos, librando una sensual batalla contra ellos para conseguir que ella bajase la guardia. Y estaba ganando. Ya le había contado más cosas de las que debería.

—¿Estás intentado seducirme, milord? —le preguntó sin aliento cuando la mano de él se posó sobre su sexo.

—Tú y yo ya hemos dejado atrás la seducción, cariño. Ahora te estoy haciendo el amor. Pero no cambies de tema. Dime por qué estás tan interesada en este mapa. —Le pasó la lengua por todo el cuello—. Y separa las piernas.

Una risa ronca se escapó de los labios de Charlotte ante la arrogancia de Hugh, pero cumplió con su petición porque no podía hacer otra cosa. Él la recompensó acariciándola con los dedos, moviéndolos despacio y con adoración por la prueba húmeda del deseo que Charlotte sentía por él.

—Prometí que encontraría el tesoro —gimió, derritiéndose en los brazos de Hugh.

—¿Por qué? —Deslizó un dedo dentro de ella y empezó a moverlo despacio, buscando una cadencia que la hizo enloquecer.

—¿Por qué busca alguien un tesoro? —Le cayó la cabeza hacia atrás, encima del hombro de él—. Cielo santo..., es maravilloso. —Se estremeció y él apretó la mano que tenía en su pecho.

—Por dinero, por fama, para vivir una aventura —sugirió Hugh con la voz ronca, delatando lo excitado que estaba—. ¿Por qué lo buscas tú?

Charlotte arqueó las caderas buscando la mano de Hugh; tenía el cuerpo en llamas. Él le mordió el cuello, tiró del pezón con los dedos, movió los que tenía dentro de ella hasta que estuvo a punto de provocarle un orgasmo. Ella gimió y se tensó impaciente.

Hugh se detuvo y apartó la mano del cuerpo de Charlotte.

—No... —protestó—. No pares.

Él le puso una mano entre los omóplatos y con cuidado la inclinó hacia delante hasta que quedó tumbada encima del mapa. Le levantó una pierna y la posicionó paralela al escritorio, abriendo su cuerpo por completo.

—¿Por qué quieres encontrar ese tesoro, Charlotte? —Le acarició las nalgas desnudas con las palmas de las manos.

—Por el dinero.

—¿Para la duquesa? —Le besó la piel que marcaba el final de la espalda—. ¿Para ti?

—Para las dos. —Se estremeció; estaba tan excitada que le dolía y se estaba planteando terminar ella sola. Movié la mano por encima del escritorio para hacerlo.

—Ni se te ocurra —la advirtió él. Y entonces oyó que se quitaba el pantalón—. Dime que no eres virgen.

Tenía la garganta tan cerrada que sólo fue capaz de contestarle con un movimiento de cabeza.

—¿Quieres esto? —le preguntó apretando los dientes y deslizando su duro miembro por entre

los labios del sexo de ella.

—Dios, sí —susurró—. Quiero.

Hugh se inclinó hacia delante y apoyó la mejilla empapada de sudor en la de ella. La erección descansó en el valle que había entre las nalgas de Charlotte.

—Te deseo más que a cualquier otra mujer que soy capaz de recordar, Charlotte. Tu perfume se me sube a la cabeza, tocar tu piel me vuelve loco, y tu boca... Quiero hacer muchas cosas obscenas en tu boca. —Le besó la mejilla con tanta ternura que a Charlotte se le encogió el corazón—. Pero necesito respuestas y quiero que me las des. ¿Me las darás cuando haya terminado?

En aquel preciso instante Charlotte estaba dispuesta a hacer cualquier cosa que le pidiera.

Hugh le acarició la espalda, moviendo las manos con cuidado para tranquilizarla.

—¿Corres peligro, cariño? ¿Te estás escondiendo aquí de algo horrible, o tal vez estás huyendo de alguien?

Charlotte cerró los puños. Una cosa era que la sedujera y la otra que utilizase esa seducción para manipularla.

—No finjas que te importo, Montrose, yo no me hago ilusiones contigo. Quieres sexo. Fóllame y acabemos de una vez con esto.

Hugh se apartó de repente y le habló furioso.

—Estoy muy saciado sexualmente. Te quiero a ti.

Ella tomó aire y lo soltó despacio; le había hecho daño y se preguntó por qué le importaba.

—Juré no decírselo a nadie, Montrose. ¿Puedes entenderlo? No te conozco y dentro de uno o dos días te habrás ido y...

Gimió cuando él la penetró sin ningún miramiento.

Clavó las uñas en el escritorio y arqueó la espalda cuando el placer le saturó los sentidos. Hugh era grande, increíblemente fuerte, y estaba duro como el acero, comenzó a temblar dentro de ella hasta que Charlotte sólo le sintió a él.

Hugh se inclinó encima de la espalda de Charlotte y entrelazó los dedos con los de ella.

—Estoy metido en ti, Charlotte. —Se movió más adentro, recordandoselo. Como si fuera a olvidarlo—. Y tengo intención de quedarme dentro de ti durante unos días. Hay cosas que puedo hacer, maneras en las que puedo poseerte, que te harán confesar y me dirás todo lo que quiero saber a cambio de que te deje terminar. O puedes ser una buena chica y decírmelo ahora. Así podremos pasarnos los próximos días en la cama buscando el modo de solucionar tus problemas.

Los hombres arrogantes la ponían furiosa.

—Yo también sé unas cuantas cosas —le dijo apretando deliberadamente los labios de su sexo alrededor del miembro de él, llevándose a sí misma al orgasmo.

Hugh rugió y flexionó brutalmente los dedos encima de los de ella al sentir que se corría. Charlotte movió las caderas hacia atrás para que él la penetrase del todo y se mordió el labio para no gemir. El orgasmo que tuvo la dejó sin aliento, le quemó, le abrasó los sentidos, pero sólo fue el principio, un breve alivio, y sintió que Hugh crecía dentro de ella y volvía a atormentarla. Y deseó y necesitó más.

Hugh se retiró y después se movió hacia delante despacio para que Charlotte notase cada milímetro de la erección; la ensanchó de una manera tan deliciosa que ella creyó que iba a morir.

—Eres una chica mala, Charlotte —murmuró acariciándola con manos de experto—. Podemos quedarnos aquí durante horas. —Volvió a apartarse y a entrar—. O podemos ir a mi cama, donde te tumbarás de espaldas. Así podré lamerte los pechos, cariño. Los lameré, los morderé mientras te follo. ¿No crees que te gustará?

Ella apretó los dientes y se estremeció cuando él volvió a penetrarla.

—Bastardo.

—No, te aseguro que soy hijo legítimo. Y muy rico. Puedo ayudarte, cariño. —«Fuera. Dentro»—. ¿Por qué vas a buscar un tesoro cuando puedes tenerme a mí? —Le pasó un dedo por la espina dorsal.

—A ti no te tengo.

Él detuvo todos los movimientos.

—Podrías tenerme.

Charlotte estaba tumbada sobre el enorme escritorio de caoba. Tenía las piernas separadas y no podía moverse, y, con la maravillosa polla de Hugh dentro de ella, el corazón le latía tan rápido que no podía ni pensar ni oír por encima del bombeo de la sangre.

«¿Qué me está diciendo? ¿Qué me está ofreciendo? ¿Y por qué, cuando me he entregado a él sin pedirle nada a cambio?».

Hugh no se movió, sencillamente esperó, y Charlotte supo, sin lugar a duda, que no se movería hasta que ella le contestase. No entendía qué le estaba ofreciendo exactamente, pero fuera lo que fuese, lo quería a él. Desesperadamente.

Se había pasado la vida entera cuidándose sola porque no había nadie más dispuesto a hacerlo. Le resultaba muy difícil confiar en la gente, y en el fondo era una pragmática que siempre había mantenido sus sentimientos completamente separados de sus relaciones sexuales. Y, sin embargo, ahora quería creer en aquel seductor. A pesar de que sabía que no debía, Charlotte asintió.

—Gracias a Dios —farfulló él besándole frenético la piel de la espalda, demostrándole que el control que había logrado mantener hasta ahora era sólo una farsa.

Hugh colocó las manos en las caderas de Charlotte y la sujetó. Dio rienda suelta al deseo y la poseyó con gula y abandono. Duro y fuerte, mantuvo un ritmo brutal e incesante que la llevó de nuevo al orgasmo, y después siguió poseyéndola, penetrándola hasta lo más profundo de su cuerpo. Hugh eyaculó, Charlotte estaba segura. Le oyó rugir y notó que el semen resbalaba por ella, pero no se detuvo, no perdió la erección.

Hugh movió una rodilla de Charlotte hacia un lado y le separó más las piernas para que nada se interpusiera en el camino de su polla hacia el centro de ella. Los testículos, apretados y duros, le golpeaban el clítoris y la hacían suplicar. Hugh maldijo en voz alta y ronca y volvió a eyacular. Lo único que pudo hacer Charlotte fue sujetarse de la mesa y rendirse al placer que estaba sintiendo y que la estaba llenando. Un placer que eliminó las dudas que tenía hasta que sólo quedó Hugh La Coeur dentro de ella, y un sueño que jamás se haría realidad.



Hugh se quedó mirando el mapa y deseó haber prestado más atención a lo que le había contado el conde de Merrick sobre las rutas de los barcos en el Caribe.

Se rio de sí mismo. En las últimas veinticuatro horas había deseado haber prestado más atención a muchas cosas. Él siempre había sido un poco egocéntrico y apenas se interesaba por los temas que no afectaban directamente a él o a Julienne. Y ahora de repente estaba preocupado por una desconocida. Era desconcertante, como mínimo, y extraño.

Detrás de él, en su cama, Charlotte seguía durmiendo. Le daría unos cuantos minutos más y volvería a poseerla. La necesidad que sentía por ella lo asombraba. Se había pasado casi toda la mañana haciéndole el amor y su miembro seguía excitado y desesperado por entrar dentro de ella una vez más. Sólo se sentía él mismo cuando la estaba poseyendo, aunque carecía por completo de autocontrol.

Hugh no podía comprender por qué su cerebro parecía incapaz de concentrarse en su renombrada técnica amorosa mientras practicaba sexo con Charlotte. Cuando estaba con ella, sencillamente se convertía en un animal salvaje que carecía de técnica. Con Charlotte todo era anhelo y sudor y un deseo incontrolable. Había sido incapaz de salir del interior de su cuerpo y eyacular fuera, no una vez, sino todas las malditas veces. Era intolerable, pero no podía resistirse y se decía a sí mismo que la próxima vez bastaría, que si se acostaba con ella una vez más saciaría su lujuria; un orgasmo más y podría controlar la adicción que sentía.

—¿Hugh?

El suave suspiro que le acarició la espalda le aceleró el corazón. Había tenido que persuadirla un poco para que utilizase su nombre. Hugh sospechaba que ella se había hecho de rogar porque quería que él siguiera poseyéndola de esa manera, y se henchía de satisfacción sólo con pensarlo.

Se giró y le ofreció una sonrisa.

—¿Sí, cariño?

Charlotte bajó la vista hacia la erección, abrió los ojos asombrada y volvió a mirarlo. Se lamió los labios. Sonrojada y desmelenada, tumbada en la cama de Hugh, tremendamente bella, le quitó el aliento.

—¿Qué estás haciendo?

—Estudiando tu mapa. —Apoyó una cadera en el escritorio y se cruzó de brazos—. Es poco común y críptico.

—He estado utilizando algunos libros y un diario para descifrarlo —le contó ella.

—¿Dónde los compraste?

—El viejo Glenmoore me los dio.

Hugh la miró intrigado.

—¿Por qué?

Charlotte se arrastró hacia arriba y después se sentó en la cama apoyada en varias almohadas para estar más cómoda. Y Hugh se alegró de poder ver la piel desnuda, los firmes pechos y los pezones rosados. Podía pasarse horas mirándola; de hecho, eso era exactamente lo que había estado

haciendo toda la mañana: contarle las pecas y mirarla mientras dormía. Hasta que se maldijo por esa locura que le había invadido desde su llegada a esa casa. Fue entonces cuando se puso el pantalón y fue a por el mapa, decidido a encontrar algo en lo que pensar que no fuese Charlotte.

—Glenmoore sabía que su hijo no nos daría nada —le explicó con amargura—. Su excelencia nos deja vivir en esta casa porque así nos tiene bajo su poder.

—¿Y por qué no ha ingresado a la duquesa en una institución?

Charlotte se tensó visiblemente.

—Porque no está loca.

Al ver que se quedaba en silencio, él retomó la palabra:

—Lo mejor sería que contases lo que sucede sin tener que presionarte.

—Fui su amante —soltó Charlotte de repente con la cabeza bien alta.

Hugh se quedó atónito.

—¿De ese anciano? Dios santo.

—No. —Miró al cielo—. Del viejo Glenmoore no, del nuevo.

—Oh. —Funció el ceño.

—Ya sabías que no era virgen —le recordó en voz baja.

Hugh movió las manos en el aire a modo de respuesta. Estaba furioso por sentir celos de un hombre que ya no estaba con ella.

—Sí, sí —farfulló—. Y no me importa en absoluto. De hecho, me alegro. De lo contrario no podría haberte incordiado toda la mañana.

Ella se rio.

—Tenía muchas ganas de que me incordiases.

Hugh arqueó una ceja.

Los carnosos labios de Charlotte formaron una sonrisa.

—No sucede a menudo que un hombre extremadamente atractivo, bien dotado y con un insaciable apetito sexual venga a verme.

Él bufó y se pasó una mano por el pelo.

—Tienes un humor extraño, aunque deberías estar muy relajado —suspiró ella.

—No me gusta pensar que te habrías acostado con cualquiera —admitió a regañadientes.

Charlotte salió de la cama arrastrando la sábana con ella y le contestó seria:

—Y a mí no me gusta que creas que me habría acostado con cualquiera.

La observó acercarse a la puerta con la espalda completamente rígida, sintiéndose orgullosa de sí misma. Era magnífica, una diosa de pelo rojo que no aceptaba que nadie le faltase al respeto.

Hugh corrió tras ella y se colocó entre ella y el lugar por donde huía.

—Lo siento. No te vayas, por favor.

Charlotte ladeó la cabeza y lo pensó detenidamente.

—Estás de mal humor esta mañana.

—Lo siento. No es culpa tuya.

Satisfecha con esa respuesta, asintió y se dio media vuelta.

—Antes esta casa era muy bonita —le dijo sin mirarlo—. La primera vez que vine me quedé sin aliento al verla. —Se metió en la cama.

—¿Glenmoore te trajo aquí? —La siguió a la cama y se sentó en el borde.

—Entonces era el marqués de Carding y estaba impaciente por que su padre se muriera. —Miró a Hugh y entrecerró los ojos verdes—. ¿Lo conoces?

La imagen del fornido e insoportable duque apareció de inmediato en la mente de Hugh.

—He coincidido con él en un par de ocasiones.

—Es un imbécil —dijo ella sin más—. No le importaba lo más mínimo ofender a su padre con la presencia de su amante. A Carding nunca le ha importado nadie excepto él mismo. —Se apartó el pelo detrás del hombro—. Glenmoore estaba enfermo y Carding lo abandonó aquí para que muriera, lejos de su casa señorial, sin que nadie le cuidase. Había muy pocos sirvientes y no lo había visitado ningún doctor. Era terrible. Me avergoncé de haberlo conocido.

Hugh buscó la mano de Charlotte; siendo una mujer tan cariñosa como era, seguro que le afectó profundamente ver al viejo Glenmoore sufrir de esa manera. Cuando le apretó los dedos, ella le devolvió el gesto y sintió una extraña punzada en el corazón al comprobar que la había consolado. Estaba seguro de que no había consolado nunca a nadie antes.

—Una noche fui al dormitorio de Glenmoore para ver cómo se encontraba. La habitación estaba helada porque nadie se había preocupado de encender un fuego en la chimenea. El orinal estaba lleno y el hedor era insoportable. Y no fui capaz de averiguar cuándo le habían dado de comer por última vez. —Charlotte se estremeció al recordarlo.

—Y decidiste cuidarlo —terminó Hugh, sintiéndose orgulloso de una mujer sobre la cual no tenía ningún derecho a sentir nada.

—Tuve que hacerlo —murmuró ella acariciándole la palma de la mano con los dedos—. Ni a los animales se les trata así.

Hugh se movió y se sentó en la cama apoyando la espalda en el cabezal. Tiró de Charlotte para que quedase entre sus piernas, dispuesto a ofrecerle todo el consuelo que pudiera. Le pasó las manos por los brazos y le besó los hombros.

—Eres tan cariñoso, Hugh. —Ella le rodeó la cintura con los brazos.

Él hundió el rostro en su melena para ocultar la vergüenza que sentía.

—Cuéntame más —le pidió ronco, alejando el tema de conversación de su persona.

—Glenmoore estaba enfermo, pero lúcido y bien de la cabeza. No sabía quién era yo, claro, pero cuando se lo expliqué aceptó mi compañía enseguida y nos pasábamos horas hablando. La verdad es que su excelencia me gustaba mucho; tenía un gran sentido del humor y sabía disfrutar de la vida. No podía dejarle sufrir sólo porque Jared tenía ganas de librarse de él y...

—¿Por qué no lo cuidaba su esposa?

—En esa época Glenmoore no estaba casado. Se casó poco tiempo después de mi llegada.

Hugh le pasó los labios por el hombro y frunció el ceño confuso.

—¿Qué mujer en su sano juicio se casa con un hombre en ese estado? Él ya tenía un heredero y no podía concebir más hijos. No tenía motivos nada que ganar.

—Para todo hay un motivo, Hugh. —Charlotte descansó la cabeza en el hombro de él—. Tienes que creer que la duquesa tenía de sobra para contraer ese matrimonio.

Resopló incrédulo.

—Carding debió de ponerse furioso cuando rompiste tu relación con él.

—Oh, sí —convino ella acurrucándose más en sus brazos—. Gritó y gritó, y amenazó con destruirme para que ningún otro hombre pudiese tenerme. —Suspiró y cogió aire—. Pero después del modo tan despreciable en que había tratado a su padre yo ya no quería tener nada que ver con él. Así que le dije que por mí podía hacer lo que quisiera.

—Maldita sea —susurró impresionado. Nadie desafiaba a un duque, y mucho menos una mujer menuda que necesitaba de su beneplácito para vivir.

Charlotte se rio.

—No soy ninguna mártir, así que no se te ocurra convertirme en una. Ya llevaba tiempo

planeando mi ruptura con Carding y tenía ahorrado lo suficiente para vivir bien durante una temporada. Me ofrecí a cuidar de Glenmoore porque me daba tiempo para pensar qué paso dar a continuación y porque así podía atender al duque a la vez. Me pareció que era la mejor solución para todos.

—Pero algo alteró tus planes.

—Sí, subestimé a Carding. Si hubiera sabido cómo iba a reaccionar, habría manejado la situación de una manera muy distinta. Habría vuelto con él a Londres, habría recogido mis cosas y después habría vuelto aquí. En vez de eso, mandé a mi doncella... Cometí un error muy muy idiota. Carding no perdió el tiempo. Fue a mi casa la misma noche que regresó a Londres y se deshizo de toda mi ropa y mis joyas, la gran mayoría de las cuales había adquirido antes de estar con él. Dejó de pagar a los sirvientes, que poco a poco empezaron a irse. Los que tenemos ahora se merecen mucho más de lo que reciben a cambio de su trabajo. Lo único que podemos ofrecerles es comida y un techo sobre sus cabezas, y por eso mismo no les pido que limpien las habitaciones que no usamos de la casa.

—¿Y qué me dices del dinero que tenías ahorrado?

—No tenía dinero ahorrado, sólo joyas.

—Y Carding te las robó —terminó Hugh.

Ella le pasó los dedos por los reversos de las manos, una caricia inocente que a él le gustó en desmesura.

—Por respeto a los sentimientos de Glenmoore, intenté ocultarle lo que nos estaba haciendo su hijo, pero él lo sabía. A medida que su estado fue empeorando, me dio el mapa, los libros y el diario. Quería recompensarme por haberle cuidado hasta el fin de sus días, y supongo que, a su manera, quería darme un futuro.

—Pero cuando se murió, ¿por qué no te fuiste? Siendo tan bella como eres, seguro que sabías que podías encontrar otro protector.

Charlotte se giró entre los brazos de él; en esa nueva postura, sus pechos quedaron presionados contra el musculoso torso de Hugh. Él respiró entre dientes al sentir el contacto y tuvo que concentrarse para escuchar su respuesta.

—Aquí todo el mundo depende de mí. ¿Qué será de ellos si me voy? Son unos sirvientes excelentes, pero hay muy poca gente que sea capaz de ver más allá de sus minusvalías. Además, no se está tan mal. Comemos bien. Tenemos ropa y estamos abrigados.

—Entonces, ¿lo del mapa es sólo un pasatiempo? —Le pasó las manos por la espalda—. Antes parecías estar muy concentrada.

—Eso se debe a mi orgullo. —Charlotte se arqueó buscando la caricia—. No me gusta estar bajo el yugo del duque; así él cree que ha ganado la partida, que me ha derrotado. Si consiguiera ser económicamente independiente, podría controlar mi destino. Por eso estudio el mapa con toda la dedicación de la que soy capaz. Además, tampoco tenía nada que hacer con este tiempo. —Le dio un beso en el pezón—. Hasta que tú llegaste.

Hugh le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Yo nunca me había planteado tener una amante, pero...

—¿Por qué quieres pagar por algo que te he dado a cambio de nada? —le interrumpió con una provocadora sonrisa en los labios.

—Estás evitando el tema. Otra vez. —Se deslizó hacia abajo para quedar tumbado en la cama con el cuerpo de ella encima—. Eres toda una experta en el arte de la evasión.

—Soy una experta en muchas cosas.

Hugh se rio y le besó la punta de la nariz, feliz de que ella le hubiese confiado una parte tan importante de su historia.

—¿Su excelencia es inofensiva?

—Oh, sí —le aseguró—. No tienes nada que temer.

—¿Entonces por qué se ha colado en mi dormitorio esta mañana?

Los ojos de Charlotte brillaron con picardía.

—Tal vez quería meterse en la cama contigo y seducirte.

—Eso no tiene gracia —farfulló.

Ella se rio.

—Yo creo que sí que la tiene.

Él empezó a hacerle cosquillas.

—¡Para! —le pidió sin aliento en medio de risas.

—Esto... —dijo él— ¡Sí que es divertido!

Hugh cambió de postura y atrapó a Charlotte entre la cama y su torso. Y le sonrió.

—¡Oh, no, no te atrevas! —Se quejó ella intentando empujarle por el pecho—. Tengo que comer, estoy muerta de hambre. Quiero bañarme y... otras cosas.

Hugh miró al cielo y se apartó, tumbándose de espaldas con un exagerado suspiro de resignación.

—Para ser una querida, no eres nada solícita —se quejó.

Charlotte pasó una pierna por encima de las caderas de él y se sentó a horcajadas en su cintura sujetando la sábana como una toga.

—Soy tu amante, no tu querida. Y he sido solícita durante horas, milord. Ahora eres tú el que debe saciar mi apetito.

—Hugh —la corrigió él, que necesitaba la intimidad. Empezaba a sospechar que la apatía de los últimos meses tal vez se debiera a su falta de relaciones personales. Quizá lo que precisaba era una querida, una mujer a la que poder dedicar sus atenciones más a diario, y no el ir y venir de los *affaires* más esporádicos. Pero primero tenía que demostrarle a Charlotte que ella también lo necesitaba—. Cuando hayamos terminado de desayunar y de follar, estudiaremos el mapa y el diario juntos.

Ella se rio e inclinó la cabeza para mirarlo.

—¿No crees que puedo ayudarte? —le preguntó él con el ceño fruncido. Quizá todo eso iba a resultarle más difícil de lo que había creído—. Tengo dinero invertido en la naviera Lambert y...

Unos dedos suaves se deslizaron por sus labios para hacerle callar.

—Creo que puedes hacer todo lo que te propongas, pero no creo que termines de follar.

Hugh gimió, que ella confiara en él le excitó sobremanera.

—Será mejor que te retires a tu habitación ahora mismo, antes de que te demuestre que tienes razón.

Charlotte saltó de la cama y corrió a su dormitorio entre risas.

—No deberías haber ido a su habitación —la riñó Charlotte—. Ahora sabe lo de los pasadizos secretos y lo del mapa.

—Lo siento. —Fue la respuesta contrita—. Me dijiste que era muy guapo y quería verlo con mis propios ojos. ¿Estaba muy enfadado?

Charlotte se sentó frente al tocador y dejó ir un suspiro.

—Tal vez lo estuviera al principio. Pero ya no.

Unas manos menudas se posaron en sus hombros.

—Sólo quería verle bien.

Charlotte miró el espejo y vio su reflejo y el de la mujer que tenía detrás.

—Tal vez es mejor que no lo veas. Me parece tremendamente injusto que tengamos a un hombre tan guapo en casa. Hace que me resulte casi imposible pensar.

Bajó la vista y le sorprendió verse más joven de lo que recordaba: ahora tenía las mejillas sonrosadas, los ojos brillantes y los labios hinchados por los besos que le habían dado.

A Hugh La Coeur le gustaba besar. Se tomaba su tiempo con cada beso: la saboreaba, le acariciaba el interior de la boca con largas caricias con la lengua. Charlotte había tenido su cupo de compañeros de cama egoístas, hombres que no perdían ni un segundo en los preliminares. Hugh, sin embargo, era un hombre muy táctil. Le encantaba acariciarle el pelo, la piel, los labios, y ella se comportaba como un gato bajo sus caricias, se estiraba y ronroneaba en busca de su afecto.

Hugh era atrevido y primitivo en la cama, la poseía como si ella le perteneciese, como si existiera sólo para darle placer a él. Los pequeños atisbos de vulnerabilidad que había visto en él no existían a la hora del sexo. Hugh hacía el amor de una manera que quitaba el aliento; su resistencia era impresionante. Ella había tenido que suplicarle dos veces que la dejase en paz, aunque al cabo de unos minutos había vuelto a necesitarlo con desesperación. Y Hugh lo sabía, el muy arrogante. Era como la adicción al chocolate, supuso Charlotte. Lo único que esperaba era comerse todo el que pudiera antes de que la tormenta amainase y Hugh se fuera de allí.

Cogió un cepillo y se lo pasó por el pelo.

—Le he contado lo del mapa de Glenmoore.

—Suenas prometedor. ¿Qué te ha dicho?

—La verdad es que se ha ofrecido a ayudarme.

Pensó en cómo había reaccionado Hugh hasta el momento y tuvo que admirar el aplomo que había mostrado. Nada parecía cogerle desprevenido. Y el modo en que había ayudado a Katie, ofreciéndose a comprarle doce jarras... Ese detalle la había emocionado. A Charlotte le costaba confiar en la gente, pero las muestras de amabilidad que había tenido Hugh con su lacayo y con los sirvientes de la casa la llevaban a creer que él de verdad se preocupaba por ella.

—¿Crees que puede hacerlo? Ayudarnos, me refiero.

—No estoy segura —contestó encogiéndose de hombros—, pero tampoco creo que pueda perjudicarnos si lo intenta, y le mantendrá ocupado mientras dure la tormenta.

Esa frase se ganó la risa de su acompañante.

—No creo que vosotros dos tengáis que recurrir a elementos externos para estar ocupados.

Charlotte dejó el cepillo con un golpe seco en el tocador.

—¡Veamos, señorita, ese comentario sí que no es apropiado!



Hugh miró fijamente el protuberante ojo de Artemis y se negó a retroceder. A rendirse ante un sirviente... ¡Se horrorizaba sólo de pensarlo!

—Mire, viejo amigo —le dijo sin más—. Le he hecho una pregunta muy sencilla.

Artemis puso los brazos en jarras.

—¡Pero tiene que hacérsela a su excelencia!

—¡Su trabajo consiste en abrir la puerta, por Dios santo! Usted sabe perfectamente si lord Glenmoore ha venido de visita.

—¡Por supuesto que lo sé! ¡Eso no significa que vaya a decírselo! —El ojo sobresalía un poco más del cráneo cuando el mayordomo intentaba entrecerrar la mirada—. Puede preguntármelo hasta cansarse, capitán, pero yo...

—¡Maldita sea! El modo apropiado de dirigirse a un noble es milord. ¿Tan jodidamente difícil le parece?

Artemis se quedó boquiabierto.

—¡Alto ahí! ¿Se está quejando de cómo realizo mi trabajo?

—¿Quejando? —Hugh resopló—. Dios santo, estoy atónito. Impresionado. Sin habla.

Artemis asintió satisfecho.

—Y así es como tiene que estar.

—Uno no se encuentra cada día con un trabajador de su calibre —farfulló Hugh pasándose una mano por el pelo.

—¿Está siendo sarcástico? —le preguntó Artemis, suspicaz.

—¿Quién, yo? No, qué va.

—¿De qué estáis hablando vosotros dos? —les preguntó Charlotte al bajar la escalera. Llevaba un vestido de seda con un estampado de flores que había quedado pasado de moda temporadas atrás, pero se la veía fresca y joven, la viva imagen de la inocencia, contradiciendo a su pasado.

—¡Pregúnteselo a él! —El mayordomo dio media vuelta y se fue de allí sin esperar a que le dijeran que podía retirarse—. Ningún hombre debería tolerar que lo trataran así en su puesto de trabajo —farfulló al alejarse.

A Hugh se le desencajó la mandíbula.

Charlotte se rio, una risa sensual que hizo que él se excitase al instante.

«¡Maldición!» Frunció el ceño. No podía pasear por la casa con una erección constante, que era exactamente lo que había hecho desde su llegada.

Charlotte se detuvo delante de él y le eliminó las arrugas que tenía en la frente con una suave caricia con los dedos.

—Artemis es un buen hombre, y, sea lo que sea lo que le has preguntado, no deberías haberlo hecho. Tú sabes tan bien como yo que cualquier miembro de alto rango del servicio que se precie jamás divulgará los secretos de su señor.

Hugh no estaba acostumbrado a reconocer que se había equivocado y se tomó su tiempo antes de asentir.

Los ojos verdes de Charlotte brillaron de alegría.

—Y ahora dime, ¿qué le has preguntado?

Hugh soltó el aire de los pulmones.

—Quería saber si Glenmoore todavía viene a visitarte.

Charlotte arqueó una ceja pelirroja.

—¿En calidad de qué?

—En la que sea —aclaró él riéndose sin humor.

—Viene de vez en cuando —le explicó despacio—. Pero ya no comparto mi cama con él, si es eso lo que querías saber.

El alivio que sintió fue muy profundo, y por ello perturbador.

—¿Entonces a qué viene?

—Sospecho que sencillamente quiere asegurarse de que la duquesa sigue aquí y que no significa ninguna amenaza para su preciosa reputación.

Entrelazó su brazo con el de él y lo acompañó hasta el salón, donde un olor delicioso hizo gruñir el estómago de Hugh. Estaba hambriento, y cuando se sentaron disfrutó de la comida que les sirvieron. El desayuno consistió en huevos revueltos con riñón, pasteles de miel y bizcochos, todo delicioso. A pesar de su aspecto terrorífico, la cocinera de Charlotte poseía un talento impresionante para cocinar. Era mucho mejor que la cocinera de Montrose Hall.

Katie apareció segundos más tarde llevando una jarra cuyo líquido iba tambaleándose y con la mano vendada, y Hugh sencillamente le sonrió sin alarmarse lo más mínimo. Hoy todo parecía distinto. La luz de las velas que iluminaba la nublada mañana parecía más dorada, la comida más deliciosa. Charlotte más hermosa.

Hugh sospechó que lo que le pasaba era que era feliz y sonrió saboreando el momento. Quería sentirse así más a menudo, y, dado que el mérito era de Charlotte, debía tramar una estratagema para convencer a su amante de que estar con él tenía más ventajas que los orgasmos diarios. Charlotte ya le había contado lo que necesitaba; ahora él iba a sacar todo el provecho posible a esa información.

—Estás de buen humor —señaló Charlotte sonriéndole por encima del borde de la taza de té que tenía en los labios. Y Hugh La Coeur también estaba guapísimo con ese traje en tonos marrones; se le hacía la boca agua sólo con mirarle, y el atractivo le resaltaba la sonrisa de niño malo.

—Lo estoy, lo siento por ti. —Subió y bajó las cejas sugestivamente.

Charlotte se rio.

—Creo que podría acostumbrarme a tenerte por aquí.

—Ésa es mi intención. —Apartó el plato y, echando la silla hacia atrás, se puso en pie—. ¿Vamos a mi habitación a estudiar el mapa?

Charlotte se levantó, un cosquilleo le recorrió las venas. Miró a Hugh de reojo y bajó las pestañas seductora.

—Creía que lo del mapa íbamos a dejarlo para más tarde. —Dirigió la mirada hacia el pantalón de Hugh y observó fascinada cómo el miembro de él crecía al sentir los ojos de ella.

—Para. —Hugh la cogió por el codo y tiró de ella hacia la escalera.

—¿Que pare qué? —le preguntó haciéndose la inocente e intentando no sonreír.

—Lo sabes perfectamente —contestó él, despacio, con la voz tan ronca que a ella se le encogieron los dedos de los pies—. Deja de babear mientras me miras la entrepierna.

—¡Yo no hago tal cosa! —protestó atragantándose con su propia risa al subir la escalera.

Él la miró enarcando una ceja.

—Sí que lo haces, eres insaciable. En esta casa es imposible descansar.

Ella se rio.

—¡Qué malo eres! Eres tú el que no me ha dejado descansar. ¿Cuántas veces he intentado apartarme y ponerme a dormir?

—Varias —contestó él como si nada—. Pero al cabo de unos minutos has vuelto a echarte encima.

Charlotte se detuvo en medio de la escalera.

—¡Porque tu erección no paraba de darme golpecitos en la espalda!

—Tú no parabas de moverte. —Se encogió de hombros con exquisita indiferencia.

Ella se quedó mirándolo y conteniendo un ataque de risa. Sentía un calor extendiéndose por todo su cuerpo debido a la mirada sensual y bromista de Hugh. Él poseía un atractivo devastador, desprendía vitalidad y picardía. Era un hombre que vivía la vida, y ella se había pasado los últimos años en el limbo. Se sentía atraída por su energía y sus ganas de vivir, quería empaparse de ellas, absorberlas en la médula de sus huesos.

Incapaz de contenerse, se acercó a él y le ofreció los labios. Él los aceptó y, tras un profundo gemido, le dio uno de sus sensuales besos. Charlotte se derritió en sus brazos, aferrándose a los músculos de Hugh para no caerse.

—¿Lo ves? —murmuró él lamiéndole los labios—. Lo estás haciendo otra vez.

Dolorosamente excitada, Charlotte se rio sin aliento.

—Eres un seductor engreído.

—Y tú una chica muy provocadora. —Le acarició los pechos y le pellizcó los pezones.

Ella se apartó con una sonrisa.

—Te gusta que sea así.

Hugh se apoyó en la barandilla y se cruzó de brazos.

—Me gusta mucho como eres —reconoció—. Y ahora, ¿quieres que vayamos a ver ese mapa?

Charlotte lo recorrió con la mirada: empezó por lo alto de la cabeza y terminó en los pies. Hugh estaba impresionantemente excitado y ella se moría de ganas de estar con él. ¿De verdad quería estudiar ese maldito mapa? Se mordió el labio inferior.

—¿Crees que podrás contenerte y no tocarme? —insistió Hugh.

Ella entrecerró los ojos, le gustaba mucho aquel juego de provocación.

—¿Y tú?

Hugh sonrió.

—¿Quieres averiguar quién de los dos dura más?

—¿Como una apuesta? —Se frotó las manos—. Claro.

—¿Y qué nos jugamos?

—¿Cómo que qué nos jugamos?

—Sí, el vencedor tiene que ganar algo. Un hombre sucumbe al juego porque sabe que puede ganar algo.

—¿No te basta con un polvo?

—Ése es el premio que iba a darte yo a ti —dijo él haciendo morritos.

Charlotte se rio.

—Puedes elegir lo mismo.

Él arqueó una ceja dorada.

—Ah, pero yo quiero un premio mejor que el tuyo o que pierdas más que yo, así la apuesta es mucho más interesante.

—Sabes mucho de apostar —se burló Charlotte.

—Tengo cierta experiencia en el tema —explicó sin darle demasiada importancia—. Si tú eres capaz de contenerte y no me tocas antes de que yo te toque a ti, ganas un apasionado y húmedo revolcón entre las sábanas. Pero si gano yo, quiero una promesa a cambio.

—¿Qué clase de promesa? —le preguntó suspicaz.

—Todavía no lo he decidido.

—¡Estás haciendo trampas!

—No, no estoy haciendo trampas. Además, siempre puedes rendirte ahora y así nos ahorramos el sufrimiento.... —Aflojó los brazos y se acercó a ella para rodearla con ellos y envolverla en su perfume masculino.

—Oh, no. No voy a rendirme. Voy a ganar.

Él la cogió por el codo y le señaló el resto de escalera que les faltaba por recorrer con la otra mano.

—Excelente. ¿Vamos?

A Charlotte se le aceleró el corazón de la emoción y subió los escalones al lado de Hugh hasta llegar al dormitorio sin dejar de pensar en todo lo que podía hacer para ganar esa apuesta. Lo primero que hizo en cuanto llegaron al dormitorio fue encender un fuego en la chimenea.

—¿Qué diablos estás haciendo? —le preguntó él—. Aquí hace calor de sobra.

—¿De verdad? Yo tengo frío.

Hugh se quitó la levita.

—Si quieres que me desnude, sólo tienes que pedírmelo.

—Si no me falla la memoria, lo he hecho. Has sido tú el que ha preferido estudiar el mapa.

Hugh la fulminó con la mirada y Charlotte se rio. Hacía mucho tiempo que no se lo pasaba tan bien.

No, eso no era verdad. Nunca se lo había pasado tan bien.

Después de quitarse la levita y el chaleco, Hugh se acercó al escritorio a inspeccionar el mapa.

—¿Puedes traerme todo el material que tengas relacionado con esto?

—Por supuesto. —Charlotte abandonó el dormitorio con su plan ya en marcha y volvió un cuarto de hora más tarde lista para seguir atacándolo.

Entró en el dormitorio de Hugh con una sonrisa de oreja a oreja y se quedó petrificada en la puerta al ver su espalda desnuda. A Hugh, que había quitado la camisa y los zapatos, se le marcaban los músculos de los hombros porque tenía las palmas de las manos apoyadas en la mesa. La piel estaba cubierta de una fina capa de sudor por culpa del fuego. Charlotte suspiró y pensó que podría pasarse días mirándolo.

—¿Ya estás babeando otra vez? —le preguntó él sin darse media vuelta.

—Eres el hombre más arrogante que conozco —farfulló ella. Se acercó al escritorio y dejó los libros encima con un golpe seco. Él levantó la vista y la miró.

—Maldita sea —dijo entre dientes al ver que ella se había cambiado y llevaba ahora un camisón negro. La seda negra, que se sujetaba en los hombros con unos lazos, era casi transparente; aunque hacía años que poseía la prenda, Charlotte no se la había puesto nunca. El camisón flotaba a su alrededor y la opacidad de la tela cambiaba según la luz. Hugh podía ver la silueta de los pezones y la curva de la cintura.

Charlotte le pasó los dedos por el labio.

—Cuidado, cariño. Estás babeando.

Hugh juntó las cejas.

—Los tramposos nunca ganan —le dijo enfadado.

—No estoy haciendo trampas.

El modo en que la miró le dejó claro que no la creía.

—¿Por qué no me enseñas lo que has averiguado hasta ahora para que no pierda el tiempo intentando entender algo que ya sabes?

Charlotte sacudió la cabeza y se preguntó por qué estaba tan empeñado en no acostarse con ella y estudiar el mapa. Si se tratase de cualquier otro hombre se plantearía la posibilidad de que él estuviese de verdad interesado en el condenado mapa y no en ella, pero con Hugh sabía que eso no era verdad. Él no estaría tan frustrado si no estuviese procurando resistir la tentación de tocarla. Allí había algo raro, y si quería descubrir qué era, tenía que seguirle el juego.

Se acercó los libros, cogió el diario que había encima de la pila y lo abrió.

—Según Glenmoore, ganó este mapa como pago de una apuesta durante un viaje al Caribe. Primero pensó que se trataba sólo de un suvenir, pero un día se acercó a él un hombre que le juró que formaba parte de la tripulación del barco que había enterrado ese tesoro.

Hugh se quedó mirándola con sus intensos ojos oscuros.

—¿Qué contiene exactamente el tesoro?

—Glenmoore nunca logró averiguarlo. Existen dos leyendas. Una es bastante simple y dice que contiene el oro del pirata. La otra es una historia de amor.

—¿Una historia de amor? —le preguntó escéptico.

Charlotte asintió y giró las páginas del diario de Glenmoore hasta encontrar el papel que estaba doblado en su interior.

—Ella se llamaba Anne —empezó—. Según la historia que le contaron a Glenmoore, Anne huyó de un matrimonio infeliz para cruzar los siete mares con un pirata llamado Calico Jack. Estuvieron juntos durante un tiempo, pero al final capturaron a Jack y lo colgaron. Se dice que Anna, que estaba embarazada cuando Jack murió, escapó de las autoridades y escondió la fortuna que su amante había amasado.

Hugh se frotó la nuca. La postura enfatizó el bíceps y su hermoso pecho. Charlotte se lamió el labio.

Dios santo, sí que iba a babear.

—Charlotte, no me digas que... —Levantó la vista del mapa y buscó la de ella. Y gimió—. ¿Cómo es posible que alguien logre concentrarse contigo vestida de esta manera y mirándome como me miras?

—¿Por qué tienes este interés tan repentino en el mapa?

Hugh movió la mano hacia su erección y la acarició por encima del pantalón.

—Porque quiero enseñarte que puedo serte útil para algo más que para el sexo.

Charlotte parpadeó atónita y se acercó a la silla que tenía más cerca para sentarse.

—Quieres serme útil —repitió asombrada en voz baja—. Creo que es la primera vez que un hombre me dice esto.

—Sí, bueno, si te sirve de algo, yo no se lo había dicho nunca a nadie —farfulló él—. Que te quieran sólo para follar tiene sus ventajas y ceder a una relación así es, sin duda, menos doloroso para los genitales. Creo que la culpa de la locura que estoy sintiendo es del agua de la zona. —Se frotó la cara con una mano antes de coger el diario—. ¿De verdad crees todas estas tonterías acerca de un tesoro?

Charlotte lo observó leer el diario con atención, frustrado sexualmente pero decidido a encontrar la manera de ayudarla, y se le ablandó el corazón. Qué hombre tan peculiar. No podía descifrarlo, pero ¿acaso importaba? Gracias a él se sentía viva y valorada.

—¿Charlotte? —levantó la vista y maldijo en voz baja—. ¿Tienes intención de ayudarme con esto o no?

—Me rindo. —Era la primera vez en la vida que se rendía. Maldita (o bendecida, según se mirase) por una naturaleza muy competitiva, Charlotte se tomaba todas las competiciones muy en serio.

—¿Disculpa?

—Has ganado. Me rindo. ¿Podemos acostarnos ya?

—¡Por todos los infiernos! —Hugh se apartó del escritorio y se puso a pasear de un lado al otro del dormitorio—. No puedes rendirte.

—¿Por qué no? —Se puso en pie.

—Porque necesito ayudarte con esto.

—Puedes ayudarme más tarde.

Hugh se detuvo y la miró, y extendió los brazos hacia ella para mostrarle lo fuerte y frustrado que estaba.

—¿Por qué me estás poniendo tan difícil que te ayude?

—¿Qué quieres de mí, Hugh? —le preguntó en voz baja—. ¿Qué ganarás ayudándome?

Hugh le dio la espalda.

—La tormenta no tardará en amainar y ya no tendré ningún motivo para quedarme.

—Sí, lo sé.

—Mi carruaje era nuevo, maldita sea, ¡me había costado una verdadera fortuna! Tendría que estar enfadado, furioso, por que ese estúpido trasto se ha roto. Y sin embargo le estoy agradecido, porque me ha dado la posibilidad de conocerte. Y sospecho que cuando me vaya te echaré de menos, y yo nunca echo de menos a nadie.

Charlotte, con el corazón acelerado, cruzó la pequeña distancia que los separaba. Le acarició la espalda y sintió cómo los músculos se tensaban bajo sus dedos. Las palabras de Hugh, su pasión... Ella nunca había visto nada igual.

—Chis —lo tranquilizó.

—Esta mañana has ido a bañarte y me ha parecido una eternidad. Es una locura, te lo digo yo. Es horrible, insoportable, necesitar la compañía de una desconocida como necesito yo la tuya. Ayer a esta hora no te conocía, ni siquiera sabía que existías, y anoche, cuando estaba dentro de ti, pensé que me bastaba con eso. Pero esta mañana he pensado que tal vez necesito algo más...

—Chis...

—... y ahora...

Charlotte era demasiado bajita para besarlo, pero le depositó un beso en el pectoral y él flexionó los dedos en la melena de ella.

Hugh la empujó para apartarla y le enseñó unos ojos tan oscuros y tan llenos de sentimientos que la habrían asustado de no haber estado tan excitada.

—Y ahora quiero que vengas conmigo. Quiero que seas mi amante. No te faltará de nada, te lo prometo.

—Oh, Hugh...

Él le devoró los labios y a Charlotte la embargó una sensación tan aguda, tan dolorosa, que el fuego se extendió por toda su piel. Se había pasado la mañana entera deseándolo. Necesitaba que la tocara, que le sonriera, que la mirara. Era una locura, él tenía razón, querer tanto a un desconocido, pero así eran las cosas y ella no se arrepentía, no cuando estar con él era tan maravilloso.

Hugh cayó de rodillas y la arrastró a ella con él; apartó las manos del pelo y las llevó a los

pechos para tocarlos con una ternura que la emocionó por dentro.

—Te compraré joyas nuevas, y más vestidos. Te daré un hogar, y será sólo tuyo, lo pondré a tu nombre...

—Deja de hablar, maldito seas. —Ella no quería promesas ni sueños. Sólo quería el ahora mismo, sólo ese preciso instante, y nada más. Tenía miedo de querer algo más.

Charlotte se dio media vuelta y se puso de cuatro patas en la alfombra. Separó las piernas y esperó a que la embargase el placer que sentía siempre que Hugh la poseía.

Pero cuando Hugh se movió, no fue para hacer lo que ella esperaba. No se colocó detrás de ella y la poseyó frenético como un salvaje, tal como había hecho apenas unas horas antes. Lo que notó fue su cálido aliento a través del camisón, la presión de su mejilla en la columna vertebral, las manos encima de las de ella.

Charlotte apoyó la frente en la alfombra. Le temblaba todo el cuerpo y, por culpa del fuego de la chimenea, una fina capa de sudor le cubría la piel.

—Quiero tener el privilegio de tocarte así —murmuró él deslizándole los dedos por la espalda—. Quiero tomarme mi tiempo, saborearte, en vez de poseerte frenético y desesperado.

—¿Desesperado? —le preguntó arqueando la espalda siguiendo sus dedos.

—Así es como me siento, como si tuviera que saciarme de ti antes de que sea demasiado tarde. —Le cogió el pelo, lo acercó a su rostro e inhaló profundamente—. Tiene un color tan precioso. Es el rojo más bonito que he visto nunca.

Charlotte intentó tumbarse para dar media vuelta y ver cómo Hugh la admiraba, pero él la sujetó con fuerza y se lo impidió.

Le levantó el camisón despacio, acariciándola con la tela. Ella se estremeció cuando las manos de Hugh se colocaron entre sus piernas y le acariciaron los rizos húmedos.

—Y este rojo, más oscuro, más apasionado. Cuando te vi por primera vez encima de ese enorme caballo, quise saber de qué color tenías el vello. —Con un dedo le rodeó el clítoris y lo acarició con la suavidad de una pluma mientras buscaba los pechos con la otra mano—. Cuando estás desnuda en la cama, tu pelo se esparce por la almohada, tu piel es tan pálida, tus pezones y tus labios tan oscuros... Casi no puedo soportarlo.

Le besó la curva de las nalgas.

—Pero lo que más me gusta, lo que más me emociona, son las cosas que me dices y el sonido de tu risa.

Charlotte cerró los ojos, embargada por esos sentimientos y por el efecto que tenían en ella. Siempre había sido muy pragmática y no se avergonzaba de su pasado. Su instinto de supervivencia era mayor que su orgullo. Pero, a pesar de su experiencia, nunca ningún hombre se había tomado tanto tiempo con ella, ninguno la había acariciado, ninguno la había convertido en deseo líquido. Y Hugh lo había hecho desde el principio. El acto sexual no debería ser tan íntimo, y mucho menos cuando era temporal. Pero entonces Hugh la penetró con un dedo y Charlotte se tranquilizó y dejó de preocuparse. Él la penetró un poco más y ella se tensó; le dolía un poco de la cantidad de veces que habían hecho el amor antes.

Hugh hizo un sonido para decirle que estuviese tranquila, que iba a cuidar de ella, y entonces su boca se colocó en el lugar que había ocupado antes el dedo. Moviéndola despacio, con movimientos largos y lentos, igual que cuando la besaba. Separó los labios vaginales con los dedos de una mano y con la otra le acarició el pecho y capturó el pezón entre dos dedos.

—Por favor —gimió ella, que movía las caderas persiguiendo la lengua de él, deseándolo... desesperadamente.

Él se tensó un segundo, y otro más tarde Charlotte sintió la erección presionando con cuidado la entrada de su cuerpo, llenando un vacío que no sabía que tenía hasta que Hugh había llegado a su vida. Paciente y tierno, Hugh siguió acariciándole la espalda, cuidándola, mientras su pene penetraba esos tejidos que no estaban acostumbrados a un uso tan intenso.

—Sí... —suspiró Charlotte cuando los muslos de Hugh rozaron los suyos, y su cuerpo se dilató al máximo para acomodarlo. Levantó las caderas a modo de invitación y él se hundió más, al tiempo que soltaba una maldición.

—Esta sensación —dijo entre dientes, inclinándose hacia delante para tocarle los pechos con las manos—. No puedo imaginarme vivir sin ella, nunca tendré suficiente.

Salió despacio y después volvió a moverse hacia delante; buscó un ritmo lento y lánguido y lo mantuvo. Entraba y salía, inundándola de placer. Charlotte gimió y empezó a moverse frenética, a suplicarle que acabase con ese tormento.

—¿De verdad quieres que acabe? —le preguntó con la voz ronca—. Porque yo no.

Ella clavó las uñas en la alfombra al notar que él aminoraba la cadencia de sus movimientos. No, ella no quería que acabase... ese instante, la visita de Hugh, nada. Pero si no tenía un orgasmo pronto se moriría.

—Por favor...

Hugh la penetró con fuerza y gimió; enterró el miembro hasta lo más profundo de Charlotte y eyaculó, la quemó por dentro y por fuera con el flujo de su semen.

Charlotte también alcanzó el clímax, se convulsionó alrededor de él, con el torso de Hugh pegado a su espalda, las manos en sus pechos, sus gemidos mezclándose con los de ella, hasta que no supo dónde terminaba ella y dónde empezaba Hugh La Coeur.

Hugh apartó los rizos del rostro de Charlotte antes de besarle la punta de la nariz.

—Quiero que vengas conmigo cuando me vaya. —La levantó del suelo y la llevó en brazos a la cama.

Ella hundió el rostro en el cuello de él.

—No puedo irme de aquí.

—¿Por qué no? —Hugh la dejó encima del cubrecama y después se tumbó a su lado.

Ella le cogió la mano y la colocó encima de su corazón; tenía el verde de los ojos empañado de rocío.

—Porque aquí estamos a salvo, los sirvientes y yo. Éste es nuestro hogar. Tal vez no sea el mejor, pero es seguro.

Hugh se apoyó en los almohadones y observó su rostro.

—Yo soy de fiar. Abriré una cuenta a tu nombre. Te he prometido una casa y te la daré. Todo lo que te regale será tuyo. Tendrás de sobra para ocuparte de ti y de los demás.

Charlotte apartó la mirada.

—Me gusta Derbyshire —le dijo en voz baja.

Él se quedó mirándola, sintiéndose como si hubiese recibido un puñetazo. «¿Prefiere estar aquí, esta vida, a estar conmigo?» Le había dicho lo que sentía por ella, le había confesado unas emociones que ni siquiera sabía cómo manejar, y ella le había rechazado. Todo se reducía a que Charlotte no confiaba en él.

«Es seguro», le había dicho, insinuando entre líneas que él no lo era.

—Dios —farfulló saliendo de la cama. Se acercó a la ventana y apartó la cortina para ver el

paisaje invernal de fuera. Dentro de unos pocos días podría irse sin problemas, podría volver a la vida libre de preocupaciones de la que siempre había disfrutado y que ahora le parecía patética y vacía. Si hoy fuese el día de su muerte, ¿qué clase de recuerdo dejaría? ¿El de un hombre que no era de fiar, de un irresponsable? Ya no quería seguir siendo ese hombre.

—Hay cosas que no sabes —le dijo Charlotte desde la cama con la voz baja e indecisa.

Hugh siguió dándole la espalda, aunque era perfectamente consciente de los movimientos de ella.

—¿Vas a contármelas?

—Yo... —Hizo una pausa y suspiró—. No.

—Bueno, entonces... —Hugh resopló. Le dolía demasiado el rechazo—. Supongo que eso responde a mi pregunta...

—Ojalá pudiera explicarte...

—Por favor. —La detuvo levantando la mano—. No digas nada más. Te he preguntado y tú has respondido. No hay nada más que decir. —Pero una parte de él quería que se lo contase, que confiase en él, que se fiase. Pero claro, cuanto más supiera de ella, más se enamoraría, y más le dolería su relación.

No, lo mejor sería seguir considerándola un pasatiempo y nada más. A pesar de lo que sentía en aquel instante.

Hugh se apartó de la ventana y se puso el pantalón. Y después hizo lo mismo con la camisa.

—¿Adónde vas? —le preguntó Charlotte.

No la miró.

—A dar una vuelta.

—¿Adónde? —Movi6 las sábanas—. Si quieres, puedo enseñarte la mansión.

—Preferiría que no lo hicieras, si no te importa. —Pudo sentir el daño que le hizo a Charlotte su rechazo, pero se obligó a ignorarlo. Se dirigió a la habitación contigua para crear cuanta distancia le fuera posible entre los dos.

Desde su llegada, Hugh se había pasado la gran parte del tiempo en el dormitorio que le habían adjudicado, así que no conocía demasiado bien la casa, pero supuso que no le costaría demasiado encontrar el despacho en el que había descubierto a Charlotte. Esa noche sólo le había prestado atención a ella, evidentemente, pero si no le fallaba la memoria allí había un aparador lleno de botellas de licor.

Y una copa, o varias, era exactamente lo que necesitaba para centrarse y volver a ser capaz de acostarse con una mujer sin sentir nada por ella.



Después de dejar a Charlotte, Hugh sólo tardó unos minutos en encontrar el misterioso despacho, que resultó estar justo al lado del salón. También encontró algo más. Sentada en el escritorio, con un sinfín de libros esparcidos por todas partes, había una joven de unos dieciséis o diecisiete años como mucho. Él se detuvo en el dintel, dudando acerca de si daba o no el último paso. Las normas de buena educación dictaban que una joven dama permaneciera acompañada de una carabina cuando estuviese con un caballero, pero dudaba de que alguno de los habitantes de esa casa lo supiese, o le molestara que él incumpliese dicha norma.

«¿Quién diablos es?» Parecía tan... normal. Y el modo en que estaba sentada en el escritorio inspeccionando los libros dejaba claro que era miembro de la familia de Glenmoore y no del servicio.

La joven levantó la vista en aquel preciso instante y en su rostro apareció una sonrisa. Era muy bonita: tenía el pelo negro como la noche y los ojos muy azules.

—Hola, lord Montrose —lo saludó ella levantándose de la silla para acercarse a él—. Es un placer conocerle. —Le tendió la mano.

Completamente atónito, Hugh la aceptó por la fuerza de la costumbre y le hizo una leve reverencia.

—El placer es mío...

Ella se rio.

—Ginebra. Mi madre era una romántica. Pero puede llamarme Gwen, como hacen todos mis amigos.

Hugh arqueó una ceja y la observó con más detenimiento. Era alta y delgada, y, a juzgar por sus buenos modales, era evidente que pertenecía a una buena familia, pero al mismo tiempo su informalidad delataba que carecía del entrenamiento social adecuado.

—¿Estabas estudiando? —le preguntó Hugh mirando lo que había encima del escritorio.

—Sí, lo estaba intentando. —Sonrió—. Pero hoy la historia no consigue retener mi atención. ¿Dónde está Charlotte?

—No estoy seguro. —Después de lo que había sucedido, seguro que ya no estaba en su dormitorio, y probablemente no volvería a visitarlo mientras siguiera allí.

—Ah..., una pelea de enamorados —murmuró Gwen, que sonó mayor—. Sorprendentemente pronto, pero inevitable. O eso me han dicho. Y cuanto más enamorado se está, más duele.

—¿Cómo diablos sabes esas cosas?

Gwen se encogió de hombros y volvió al escritorio.

—No hay mucho que hacer aquí, milord, y poca gente con la que hablar. Al parecer, por estos lares el único entretenimiento consiste en el cortejo, y yo soy una chica curiosa. Es como ir a la ópera o al teatro. Es fascinante ver cómo interactúan los distintos sexos, ¿no crees?

Hugh sacudió la cabeza. En toda su vida jamás se había encontrado con un grupo de gente tan

peculiar.

—Necesito una copa —farfulló, y se acercó con pasos agigantados al aparador, donde había varios decantadores detrás de vasos de cristal. Bebió la primera de golpe, saboreó la quemazón que le provocó el estómago, y se sirvió otra antes de volver a enfrentarse a la joven Ginebra—. ¿Eres familia de su excelencia?

Ella levantó ambas cejas.

—Soy su ahijada.

—Claro. —Se bebió la segunda copa. A esa gente debía de parecerles de lo más normal que esa joven estuviese a cargo de una duquesa que no estaba bien de la cabeza.

—¿¡Qué está pasando aquí!?

Hugh miró hacia la puerta y vio a Artemis con los brazos en jarras.

—No deberías hablar con él —reprendió a Gwen.

—¿Disculpa? —Hugh se tensó.

Artemis dirigió el ojo protuberante hacia él.

—Le dije a su excelencia que sólo nos traerías problemas, pero no me hizo caso. ¡Y mira qué ha pasado!

—¿De qué diablos está hablando?

—Está llorando en su habitación y tú estás aquí bebiendo y maldiciendo delante de la señorita Ginebra. ¡Y vas a medio vestir! Qué vergüenza.

—Oh, Dios. —Gwen zarandeó la cabeza e intentó escapar—. Vuestra discusión tiene que haber sido peor de lo que me imagino.

—Yo no he hecho nada —se defendió Hugh al ver que lo acusaban injustamente, un poco avergonzado. Artemis tenía razón. No se estaba comportando como un caballero—. Ni siquiera me han presentado a lady Glenmoore. Estoy convencido de que yo no soy el causante de sus lágrimas. Probablemente haya sido usted. Dios sabe que yo lloraría desesperado si usted trabajase en mi casa.

Artemis se quedó atónito y se llevó las manos a las caderas.

—¿Lo ves? —preguntó mirando a Gwen—. Ya te dije cómo eran. —Se llevó un dedo a la sien y lo hizo girar—. Todos los aristócratas están...

—¡Maldita sea! —Hugh dejó el vaso vacío encima del aparador con un golpe seco—. De todas las insolencias...

—Cielo santo. —Gwen los interrumpió arrugando la nariz—. No te sulfures, Artemis.

Hugh se cruzó de brazos.

—Está loco como una cabra.

—¿Yo? —Artemis se enfureció—. Si usted ni siquiera recuerda el nombre de la mujer con la que ha estado toda la mañana.

—Oh, Dios mío. —Gwen se sonrojó y se llevó las manos a las mejillas.

Hugh se quedó helado. Desvió la mirada horrorizada hacia Gwen y cuando ella la apartó todas las piezas encajaron de repente. Aturdido, fulminó a Artemis, y éste, por primera vez, tuvo el detalle de parecer arrepentido.

—Dios santo. —Hugh se apoyó en el aparador—. ¿Dónde está?

—Tal vez deberías esperar a no estar tan enfadado —le aconsejó Gwen.

—¡No estoy enfadado!

—Estás gritando —señaló ella.

—No estoy... —respiró profundamente y cerró los ojos. Estaba gritando. A pesar de la rabia y el dolor que le había causado descubrir lo poco que Charlotte confiaba en él, tenía que controlarse y

resolver la situación de un modo racional—. Necesito hablar con ella. —Abrió los ojos y añadió—: Está a salvo conmigo.

—De eso no tengo ninguna duda —afirmó Gwen con una sonrisa—. Es evidente que os gustáis. Artemis, ¿sabes dónde está su excelencia?

El mayordomo señaló el pasillo.

—En su habitación. Tercera puerta a la derecha.

—Gracias.

Artemis le bloqueó la puerta. Abrió la boca y la cerró sin decir nada, y se apartó de su camino.

A mitad del pasillo, Hugh se detuvo y volvió a coger aire. Tenía que asimilar demasiada información de golpe, y, al final, la única que podía aclararle todas las preguntas que tenía era Charlotte. Además, se sentía como un cretino por haberla hecho llorar. Cuando llamó a la puerta del dormitorio, estaba bastante controlado. La oyó decirle que podía entrar, y entró.

Ella estaba sentada detrás de un escritorio observando el mapa. Llevaba la brillante melena roja recogida en lo alto de la cabeza y un vestido verde oscuro; estaba bellísima. Cuando levantó la vista, vio que tenía los ojos claros como un campo de hierba en primavera y la nariz bien erguida y nada enrojecida. No había estado llorando. A Hugh no le costó deducir que le habían engañado. Al parecer, el mayordomo creía que se merecía saber la verdad.

Ella lo miró con la cabeza bien alta.

—Buenos días, milord. —La voz sonó fría e imparcial, completamente opuesta a la de la mujer que se había puesto a cuatro patas por él.

Provocado por la frialdad y el distanciamiento de ella, Hugh le contestó:

—Buenos días, excelencia.

Charlotte retrocedió levemente; fue sólo un movimiento de cejas y a Hugh se le habría pasado por alto si no lo hubiese estado esperando.

—Artemis —pronunció ella en voz baja—. Traidor.

Hugh cerró la puerta y esperó.

Charlotte suspiró.

—De acuerdo, entonces. —Se levantó de la silla, rodeó el escritorio y se acercó a Hugh para mirarlo de frente, igual que hacía siempre con todos sus problemas—. ¿Has descubierto algo más?

—¿Te refieres a Gwen? —Hugh se dio cuenta de que tampoco era casualidad que hubiese encontrado a la joven. Si Gwen se hubiese quedado estudiando en su habitación, él jamás habría descubierto su existencia. Fuera cual fuese el motivo, los extraños miembros del servicio de Charlotte querían que él averiguase sus secretos.

Charlotte apretó los labios, le señaló unas butacas y esperó a que se sentase antes de continuar.

—Todo lo que te he dicho es verdad.

—Verdad por omisión —argumentó él.

—Pero verdad de todos modos.

—¿Eras tú la mujer que vi el primer día con la cara oculta tras un velo negro?

—Sí, era yo.

Hugh suspiró aliviado. Pensó que se había vuelto loco cuando se excitó por la extraña y misteriosa duquesa. Saber que era Charlotte disfrazada le daba al incidente otra perspectiva.

Charlotte se apretó el puente de la nariz.

—Gwen es hija de Carding. Dado que él no está casado, seguro que eres capaz de deducir en qué la convierte eso.

Hugh se apoyó en el respaldo de la silla y al mirar a Charlotte vio que en los hombros llevaba

demasiada responsabilidad y que parecía cansada.

—¿La abandonó aquí contigo?

—Dios santo, no —dijo ella con una risa amarga—. Ese hombre que no se preocupó lo más mínimo por su padre, ¿crees que se interesó por su hija bastarda? Fue Glenmoore el que me pidió que me ocupase de Gwen. Había descubierto su existencia cuando ella era tan sólo una niña y se encargó de abrir un pequeño fondo para la madre de la pequeña. Pero la mujer murió y nadie podía cuidar a Gwen. Carding se negó a hacer nada por ella, así que Glenmoore la trajo aquí. Tenía muchísimas ganas de ser abuelo, y Gwen es un encanto. Todo el mundo la adora.

—¿Y el matrimonio?

—Fue la única solución que se le ocurrió a Glenmoore para asegurarle un futuro a Gwen. Así podía dejarle una dote y a mí poderes para gestionarla hasta que ella se hiciese mayor, en el caso de que Carding se opusiera.

—Una dote ridícula —farfulló Hugh—. Este lugar está hecho un desastre.

Charlotte alargó una mano y cogió la de Hugh. Él se sorprendió por el gesto y por la llama de deseo que avivó en su interior.

—Glenmoore tenía miedo de que la suma fuese demasiado alta. El matrimonio nunca llegó a consumarse, Carding lo sabe, y el duque no quería provocar a su hijo para que no nos diese problemas. —Se puso en pie y empezó a caminar de un lado al otro—. Nadie puede saber quién es la duquesa, Hugh. No podemos correr el riesgo de que aparezca gente preguntando sobre Gwen. Ésa fue la única condición que nos impuso Carding a cambio de dejarnos vivir aquí.

—¿Y qué futuro tendrá Gwen si se queda a vivir aquí? —le preguntó Hugh poniéndose en pie para mirarla—. ¿Qué clase de vida es ésta?

—Ninguna. Y por eso Glenmoore me dejó el mapa.

—¡Maldita sea, Charlotte! —Hugh se frotó la frustración del rostro—. Es ridículo que pongas todas tus esperanzas en ese condenado mapa. No puedes confiar en que encontrarás el tesoro de un pirata... Acabarás pudriéndote aquí. Y Gwen también.

—¿Y tú quieres llevarnos a todos contigo? —lo retó con las mejillas ardiendo de rabia tanto como sus ojos—. ¿Una amante con una joven menor a su cargo y un montón de sirvientes minusválidos? La reputación de Gwen quedaría destrozada. ¿O acaso pretendes escondernos? Tal vez la casa estaría en mejores condiciones, pero seguiríamos estando atrapados y nuestro futuro dependería de la voluntad de un seductor que cree estar momentáneamente encaprichado conmigo.

Hugh se dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta. Ya había oído suficiente.

—¿Qué significa para ti? —le preguntó ella al ver que se iba.

Hugh se detuvo en la puerta y se giró.

—Una mujer hermosa cuya sensualidad me atrae desde lo más profundo de mi ser. Una mujer que se preocupa por los demás, una guardiana, la defensora de la gente a la que quiere. Una pragmática que está dispuesta a todo para sobrevivir, una cualidad que admiro, ya que carezco de ella. Y una mujer honesta que me dijo que me admiraba, que confiaba en mí, aunque sólo fuera por un instante, y que me dijo que creía que era capaz de hacer todo lo que me propusiera.

—Y lo eres.

—Sólo contigo.

A Charlotte le tembló el labio inferior y con los dedos se tocó nerviosa la falda. Hugh respiró hondo y continuó:

—No soy el mismo desde que puse un pie en esta monstruosidad de casa, y lo cierto es que no me gustaba como era antes. No me gustaba lo más mínimo. De hecho, me gusto mucho más cuando

estoy contigo. Me gusta saber que te admiro por algo más que por tu físico, aunque reconozco que me he pasado gran parte de las últimas veinticuatro horas admirándolo. —Le hizo una reverencia y dio media vuelta, decidido a irse.

—¡Hugh, espera! —Charlotte corrió tras él.

—¿Por qué? —preguntó sin girarse—. Lo entiendo.

—No, no entiendes nada.

Hugh se detuvo, pero no se movió. Ella lo rodeó y lo envolvió con su perfume floral.

—Si fuéramos sólo tú y yo —le dijo echando la cabeza hacia atrás para poder mirarle a los ojos—, me iría contigo. Lo dejaría todo y me iría contigo; me quedaría a tu lado durante todo el tiempo que quisieras.

—Pero no estamos solos.

—No. —Buscó la mano de él igual que había hecho tantas veces desde que lo conocía—. Y lamento muchísimo que no lo estemos. Tienes que comprender que toda esta gente depende de mí y que no puedo irme de aquí y sencillamente esperar que no les pase nada.

Hugh ejercitó su cerebro al máximo en busca de algo que pudiese demostrarle a Charlotte que podía confiar en él.

—Tú quieres encontrar el tesoro y yo puedo ayudarte. Pero tendrás que confiar en mí.

Charlotte abrió los ojos como platos, su recelo era casi palpable.

—Puedo presentarte a lord Merrick —siguió Hugh con el objetivo de evitar la negativa de Charlotte—. Su cuñado es Jack Lambert. Si alguien puede descifrar ese mapa, es Merrick, o, como mínimo, sabrá quién puede hacerlo.

Charlotte tragó saliva. Hugh siguió adelante:

—Tanto mi hermana como lord Merrick poseen propiedades en Derbyshire. Era allí adonde me dirigía cuando el destino me trajo hasta aquí. —Le pasó los dedos por los labios—. Tarde o temprano tendrás que subirte a un barco, y a mí me tranquilizaría mucho saber que viajas en uno de los navíos de Lambert, con la compañía y la protección adecuada. Yo puedo ocuparme de eso.

—¿Harías eso por mí?

Sonrió al ver en sus ojos que la estaba convenciendo.

—En mi vida sólo me ha necesitado una persona, mi hermana Julienne, y me avergüenza decir que le fallé. Miserablemente. Sería para mí un gran honor que confiaras en mí y que me dieras la oportunidad de redimirme. Hace mucho tiempo que soportas el peso de todas estas responsabilidades tú sola. ¿Por qué no me dejas ayudarte durante una temporada?

—El peso es más ligero desde que llegaste, aunque en realidad no haya cambiado nada.

Hugh le besó la punta de la nariz.

—A mí me gustaría mucho seguir con nuestra relación íntima mientras estemos juntos, pero sólo si tú quieres. Si no es así, te prometo que te ayudaré de todos modos en todo lo que pueda. Esto no es a cambio de sexo, Charlotte. Para mí es muy importante que entiendas mis motivos.

Apoyó la cabeza en el pecho de Hugh y se rio.

—Los entiendo, Hugh. Y yo también quiero seguir con nuestra relación íntima. La verdad es que es incluso embarazoso, me he convertido en una descarada desde que llegaste.

—Bueno, será cuando no estás rescatando a todos los inadaptados de Derbyshire —señaló él, sarcástico.

—¡Eh, vamos! —se quejó Artemis entrando en el despacho—. Aquí no nos gusta que nos llamen así.

Hugh intentó apartarse de Charlotte, pero ella lo abrazó con fuerza y al cabo de un segundo se

relajó. Enseguida descubrió que le gustaba que lo abrazase una mujer sin que mediase el sexo. Era muy reconfortante.

Miró por encima de los rizos rojos de Charlotte y vio que Artemis tenía la desfachatez de guiñarle un ojo.

Hugh se rio, y se dio cuenta de que tal vez empezaba a caerle bien ese mayordomo.



—Hace dos días que no nieva —dijo Charlotte con tristeza mientras miraba por la ventana. Había acabado gustándole que nevase porque eso significaba que Hugh iba a quedarse un día más.

Él levantó la vista del diario que estaba estudiando y le sonrió. El efecto que ejercía en ella esa sonrisa, inocente y algo infantil, era increíblemente poderoso; le quitaba el aliento y tenía que cubrirse el corazón de lo que se le aceleraba.

Hugh, ajeno a esos problemas, se pasó una mano por el pelo.

—Lo he visto esta mañana.

Estaba tan guapo que dolía mirarle, Charlotte apenas podía soportarlo. Por fortuna, él no tenía ni idea de lo que le pasaba.

—Si tu carruaje está arreglado a tiempo, tal vez podríamos irnos mañana.

—Yo he pensado lo mismo. —Cerró el libro y le hizo señas para que se acercase a él.

El conde llevaba dos semanas viviendo allí, y de momento su interés por ella no se había desvanecido lo más mínimo. Dormían juntos cada noche y estaban juntos todo el día, y en ningún momento dejaba de ser encantador o se mostraba aburrido. Si Charlotte abandonaba una habitación, él la seguía. Si quería dormir la siesta, se iba con ella. Por primera vez en su vida, la soledad que la había acompañado desde pequeña desapareció y su lugar lo ocupó la constante presencia del atractivo conde de Montrose.

—Pareces nerviosa —señaló él.

—¿Y te sorprende? Hace mucho tiempo que no salgo de aquí. Mi ropa está muy pasada de moda y mis modales algo oxidados.

Hugh se rio y cuando la tuvo lo bastante cerca tiró de ella y la sentó en su regazo.

—Nadie se fijará en esas cosas. Tu belleza les cegará y se olvidarán del resto.

—Tal vez a ti te pase eso —farfulló.

—Oh, a mí me pasa —la corrigió besándole la punta de la nariz—. No tienes nada que temer. El grupo con el que vamos a reunirnos es famoso por sus excentricidades. Te aseguro que mi hermana y Remington no son nada convencionales, y Merrick estuvo años desaparecido. Incluso ahora nadie sabe de dónde viene. Eso sí que es ser raro. Que yo llegue con una mujer espectacular colgada del brazo les parecerá de lo más normal, y no se fijarán en tu atuendo.

Charlotte apartó la mirada, le dolió saber que era una más. Cuando conoció a Hugh, ya sabía que lo suyo sería sólo temporal y todavía no entendía por qué se había permitido sentir algo por él. Claro que probablemente había sido inevitable. ¿Acaso existía alguna mujer capaz de negarle algo, incluido su corazón?

—Yo nunca he llevado a una mujer a casa de mi hermana, nunca le he presentado a nadie —confesó él entonces en voz baja, y cuando Charlotte volvió a mirarlo supo que él había adivinado sus pensamientos. La observó con sus ojos oscuros y el cejo fruncido.

Para distraerlo, le rodeó el cuello con los brazos y lo abrazó con fuerza.

—Gracias por ayudarme, Hugh. No puedo decirte lo mucho que significa para mí.

—Supongo que no tanto como a mí que me dejes ayudarte. —La acunó contra su torso y suspiró

—. ¿Tienes ganas de salir de aquí y mezclarte con el resto del mundo?

—Oh, sí, muchas ganas. Será la primera vez que Gwen salga del distrito, y me hace mucha ilusión conocer a Lucien Remington. He oído decir...

Chilló sorprendida cuando él se sentó en un sofá y la atrapó con su cuerpo. Hugh se colocó encima y la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Llevas tres años aquí recluida y lo que te hace más ilusión es conocer a Lucien Remington?

Charlotte no intentó disimular lo feliz que se sintió al ver que Hugh era tan posesivo con ella. Parpadeó y se hizo la tonta.

—Bueno, era toda una leyenda entre las *demimonde*. Una vez conocí a su madre. Una mujer encantadora. Ella...

Hugh agachó la cabeza y le mordió el labio inferior.

—¡Au! —se quejó poniendo morritos.

—Está casado. Con mi hermana. Y son muy felices, debería añadir. Es casi embarazoso ver lo mucho que se quieren.

—Puedo mirarlo —dijo ella como si nada.

—No —le aseguró él, incómodo—. No puedes.

—¡Estás celoso! —Se rio y tiró de la cabeza de Hugh para besarlo. Y como lo tenía encima, notó que se excitaba—. Deberías saber que a las mujeres nos gusta mirar a los hombres guapos. Casi tanto como a los hombres mirar a las mujeres bellas.

—A mi hermana no le parecerá bien —señaló, pegado a los labios de ella.

—Oh, verás, a las mujeres nos gusta que miren a nuestros acompañantes. Nos hace sentirnos muy orgullosas tener a un hombre al que desean las demás.

—Hum... —A Hugh le tembló el labio al intentar contener una sonrisa—. Supongo que tendré que buscarme a unas cuantas admiradoras. Tal vez así me prestarás más atención a mí que a Remington.

A Charlotte le falló la sonrisa. Una parte de ella no quería irse de allí, prefería seguir atrapada con Hugh, lejos de las fuerzas que iban a separarlos.

—Ah, a algunas mujeres les gusta —adivinó él perceptivo, y le apartó el pelo de la cara—. Pero tú no eres una de ellas.

Esa conversación se estaba dirigiendo a un territorio que mejor sería dejar por descubrir.

—Me pesas mucho —le dijo Charlotte intentando distanciarse de Hugh, aunque fuera sólo físicamente. Era mentira, por supuesto. A ella le gustaba tenerlo encima, sentir su poderoso cuerpo sobre ella. La hacía sentirse querida, cuidada, deseada, en vez de dominada.

—Estoy encima de ti muy a menudo, y ésta es la primera vez que te oigo quejarte. —La mirada de él la quemó por su intensidad—. ¿Has empezado a aburrirte de mí, Charlotte?

—¡No! —Buscó su rostro con las manos. A lo largo de las últimas dos semanas había averiguado muchas cosas de su amante y la más significativa era el miedo tan profundo que tenía de ser prescindible—. Oh, Hugh, no. Eso no sucederá jamás.

—¿Jamás? —Le rozó los labios con los suyos.

Arqueó la espalda para sentirlo mejor y tiró de él para acercarlo más.

—Llévame a la cama ahora mismo.

—¿Por qué?

Ella le sonrió seductora.

—Ya sabes por qué.

—Sí. —Se levantó y se apartó de ella—. Ya sé por qué.

Charlotte lo observó confusa mientras él se alejaba del sofá y se acercaba a la ventana frente a la cual había estado ella antes.

—¿En qué piensas cuando hacemos el amor? —le preguntó Hugh de repente.

—¿En qué...? —Sacudió la cabeza y se sentó—. No pienso en nada.

—Exacto.

—¿Qué estás insinuando?

—Utilizas el sexo para evitar enfrentarte a tus sentimientos.

Charlotte se quedó muda un segundo, sorprendida por la acusación.

—¿Y tú no? —se burló poniéndose en pie.

—Nada de discusiones —los riñó Gwen desde la puerta, y después entró en la habitación con su habitual entusiasmo. Llevaba un vestido de seda y el pelo negro recogido en la nuca, y aparentaba menos de sus diecisiete años—. Llevamos varios días aquí encerrados; es inevitable que todos estemos un poco irascibles.

—Yo llevo aquí años —se defendió Charlotte—. Es Montrose el que está irascible. ¿Tal vez es su señoría el que empieza a estar harto?

Hugh se giró desde la ventana y la luz que brilló en sus ojos dejó a Charlotte sin aliento.

—¿De las tácticas que utilizas para mantener las distancias conmigo? Sí, estoy harto de ellas.

—¿Para mantener las distancias? ¿Cómo puedes decir esto después de estas dos semanas?

Él resopló y ella cerró los puños. Hugh lo quería todo, maldito fuera.

Gwen tosió para disipar la tensión.

—La cocinera hoy se ha superado preparando el té. Katie lo servirá enseguida.

Hugh les hizo una espectacular reverencia, con lo que pareció todavía más guapo.

—Hoy tendrás que disculparme, señorita Ginebra, me temo que empieza a dolerme la cabeza. Iré a acostarme un rato. —Le echó la culpa a Charlotte con la mirada cuando pasó junto a ella y salió sin decir ni una palabra más.

—Oh. —Gwen abrió los ojos de par en par y buscó a Charlotte—. No está irascible. Está enfadado.

—Eso parece.

—¿Nos llevará con él cuando se vaya?

El tono preocupado de Gwen sacó a Charlotte de sus pensamientos.

—Por supuesto —la tranquilizó—. No estará enfadado por mucho tiempo.

Gwen ladeó la cabeza.

—¿Por qué no?

—A los hombres no suelen durarles sus enfados con las mujeres. —Charlotte volvió a sentarse cuando Katie entró con la bandeja tintineante—. Incluso si el enfado es culpa nuestra.

Gwen suspiró y también se sentó, asegurándose de colocar bien la falda para que no se arrugase, tal como le había enseñado Charlotte.

—Creo que nunca entenderé a los hombres. Cuanto más sé sobre ellos, menos sentido tiene todo.

Charlotte se rio.

—Eso sí que es una verdad como un templo.

—Si lord Montrose está aburrido, tal vez podría ir a jugar a la brisca con él, o al mus, aunque con dos jugadores no es tan divertido.

—Seguro que le gustará jugar contigo.

Hugh se había encariñado con Gwen: siempre era amable con ella, y el modo en que la trataba

le llegaba a Charlotte al corazón.

—Aunque tal vez lo que tú le has insinuado es que está harto de compañía —dijo Gwen arrugando la nariz.

—Oh, no, Gwen. —Charlotte cubrió la mano de Gwen con la suya y le dio un apretón—. Si está aburrido de alguien, es de mí.

—Eso lo dudo. —Gwen cogió la tetera y empezó a servir el té, demostrando que conocía las normas sociales que Charlotte le había enseñado.

Pero Charlotte carecía de la educación precisa. Todo lo que sabía lo había aprendido observando a los demás. Ella quería algo mejor para Gwen, y empezaba a acabársele el tiempo; sería mayor de edad en menos de un año.

—Montrose está embobado contigo, Charlotte. Supongo que tiene que ser muy emocionante que un hombre tan guapo se fije tanto en ti.

—Lo es —reconoció—. Pero me temo que yo también estoy embobada con él.

—¿Por qué lo temes?

—Porque hacemos muy mala pareja.

—Hacéis muy buena pareja —la riñó Gwen.

—En algunos aspectos, sí, pero en otros es como si viviéramos en mundo opuestos. Tú todavía no sabes lo que es eso, pero ya lo sabrás.

—Tú eres una duquesa.

—Soy una duquesa de mentira. Un título no cambia quien eres en realidad. Además, esta discusión no nos conduce a nada. Lord Montrose sólo se interesa por la misma mujer durante un breve periodo de tiempo.

Gwen le pasó la taza de té en un platito y sonrió.

—Propongo un brindis.

—¿Con té? —Charlotte arqueó una ceja.

—No me digas que no es apropiado. Es lo único que tengo a mano, así que tiene que servir.

Charlotte se rio. El entusiasmo con el que Gwen se tomaba la vida, a pesar de que se había pasado la mayor parte de ella encerrada, era contagioso.

—De acuerdo. ¿Por qué brindamos?

—Por las nuevas aventuras.

Charlotte levantó la taza.

—Por las nuevas aventuras.

—¿Cuánto falta? —preguntó Gwen sacando la cabeza por la ventana del carruaje y sujetándose el sombrero con una mano para que no le saliera volando.

Hugh la observó con una sonrisa en los labios. Podía entender perfectamente lo ansiosa que estaba por salir de esa casa después de tantos años.

—¿Cuántas veces vas a hacerme esa pregunta, señorita Ginebra?

—Tantas como sea necesario para conseguir una respuesta directa. —Lo miró con una ceja en alto—. Y la respuesta apropiada es: no falta nada.

—¿Y desde cuándo hacemos lo que es apropiado? —se burló Charlotte, riéndose cuando Gwen la fulminó con la mirada.

—¡Oh, estamos girando! ¡Seguro que ya hemos llegado! —Gwen tembló de emoción—. Qué casa tan bonita. No sabía que existían casas tan grandes. ¡Y mira qué carruajes!

—¡Maldición! —farfulló Hugh mirando por encima de la cabeza de Gwen hacia la entrada de la mansión de Remington. Era una construcción neoclásica con un patio de columnas circular en la

entrada sumamente elegante. Pero Hugh no estaba observando la arquitectura, sino la fila de carruajes que llenaban el camino de grava. Al parecer, aunque la alta sociedad había repudiado a Remington, a éste nunca le faltaban amigos o conocidos.

—Cielo santo. —Charlotte se llevó las manos al cuello—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Hugh suspiró frustrado. Él había planeado contarle a Julienne quiénes eran Charlotte y Gwen y todo el turbio asunto relacionado con el mapa, pero ahora tendría que cambiar de planes. Charlotte se había esmerado mucho en ocultar que había contraído matrimonio con Glenmoore: le había pedido a Artemis que ahuyentase a las visitas y había escondido a Gwen. Bastaba con mirarla para saber que estaba muy tensa.

—No te preocupes —le aseguró Hugh mientras pensaba—. Gwen será tu dama de compañía.

—Y yo seré la señora Riddleton —terminó Charlotte cogiéndole las manos para estrechárselas—. Tu amante viuda. ¡Eres brillante, Hugh!

—¿Riddleton? —le preguntó, y el corazón le dio un vuelco al recibir el cumplido de Charlotte.

—Mi nombre de soltera. —Le brillaban los ojos, y Hugh sintió una profunda satisfacción por haber sabido aligerar las preocupaciones de Charlotte. Podría acostumbrarse a esa sensación.

Gwen se rio.

—Será como una obra de teatro. —Volvió a sentarse y se frotó las manos enguantadas—. Eres nuestro ángel de la guarda, lord Montrose. No puedo decirte lo feliz que estoy de que tu carruaje se estropeease cerca de nuestra casa. Si no hubieras aparecido, ahora mismo estaría estudiando y lamentándome de mi aburrimiento. Y en vez de eso estoy a punto de asistir a mi primer evento social. Espero que haya hombres muy guapos y poder pasarme horas mirándolos.

—Dios santo —farfulló Hugh, arqueando una ceja en dirección a Charlotte, quien tuvo la osadía de sonreírle.

Los carruajes que tenían delante tardaron unos minutos en dejar a sus ocupantes y el equipaje que transportaban en la entrada, pero todo sucedió demasiado rápido y enseguida aparecieron frente a los escalones de la mansión. Hugh le estaba dando la mano a Charlotte cuando una voz muy familiar sonó a su espalda.

—Montrose, no te esperábamos.

Hugh giró la cabeza y sonrió al ver a su cuñado.

—No podía permitir que dierais una fiesta sin mí. ¿Te imaginas lo aburrida que sería?

Lucien Remington se rio a carcajadas.

—Estamos encantados de tenerte aquí, y también a tus encantadoras acompañantes.

Charlotte estaba en el primer escalón con los ojos abiertos de par en par. Gwen estaba en peor estado, pues se le había desencajado la mandíbula. Las dos se habían quedado embobadas mirando a Lucien Remington. Molesto, Hugh tiró de Charlotte para acercarla a él.

—Remington, permíteme que te presente a mi muy buena amiga la señora Riddleton y a su dama de compañía, la señorita... —Hugh se aclaró la garganta para captar la atención de Gwen.

—Sherling —dijo ella tendiendo la mano—. Ginebra Sherling.

Lucien aceptó la mano e inclinó la cabeza, y después aturdió a la joven con una sonrisa. Hugh golpeó furioso el suelo con el pie; no le gustaba lo más mínimo cómo estaban reaccionando ambas ante el que había sido un gran seductor.

Y entonces Charlotte le cogió del brazo y cuando la miró vio que le sonreía.

—A mí me gustan más los rubios —le susurró.

Y de repente el día de Hugh se volvió más brillante.

Remington le hizo señas a sus sirvientes para que se ocupasen del carruaje y los acompañó

dentro. Gwen se detuvo en seco al entrar en el vestíbulo. Había una escalera flotante que se desdoblaba hasta terminar en un suelo de mármol flanqueado por puertas a ambos lados. Encima de su cabeza colgaba una impresionante lámpara de araña que iluminaba unos frescos pintados en tonos de azul.

—Qué bonito —susurró Gwen claramente impresionada.

—Gracias, señorita Sherling. —Lucien aceptó el cumplido.

—Hugh La Coeur. —Todas las miradas se giraron hacia la derecha, donde estaba lady Julienne Remington. La hermana de Hugh llevaba un vestido de seda azul claro con los ribetes en azul oscuro, y era la viva imagen de la belleza. Sin importarle la multitud de invitados que había a su alrededor, Julienne se acercó directamente a su hermano y le abrazó fuerte—. Deberías haberme dicho que venías, pero, de todas formas, estoy muy feliz de que estés aquí.

Hugh levantó a su hermana en volandas.

—El sentimiento es mutuo —le susurró emocionado. Haber crecido sin sus padres les hacía estar más unidos que la mayoría de los hermanos. Después de todos los líos de los que lo había sacado su hermana, Hugh haría cualquier cosa por ella.

Dejó a Julienne en el suelo y acercó a Charlotte hacia él. Ella le ofreció la mano a la otra dama y se presentó.

—Es un placer conocerla, señora Riddleton —contestó Julienne con una sonrisa sincera—. Hacía tan mal tiempo que decidimos organizar una fiesta en casa. Le advertiré sobre unos cuantos invitados, pero dado que ha venido acompañada de Hugh dudo que pueda haber alguno capaz de escandalizarla.

Charlotte se rio.

—Gracias por su hospitalidad, milady.

Julienne la cogió del brazo y sonrió a Gwen.

—Vengan conmigo, les enseñaré sus habitaciones y les explicaré lo que hemos organizado.

Charlotte le guiñó el ojo a Hugh y subió la escalera junto a Julienne y a Gwen, dejándolo embobado mirándola.

—Es encantadora —murmuró Remington.

Hugh asintió, aunque «encantadora» le parecía una palabra muy pobre para describir a Charlotte.

—Admiro tu buen gusto.

—Es todo un cumplido viniendo de ti, Remington.

Lucien se rio.

—¿Vamos a la sala de billar? La mayoría de los caballeros están allí.

En cuanto abandonaron el vestíbulo, Hugh le preguntó:

—¿Ha llegado lord Merrick?

—Merrick nos avisó de que llegaría más tarde, le esperamos esta noche.

—Fantástico. —Hugh estuvo a punto de frotarse las manos de satisfacción—. Me gustaría hablar con él en privado, si es posible.

—Por supuesto. Puedes utilizar mi despacho siempre que quieras.

Ahora que había resuelto ese tema, Hugh estaba ansioso por disfrutar del resto de la tarde. La semana anterior la había pasado con Charlotte y con Gwen y era incapaz de recordar unos días más agradables, pero también echaba de menos las bromas toscas y la clase de conversaciones que sólo podían mantenerse entre caballeros.

Entró en la sala nublada por el humo de los habanos detrás de Remington y escudriñó los rostros

de sus ocupantes. Lord Middleton, que estaba en medio de un reducido grupo en una esquina, levantó una mano para saludarlo y le pidió que se acercase. Hugh fue a su encuentro, pero a medio camino se detuvo: se le heló la sonrisa cuando el hombre que estaba hablando con Middleton dio media vuelta y lo miró.

—Montrose. —El duque de Glenmoore lo saludó con una sonrisa de oreja a oreja—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que coincidimos.

Hugh apretó la mandíbula.

—No el suficiente —farfulló en voz baja.

Después de dejar a Gwen cómodamente instalada con el resto de las damas de compañía, Charlotte siguió a la hermana de Hugh por el pasillo. No podía evitar sonreír. Julianne Remington era una mujer encantadora. Tenía el mismo pelo rubio miel que Hugh y los mismos ojos oscuros. Era preciosa y poseía la elegancia y el saber estar de los que nacen privilegiados, pero al mismo tiempo parecía abierta y cercana.

—Ya hemos llegado —dijo Julianne abriendo la puerta de la derecha—. Espero que esté cómoda.

Charlotte entró en la habitación y miró asombrada a su alrededor. Estaba decorada con tonos morados y marrones, era espaciosa y lujosa.

—Es hermosa —suspiró.

—Me alegro de que le guste. Esta noche vamos a celebrar un baile. —Julianne levantó los brazos y dio vueltas sobre sí misma—. Hace meses que tengo ganas de bailar. Al señor Remington le ha costado mucho encontrar la orquesta adecuada, pero lo ha conseguido y estoy muy ilusionada.

—Me temo que carezco del vestido apropiado para un evento de esa clase —confesó Charlotte. En realidad tenía un vestido de noche con el que podía asistir a ese baile sin llamar la atención, pero jamás acudiría sin Gwen a su lado. Aunque ésta no lo reconocería jamás, le rompería el corazón.

Julianne la observó con detenimiento.

—Usted y yo no somos tan distintas físicamente. Creo que tengo unos cuantos vestidos que pueden irle bien. Puede echarles un vistazo y ver cuál se ajusta más a sus gustos.

—Oh, no, no se moleste por mí. De verdad.

—No es ninguna molestia, señora Riddleton.

—Charlotte —la corrigió.

—Charlotte. —Julianne le sonrió—. Me gustas, Charlotte. Siempre me ha gustado conocer mujeres fuertes y directas. Hugh necesita esa clase de apoyo.

—Él se basta para apoyarse solo.

Julianne arqueó una ceja y la miró incrédula.

—Bueno, dejando eso a un lado, mi hermano es muy guapo.

—Sí, mucho —convino Charlotte con unas risas.

—Y vestido de noche está espectacular, como seguro que ya sabes.

Como no quería reconocer lo poco que Hugh y ella se conocían, Charlotte no dijo nada, aunque podía imaginárselo a la perfección. Se lo imaginó vestido de blanco y negro, con el pelo rubio peinado hacia atrás, arrasando con el sentido común de todas las mujeres que se encontrara a su paso.

—No podemos dejar que asista solo al baile —siguió Julianne—. ¿No crees?

Charlotte cerró los puños. Tal vez no podría quedarse con Hugh para siempre, pero al menos le

pertenecería durante una semana más y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa que fuese necesaria para dejárselo claro a las otras mujeres allí presentes.

—Sí —convino con una sonrisa de agradecimiento—. Muchas gracias, milady.

—Julienne.

—Gracias, Julienne.

—¿Te has traído a tu doncella contigo?

Charlotte negó con el gesto, consciente de que su atuendo delataba su precaria situación económica.

—Fantástico. Así podremos arreglarnos juntas para el baile de esta noche. En cuanto mi doncella te vea el pelo tan bonito que tienes, te suplicará que le dejes peinártelo. Espero que no te importe.

—No. Suena maravilloso, gracias. Eres muy buena conmigo.

—Tonterías. Será divertido. Y tráete también a tu dama de compañía, si quieres. —Julienne se acercó a la puerta—. Y ahora, aunque nada me gustaría más que quedarme contigo, tengo que ir a recibir al resto de los invitados. Enseguida te subirán el equipaje. Si te apetece, las otras damas están en el salón, unas cuantas puertas hacia la derecha. Las oirás chismorrear a medida que vayas acercándote. —Colocó la mano en el picaporte—. Me alegro mucho de que hayas venido, Charlotte. Vendré a buscarte dentro de una o dos horas y podremos conocernos mejor.

—Eso me gustaría mucho.

La puerta apenas había acabado de cerrarse cuando alguien llamó y Gwen entró corriendo sin pedir permiso.

—¡Oh, Charlotte! —exclamó—. Esta noche hay un baile. ¿No te parece muy emocionante? Mi primer baile. Estoy impaciente por ver los vestidos. Y los hombres.

Charlotte se rio contagiada por la alegría de Gwen y se quitó el abrigo.

—Te pondrás mi vestido de seda azul.

Gwen abrió los ojos de par en par y movió la cabeza de un lado al otro.

—Oh, no podría. Es tu mejor vestido.

—Lady Julienne ha tenido la amabilidad de prestarme uno de los suyos.

Gwen chilló de alegría y giró sobre sí misma con los brazos extendidos.

—Me gusta mucho. Es tan buena como lord Montrose.

—Sí, sí que lo es. —En ese momento, alguien más llamó a la puerta. Cuando Charlotte la abrió se encontró con dos lacayos esperando fuera con su equipaje y con una doncella para deshacérselo.

Gwen se acercó a ella.

—¿Vamos a pasear por el jardín? La dama de compañía de lady Canlow me ha dicho que lo diseñaron para que estuviese más bonito nevado que en primavera.

Charlotte cogió de nuevo su abrigo. Sentía una libertad y una tranquilidad que dudaba haber sentido antes. Y sabía que se debía a Hugh La Coeur. Cogió a Gwen del brazo.

—Bueno, pues entonces tendremos que verlo.



—Es la historia más increíble que he oído nunca —dijo Lucien sacudiendo la cabeza.

Hugh echó la cabeza hacia atrás y soltó el aire que tenía en los pulmones.

—Lo sé. Créeme. Nunca te habrás encontrado con un grupo de personas tan peculiar en la vida.

—Se puso a pasear nervioso—. ¿Dónde diablos está el mayordomo? —preguntó.

Hacia ya media hora que le había pedido al sirviente que localizase a Charlotte y la acompañase hasta allí. La mansión de Remington era muy grande, pero no tanto.

—Vas a hacerme un agujero en la alfombra, Montrose —le riñó Lucien sarcástico.

Hugh soltó una maldición y se detuvo, y miró la elegante alfombra Aubusson que tenía bajo los pies. Se giró sobresaltado hacia la puerta del despacho cuando ésta se abrió. Entró el mayordomo con el rostro impassible típico de un buen sirviente. Hugh sorbió por la nariz y se dio cuenta de que le gustaba más Artemis. Éste le habría dicho de inmediato que Charlotte no estaba, a diferencia del mayordomo de Remington, que esperó a que se lo preguntasen.

—¡Suéltelo de una vez, hombre! —exclamó Hugh—. ¿Dónde está la señora Riddleton?

El mayordomo giró el rostro hacia Hugh y lo miró con desdén.

—Al parecer dos de los lacayos que transportaban el equipaje de lord Merrick han chocado en la escalera. La señora Riddleton se ha llevado al herido a la cocina. Le he informado de que desea verla, milord, pero me ha dicho que usted entenderá perfectamente por qué no puede acudir de inmediato.

Hugh levantó las manos exasperado y se giró hacia Lucien, que seguía calmado tras su escritorio.

—Te lo juro, Remington, esa mujer es como un imán para los heridos.

Lucien se rio y se levantó para acercarse a la puerta.

—Iremos a ver cómo están. Después nos retiraremos a un lugar más tranquilo y podrás informar a la señora Riddleton de la presencia de Glenmoore.

Pero cuando llegaron a la cocina encontraron a un lacayo muy bien atendido comiéndose un bollo con mantequilla, y ni rastro de Charlotte. El sirviente se puso en pie de un salto, sonrojado de la vergüenza, pero Remington le pidió que volviera a sentarse.

—¿Dónde diablos se ha metido? —le preguntó Hugh a una doncella que trabajaba en la cocina, que le contestó tartamudeando, nerviosa y asustada por su mal humor.

—Ha... ha... habido un ac... accidente.

—Maldita sea. ¿Un accidente?

La doncella asintió y Hugh fulminó a Remington con la mirada, aunque él también empezaba a estar molesto.

—¿Qué ha pasado ahora? —preguntó Lucien furioso.

—A lady Denby se le ha roto la taza, señor Remington, y se ha cortado el dedo.

—¿Dónde?

—En el salón de arriba.

Hugh y Remington subieron por la escalera de servicio hasta el lugar en cuestión y encontraron a

lady Denby con el dedo vendado, y ni rastro de Charlotte.

Lucien consiguió hacerle una reverencia a la dama antes de preguntarle:

—¿Tiene idea de dónde podemos localizar a la señora Riddleton, lady Denby?

La voluptuosa morena parpadeó seductora y le sonrió coqueta.

—¿Por qué necesitas encontrar a la señora Riddleton, Lucien Remington?

—Yo la necesito —gruñó Hugh. Bajo toda aquella frustración, empezaba a tener un leve ataque de pánico. Si Charlotte estaba paseando por la mansión, tenía muchas probabilidades de encontrarse con Glenmoore.

Lady Denby arqueó una ceja.

—Entiendo. Bueno, yo probaría en los establos, lord Montrose. Creo que farfulló algo sobre que quería comprobar cómo estaba un caballo.

Hugh soltó el aliento y se dirigió a la puerta.

—¿Los establos?

—Sí, sí, está loca por los caballos. —Hugh atravesó el pasillo a pasos agigantados—. Uno de los alazanes de mi carruaje nuevo se hizo daño cuando se rompió la rueda. Se ha pasado el camino entero hacia aquí preocupada por él.

La risa que se le escapó a Lucien se ganó que su cuñado lo fulminase otra vez con la mirada.

—Un imán para los heridos —repitió Remington.

Cuando llegaron a los establos, Hugh vio que su caballo tenía una pata cubierta de unguento, y ni rastro de Charlotte.

—¡Maldita sea, por todos los condenados infiernos, maldición! —exclamó Hugh dando una patada a una puerta de una cuadra y lanzando un montón de paja por el aire. Si no la encontraba pronto, se volvería loco. Loco de verdad.

El corazón se le aceleraba frenético sólo de pensar en que Glenmoore encontrase a Charlotte antes que él. Ella le había prometido al duque que mantendría escondida a Gwen a cambio de que les dejase vivir en la vieja mansión. Quién sabía de qué sería capaz Glenmoore si descubría que no sólo se habían ido de la casa, sino que iban a asistir a un baile. El duque se había deshecho de la ropa y de las joyas de Charlotte, y se había pasado los últimos tres años asegurándose de que no le quedaba nada, de que no podía hacer nada. Hugh no podía ni imaginarse qué se le ocurriría a esa mente tan maliciosa para hacerle daño a una mujer tan cariñosa como Charlotte.

—Nunca te había visto así —le dijo Lucien en voz baja.

—¿Así, cómo? —quiso saber Hugh nervioso, apretando con fuerza los puños.

—Así. Tan preocupado por otra persona. Ni cuando te dije que quería cortejar a Julienne te pusiste tan furioso.

Hugh refunfuñó.

—Es la maldita agua de Derbyshire. No he vuelto a ser el de antes desde que la probé. Creo que me he vuelto completamente loco.

—Sí, querido cuñado, creo que estás loco por ella. —Remington le puso una mano en el hombro—. Tenía que pasarte tarde o temprano.

—¿El qué tenía que pasarme tarde o temprano? ¿De qué diablos estás hablando?

—Estás enamorado de ella.

Lucien le ofreció una sonrisa compasiva al ver que a Hugh le costaba respirar y después se apoyaba abatido en la maltratada puerta del establo.

—Sé cómo te sientes. A mí también tuvo que decírmelo otra persona. Creo que a los hombres que se han pasado años disfrutando de los placeres carnales les cuesta más reconocer que su

felicidad depende de una sola mujer.

Hugh sacudió la cabeza y lo pensó con detenimiento. Hacía muy poco tiempo que conocía a Charlotte. ¿Cómo era posible que la amase?

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó a Lucien—. ¿Cómo puedes estar seguro?

—Cuando estás enamorado, no puedes soportar estar lejos de la mujer que amas. Necesitas sus caricias, su sonrisa, su cariño. La admiras por encima de las otras mujeres; sus defectos te parecen entrañables. Quieres cuidar de ella, protegerla, serlo todo para ella. No puedes creerte lo mucho que la deseas. Te devora por completo y hace que lo que hiciste con cualquier otra mujer parezca ridículo.

—Dios santo. —Hugh se pasó una mano por la cara—. Suena horrible. Y aterrador. —Dejó caer la mano y suspiró—. Y es exactamente lo que siento por Charlotte.

Lucien le dio una palmada en la espalda y señaló fuera del establo.

—Entonces vamos a buscarla, ¿te parece? Antes de que te mueras.

—Oh, es precioso —suspiró Gwen pasando las manos con reverencia por las perlas que había bordadas en las mangas del vestido de Charlotte—. Nunca había visto un vestido tan bonito.

Charlotte observó su reflejo con alegría y miedo al mismo tiempo. El vestido de seda era de un precioso color verde que conjuntaba muy bien con sus ojos y que resaltaba el color de su pelo.

—No puedo...

—Tonterías —la interrumpió Julienne, resplandeciente con un vestido de seda color malva—. Este vestido te queda mucho mejor a ti que a mí. Tienes que ponértelo.

Charlotte se dio media vuelta y cedió al impulso de abrazar a la hermana de Hugh.

—Muchas gracias. —Se había pasado toda la tarde distrayendo a Gwen y ayudando a todo el que la necesitaba, y no había tenido tiempo de ver a Hugh. Le echaba mucho de menos. Y le gustaba pensar que cuando la viera estaría tan guapa como ahora, vestida con ese vestido de color verde que se parecía tanto a la bata que llevaba la primera vez que hicieron el amor.

También estaba dispuesta a reconocer que lo que sentía por el atractivo conde era cada vez más profundo. Se había pasado unas horas sin verlo y se sentía a la deriva. Charlotte se preguntaba dónde había estado Hugh todo el día, qué había estado haciendo, si había pensado en ella y la había echado de menos, aunque fuese sólo un poco.

—No puedo esperar a que Hugh te vea —dijo Julienne con una sonrisa—. He esperado tanto tiempo a que se centrara y encontrase una pareja estable.

—¿Centrase? —le preguntó Charlotte.

—Sí. —Julienne movió una mano para quitarle importancia al comentario—. Se ha pasado la vida saliendo de un lío para meterse en otro. No me malinterpretes, es muy inteligente y tiene muy buen corazón. Sencillamente, tiene la costumbre de saltar antes de mirar. Dice y hace cosas sin pensar en las consecuencias, y después se arrepiente. A lo largo de los últimos años ha hecho un esfuerzo para cambiar, pero quizá todavía le falten unos años para que sea lo que se llama un hombre de fiar. En un par de ocasiones me he preguntado... —sacudió la cabeza—. Pero tú eres una mujer sensata, se te ve segura de ti misma y muy centrada, y es obvio que Hugh está prendado de ti. Serás una buena influencia para él. Lo sé.

Charlotte frunció el ceño e intentó encajar la descripción que había hecho Julienne de Hugh con el hombre que había visto ella, fuerte y con recursos.

—¿Bajamos a cenar, señoritas? —preguntó Julienne deteniendo las preguntas que Charlotte iba

a formularle.

—¡Oh, sí, vamos! —exclamó ansiosa Gwen.

Charlotte se sacudió de encima aquella extraña sensación y miró a Ginebra. Con ese vestido azul, su piel resplandecía a la perfección. Pero le faltaba algo, y por mucho que lo pensaba no lograba recordar qué era.

Cogieron los guantes largos que les había dejado preparados la doncella de Julienne en el vestidor y se dirigieron a la escalera. Varios invitados estaban saliendo también de sus habitaciones y Charlotte observó sus atuendos con detenimiento para ver qué estaba de moda. Una joya captó su atención cuando una baronesa caminó bajo una luz, y de repente recordó qué le faltaba al vestido de Gwen.

—Seguid, por favor —les dijo deteniéndose en medio de la escalera—. Me he olvidado algo.

Gwen frunció el ceño.

—¿De qué se trata?

—El broche de diamantes que queda tan bien con este vestido.

—¿Me dejarás ponérmelo? —Gwen abrió los ojos.

Era una de las pocas joyas que le quedaban a Charlotte, y una de sus preferidas.

—Por supuesto. La verdad es que el vestido parece desnudo sin él. —Y la realidad era que Gwen tenía muy pocas probabilidades de volver a asistir a un baile como ése. Charlotte quería asegurarse de que la joven disfrutase de cada momento al máximo.

—Bueno, si es así, deberías ir a buscarlo —sugirió Julienne con una sonrisa.

—Seguid sin mí, por favor —pidió Charlotte—. Tienes que atender a tus invitados, y Gwen está impaciente. No quiero retrasaros.

Las otras dos mujeres siguieron avanzando y Charlotte se levantó la falda para volver corriendo a su dormitorio. Seguro que Hugh la estaba esperando abajo, y ella estaba impaciente por verlo. Todavía tenían mucho que aprender el uno del otro; quería preguntarle muchas cosas. Cogió el broche y lo guardó en la palma de la mano; salió del dormitorio y cerró la puerta.

—Creía que eras tú.

Se tensó al reconocer la voz que tenía a su espalda.

—Sólo una mujer de tu clase es capaz de correr por un pasillo como si fuese una cualquiera.

Respiró hondo y dio media vuelta.

—Buenas noches, excelencia.

El duque de Glenmoore sonrió y fingió hacerle una reverencia.

—Buenas noches, excelencia.

—Detesto que me llames eso —dijo ella entre dientes recorriéndole con la mirada. Estaba igual que la última vez que lo vio un año atrás. Seguía siendo guapo con su pelo castaño oscuro y los ojos casi negros, unos ojos que no desprendían el calor que brillaba en los de Hugh. Hubo una época en la que Jared le había parecido atractivo, y ahora no podía evitar preguntarse por qué.

—Yo detesto que te casases con mi padre. Supongo que hay cosas que no pueden cambiarse. Como nuestro acuerdo. —Dio un paso hacia ella—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Lo que me da la gana —le contestó con la cabeza bien alta.

Jared se rio, una risa vacía y sin humor.

—¿Al final has decidido convertir al viejo en el hazmerreír de la alta sociedad? —Entrecerró los ojos—. No permitiré que mancilles el apellido de Kent.

Charlotte se obligó a no dar un paso hacia atrás. Cualquier signo de debilidad que mostrase encendería la ira de Jared.

—Nadie sabe quién soy.

—Charlotte —se oyó una voz suave por el pasillo—. ¿Estás bien?

Giró la cabeza hacia Gwen y consiguió sonreírle para tranquilizarla.

—Estoy bien. Vuelve abajo, por favor.

Jared miró por el pasillo y su rostro se enrojeció por la furia. Levantó una mano y cogió el brazo de Charlotte con mucha fuerza.

—¿Has traído a la bastarda a una fiesta? ¿Acaso te has vuelto loca?

Gwen gimió asustada y giró sobre sus talones para salir corriendo.

Furiosa, Charlotte abofeteó a Glenmoore y maldijo en silencio el guante, que le impidió sentir el escozor en la piel.

—Suéltame. Me pones enferma.

—Y a mí me pone enfermo ver a ese engendro vestida de gala mezclándose con la alta sociedad —escupió él.

—¡Ella no es ningún engendro! Ginebra es la única cosa decente que has hecho en tu lamentable vida. Y a cambio de tu desprecio, ella se ha pasado todos estos años encerrada en una casa. Ha sacrificado su infancia, la posibilidad de hacer amigos. ¿Qué más quieres?

—Que sepa qué lugar le corresponde, algo que al parecer tú nunca has aprendido.

—Yo también me he escondido —discutió—. Nadie sabe quién soy ni se sabe quién es Gwen. Ignóranos y nadie se dará cuenta de nada.

Tiró de ella hacia él, cerniéndose igual que un espectro.

—Quiero saber por qué estás aquí, qué es lo que pretendes. ¡Y quiero saberlo ahora! Si pretendes extorsionarme, te digo ahora mismo que me niego a darte un céntimo más del que te corresponde.

—Suéltela, excelencia. —La voz que sonó ahora por el pasillo también era suave, pero no dejaba lugar a duda de que era una amenaza.

Charlotte giró la cabeza y vio a Hugh acercándose cual depredador. Tenía los hombros echados hacia atrás y la mandíbula apretada, y parecía listo para hacer daño a alguien. Se quedó sin aliento. Sencillamente no podía pensar en el efecto que le produjo verlo vestido de esa manera, de blanco y negro, y tan furioso. Estaba impresionante.

El duque, ajeno al peligro que corría, ni siquiera lo miró.

—Esto no es asunto tuyo, Montrose.

—Yo de ti le escucharía, Jared —murmuró Charlotte, pues estaba convencida de que a Hugh no iba a importarle lo más mínimo el peso del título de Glenmoore e iba a protegerla.

Al notar que ella se relajaba, Jared se tensó y miró a Hugh.

—¿Qué quieres?

—Para empezar quiero que sueltes a mi prometida. Y después quiero que te alejes de ella y que sigas con tus asuntos.

Charlotte suspiró atónita. Y entonces el corazón le latió tan rápido que se mareó.

Jared la miró con las cejas en alto.

—¿Vas a bajar el listón, Charlotte? Aunque bueno, supongo que al menos el conde no está en su lecho de muerte.

—Vete al infierno —lo maldijo y tiró del brazo. Una cosa era que Hugh quisiera rescatarla y otra muy distinta mentirle al duque de Glenmoore. Eso sólo podía traerle problemas.

Jared la soltó y dio un paso hacia atrás.

—Quiere tu dinero, Montrose. Es la mujer más mercenaria que he conocido. ¿No sabes nada

sobre ella? ¿Sobre su pasado? ¿Nada en absoluto?

Hugh se detuvo a escasos centímetros de Jared.

—Lo sé todo de Charlotte y de Gwen y sobre esa mansión decrepita. Ya no son responsabilidad tuya, yo me haré cargo de ellas. Lo único que tienes que hacer tú es devolverle a Charlotte su dote, y yo lo pondré a nombre de Gwen para que sea suya, tal como era la intención de tu padre.

Jared esbozó una sonrisa.

—Ah, entiendo. Hacéis muy buena pareja.

—¿De qué estás hablando? —le preguntó enfadada Charlotte.

—Todo esto es por el fondo de viudedad, Charlotte querida. —Volvió a mirar a Hugh—. Deberías saber, Montrose, que la cantidad es ridícula. No basta para mantener tu lujoso estilo de vida. Y mucho menos da para apostar.

Hugh se tensó.

—El dinero no tiene nada que ver con esto.

—Para Charlotte sí —dijo el duque—. Para Charlotte el dinero siempre tiene que ver. —La miró—. ¿Sabes algo acerca de tu prometido, querida? ¿Te ha contado que se jugó hasta el último penique de la fortuna de los La Coeur? Tuvo que venderle su hermana a Remington para saldar la deuda. ¿Por qué si no crees que la hija de un conde se casó con un bastardo?

De repente Charlotte tuvo ganas de vomitar de verdad, se llevó una mano al estómago y presionó para contener las náuseas.

—Lady Julienne se casó con Remington porque quiso —dijo Hugh entre dientes.

—Iba a casarse con un marqués —siguió Glenmoore metiendo el dedo en la llaga al ver la reacción de Charlotte—. Pero lord Fontaine la abandonó cuando se dio cuenta de lo arruinado que estaba Montrose.

—¡Mentira! —Hugh apartó la mirada, tenía el rostro encendido y los puños apretados.

Glenmoore arqueó una ceja.

—¿Acaso estás insinuando que no estuviste a punto de perderlo todo por culpa de las deudas?

La expresión de Hugh podría haber estado esculpida en mármol.

—Eso sucedió hace mucho tiempo.

—Hace apenas unos años, si no me falla la memoria. —La sonrisa del duque estaba llena de malicia—. Bueno, creo que voy a unirme a la fiesta, no quiero entreteneros más. Felicidades, Montrose. Charlotte, esperaré a recibir tu carta para saber dónde tengo que mandar la pensión. Y dado que no te hará falta la mansión, me ocuparé de hacer los arreglos necesarios para venderla.

Glenmoore se alejó dejando la destrucción tras él.

Hugh estaba tan furioso que durante un segundo apenas pudo pensar. Cuando Gwen chocó con él en la escalera y le dijo que su padre estaba amenazando a Charlotte, la rabia que sintió casi lo sobrepasó. Si le hubiese quedado alguna duda acerca de lo que sentía por ella, se le habría disipado al instante.

—¡No tendrías que haberle dicho a Glenmoore que estamos comprometidos! —gritó Charlotte—. Se lo contará a alguien sólo para avergonzarte. Esto es un desastre.

Hugh se acercó a ella para consolarla. Charlotte estaba alarmantemente pálida y tenía los ojos rojos de la tensión.

Intentó bromear para aligerar el ambiente y se llevó una mano al corazón con un suspiro exagerado.

—¿Sabes? Cualquier hombre se sentiría mortalmente herido si su propuesta de matrimonio recibiese esta respuesta.

Ella se tensó.

—Tienes que bajar de inmediato y arreglarlo. ¿Qué dirá tu familia cuando se entere?

—¿Felicidades? —Hugh se golpeó el mentón como si hubiera tenido que pensarlo.

—Eres imposible. Lady Julienne ya me ha advertido de que eras un irresponsable y que te lanzabas de cabeza a cualquier situación. Pero hasta ahora no tenía ni idea de a qué se refería. — Intentó esquivar a Hugh, pero él le interceptó el paso—. Hugh, los invitados sospecharán si nos quedamos aquí toda la cena.

—Tal vez, pero la gente que hay abajo no se escandaliza fácilmente. —Al ver que ella enarcaba una ceja se lo explicó—: Julienne y Remington llevan años viviendo al margen de la alta sociedad. Sólo la gente más atrevida y licenciosa se atreve a tener amistad con ellos. Glenmoore está aquí sólo porque quiere que Remington se asocie con él, mi cuñado tiene un don casi diabólico para hacer dinero.

Charlotteladeó la cabeza y miró a Hugh, y todo su cuerpo se tensó expectante, igual que un pájaro antes de alzar el vuelo. A Hugh se le cayó el corazón a los pies. A ella no parecía haberle gustado lo más mínimo su propuesta de matrimonio.

Un horrible presentimiento le atenazó el estómago, pero se obligó a preguntarle:

—¿No crees que deberíamos hablar de mi proposición?

Charlotte dio un paso hacia atrás con los ojos abiertos y asustados.

—¡Cielo santo, lo has dicho en serio!

Hugh se acercó a ella. El corazón le latía tan rápido que estaba al borde del pánico.

—Tú tienes miedo de que mi afecto sea temporal. Te preocupa que te deje de lado y que te abandone a ti y a los tuyos. He encontrado una solución: si eres mi esposa, tu seguridad estará garantizada.

Charlotte negó con el gesto.

—Apenas nos conocemos.

—Yo creo que nos conocemos muy bien. —Se acercó a ella y buscó su mano, pero ella no fue a su encuentro—. ¿No sientes nada por mí, Charlotte? —le preguntó en voz baja—. ¿Ni siquiera un poco?

Ella le apretó la mano que él había cogido.

—Por supuesto que siento algo por ti, Hugh, mucho. Pero...

—Te he estado buscando toda la tarde.

—¿Ah, sí? —Charlotte empezó a temblar.

—Sí. —Levantó la mano de ella y la colocó encima de su mejilla, odiando el guante que separaba sus pieles de la caricia—. Necesitaba encontrarte para advertirte de la presencia de Glenmoore, pero tú no parabas de ir de un lado para el otro y no lograba alcanzarte. Lo cierto es que estaba desesperado por dar contigo.

—Hugh...

Él movió el rostro bajo la palma de ella.

—Te he estado esperando en tu habitación casi una hora. ¿Adónde has ido al salir del establo?

—Yo... estaba en la habitación de Julienne.

—Ah... Estaba muerto de preocupación. No podía soportar la idea de que tuvieras que enfrentarte sola a Glenmoore.

—Oh, Hugh... —Dobló los dedos y le acarició la mejilla—. Estoy acostumbrada a cuidarme

sola.

Él se inclinó en busca de la caricia, del calor que atravesaba el guante y le quemaba la sangre. Ninguna otra mujer le afectaba como Charlotte.

—No es un signo de debilidad necesitar a alguien, confiar en alguien que te cuida y se preocupa por ti. Debilidad es necesitar a esa persona y seguir sufriendo porque eres incapaz de pedirle ayuda.

Los ojos verdes que tanto adoraba se llenaron de lágrimas.

—Pero yo no puedo confiar en ti, Hugh. No te conozco lo suficiente. En la última media hora he descubierto cosas que me han sorprendido y afectado profundamente. Y no me refiero sólo a lo que ha dicho Glenmoore, sino también a lo que me ha contado Julianne.

Un dolor agudo y descarnado le atravesó al instante y Hugh cerró los ojos.

—Por favor, no digas eso —murmuró con la voz rota, abrazándola a él, necesitado la cercanía física porque sentía que se estaba alejando—. No me juzgues por mi pasado.

—No sólo están en juego tu vida y la mía, Hugh. Dentro de un tiempo te arrepentirás de haberme pedido que me case contigo. Te darás cuenta de que no soy la mujer adecuada para ti. El peso de mis responsabilidades te abrumará y terminarás odiándome. Carezco de la educación adecuada para ser condesa. Yo...

Hugh la silenció con un beso, y no la dejó seguir. Los labios de Charlotte se fundieron con los de Hugh, que gimió y aprovechó ese instante para acariciarle la espalda hasta que ella suspiró. Entonces Charlotte le devolvió el beso con la misma pasión. Lo besó como si fuese la última vez, como si no pudieran volver a besarse nunca más. Lo abrazó y lo acercó a ella. Los labios carnosos que Hugh tanto adoraba se movieron frenéticos bajo los de él y le obligaron a que el deseo que ardía en su cuerpo alcanzase el mismo nivel que la ira y el miedo que sentía, que los sobrepasase.

Hugh se apartó y apoyó la frente empapada de sudor en la de ella.

—¿De qué tienes miedo? —le preguntó en voz baja—. ¿De que te deje, de que te abandone? Yo no soy Glenmoore. No te arrebataré lo que te pertenece ni me llevaré nada, nunca te dejaré indefensa.

—Yo..., yo no tengo miedo.

—Sí que lo tienes. Tienes miedo de confiar en mí. Tienes miedo de tener esperanzas. Tienes miedo de amar.

—Hugh...

—¿Acaso te he fallado alguna vez, Charlotte? ¿Te he prometido algo que no haya cumplido?

—Todavía no, pero...

—Todavía nunca. Una de dos, o confías en mí y crees que estaré a tu lado, que seré un buen marido, que te amaré y que te cuidaré... O confías en mí o no.

Charlotte se apoyó en él y Hugh la necesitó y la aceptó. La abrazó con fuerza hasta que eliminó el espacio que había entre ellos. Aguantó la respiración y esperó.

—Tienes que entenderlo, por favor —le suplicó ella—. Soy responsable del bienestar de Gwen y del de los demás. Tengo que tomar la decisión basándome en la cabeza, no en el corazón.

Hugh retrocedió en cuanto comprendió lo que le estaba diciendo.

—Me has rechazado. —La voz estaba llena de dolor, era apenas un susurro. El corazón le dolió al alejarse de ella. Tocarla, algo que siempre había necesitado, ahora de repente le dolía.

Hugh intentó recuperar el aliento; no sabía qué hacer para borrar la mirada de desolación que vio en los ojos de Charlotte. Estaban inundados de tristeza. Le había dicho adiós con los ojos, igual que con el beso.

Y entonces se dio cuenta de que no podía decir nada para convencerla. El miedo de Charlotte era demasiado poderoso. Él le había pedido matrimonio y ella seguía sin poder confiar. Sacudió la

cabeza y se dio media vuelta, se le había cerrado la garganta. Caminó por el pasillo, ansioso por alejarse de ella y de la agonía que le estaba retorciendo las entrañas y pegándose a su interior.

—¡Espera! —gritó ella—. Por favor, no te vayas. No te vayas así.

Hugh sabía que ella iría tras él, igual que había hecho otras veces, así que aceleró el paso. Dejó a Charlotte atrás, como al sueño que había tenido de ser feliz. No dio media vuelta. No podía.

La amaba demasiado.



—Echo de menos a lord Montrose. —Gwen dejó las cartas sobre la mesa.

—Vuelve a cogerlas —la riñó Charlotte—. Puedo ver tu próxima jugada.

—Ya no tengo ganas de jugar. ¿Dónde está? Hace dos días que no le veo. Se lo he preguntado a lady Julienne, pero me ha dicho que estaba «por ahí». ¿Qué significa?

Charlotte soltó el aliento y dejó las cartas en la mesa antes de apoyarse en el respaldo de la silla. Estaba cansada y se sentía muy desgraciada, y tampoco tenía ganas de jugar. Se lo había sugerido a Gwen para animarla porque la joven se había tomado tan mal como ella la ausencia de Hugh.

—Significa que no quiere que le encuentren, Gwen.

Gwen entrecerró los ojos azules.

—¿Qué has hecho, Charlotte?

—¿Que qué he hecho? ¿Cómo sabes que es culpa mía?

—Tal vez sea joven e ingenua, pero no soy estúpida. El duque se paseaba por todos lados henchido como un pavo real y tú apartas la mirada siempre que alguien menciona a lord Montrose.

Charlotte tragó saliva. Una parte de ella esperaba que Hugh entrase un momento en cualquier habitación donde estuviera sólo para poder verlo y asegurarse de que estaba bien. Otra parte temía que eso sucediera porque sabía el daño que le había hecho. El corazón le dolía cada instante.

—Señora Riddleton.

Charlotte levantó la vista y abrió los ojos sorprendida al ver a lord Merrick. Era alto y desprendía un aura salvaje apenas contenida; resultaba intimidante con ese pelo tan negro y tan largo y esos ojos tan azules. Allí de pie, en medio de un salón lleno de mujeres, su presencia resultaba abrumadora.

—Lord Merrick. —El corazón le latió más rápido porque sabía que el único motivo por el que ese hombre iría a verla estaba relacionado con Hugh.

Él señaló dos butacas vacías que había allí cerca.

—¿Le importa? No le robaré mucho tiempo.

—Por supuesto, milord.

Merrick encajó su imponente físico en el asiento y apoyó las manos entrelazadas en el regazo.

—Lord Montrose me ha enseñado su mapa y los libros que lo acompañan, señora Riddleton.

Charlotte se llevó una mano a la garganta.

—¿Eso ha hecho?

—Sí. Lady Merrick y yo viajamos al Caribe cada año cuando termina la temporada para visitar a su padre. Lord Montrose me ha pedido que la lleve con nosotros el año que viene, y me ha dado el dinero necesario para financiar una larga expedición para buscar el tesoro. También ha hablado con lord Glenmoore y ha hecho los arreglos necesarios para que usted pueda seguir viviendo en su residencia de Derbyshire.

Tragó saliva y miró a Gwen, cuyos ojos entrecerrados y labios apretados la condenaban. Ella también se estaba condenando a sí misma porque sabía lo difícil que debía de haberle resultado a

Hugh hablar con Jared y decirle que ella le había rechazado.

Lord Merrick se aclaró la garganta y Charlotte volvió a mirarlo. Él mantenía su atractivo rostro impassible, haciendo que fuera imposible adivinar lo que pensaba.

—Le diré lo mismo que le he dicho a lord Montrose: a lo largo de los años muchos han ido a buscar ese tesoro en las aguas del Caribe y han fracasado, señora Riddleton. Dudo que usted tenga más probabilidades que ellos de encontrarlo, a pesar de la generosidad de lord Montrose. Aun así, Montrose ha insistido en seguir adelante, y dado que le considero un amigo, he accedido a ayudarla.

—Se puso en pie—. Tengo su dirección. Me pondré en contacto con usted cuando empiece con los preparativos del viaje y se acerque la fecha de zarpar.

Ella le cogió por el brazo para detenerlo.

—¿Cómo está él?

Merrick arqueó una ceja y la observó detenidamente.

—Tan bien como cabe esperar de un hombre al que le han roto el corazón.

—Oh. —Dejó caer la mano. El tono de Merrick le dejó muchas cosas claras—. No le gusto, ¿verdad, lord Merrick?

—No me gusta que le haya hecho daño a mi amigo, pero me alegro de que le haya rechazado. Yo he tenido la fortuna de encontrar la felicidad en mi matrimonio y deseo lo mismo para él. Sí, ahora tiene el corazón destrozado, pero se recuperará. Y espero que un día vuelva a amar, aunque mi opinión le parezca pasada de moda, y que la próxima vez la afortunada también lo ame.

Charlotte apartó la mirada al instante y contuvo un sollozo. La imagen que evocaban las palabras de Merrick le dolió profundamente: fue como si le estrujasen el corazón.

—Yo le amo —dijo con la voz trémula, pero bien clara.

—Señora Riddleton —suspiró él—. No conozco su historia, pero le aseguro que quedarse aquí sentada mientras el hombre que la ama está sufriendo no es amor.

Charlotte lo miró.

—Tomé mi decisión por su bien, por el bien de ambos. Tengo mis motivos y...

—Estoy convencido de que los tiene. Pero el amor es cuestión de fe, y a menudo no entiende de motivos ni de razones. —Le hizo una reverencia—. Montrose se ha encargado de todo para que usted pueda partir mañana de regreso a casa. ¿Le parece bien?

Charlotte asintió tensa y Merrick se alejó llevándose con él las miradas de admiración de todas las damas presentes.

Gwen se puso en pie.

—Eres una cobarde —la acusó con un susurro—. ¡Quieres volver a esa mansión y dejar que se te escape de entre los dedos lo mejor que nos ha sucedido nunca sin luchar!

Charlotte parpadeó atónita, nunca antes había visto a Gwen decirle nada desagradable a nadie.

—Eso no es verdad. Estoy haciendo lo que es mejor para todos. Apenas le conocemos y su pasado...

—Su pasado no es el problema, es el tuyo. Tienes miedo de confiar en él. Llevas tanto tiempo cuidándote sola, ocupándote de nosotros, que no sabes cómo confiar en otra persona y dejar que te ayude a llevar la carga.

—Tú eres demasiado joven para entenderlo, Gwen.

—¿Cómo es posible que creas que vivir con Montrose será peor de como estamos viviendo ahora? ¡Aun en el caso de que él se arruinase, cosa que dudo, por lo que he oído no seremos más pobres de lo que somos ahora, y le tendremos a él!

Charlotte se puso en pie y levantó la barbilla para contener las lágrimas que amenazaban con

derramarse. Apenas había conseguido cerrar los ojos y descansar esas dos últimas noches, y la conversación con lord Merrick la tenía hecha un lío. Miró a su alrededor y vio que varias damas la observaban curiosas.

—Me niego a seguir hablando de esto delante de tanta gente. —Salió del salón con Ginebra pisándole los talones.

—Piénsalo, Charlotte. Piensa en lo felices que hemos sido. Tom y Henry nunca se habían sentido tan orgullosos de sí mismos, y es gracias a que lord Montrose nunca ha sido condescendiente con ellos y a que no los trata como si fueran inferiores por sus minusvalías. Katie le adora. Incluso le gusta a Artemis. —Gwen perdió el aliento al perseguir a Charlotte por la escalera—. Esa noche no fui a su dormitorio por casualidad. Quería verle y quería que él encontrase el pasadizo secreto. Quería que supiera que debía ir más allá de las apariencias.

Charlotte se detuvo en el rellano con la respiración acelerada y se giró furiosa.

—¿Qué has dicho?

Gwen alargó una mano y se apoyó en la barandilla para recuperar el aliento.

—Cuando Tom y Henry me hablaron del conde, pensé que podía ser él, el amor de tu vida. Y cuando Katie me contó lo de las jarras decidí que tenía que averiguarlo. Y cuando te vi la cara tan resplandeciente y los ojos tan brillantes, lo supe. Y Artemis también. ¡Lo que no entiendo es cómo es posible que tú no lo sepas!

Aturdida, Charlotte no dijo nada.

—Te he admirado desde que tengo uso de razón, Charlotte. No me quites eso, por favor.

Gwen pasó junto a ella y desapareció tras una esquina, dejando a Charlotte con la cara llena de lágrimas y con demasiadas cosas en las que pensar.

Charlotte apartó la cortina que cubría la ventana y observó el paisaje invernal que se desplegaba ante ella. El corazón se le aceleró descontrolado al ver a Hugh y a Lucien Remington acompañando a sus monturas hasta el establo; los cascos de los caballos dejaban tras ellos un claro rastro en la nieve.

En cuanto Hugh desapareció de la escena, Charlotte dio media vuelta y observó la habitación en la que estaba y donde había pasado las últimas veinticuatro horas intentando decidir qué quería hacer con su vida. Tenía el equipaje listo junto a la puerta. Hoy se iba de esa casa, y sabía que si partía jamás podría volver. Pero antes de que llegase ese momento estaba dispuesta a hacer una última y desesperada apuesta.

A lo largo de la última noche de insomnio había descubierto algo sobre sí misma, algo que debería haber sabido desde el principio: era una cobarde, como le había dicho Ginebra. Una cobarde que tenía miedo de creer que alguien la podía amar, de creer que alguien podía preocuparse por ella y desearle lo mejor. Darle esa clase de control a otra persona le resultaba muy difícil, pues prácticamente se había cuidado sola y sin la ayuda de nadie desde que nació. Pero era una cobarde a la que le daba más miedo perder a Hugh La Coeur para siempre que depositar su destino, y el de las personas que dependían de ella, en las manos de él.

Las manecillas del reloj que había en la repisa avanzaban con dolorosa lentitud. La siguiente media hora se le hizo eterna, y en cuanto transcurrió, abandonó el dormitorio y cruzó varios pasillos hasta llegar al ala donde se encontraban los aposentos de Hugh. Se detuvo ante la puerta; le temblaban las manos y tenía la respiración entrecortada. Giró el picaporte y entró antes de que el valor la abandonase.

—Vete —dijo Hugh cortante—. No he pedido nada.

Los ojos de Charlotte se llenaron de lágrimas al oír su voz. La había echado de menos, había echado de menos el modo en que le hablaba en la oscuridad, o cuando estaba ronca y emocionada. Él le había ofrecido una vida repleta de felicidad, y ella la había rechazado como una tonta.

Hugh estaba frente a la ventana, mirando al jardín trasero. Se había quitado la levita y el chaleco; tenía los anchos hombros cubiertos por la camisa de lino blando, los fuertes muslos encerrados en el pantalón y las botas. Durante un instante se limitó a observarlo: la firme curva de su trasero, el pelo alborotado por el viento, el elegante arco de sus brazos mientras sujetaban las cortinas. Le había echado tanto de menos que llegó a pensar que se moriría de pena. Incluso ahora tenía tal nudo en la garganta que era incapaz de hablar.

Hugh miró por encima del hombro y se quedó helado. Durante un instante, Charlotte pudo ver un dolor descarnado en los ojos de él, pero lo ocultó de inmediato y se mostró imperturbable cual jugador nato.

—¿Qué quieres? —le preguntó apartando la mirada.

Charlotte entró en el dormitorio y cerró la puerta.

—Lord Merrick me ha explicado que has llegado a un acuerdo con él para que me lleve al Caribe.

Hugh no dijo nada.

—Me ha dicho que has pagado mi pasaje y que vas a financiar toda la expedición.

—Te dije que te ayudaría sin que tuvieras que darme nada a cambio —le recordó sarcástico—. Aunque supongo que como no confías en mí es de esperar que te sorprenda.

Ella se mordió el labio inferior y tardó unos segundos en ser capaz de contestarle.

—Me lo tengo merecido.

—¿No te vas hoy? —le preguntó él enfadado.

—Sí. Gwen y yo nos iremos dentro de unas horas.

—Buen viaje. —Movi6 la mano por encima del hombro para indicarle que podía irse.

Charlotte levantó el ment6n. Era culpa suya que 6l estuviese tan enfadado con ella e iba a soportarlo con estoicismo. Haría la penitencia que fuera necesaria con tal de que 6l la perdonase y volviese a amarla.

Respiró hondo y dio un paso hacia 6l.

—¿No quieres decirme adi6s, Hugh?

—Ya nos hemos despedido.

—Al parecer tú sí que te has despedido de mí, pero yo no. No como es debido.

Eso le hizo girarse. Hugh se quitó la corbata y, al quedarle el cuello al descubierto, ella pudo ver un atisbo del vello dorado que le cubría el torso. 6l la recorrió con la mirada de la cabeza a los pies y Charlotte no intentó ocultar el deseo que sentía por ese 6nico hombre.

Hugh se rio con amargura.

—Ah, no puedes confiar en mí y soy un inconsciente, pero al parecer sé follar. Bueno, es un alivio saber que sirvo para algo.

Charlotte hizo una mueca de dolor.

—Sirves para muchas cosas, Hugh La Coeur. Y soy una estúpida de proporciones épicas por haberte hecho dudar de ti.

6l apretó los dientes.

—No estoy de humor para tus juegos.

Charlotte se acercó lo bastante como para oler su perfume, que era una mezcla de piel, caballos

y el viento. Las fosas nasales de él se dilataron al ver que ella se acercaba, y también entrecerró los ojos.

—Te he echado de menos —susurró Charlotte. Intentó cogerle la mano, pero él se apartó, reacción que ella interpretó como buena señal. No podía serle tan indiferente como aparentaba, o no habría tenido miedo de que lo tocara—. No creí nada de lo que me dijo Glenmoore. Ni siquiera por un segundo. Pero me dio la excusa que estaba buscando.

—Sal de aquí —le ordenó.

—No puedo —le sonrió triste—. Te necesito, Hugh.

Él sacudió la cabeza y se apartó.

—No, no me necesitas. Puedes cuidarte sola; no necesitas que nadie te salve. Yo, sin embargo, he descubierto que necesito que me necesiten. Y por algo más que por mi polla.

Charlotte se colocó detrás de él y le puso una mano en la espalda. Flexionó los dedos para sentir la fuerza de los músculos que se escondían bajo la camisa. Hugh se tensó y ella apoyó la cabeza en él, confiando en silencio en que no se apartaría; si lo hacía, se caería al suelo.

—Te necesito y te quiero. No tienes ni idea del tormento que he sufrido estas tres últimas noches sin ti. No he echado de menos sólo tu cuerpo. He echado de menos tu voz, tu risa, tu sonrisa. No puedo vivir un día más si no forman parte de mi vida.

—Charlotte. —Tenía la voz dura—. No digas nada más. Sólo vete.

Ella le rodeó la cintura con los brazos, saboreando la sensación de tenerlo. Extendió los dedos en el abdomen de Hugh y notó que flexionaba los músculos al gemir. Hundió entonces el rostro en la espalda de él e inhaló profundamente.

—Quiero entrelazar mi futuro al tuyo, Hugh. Confío en que eres de la clase de hombre del que me puedo fiar.

Él entrelazó los dedos con los de ella, le apartó las manos y salió de entre sus brazos. Dio media vuelta para mirarla con una fría expresión en el rostro.

—¿Por qué estás haciendo esto?

No podía aferrarse al orgullo o al miedo, ya no.

—Porque te amo.

—Se te pasará.

—No quiero que se me pase.

—Lo siento. No sé qué más puedo decirte.

Charlotte tendió las manos hacia él.

—Dime que no sientes nada por mí y me iré. No volveré a molestarte.

Dudó un segundo.

—Te deseo mucha suerte en tus proyectos futuros, pero eso es lo único que siento por ti.

Retrocedió porque las palabras de Hugh la hirieron físicamente.

—Estás mintiendo.

Decidido, Hugh esquivó a Charlotte y se dirigió al salón que había adjunto a su dormitorio. Todo su cuerpo se moría porque ella lo tocara, pero se obligó a dejarla y a mantener el rostro impassible. Había demasiado en juego. Charlotte no había dudado en abandonarlo sólo porque había oído un chisme malintencionado de boca de un hombre al que despreciaba. Antes de volver a arriesgarse con ella, Hugh necesitaba saber si era sincera. Tenía que estar seguro de que Charlotte no sentía sólo gratitud por haber sido tan generoso con ella, sino amor.

Se sirvió una copa. Y luego otra. Un segundo más tarde sintió las pequeñas manos de Charlotte acariciándole la espalda. Cerró los ojos y saboreó la caricia. Cuando las manos se deslizaron hasta

sus nalgas y las apretaron, se soltó la trabilla del pantalón y liberó la erección. La sujetó y empezó a acariciarla, desesperado por aliviar el deseo que lo embargaba antes de tocar a Charlotte.

Se había pasado tres noches solo en ese dormitorio, consciente de que ella estaba a unos metros de distancia, deseándola con acuciante y dolorosa intensidad. Que ella estuviese allí ahora tal como él había imaginado era insoportable. La deseaba demasiado, la necesitaba demasiado. Si ella seguía provocándolo, dudaba de que pudiese controlarse.

—Deja que lo haga yo —murmuró Charlotte moviendo las manos por la cintura de Hugh, presionando sus pechos, y los pezones erectos, en la espalda de él. Cuando le sujetó el miembro con ambas manos y empezó a masturbarlo, Hugh respiró entre dientes de lo intenso que era el placer. Ella descansó la mejilla en la espalda de él—. He echado de menos tocarte, abrazarte.

—Soy el mismo hombre que era hace tres días —dijo él enfadado, dejando caer la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados.

—Sí —susurró ella—. Eres el hombre que amo.

Hugh empezó a mover las caderas rítmicamente y a deslizar el miembro por las manos de Charlotte. Ella sabía cómo tocarlo, si tenía que apretar con fuerza o soltarlo, sabía lo rápido que podía hacerle llegar a ese éxtasis al que sólo ella podía llevarle. A Hugh le costó respirar; el fuego de su propio deseo se extendió por todo su cuerpo, lo llevó al límite de la cordura. Su miembro creció, se le apretaron los testículos, un gemido de dolor escapó de su garganta mientras se preparaba para eyacular...

Charlotte dejó de mover las manos y se apartó de él justo antes de que alcanzase el orgasmo.

—Maldita seas. —Hugh dejó la copa con un golpe en el aparador. Cerró los puños, pero no pudo contener el temblor que lo sacudió de la cabeza a los pies—. ¿Acaso has venido a este mundo para atormentarme?

Charlotte se colocó delante de él para mirarlo, y los ojos verdes le brillaron como esmeraldas por el deseo que sentía.

—He venido a este mundo para cuidar de ti, Hugh, para darte placer, para satisfacerte, para demostrar que te amo y volver a conquistarte.

Colocó las manos en el aparador y dio un salto para sentarse encima. La curva de los pechos se sonrojó por encima del escote y dejó al descubierto las pecas que Hugh conocía tan íntimamente porque las había lamido una a una.

Charlotte se sujetó la falda y se la subió hacia arriba con tantas prisas que delató el fuerte deseo que sentía por Hugh. Lo primero que vio él fueron las piernas cubiertas por las medias, y después los rizos rojos que cubrían los sensuales labios de su sexo.

Atraído sin remedio, Hugh eliminó la distancia que los separaba hasta que el perfume floral de Charlotte le saturó los sentidos con los recuerdos. Ella se echó con cuidado hacia atrás y apoyó los hombros en la pared, colocando las caderas de tal manera que él pudiese penetrarla mejor. Hugh se dio cuenta de que se estaba moviendo hambriento por ella, de que la miraba con adoración, y con cuidado le separó los labios con una mano mientras que con un dedo de la otra le acariciaba el clítoris.

Ella gimió y arqueó la espalda, acercándole los pechos. Incapaz de resistirse, Hugh se inclinó hacia delante y le lamió el cuello.

—Sí... —exclamó ella—. He estado a punto de morirme sin tus caricias, sin el calor de tu boca...

La piel de Hugh quemaba y estaba empapada de sudor. Apenas podía pensar o respirar. Moviéndose las caderas y la punta de su erección apareció en la entrada del cuerpo de Charlotte y se impregnó

del deseo de ella. Estaba lista, y Hugh deslizó el prepucio dentro sin demasiado esfuerzo. El cuerpo de ella le dio la bienvenida y él estuvo a punto de llegar al final. Tenía el aliento acelerado y entrecortado; flexionaba los dedos con tanta fuerza en los muslos de ella que le dejaría marcas. Se detuvo y la miró a los ojos.

Y esperó. Aunque le estaba matando.

Charlotte movió las manos hasta colocarlas en los hombros de él y después alrededor del cuello. Le pasó los dedos por el pelo de la nuca.

—Te pertenezco, Hugh. Y seré tuya de la manera que quieras.

A él se le detuvo el corazón un instante, y cuando reanudó la marcha latió frenético. Le temblaban los muslos del anhelo que sentía por poseerla, por hacerla suya. Le dolían los brazos de las ganas que tenía de abrazarla.

—¿De la manera que quiera?

—Seré tu esposa o tu amante, lo que tú quieras. No me importa. Lo único que te suplico es que no me pidas que me vaya. Te amo, Hugh. —Colocó los labios encima de los de él y Hugh rugió—. Te amo —volvió a susurrarle en la boca. Las lágrimas de Charlotte le mojaron el rostro a Hugh y salaron su beso—. Siento mucho haberte hecho daño. Esto es muy duro para mí, me cuesta confiar en la gente..., pero confío en ti. Confío en ti... y te amo.

Hugh cubrió la boca de Charlotte con la suya, acunó su espalda entre las manos y le colocó las caderas en el extremo del aparador, deslizando su sexo por encima del de él, hasta que su miembro quedó por completo dentro de ella.

—Maldición —farfulló pegándola a él—. Pensé que no ibas a venir a buscarme. Tenía miedo de que te hubieras ido, de haberte perdido para siempre.

—Jamás. Oh, Hugh... —Apretó la vagina alrededor de él—. Por favor...

Hugh la levantó en brazos y la llevó hasta el sofá; cada paso que dio con ella hizo que la penetrase más y más, que el calor de Charlotte se pegase más a él. Cuando alcanzó su destino y se sentó en los cojines, creyó que iba a morir de placer.

—Cabálgame —le ordenó colocándole las manos en los muslos para que se moviera.

—Quítate la camisa —le pidió ella.

Hugh se deshizo de la prenda al instante y recibió una gran recompensa. Charlotte se levantó hasta que la erección casi salió de su cuerpo y después volvió a descender despacio. El dulce gemido de placer de ella prendió fuego al ardor de él. Estaba enloquecido, como un salvaje. Quería sujetarle las caderas a Charlotte y tomar el control, hundirse dentro de ella hasta haber saciado la desesperada pasión que sentía. En vez de eso, aflojó las manos y se sujetó en el sofá, consciente de que en pocos segundos alcanzaría un orgasmo magnífico. Un orgasmo que sería infinitamente mejor que los demás porque la mujer que lo tenía dentro de ella, en su lugar más íntimo, lo amaba.

Charlotte apoyó las manos en los hombros de Hugh para tener más equilibrio y marcó un ritmo duro y rápido con su cuerpo. Subía y bajaba encima del miembro de Hugh como si jamás fuese a saciarse de él. A Hugh le pesaron los párpados, el éxtasis se manifestó en todos los músculos de su cuerpo; los dedos con los que se sujetaba al sofá lo apretaban con tanta fuerza que Charlotte temió que fuera a romperlo.

—Te amo —confesó él con la voz ronca por la emoción.

Charlotte dejó de moverse.

Él no.

Hugh la tumbó en la alfombra y apoyó la parte trasera de los muslos de ella en la delantera de los de él y la penetró con fuerza. Sus movimientos fueron constantes y firmes y mantuvo la mirada fija

e intensa en los ojos de ella en todo momento. Charlotte se sonrojó y entreabrió los labios carnosos; los ojos esmeraldas le brillaron de amor. Ella alcanzó el orgasmo con un gemido, arqueó la espalda hacia arriba y se estremeció alrededor del miembro de Hugh hasta que a él le fue imposible moverse, retroceder. Los suaves sonidos de sus cuerpos haciendo el amor llenaron la habitación junto con los gemidos de Charlotte.

Hugh la siguió hacia el orgasmo, se derramó dentro de ella y la llenó con la felicidad y el amor que sentía. Fue una entrega tan devastadora que Hugh supo que jamás volvería a sentir nada igual.

—Tienes que casarte conmigo, Charlotte.

—¿Estás seguro? No soy la mujer que te conviene.

Él se rio.

—Por supuesto que me convienes. Y estás pasando por alto todas las ventajas que conlleva el matrimonio.

Charlotte se acurrucó entre sus brazos allí en el suelo y le acarició el torso.

—¿Como cuáles?

—El lecho matrimonial, para empezar.

—Ah, sí, el lecho. Bueno, eso estaría bien. Tal vez si nos casamos llegaremos a hacerlo allí más a menudo...

Epílogo



Londres, agosto de 1815

Sebastian Blake, conde de Merrick, subió los escalones que conducían a Montrose Hall de dos en dos. Llamó a la puerta con el picaporte y esperó. Un instante después, la enorme puerta se abrió y quedó frente a frente con un mayordomo que poseía el ojo más grande que había visto nunca. Parpadeó para recuperarse de la sorpresa y comprendió de inmediato por qué su lacayo había vuelto horrorizado al carruaje.

—¿Sí? —le preguntó el hombre con voz grave.

Le entregó su tarjeta.

—He venido a recoger a lord y a lady Montrose. Me están esperando.

El mayordomo levantó la tarjeta y la colocó delante de su ojo protuberante, que entrecerró para ver la letra. Después, dejó caer la mano con un bufido y se apartó de la puerta.

—Entre, capitán. Iré a informarle a su señoría que está aquí. —Se fue de allí y dejó que Sebastian se ocupase él mismo de cerrar la puerta y de colgarse el sombrero.

El mayordomo pasó por delante de una puerta abierta y le hizo señas.

—Espere aquí.

Sebastian frunció el ceño, pero se acercó al salón que le habían indicado con tanta elegancia. El conde y la condesa de Montrose nunca celebraban eventos sociales en su mansión, algo que a él le parecía normal estando recién casados como estaban. Al resto de la alta sociedad, sin embargo, les parecía un misterio, y el hermetismo de los Montrose les daba argumentos para chismorrear y decir que su casa era extraña. El mayordomo lo era un poco, eso seguro, pero...

Un extraño sonido captó su atención y Sebastian arqueó una ceja al detectar que iba acercándose.

En cuestión de segundos apareció una joven doncella en la puerta; en sus brazos delgados llevaba una pesada bandeja con un juego de té de porcelana que temblaba peligrosamente. Él nunca había visto un espectáculo tan lamentable: todas las piezas de la vajilla se zarandeaban y se golpeaban entre sí; las cucharas chocaban las unas contra las otras; las tazas bailaban encima de los platos.

Sebastian se quedó mirándola un segundo y después corrió a ayudarla completamente atónito. Iba a tener que hablar con Montrose de ese tema.

Ahora sí que quería que lo invitaran a cenar.

—El carruaje de Merrick ha llegado —señaló Charlotte, que estaba mirando el camino de la entrada desde la ventana del piso superior. Unos segundos después, unos brazos la rodearon por la cintura, y a continuación la voz de sensual de su esposo le acarició el oído.

—¿Todavía tienes tantas ganas de ir?

—¿Lo dices de broma? —Giró entre los brazos de Hugh y se quedó mirando el atractivo rostro

— Claro que tengo ganas.
— Pareces pensativa.
— Echo de menos a Gwen —dijo con un suspiro—. Ya sé que se lo está pasando muy bien en la academia para señoritas, pero...
Hugh le besó la punta de la nariz.
— Yo también la echo de menos.
Ella le rodeó la cintura con los brazos y le apretó con fuerza.
— Muchas gracias.
— ¿Por qué, amor?
— Por organizar esta búsqueda del tesoro. Sé que crees que es una tontería.
Él esbozó una sonrisa que le robó el corazón.
— ¿Y tú no?
— Me gusta creer que existe.
— Y también te gusta creer en la versión romántica de la historia. —La enorme mano de Hugh le acarició la espalda hasta tocarle el trasero—. ¿Qué le ha pasado a mi pragmática?
Charlotte se rio con el corazón ligero y lleno de amor.
— En lo que a ti concierne, nunca he sido pragmática.
Estaba enamorada sin remedio de su marido, era adicta a él y se preguntaba cómo era posible que en algún momento se hubiese planteado la posibilidad de vivir sin Hugh.
Él le apretó las nalgas antes de soltarla y dirigirse a los baúles que todavía tenían que bajar. Iba a cerrar uno, pero se detuvo. Cogió un paquete envuelto en papel marrón y miró a Charlotte intrigado antes de aflojar el cordel. Un segundo más tarde, la risa de Hugh, cálida y sensual, llenaba el ambiente y el corazón de Charlotte.
— ¿Qué tenemos aquí? —Levantó un parche pirata entre los dedos.
— Me han dicho que el viaje es muy largo.
Hugh contuvo una sonrisa.
— Sí que lo es.
— Y que puede hacerse aburrido.
— ¿Tú y yo solos en un camarote? Jamás.
— Tengo una fantasía —le confesó acercándose a él provocativamente.
— Umm... me gusta como suena. —Hugh lanzó el disfraz de pirata dentro del baúl y cogió a Charlotte por la cintura.
Ella le guiñó un ojo.
— Y te gustará mucho más llevarla a la práctica.
— Coge el abrigo —le pidió él con la voz ronca—. Estoy impaciente por subirme a ese barco.

Nota de la autora



Los personajes de Calico Jack y Anne Bonny que aparecen en «Su loca excelencia» existieron de verdad. Pero la historia de su «tesoro» es pura ficción.



SYLVIA DAY, número uno en las listas del *The New York Times* y de otras listas internacionales, es autora de más de una veintena de novelas premiadas y traducidas a más de cuarenta lenguas. Es número uno en veintisiete países, con decenas de millones de ejemplares impresos en todo el mundo. La serie «Crossfire» ha sido comprada para televisión por la famosa productora Lionsgate.

Visita a la autora en <www.sylviaday.com>, <www.facebook.com/AuthorSylviaDay> y en Twitter @SylDay.

Relaciones escandalosas

Sylvia Day

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conflicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Scandalous Liaisons*

© de la ilustración de la portada, Cosma – Shutterstock

© Fotografía de la autora: Ian Spanier Photography

© Sylvia Day, 2006

© por la traducción, Anna Turró i Casanovas, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2015

ISBN: 978-84-08-14317-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.,

www.victorigual.com